

# Don Juan en la frontera del espíritu

Juan José Díez

## Capítulo 1. [El nuevo mundo](#)

A bordo del "Cefalonia", don Juan podía atisbar en la distancia, un poco velados por la [niebla](#), los grises barracones del puerto de Nueva York. Novios fantasmales, matrimonios de jubilados ingleses, camareros somnolientos deambulaban por cubierta. – ¿Qué hago yo aquí? - se preguntó, al ver los hombros de los gigantes surgir entre la bruma. El humo del puro que apretaba entre los dientes le era devuelto por la brisa, punzaba la gota en sus nudillos.

– Oficialmente, sustituir a un suicida - reconoció, melancólico.

Una llovizna fría le empañaba las gafas, olía el aire a madera podrida, bufaban graves las [sirenas](#).

– En realidad, quemar el último cartucho - concluyó, arrojando el puro por la borda.

Su sobrino Juanito llegó jadeante:

– ¡Le he visto las piernas a una italiana cuando subía por las escaleras de babor!

El [transatlántico](#) atracó en el [muelle](#) East River. Al pie de la escalera, confundidos entre marineros con mirada perdida que volvían a sus barcos, esperaban dos miembros de la legación. Sobre la manga de los abrigo tenían cosido un brazal de luto. Mientras los funcionarios colocaban el equipaje en el coche, Juanito se encaramó al pescante y desde allí, con voz alegre, exclamó:

– ¡ Tito, esto no es [Doña Mencía](#) !

– Ya veremos.

– Me han dicho que las americanas se mueren por los europeos con clase.

– ¿Somos europeos?

Los ojos del sobrino se clavaron en dos damas jóvenes que despedían risueñas a un militar. Juanito se agitó en el asiento, levantó la nariz – audaz y esperanzado – como un lobo husmeando la cañada. De un salto bajó al suelo, dio una carrerilla y entró en el coche delante de don Juan.

– Mi madre me ha dicho que viaje a los balnearios de moda, que alterne con la alta sociedad, con los diplomáticos de las grandes potencias...

– ¿Nada más que eso te ha dicho mi hermana?

– Bueno..., sobre todo, que busque a una joven con dólares. La señora de don Juan Mesía de la Cerda y Valera, agregado "ad honorem" del Reino de España.

– ¿Y si no la encuentras?

– Siempre queda la hija de Morenito – sonrió, pícaro, el sobrino.

Don Juan se vio rodeado por gente rubia, corpulenta, vestida con paños recios, moviéndose entre [carros](#), toneles y cestos, trasladando mercancías de una mano a otra, de un barco a otro. Zumbaban los vapores; chavales roncoss voceaban los periódicos. Nueva York emergía muy cerca, con las calles saliendo del mismo muelle; altos edificios rojizos y otros, más bajos, de ladrillo negruzco, se apretaban contra un cielo desplomado, en un turbio atardecer de clara de huevo.

Una vez acomodados en el coche, se dirigieron a la estación. Durante el trayecto, pasaron por [avenidas](#) rectilíneas atestadas de tranvías, banderas colgantes y aparatosos velocípedos. Subieron al tren de Washington. En el espacioso departamento, todo parecía a mayor escala que en Europa: los colores de los tapizados más brillantes, la

pintura más viva, los revisores igual que jefes de pista de un circo. Avanzaba la locomotora, como la ballena de Jonás, devorando la noche fría y estrellada. Frente al embajador iban sentados don Saturnino Pestaña y Paco Bustamante, secretarios primero y segundo.

– Ya me imagino los días que han pasado – dijo don Juan.

– Sí, han sido muy desagradables – admitió fúnebre Pestaña.

– No entiendo cómo, con su carrera política, a punto de ser nombrado consejero de Estado...

– La vergüenza puede llevar a un hombre a matarse – sentenció Bustamante.

– Quizás tenga usted razón – concedió don Juan, meditabundo.

La vergüenza, y las deudas, y las mujeres... pueden llevar a un hombre a cualquier cosa, como cruzar el charco con casi sesenta años. ¿Por qué, si no, estaba él ahora en Nueva York? Hace poco, en el casino de Doña Mencía, don Luis Vergara, propietario de bodegas y olivos, le preguntó: “¿No juega usted esta tarde?”, con un tono que significaba: “He aquí al embajador en espera de destino, gloria de las letras españolas. Ayer perdió unos duros al tresillo y hoy no tiene más remedio que mirar por el ventanal”. Disparado por el orgullo, al día siguiente escribió a don Servando Ruíz Gómez, ministro de Estado y amigo del Ateneo, para que le procurara una misión, la que fuera, la que mereciese después de tanto tiempo de servicio. Gracias al suicidio de su antecesor, pudo conseguir, de la noche a la mañana, un destino tan succulento.

Iba solo, cargado de vinos franceses, "foiegras" y equipo completo de trajes nuevos. Pero sobre todo solo, decidido a no vivir en el futuro bajo el mismo techo que su mujer. Confiaba en este viaje a un país lejano, frontera del oro y las pistolas. La energía del Nuevo Mundo arrasaría las sombras. Y las deudas: la paga de embajador no le llegaba para hacer frente a los gastos de la casa ni a las fantasías de su mujer. Pese al éxito que tuvo con algunas novelas, vivir de la literatura en un país pobre, con las tres cuartas partes de la población analfabeta, era tan improbable como la más ardua tarea de Hércules. A veces, sólo podía salir adelante gracias al amigo Morenito que con sus duros plateados, aceitosos, le evitaba la extremaunción. Ahora, en América, las cuatro mil pesetas mensuales y la bendita soledad le permitirían saldar sus deudas más cuantiosas.

Tras cinco horas de viaje, llegaron a Washington. En la estación, dos mozos se disputaron las maletas brillantes y escudadas de don Juan. El perdedor se resignó a llevar las del sobrino. Para cruzar el andén tuvieron que esperar al tren de Baltimore, que entraba solemne, chirriante, cubriéndolo todo con una nube de vapor. Sentado en un cajón, un mendigo negro cantaba algo monótono y ronco, incomprensible, pero de una tristeza universal; una salmodia de abandono, de cama vacía y botellas por el suelo, que le hizo recordar a don Juan las coplas quejumbrosas de los gitanos de Andalucía. Dio al negro unas monedas, no supo cuántas, ni siquiera si iban mezcladas con calderilla española.

\* \* \*

A la mañana siguiente, ya en la embajada, en cuanto salió de su habitación, sintió de golpe el espíritu del lugar: olor a humo, pasillos fríos, muebles de pino, alfombras verdosas y gastadas por todas partes. Entró en el despacho. Se puso a leer el "memorandum" que le tenía preparado el primer secretario. Empezó con los recortes de prensa. Uno de ellos lo había leído en España. Al rato, oyó un crescendo de tos – cascada, húmeda, silbante – seguida por una carraspera que trataba de aclarar el resuello. Después de pedir permiso, compareció don Saturnino con la cara aún

congestionada. Llevaba un traje gris marengo usado, pero limpio; delgado en extremo, cargado de hombros, con un bigote pequeño, geométrico, y una calva inmoderada en el centro del cráneo. El embajador le ofreció un puro. Don Saturnino rehusó el habano, dirigió rápida la mano a su bolsillo y sacó una petaca.

– Si no le importa, prefiero cigarrillos. Me están matando. Había dejado el vicio, pero al llegar aquí, entre las preocupaciones y lo bueno que está el tabaco de Virginia, otra vez despidió humo como una locomotora – dijo el secretario, con mirada dudosa entre la ironía y la sumisión.

– Yo también toso de vez en cuando. Los puros perjudican menos. Supongo que algún día tendré que dejarlos.

– ¿Ha leído usted el "memorandum"? – preguntó don Saturnino con voz modulada y resonante, perfecta, si no fuera por la fatiga respiratoria.

– No del todo. Las esquelas y poco más... Por su acento diría que es de Castilla la Vieja, ¿me equivoco? – inquirió don Juan.

– No se equivoca. Soy de Zamora – respondió orgulloso Pestaña.

– ¿Y qué me cuenta de mi antecesor? Supongo que todo estará en el informe, pero ya que está usted aquí...

– No hay mucho que contar. El banquero de la embajada, Mr. Riggs, tenía unos pagarés de Salazar y le advirtió que, si no se los libraba, iría a los tribunales. La tarde en que recibió la citación, se pegó un tiro en su cuarto. Estábamos en unas condiciones desastrosas. No se pagaba el alquiler, ni al servicio, los proveedores habían cortado los suministros. Hasta los espías nos agobiaban tratando de cobrar.

– ¿Espías? – exclamó sorprendido don Juan.

– Cuba sólo ha servido para que los anteriores ministros comieran turrón.

Pestaña se ruborizó un poco. Mientras tosía, observaba cómo había encajado don Juan esa alusión irrespetuosa a sus compañeros de carrera. Al ver que le animaba a seguir, el secretario continuó:

– Con el pretexto de vigilar la isla, no sólo Salazar, sino también los otros, robaron de veras. Pedían dinero extra a Madrid acogiéndose a que lo necesitaban para el servicio secreto. La mujer de Mantillo, por ejemplo, quería una joya, un **traje** de Worth, un dije nuevo, lo que fuera... Entonces, lo compraba y se cargaba en la cuenta de la embajada una cantidad idéntica en concepto de pago a un espía o de precio de un soborno.

Don Saturnino se tanteó el lazo de la chalina, metió la mano en el bolsillo de la levita para coger el pañuelo.

– Y no hablemos del dineral en telegramas submarinos a Cuba...

– ¿Cómo se han portado las autoridades ante el suceso? – preguntó don Juan.

– Los políticos, con discreto silencio. Los periódicos han aprovechado para hablar de la corrupción, del ladroneo general de los españoles.

Pestaña seguía:

– Lo peor de Salazar es que exageró. Los otros respetaron los gastos corrientes.

Enredaban con los sobornos, pero mantenían las formas.

– ¿Por qué esa exageración? – inquirió don Juan.

– La primera gran oportunidad de dinero se le ofreció al poco de llegar. En Cuba, durante la **Guerra** de los Diez Años, fueron destruidas por nuestras tropas algunas plantaciones en manos de capital americano. El gobierno español aceptó que la indemnización la determinaran los tribunales de aquí; se hablaba de dos millones de dólares. Para rebajar esa cifra, Salazar ideó ofrecer una gratificación a ciertos jueces y personas influyentes: unos trescientos mil dólares. En Madrid estuvieron de acuerdo, pero al final no enviaron los fondos. Él, contando con que recibiría una gran comisión de los sobornados, le pidió crédito a Riggs. El hecho es que comenzó a gastar de forma

desaforada, sobre todo jugando al póquer en el vagón dorado de Filadelfia. Ahí empezó, creo yo, su conducta extravagante.

– ¿Cuánto debe la embajada?

– Más de quince mil dólares.

El humo del despacho hacía lagrimear y toser a Pestaña. Cuando éste quiso continuar hablando de Cuba, don Juan le interrumpió con amabilidad.

– Dejemos eso para otro día, con lo de hoy tengo bastante. Ahora, si es tan amable, me enseña la casa y me presenta al resto del personal.

Salieron a la calle para ver la legación desde fuera. La fachada, pintada de un ocre apagado, con ventanas demasiado estrechas, recordaba a la de un edificio parroquial, nadie la miraría sino con la vaga indiferencia de un cartero. Aún así, según Pestaña, era un palacio comparada con el casucho donde se encontraba la anterior: "sólo digna de ser local para un burdel modesto". Allí permanecían todavía, en habitaciones alquiladas, Bustamante y el mismo don Saturnino. Los agregados militares vivían uno en Filadelfia, el otro en Nueva York. Así que aquella casa tendría que albergar las oficinas de la embajada, a don Juan y a su sobrino. Saltaba a la vista que en tal lugar, con aquellos muebles de cabaña de bosque, no se podría celebrar recepción alguna. En Lisboa residió en un palacio; en Dresde, en una quinta señorial; incluso en Nápoles, cuando empezó de agregado sin sueldo, tenía una habitación soleada, forrada de finas maderas, buena cama y amplio baño. ¿O era la juventud, la que agrandaba los espacios y los hacía más luminosos?

\* \* \*

Pasaron dos semanas, el gabinete liberal de Posada Herrera entró en crisis. Alfonso XII encargó a Cánovas formar gobierno. Don Juan confiaba en que "El Monstruo" le mantuviera en Washington: eran amigos desde el comienzo de sus carreras, se veían a menudo en la Real Academia y en el Ateneo, los dos compartían pasión por los libros antiguos; pero la política es juego despiadado, y al cabo, lo natural era que un cargo así lo tuviera un correligionario del partido conservador. Algunas noches despertaba de pronto viéndose otra vez en Madrid, enfrentándose a la sonrisa sardónica de su mujer: "gran hombre, legado breve". Al fin, el nuevo ministro de Estado, Elduayen, le escribió una carta confirmando el nombramiento. Se apresuró a presentar las credenciales. Don Juan llegó en su modesto coche de un solo caballo a la sede del Departamento de Estado. Allí le esperaba Frelinghuysen para acompañarle a la Casa Blanca. El Secretario de Estado no debía llegar a los sesenta años, pero su actitud casi letárgica le producía a don Juan la sensación de acompañar a un abuelo exhausto al que había que cuidar para que no diera un traspie y aterrizara en los suelos marmóreos. Una vez en la mansión presidencial, entraron en el Salón Azul, donde permanecieron más de quince minutos hasta que apareció Chester Alan Arthur. El presidente le estrechó la mano con simpatía. Don Juan hizo una reverencia y retrocedió unos pasos. Leyó el discurso de salutación, al que Arthur respondió con palabras afables y medidas. Luego, entregó las credenciales firmadas por el rey y se retiró acompañado de Frelinghuysen.

\* \* \*

Pronto se estableció la rutina. Al fin y al cabo, el trabajo dentro de la legación era como en cualquier negociado de España. El material humano llegaba tarde y había que andar siempre detrás de él para que hiciera lo indispensable. A las diez, dictaba a Paco Bustamante un resumen de los acontecimientos del día anterior. A continuación leía los

periódicos, llenos de animosidad contra España por el problema cubano. Después, los telegramas descifrados por Paco. Cuando llegaba la valija, encargaba a Pestaña que repartiera el papeleo. De las doce en adelante, recibía a periodistas, cónsules, compatriotas en apuros... Los asuntos de siempre: pasaportes, visados, indemnizaciones. Dedicaba un buen rato a redactar notas y despachos: "Mi gobierno no puede permanecer indiferente...", "debe formular reservas expresas...". Hasta que su oído se habituaba otra vez a esa jerga, no se sentía ministro en ejercicio de la **diplomacia**.

\* \* \*

Febrero, mes loco en España, a orillas del Potomac resultaba de una fiereza fría, implacable. Don Juan procuraba no bajar al despacho hasta el mediodía. Entre las mantas, con la estufa al lado, resistía mejor la saña helada. Desde la cama podía divisar la **plaza Lafayette**. En primer plano, las copas de los árboles – negras de puro desnudas –, más allá, la bandera americana sobre el tejado de la Casa Blanca y, al fondo, las colinas de Virginia desvaneciéndose en la lejanía. Una de aquellas mañanas se puso a escribir cartas a cada uno de sus hijos. "Me siento solo. Me remuerde haberos abandonado en una edad tan difícil. Quiero que seáis ágiles jinetes, diestros cazadores, buenos bailarines, pero ante todo, que tengáis una profesión independiente y bien pagada: la de ingeniero me parece la mejor". Justo cuando imaginaba a Carlos, su hijo mayor, construyendo caminos, canales y puertos, con largos rollos bajo el brazo, botas embarradas, impasible ante el estampido de los barrenos, fue avisado por el criado Víctor. Don Bernardo Quirós, cónsul español en **Cayo Hueso**, pedía audiencia ordinaria por asunto que no quiso revelar al sirviente. Don Juan no tardó mucho en bajar al despacho. Ante la puerta, le aguardaba un hombre que agarraba con las dos manos su sombrero como para defenderse el pecho; hizo una reverencia al embajador; con ese gesto dejó a la vista la cortina de pelo que le cruzaba el cráneo intentando disimular la calva.

– Excelencia, espero no molestarle - dijo Quirós con voz nerviosa -. Es bien cierto que podía haberle escrito en código, pero precisaba una entrevista facial con usted y he aprovechado que mi mujer debe visitar aquí a un médico...

– No se preocupe, es pleno día, y aunque no lo fuera, usted puede hablar conmigo a la hora que le parezca – contestó don Juan, haciéndole entrar en el despacho.

– Me han hablado con mucha fe del doctor Hausmann, aplica la **electricidad** para aliviar el dolor en las articulaciones con pequeñas descargas. Mi mujer lleva diez años sufriendo y ahora, por fin, tenemos reunidos los ahorros necesarios para un tratamiento – dijo el cónsul, mientras se ajustaba la cadena de oro que le cruzaba el chaleco.

– Yo padezco de reuma, sé lo que es eso... ¿Cómo han hecho el viaje? – preguntó don Juan.

– ¿El viaje? Todo él pensando en cómo se las arreglará mi hijo en la tienda. Ahora que está allí solo, a los cubanos se les puede ocurrir otra fechoría. Hace una semana me lanzaron por la noche un petardo incendiario. Quieren amedrentarme para que abandone y me vaya a otro lugar.

– Yo creía que el asunto había quedado resuelto con la amnistía de Martínez Campos. Por lo que vengo oyendo, no veo mucha pacificación que digamos.

– Pues no, excelencia; todavía hay muchos exiliados que no se conforman, que no comprenden los esfuerzos de concordia y perdón hechos por España. Quieren la independencia total, la expulsión completa de la autoridad española. Cayo Hueso es su trampolín natural, dan un salto y están en su amada **Cuba**. Ahora los tabaqueros esperan

la **llegada** de Gómez y Maceo. Por la agitación que observo, se trata de un intento de invasión armada. Ya he avisado al Capitán General sobre eso. Pero el peor de todos los rebeldes es Carlos Agüero, que se dice almirante de la república cubana. Él es quien me trae ante usted.

– ¿Agüero?, ¿Agüero?... Yo conozco a unos Agüero de Soria – dijo don Juan, revolviéndose en el sillón y encendiendo un puro que sostenía desde hacía rato.

– Quizás sus antepasados sean de allí – siguió Quirós –. El caso es que hace una semana salió de Cayo Hueso en un barco con cincuenta hombres cargado de armas. Seguro que desembarcará efectivos, se esconderá en las montañas y repartirá los fusiles entre los campesinos.

– ¿Qué cree usted que podemos hacer? – preguntó don Juan.

– Al menos, enviar una nota de protesta al gobierno de los Estados Unidos. Lo han hecho todo a la luz del día. Cargaron las armas, izaron la bandera cubana, entonaron cánticos, lanzaron gritos contra España a la vista de todo el mundo en el muelle. La negrita Juana, mi criada, vino a contármelo espantada. La autoridad del puerto y los guardacostas les dejaron el campo libre.

– ¡Eso es beligerancia! – exclamó don Juan –. Mañana mismo enviaré al Secretario de Estado mi más enérgica protesta. Exigiré que detengan a ese almirante de pega cuando regrese aquí.

– Yo no creo que lo hagan; pero si protestamos, por lo menos tendrán que ofrecer explicaciones.

– Y si vuelve de Cuba sin armas, ¿con qué base detenerlo? – dudó don Juan.

– Agüero tiene sentencias de los tribunales cubanos por robo y asesinato. En derecho, debían entregárnoslo porque existe tratado de extradición con los Estados Unidos. Los americanos no querrán hacerlo, consideran que sus delitos son políticos. Es lo que suelen decir ante todas nuestras reclamaciones contra los rebeldes.

El miedo le arrugaba la cara, le encogía el cuerpo. Quirós pronunció “rebeldes” con temblor, como presagiando una plaga de patriotas escondidos en cualquier recoveco. Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco y lo miró impaciente: “Disculpe, no debo llegar tarde al médico”. El embajador le acompañó a la puerta. Quirós se alejó con paso indeciso. Don Juan continuó fuera un rato hasta verle desaparecer. Pensó que aquel hombre era el verdadero legado de España en los Estados Unidos: allí en Cayo Hueso, rodeado de hostilidad, abría su comercio todos los días, vigilaba, informaba, se arriesgaba, con el convencimiento ingenuo de que a la Madre Patria se la debe defender, aunque fuera madre seca que le hizo emigrar. El volcán cubano aún no estaba apagado. No le habían informado bien en Madrid o, quizás, en el Ministerio se interesaban poco por aquellas escaramuzas lejanas. La independencia, idea sagrada, fuego que quema las almas. Su principal quebradero de cabeza, lo veía claro, iba a ser la Perla de las **Antillas**, anhelada románticamente por los patriotas, codiciada por el **Águila** del Norte.

## Capítulo 2. [La leyenda negra. Un mujeriego](#)

Al entrar de nuevo en el despacho, Paco Bustamante le estaba esperando.

– Mire el artículo del Dr. Ingersoll en el World – dijo, entregándole un periódico.



El embajador se colocó las gafas; por el tono de voz del segundo secretario supo que se disponía a llevarse un mal rato.

“España fue la más grande de las potencias, poseedora de la mitad del mundo, y ahora sólo tiene...

Cuando terminó de leerlo, Don Juan miró a Paco con preocupación:

– Bueno..., una vez más la leyenda negra, las fantasías y exageraciones que produce el odio. Lo que está claro es que si esto lo leen varios millones de personas en esta nación, vamos a tener que andar escondiéndonos por los rincones.

– Aunque debemos reconocer que hay un fondo de verdad – observó Paco.

– Conforme, pero si a la verdad se la infla con la exageración, es peor que una vulgar mentira.

– ¡Nos echan en cara que acabamos con los indios taínos en Cuba! – exclamó Paco –. Y ahora pasan a bayoneta a ochocientos sioux en las llanuras de Dakota. Un periódico de Minneapolis ha dado la noticia. Los de Nueva York callan como tumbas. También ellos tienen su leyenda roja. No sólo los indios, el trato bestial a los esclavos, las atrocidades de la guerra civil, el pistolerismo en los territorios del Oeste.

– A mí no me tienes que explicar eso – contestó con cierta aspereza don Juan, como si intuyera que Paco valoraba poco sus conocimientos históricos –. Ya sé que no somos los más crueles, ni los más indolentes y supersticiosos. Ciertamente antepasados nuestros cometieron crímenes horribles, los mismos quizá que otros individuos de otras potencias coloniales. Pero a las conquistas siempre va lo mejor dotado para la supervivencia, que casi nunca coincide con lo más refinado de espíritu. En fin, creo que es cosa de la especie, no de los españoles.

– Ayer fui a comprar carpetas – dijo Paco, conciliador –. Di las señas de la embajada para que nos las enviaran. El dependiente y una señora que compraba allí me miraron con malos ojos. Así todos los días. Estos bien alimentados yankis necesitan el picante de Cuba que les inyecta la prensa para hacer bien la digestión.

Don Juan rasgó la página del diario e hizo trizas el artículo de Ingersoll.

– Con tal de que no nos trituren a nosotros...

¡Qué virulencia mostraba el World contra él y contra España! Todos los periódicos, excepto éste, le habían recibido de manera favorable, incluso excesiva. El Star llegó a decir que era “handsome”, con unos hermosos ojos, que no aparentaba tener más de cincuenta años. Al leerlo, una bandada de palomas dulces, un tintineo jovial de cascabeles, se adueñó de su ánimo. Luego volvió a la realidad: los halagos hay que paladearlos, no tragárselos. Este Ingersoll sonaba sincero, un librepensador mal informado, sin duda. Ya había oído hablar de él como ateo militante que daba conferencias contra Dios a dólar la entrada. Del World le dolió sobre todo el ataque personal. Lo que hace unos días publicó, en un suelto anónimo, debía proceder de alguien de la carrera. Sospechaba del abogado Foster, ahora embajador en Madrid. ¿De

quién si no podía venir aquello de que él era un “salonnier”, “un hombre perezoso y sin capacidad técnica para los intrincados vericuetos de una negociación compleja?” Y lo peor, lo ofensivo en grado máximo: que era conocido en la carrera por ser un “womanizer”, un mujeriego.

¿Un mujeriego él, que hacía doce años que no se acostaba con Dolores, y no se había buscado una amante, ni había ido una sola vez de putas para desahogarse? Nada de aquellas buenas “prójimas” pecadoras que estuvo frecuentando y gozando desde los dieciocho hasta los cuarenta y tres años en que se casó. De algunas se acordaba: en Nápoles, La Cucurbita; en Lisboa, Antoñita La Gaditana; en Río de Janeiro, Jeannete: “blanca y rubia, más limpia que el oro, las carnes frescas y apretadas, las piernas como columnas de alabastro, romanista, dotada de una fuerza de atracción y decontracción poderosas para sorber lo líquido y apretar y contener lo sólido, con tan estupenda delicia que, aun dolido y enloquecido, me hacía aullar y morder como si fuera un lobo”. En Dresde, Frau Carola, con tetas “acerbe et crude”, y no pequeñas. Y la última en Madrid, antes de casarse: Leonor, con quien le costó romper. En toda su vida, sólo dos novias: una de Lisboa, la otra de Lucena. Pero tuvo que ir a casarse con la hija de su jefe en Río de Janeiro, don José Delavat. ¿No tienen los hombres memoria? ¿No hacen caso de los síntomas, de los avisos? La conoció cuando niña, con unos siete años, y entonces le pareció fea como el pecado. Su padre la llamaba “mi curiana”; siempre estaba llorando, dando gritos; sólo se apaciguaba si una esclava le rascaba la espalda. A su hermano Pepe, a diario le lanzaba coces y bocados. Y eso lo vio él durante dos años que vivió en la misma casa. ¿Qué pasó trece años después, cuando volvió a encontrarla en Biarritz?

Al regresar de Frankfurt y quedar cesante, fracasado en su intento de ser diputado por el distrito de **Cabra**, se sintió solo, sin perspectivas, en una **edad** en la que de pronto cumplies un año más y te descubres bajando la pendiente, empezando a ser invisible para las mujeres. En aquellos días, después de volver de los burdeles, del casino o del Ateneo, entraba en su casa, abría la puerta y no oía nada, no le recibía nadie. Se acostaba en la cama fría y miraba al techo en silencio. Marchito, agotado, muerto de alma, le pesaba la vida, le entraba miedo a morirse allí solo como un perro abandonado. Volvía la vista atrás, veía su juventud y los años pasados tan vacíos, tan inútiles; toda su existencia le parecía un sueño estéril, una necia pesadilla que no ha tenido objeto, ni otro resultado que el reuma, las canas, las arrugas y toda la miseria a la que olían sus noches.

Entonces apareció Dolorcitas. Él volvía de París, de visitar a su hermana **Sofía**, pasó por Biarritz y allí encontró a Dolores y a la madre veraneando. Don José había muerto tres años antes, ellas vivían ahora en París. Descubrió a una joven bien hecha, de cara agradable, formas torneadas, juiciosa, con una distinción y un gusto en el vestir que a él se le figuraba que tendrían que corresponderse con semejantes prendas en el espíritu. Que fuera veintitrés años más joven, a primera vista un riesgo, podía tener una serie de prácticos alicientes: sin novios serios, virginidad asegurada; y además, le daría hijos, le satisfaría en la cama, llevaría la casa, tendría energías para cuidarle de mayor. Él podría dedicarse por entero a la literatura. Su **madre** siempre le aconsejó que se casara con alguien del pueblo, porque “aquí nos conocemos todos, y según el horno, así el pan”. Pues bien, hasta en eso le convenía Dolores: don José Delavat era un santo varón, doña Isabel Areas, una brasileña de familia con postín tropical. El hecho es que viajó de vuelta a Madrid y desde allí, por carta, le pidió a la madre la mano de su hija. Doña Isabel respondió que sí, pero a Dolores eso de declararse a distancia, por persona



interpuesta, no le gustó. Tuvo que regresar a Biarritz después de leer la contestación al discurso de ingreso de Cánovas en la Real Academia. Se comportó entonces como un gomoso pretendiente: paseaba la calle, acechaba las salidas de Dolores y a la hora del té entraba en la casa, pasando la tarde en pláticas tiernas. Consideraba un buen augurio lo a gusto que se sentía charlando con su novia; a pesar de la diferencia de edad, no surgía esa distancia socarrona y enfriada con la que los mayores escuchan las ideas de los jóvenes. Al no tener una pasión viva por Dolores, no le matarían sus desdenes, si algún día los hubiere. Después de [Lucía](#) Palladi, la llama nunca ardería por nadie, el dolor no le vendría por nadie. Un embajador, además, si está soltero, parece que representa menos. ¿Quién llevaría la vida social de las legaciones? ¿Quién le acompañaría en los miles de actos?

Se casaron en Saint Pierre Chaillot. A las dos semanas estaban en Madrid, en la casa de la calle Costanilla. Pronto empezó Dolores a echar de menos París, a quejarse de los criados, de la comida, de los muebles que faltaban, de la ropa fea que había en las tiendas, de lo poco "comme il faut" que eran las amistades de don Juan; sobre todo, de que tenía que tocar su dote para poder comprar al menos un vestido "chic" traído de París. Ella creía que después de casarse iban a destinar a don Juan a una embajada de relumbrón y allí ejercer de "[lionne](#)", pero las turbulencias políticas no lo permitieron, todo lo que consiguió fue una dirección general. "El mismo día de la boda le debería haber enseñado los dientes para convencerla de que conmigo no se jugaba. Así habría empezado por infundirle primero miedo, luego respeto, y por último, amor; pues, al fin se ama a quien se respeta y se teme". Pero uno se casa en una fecha. Mal que bien, con intervalos de relativa paz, fueron viniendo los hijos: en cuatro años, primero los dos varones, luego un aborto y por último Carmencita. Durante ese tiempo, las discusiones fueron en aumento. La casa era un infierno, sobre todo si les visitaba la suegra. Entonces, por las mañanas le despertaban los gritos de su mujer y de doña Isabel que ya andaban riñendo, maldiciendo y peleando con los domésticos. Durante los almuerzos, a raíz de cualquier fruslería, Dolores comenzaba una cadena de reproches sordos que iban subiendo en rabia, en irritación, hasta alturas insoportables, de tal forma que don Juan temía que le acometiera una indigestión o un síncope. A veces, debía reprimirse para no pegarle un par de bofetadas y detener en seco aquellos ataques furibundos. En esas camorras, con voz de veneno, le tachaba de fedorento y cursi, de inútil, de animal, de egoísta, de no servir para nada... de viejo. Después de nacer Carmencita, Dolores decidió dormir sola. Él tuvo que abandonar el dormitorio y arreglarse un camastro en su despacho. A partir de esto, don Juan pensó seriamente en la separación. Varias veces se la propuso, pero entonces ella caía en una especie de silencio infantil, se encerraba a llorar en su cuarto y pasaba días enteros sin dirigirle la palabra. Al final – por piedad, por los hijos, por evitar un escándalo ridículo – no tomaba una decisión y continuaba la farsa.

Ahora en América se contentaría con cierta tranquilidad, con un estoico no sufrir. Al menos dejaría de soportar la presencia de su mujer, ya casi sin rostro, después de tanto tiempo en que no la miraba directamente a la cara. ¿Sólo tranquilidad? Quizás latiera escondido el deseo de algo más: la última llamada. No podía despedirse de la vida, él que había disfrutado tanto de las mujeres, con el mal sabor de alma que le dejaba Dolores. Aún se creía capaz de despertar el fuego en alguien. Mantenía su [aspecto](#) varonil, la mirada..., y el pelo, aunque canoso, brillante y sano. Sin embargo, en la poca vida social que había llevado hasta el momento, sólo encontraba damas pasadas de

sazón o impulsivas ninfas, hermosas y prometedoras, todavía con la pelusilla de la fruta verde.

Pasaron bastantes días sin recibir invitaciones. Por fin, llegó una de Victoria Sackville–West, que incluía también a su sobrino Juanito.

### Capítulo 3. [Victoria. Kate Bayard. Juegos](#)

La embajada británica, asediada por landós detenidos ante el porche resplandeciente, era aquella noche el centro de la vida social washingtoniana. Sir Lionel Sackville–West, ministro de Inglaterra, acompañado por su hija Victoria, atendía a los invitados que entraban al gran salón de baile. Un maestresala negro, con librea y enormes orejas, anunciaba las llegadas. Juanito esperaba inquieto en el vestíbulo. Su tío no aparecía; quizás le hubiera atacado el reuma. Todo el mundo estaba ya dentro. Al fin, se decidió: le susurró al ujier que él era la legación española. El negro, como se trataba de la última invitación, improvisó un gorgorito ronco de aviso... y soltó un atronador ¡The Spanish Legation! Tal fue el trompetazo, que todos los ojos se volvieron hacia la puerta esperando una epifanía majestuosa. Momento en el que Juanito, con frac, corbata blanca y aspecto de flauta india, hizo su entrada encogiéndose y mirando a ninguna parte. Hubo una carcajada general. La hija del embajador y sus amigas fueron las más estruendosas; Sir Lionel las miró de manera reprobatoria. Enseguida, rodearon al agregado entre risas y palabras atropelladas. La atención de nuestro héroe se dirigía a Victoria que, enrojecida la parte alta de los pómulos, tenía un aire de febril diversión. Después de dudarle mucho, la sacó a [bailar](#). Se sumergieron en el torbellino de luz de los vales.

– En Madrid – decía Juanito –, en una recepción del rey, hace unos meses, tocaron esta música; entonces no pude, pero ahora mira cómo me llevas.

Victoria se deslizaba por el salón con suavidad neumática, sonreía sin hablar, buscaba los ojos del agregado con mirada escrutadora y desafiante. Juanito atenazaba con su mano derecha el talle de la joven, sentía crujir el arco de su espalda, aspiraba el aroma de su cuerpo perfumado; las comisuras de sus labios descendieron dibujando una línea de ansiedad y de deseo. Al terminar la pieza, apareció el embajador francés, monsieur Roustan, pidió su turno y Victoria se alejó mirando a Juanito con cara de cómica pena.

Tras este abandono el sobrino descubrió a don Juan, que acababa de llegar. Esperó a que terminara de saludar a sir Lionel.

– Tío, te tengo que presentar a [Victoria](#). Es maravillosa.

– Debe de serlo, por lo que he oído de ella.

– Verás qué mezcla. Aristócrata y gitana.

– Yo conocí a su madre, **Pepita Oliva**, en Alemania – rememoró don Juan –, y no era gitana, sino hija de un barbero del barrio del Perchel. Comenzó cantando en Málaga, en un café de la calle Larios. Luego alcanzó tanta fama como Lola Montes.

¡Claro que la conocía! En Dresde, la había visto bailar de manera castiza y legítima. Nunca encontró ojos tan grandes, tan negros, ni pies tan pequeños, ni pechera tan divina, ni piernas tan hechas a torno, ni cuerpo tan sandunguero. Poseía distinción natural y cierta ingenua frescura, infrecuente en las mujeres de la farándula. Un príncipe ruso riquísimo, enamorado y rumboso, la acaparaba por todas partes. Él, con 420 pesetas al mes, no se atrevió a acercarse. La niña se parecía mucho a la madre. No le extrañaba que sir Lionel se hubiera enamorado de Pepita. Los decorados llenos de luna, geranios y pozos nocturnos debieron actuar sobre el inglés como un encantamiento, convirtiendo a la bailaora en una diosa solar, inaccesible a los súbditos de Su Majestad, apagados por la bruma y la ginebra.

– Tenemos que invitarla a la embajada cuando sea tu fiesta de presentación – propuso rotundo Juanito.

– ¿Qué fiesta, sobrino? Mira a tu alrededor y compara. ¡Cómo me voy a atrever yo a dar ninguna fiesta!

Paró la música. Victoria, que bailaba con el general Sherman, quedó a unos pasos de los españoles. Después de aplaudir a la orquesta, acompañada por el viejo soldado, pasó al lado de ellos. Juanito levantó su copa de champán y la llamó:

– Victory, Victory.

– Sobrino, que ese es el nombre del **barco** de Nelson. Ella es simplemente Victoria – le susurró don Juan.

– Ven aquí, quiero que conozcas a más paisanos de... – iba a decir “de tu madre”, pero al ver la mirada de acero del embajador, terminó diciendo – ... España.

Victoria se aproximó. Juanito le presentó a su tío. Don Juan, al tenerla delante, vio que en efecto la muchacha era combinación de dos imposibles: un lánguido lord inglés y una candente mediterránea. La hija tenía la hermosura de la madre, su viveza en la mirada; sólo conservaba del padre las orejas.

Se incorporó sir Lionel al grupo e invitó a don Juan a que le acompañara. Le llevó de corro en corro presentándole a los pocos embajadores que aún no conocía. Entre ellos, al ruso, Nicolai Abrahamov. Don Juan hablaba francés con bastante soltura, así que le resultó más cómodo pegar la hebra con el enviado del zar. Era delgado, alto, hijo del Quijote, sobrino del Greco, con la sonrisa burlona dibujada siempre en los labios. Una barba amplia y partida dejaba al descubierto su enorme nuez. No tardó en aparecer Olga Tatiana Rasilova, la embajadora, cargada de collares y pulseras, maquillaje azul marino en los ojos, alta, sonriente. Avanzó con los brazos abiertos, dispuesta al asalto de don Juan: le besó, le cogió por los hombros, le sacudió sin misericordia, le invitó a comer cuanto antes y se dirigió veloz a otra parte.

El Secretario de Estado, Frelinghuysen, llegó tarde. Tentado estuvo don Juan de aprovechar la ocasión para hablarle de Agüero, pero en los pocos minutos que le tuvo enfrente no pudo encontrar el momento propicio. Una vez solos, don Juan, que desde primera hora había confiado en Nicolai, le habló al ruso del filibusterismo y de su intención de protestar ante el gobierno.

– Me he quedado con las ganas de hacerlo ahora mismo.

– Ha hecho bien en contenerse – dijo Nicolai – . Esta administración ya no toma decisiones. Los republicanos lo tienen difícil. Blaine, acusado de corrupción, no creo que gane. Cleveland parece el mejor situado.

Llegó Olga Tatiana, tomó del brazo a los dos y les condujo hacia un sofá debajo de un enorme cuadro de la reina Victoria.

– Estoy rendida, pero tengo ganas de hablar... y de beber un refresco. Nicolai ¿me lo traes?

Olga se arregló la diadema de brillantes y miró a don Juan.

– Me encanta España. Tienen ustedes sangre en el alma, como los rusos.

Después de oír a Olga durante más de una hora pasar revista detallada y malévola a toda la "high society", don Juan fue en busca de su sobrino. Se despidieron de Victoria. Ésta le dijo a Juanito que esperaba verle dentro de dos días en la fiesta que ofrecía su amiga Carole Mac Ceney. Juanito dobló, intenso, el espinazo, la miró de forma entusiasta y preguntó cómo había que ir vestido. "Very informally", fue la contestación de la joven...

Ya dentro del coche, don Juan vio tan contento a su sobrino, que le advirtió:

– Picas muy alto, amigo. Ten cuidado con la inglesita. Está en el dulce periodo que las mujeres interesantes disfrutan antes de casarse. Les gusta apostar a varios caballos a la vez.

Al poco tiempo hubo elecciones. Después de décadas republicanas, los demócratas recuperaban el poder. Cleveland ganó a Blaine de manera holgada. Don Juan debía volver a plantear el filibusterismo de Agüero a la nueva administración. Más notas, más gestiones, más irritación. Se sabía como una letanía todo el expediente, igual que un viejo actor de mil representaciones. Pero ahora no era Frelinghuysen quien debía escucharlo, sino el nuevo Secretario de Estado, el senador Thomas F. Bayard. Cursó una nota para entrevistarse con él en la sede del Departamento. Bayard contestó que prefería que se vieran en su casa, que le invitaba a cenar.

Se dirigió a la cita con un fuerte constipado de tos y nariz. Vivía el nuevo ministro en Highland Terrace. Como en aquella tarde fría el hielo formaba una delgada capa sobre las calles, don Juan se comprometió a tener cuidado y no romperse la crisma. Bajó del coche. Con precaución inició el ascenso por el sendero empedrado que daba acceso a la vivienda. Se distrajo un momento al divisar, delante de la casa, a una joven vestida de amazona que se quitaba el gorro y sacudía su melena corta, mientras un perrillo le arañaba las botas altas. Al instante, el bólido peludo se precipitó sobre don Juan

ladrando inamistosamente. Éste trató de evitar el encuentro, pero resbaló y cayó de bruces. Consiguió levantarse a duras penas; recogió las gafas, incólumes, y miró desconcertado a su alrededor. Enseguida, se acercó la joven y alejó al perro con voz suave.

– Soy [Katherine Bayard](#). Lamento que haya tropezado. ¿Le duele algo?

Don Juan se agarraba con fuerza el tobillo, cerraba los dientes, se contenía para no dolerse ante la presencia de la muchacha.

– Debo haberme lastimado el pie. El abrigo, como usted ve, está empapado... En fin, parece que no me he roto nada.

– Entremos y veamos qué tiene.

Katherine le hizo pasar a la biblioteca; puso el abrigo sobre una silla, cerca del fuego de la chimenea. Llamó a Sally, la sirvienta, y le encargó que calentara una bolsa de agua.

– ¿Quiere usted tomar algo?

– Un coñac me vendría bien.

Después de darle la bebida, Katherine trajo una banqueta, le cogió el pie derecho y se lo acomodó en un cojín. Cuando le puso la bolsa, sintió don Juan algo que tenía casi olvidado: la ternura de una mujer derramada con sencillez sobre un hombre doliente.

– ¿Puedo llamarla Catalina?

– Me llaman Kate, pero si es su última voluntad...– dijo ella resignada.

Recobró don Juan el buen humor y el dominio de la situación.

Olga Abrahamova le había contado que aquella joven que le miraba de manera fija, respetuosa, sustituía a su madre como ama de casa y anfitriona. La mujer de Bayard vivía en Wilmington, Delaware, con una grave enfermedad de corazón. Catalina y su padre iban a verla con frecuencia. Así llevaban diez años.

El fuego de la chimenea derretía la resina en los leños, un aroma de pino se esparcía por el aire. Sobre el escritorio: cartas, una pluma nacarada y varios cuadernos gruesos; uno de los cuales, forrado en piel azul, se cerraba con un candado dorado. Don Juan conocía ese tipo de libros caja–fuerte, en ellos llevaban sus diarios las jóvenes románticas.

– ¿Le gusta Virgilio?

– Sí – respondió sorprendida Catalina –. ¿Cómo lo ha averiguado usted?

– Ese que hay al lado del azul, no puede ser más que La Eneida, un facsímil de la edición veneciana de 1501, hecha por Manucio.

El volumen yacía abierto por una página con un grabado que representaba a Eneas hablando con la reina Dido, sentada en un trono: "Infandum, regina, iubes renovare dolorem".

– Lo conozco muy bien. El original pertenece a un amigo mío.

Había tenido el libro en sus manos, en casa de Cánovas. Al Monstruo le gustaba mostrárselo, pero racionaba el tiempo de contemplación: "No lo mire más, que le va a gastar las tintas".

Don Juan adoptó la actitud del elegido, del que tiene acceso directo a las fuentes de la Cultura de Occidente. Había traducido [Dafnis](#) y Cloe, podía admirar en El Prado a [Velázquez](#) y a [Goya](#), tomaba café con Víctor [Hugo](#)... Se contuvo y no le dijo que, según sus compatriotas, él mismo moraba en el Parnaso.

– ¡Qué suerte tienen en Europa! – exclamó Catalina –. Pueden encontrar todavía obras de Horacio o de Platón, perdidas en viejas bibliotecas de monasterios.

– También he tenido en mis manos una [primera](#) edición de El Quijote.

– No piense que soy una coleccionista. Leo de todo; prefiero a [Dickens](#), pero me gustan las obras populares, los dramas románticos, las hermanas Brönte, Jane [Austen](#)...

Catalina hizo una pausa, miró con ironía a don Juan y continuó:

– No tema, no voy a cansarle con todas mis lecturas, no quiero que crea que soy una licurga.

“Garza plateada”, tuvo la intención de decir don Juan.

Catalina fue a cambiarse para la cena. A los veinte minutos se presentó con un sencillo vestido blanco. Poco después, sonaron en el vestíbulo pasos apresurados de la servidumbre, categóricos cierres de puertas bien engrasadas, civilizados murmullos. Apareció en la biblioteca [Bayard](#). La negra pajarita hacía pensar más en un próspero cirujano, que en un político. Andaba inclinándose un poco hacia su izquierda. Se dirigió con una sonrisa amable a don Juan.

– Disculpe el retraso, he tenido que despachar con el embajador inglés y estoy agotado. Espero que mi hija le haya hecho los honores.

– No sólo eso, me ha curado – recalcó don Juan, señalando la bolsa de agua que había quedado encima del taburete.

Bayard miró orgulloso a Catalina; se quitó el gabán y fue a cambiarse para la cena. Don Juan se sentía cada vez mejor en aquella casa. El jefe de la diplomacia americana le inspiraba confianza. No sólo por su fama de hombre honesto, sino por el hecho sorprendente, que estaba descubriendo ahora, de ser el doble de don Gabriel Viñas, el médico que, cuando niño, le miraba las anginas y le dejaba llevar las bridas de su jamelgo. Don Juan sabía que algunos hombres tienen un duplicado, idéntico en lo físico, aunque no en lo espiritual. En Bayard parecían darse ambos casos: la cara y la figura,



pero también los gestos, la forma de mirar, los andares... Hacía unos cuarenta años que don Gabriel había muerto.

– Su padre es el sosias del médico de mi infancia – le dijo don Juan a Catalina.

– ¿Cree usted en la reencarnación?

– No, aunque espero que el senador sea tan benevolente conmigo como lo fue don Gabriel.

– Si Pitágoras pudo descubrir el alma de su propio padre prisionera en un perrillo, quizá usted haya hecho lo mismo con el espíritu de su médico – sugirió Catalina con un acento profundo que desconcertó a don Juan.

La cena transcurrió, en lo gastronómico, a una altura infrecuente en los Estados Unidos: crema de ostras, sábalo del Potomac y pato salvaje con gelatina de grosellas. Nada de eso pudo saborear por el resfriado.

Catalina le animaba para que contara anécdotas del mundo literario. Preguntó por París, por Víctor Hugo. Luego, si había visto a la reina Victoria o si conocía a Eugenia de Montijo. Aquí se lució el embajador. No sólo la conocía, eran casi parientes; se escribían, siempre que pasaba por Londres debía visitarla. Don Juan empleaba sus artes conversatorias con la máxima dedicación. El tobillo ya no le dolía por efecto del burdeos. El constipado, detenido en la nariz, le deparaba una medio sordera apacible. Con el quejisma en la voz y la humedad en los ojos, bien podría pasar por un maduro trovador embaucando a los dueños del castillo.

Terminó la cena. Catalina, antes de retirarse, le estrechó la mano. Don Juan sintió el calor de ella ascendiéndole por el brazo hasta el hombro y el cuello.

Repasó los asuntos que debía tratar con Bayard. Era necesario mantenerse firme, estar prevenido ante las posibles réplicas, y sobre todo, conseguir el compromiso inequívoco de que no se iba a permitir la salida de expediciones rebeldes desde puertos americanos.

Bayard se arrellanó en su butaca.

– He leído el informe de mi secretario. Lamento el atentado que sufrió su cónsul en Cayo Hueso. Frelinghuysen nombró una comisión de investigación y yo he encargado que se le proteja. En cuanto a Agüero, sabemos que ha vuelto de Cuba, pero el presidente me ha dicho que no podemos tocarlo. Tiene el estatuto de refugiado político.

– Usted sabe que es un terrorista.

– Washington y Jefferson fueron considerados terroristas por los ingleses en nuestra guerra de independencia. La cuestión está en la definición: ¿luchador por la libertad o delincuente?, ¿patriota o asesino?

– Washington no asesinó a sangre fría, ni puso bombas a inocentes, ni, como ha hecho Agüero, secuestró a un teniente español, cobró el rescate y luego lo fusiló.

– La lógica de la guerra nada tiene que ver con la de la justicia o la de la paz. Ustedes están en guerra... No digo que nos sea indiferente la independencia de Cuba. Quisimos comprársela por un buen precio, pero perdieron la oportunidad de salir airoso de allí por los caminos prácticos del comercio.

– Para nosotros vender Cuba sería como para los Estados Unidos vender Kentucky. Mucho más, pues ustedes llevan menos tiempo allí que nosotros en Cuba. Es una provincia de ultramar, una parte de nuestra patria – proclamó don Juan de manera inflamada.

Bayard se encargó de corregirle el arranque patriótico.

– Provincia que no tiene las mismas leyes que la metrópoli, en donde no hay libertad de partidos, y persiste la esclavitud. No creo que debamos idealizar. Cuba para ustedes y para nosotros es una colonia, una posibilidad de hacer negocio.

– En los políticos y en los ricos sí anida la idea de colonia, pero la mayoría de los españoles ve a Cuba como una tierra prometida o como un camposanto. Ochenta mil familias dejaron enterrados allí a sus hijos durante la guerra del 68.

– Es el destino de todas las potencias coloniales. Ustedes mismos, los más razonables, saben que tarde o temprano tendrán que salir de la isla.

Don Juan veía cómo el problema de Agüero se iba esfumando, empujándose en aquel debate de planos más altos. El punto central de la entrevista iba a quedar sin satisfacción. Con tozudez insistió:

– Mi gobierno me ha dado instrucciones para que proteste formalmente por la impunidad con que se mueve Agüero. La Ley de Neutralidad de 1818, prohíbe apoyar o permitir empresas armadas contra naciones en paz con los Estados Unidos. Ustedes tienen relaciones diplomáticas con nosotros, que somos un Estado real, existente, no un comité reunido en un apartamento de Nueva York. Es con España con quienes están obligados por las leyes internacionales. Además, los del comité revolucionario tampoco apoyan a Agüero, lo consideran un personaje cruel y extravagante. Por lo que yo sé, el filibustero les odia a ustedes tanto o más que a nosotros. Quiere una Cuba libre, también de los americanos.

– Sí, sí, no puedo negarle que lleva razón... Tenga la seguridad de que el presidente, a pesar de las presiones de Congreso y Senado para que nos declaremos beligerantes, quiere mantener los compromisos de lealtad con su país.

– Hasta hoy, sin embargo...

Bayard no le dejó terminar:

– En lo sucesivo diga a sus cónsules que este gobierno necesita pruebas, nombres... para poder actuar de acuerdo con la ley. Tenga la seguridad de que prohibiremos salir de nuestros puertos a las expediciones armadas, si se nos avisa con tiempo y en la debida forma. Eso me parece sensato, pero a Agüero no podemos detenerle, ni expulsarle – concluyó el Secretario con determinación, casi con mal humor.

Don Juan iba con asiduidad a casa de los Abrahamov. La embajada rusa era el único sitio en que comía bien de veras, igual que en París. Se cenaba a eso de las siete, después tenían lugar toda clase de juegos, desde el inofensivo y diabólico billar, pasando por el meditabundo bridge, hasta los sangrientos póquer o bacarrá. En la mesa de éste último perdió Juanito un día las 580 pesetas de su paga mensual. Olga había enseñado a don Juan a jugar al póquer y practicaban algunas veces de forma amistosa. Sin embargo, debido a su no abundancia de metales preciosos, no tenía más remedio que refugiarse en las carambolas con el padre de Victoria o con el embajador portugués, Vizconde das Nogueiras. El buen coñac y los habanos compensaban la sosería de sus colegas. A menudo se desplazaba a las mesas del peligro, observando la pelea. Olga y Nicolai jugaban en partidas distintas, siempre al bacarrá o al póquer. Eran, sin duda, los más ricos del cuerpo diplomático, mucho más que sir Lionel. A don Juan le fascinaba ver la cantidad de dólares que ponían encima de la mesa, flamantes fajos traídos por el viejo criado Vania en una bandeja de plata. Ganaban mucho, perdían más, aunque no parecía importarles.

La mesa de aquella noche la formaban Nicolai, Victoria, la mujer de Nogueiras y Francis J. Jessop, vicepresidente de la banca Morgan, Gran Maestro de la logia de Columbia.

Victoria entró en la sala de billar, le dijo a su padre:

– Ocupa mi sitio, hoy no es mi día, estoy harta de perder.

Sir Lionel hizo un gesto de tedio y, abstraído, siguió poniéndole tiza al taco. Victoria, entonces, se dirigió a don Juan:

– ¿Querrá usted sustituirme? Si no, romperé la partida y me odiarán.

La entonación de la joven contenía muchos matices: ¿querrá hacerme el favor?, ¿podrá?, ¿tendrá dinero?, ¿se atreverá?

Don Juan, con sonrisa condescendiente, contestó:

– Bueno, allá voy...

Le asombró la rapidez con que había obedecido a la inglesita. Sería prudente. Iría sólo si tenía buena jugada. Nicolai ganó anoche tres mil dólares. Ciertamente posee las tierras de media Ucrania, pero los ganó. Con la mitad de eso, se quitaba él todas las deudas. Sería una ganancia legítima. América, cuerno de oro.

Buscó en su cartera el dinero. Barajó solemnemente. Los naipes salieron disparados hacia las manos ansiosas. Al poco tiempo, cogió un farol a Nicolai con dobles parejas. Juanito, detrás de su tío, miraba cómo éste, con lentitud desesperante, descubría sólo el canto de las cartas; por fin, las desplegabam para que su sobrino pudiera ver la jugada. Pero llegó un momento en el que la cuestión se reducía a si asistía a los dos mil dólares que había puesto Jessop sobre el tapete. El banquero parecía indiferente ante aquel hervidero de papel sagrado. Cuando Jessop envidó, su rostro senatorial apenas se contrajo para esbozar una sonrisa. Ni un músculo, ni una gota de sudor en aquel agobio, como si dispusiera de refrigeración interna. Don Juan intuía que iba de farol; a él las

cartas le estaban llegando en el momento preciso, sin embargo, no tenía una jugada demasiado brillante; buena sí, aunque no para emplear en ella los trescientos dólares recién ganados. Los demás se tiraron. No debía haberse sentado en una mesa tan alta, tan fuera de su nivel. No se puede jugar con miedo a que si pierdes te quedas sin responder a lo más elemental, como pagar los recibos o la comida, o mandarle las dos mil pesetas a tu familia. Debía decidirse. “Va de farol, es seguro”. Al fin se atrevió, puso su resto sobre la mesa. Jessop tiró las cartas y le dijo: “usted gana”. Llevaba pareja de sotas. El banquero había pedido dos para simular que partía con un trío. Don Juan, al tiempo que traía hacia sí el denso dinero, sintió abrirse el Mar Rojo: se retiraron las aguas turbias, avanzaba en su carro de oro para recoger, triunfal, el tesoro. Ahora, prudencia, conservar esa fortuna. No podía cometer la grosería de levantarse de la mesa. Debía pasar mucho; ir sólo algunas veces para disimular, arriesgando poco dinero. La partida entró en unos momentos decisivos. Los dólares se movían, las jugadas eran comprometidas. Todos recibían buenas cartas, resultaba difícil mantener la sangre fría, no participar. Nicolai le ganó en una mano la tercera parte de lo que había ganado él a Jessop. Tuvo que ir. Llevaba un ful de ases. Si uno se tira con eso ante un hombre que ha pedido tres cartas, debe abandonar la partida. Se retuvo durante media hora más. Vio pasar muchas ocasiones de triunfo. Si hubiera ido todas las veces que ganaba, tendría una fortuna. Jessop dejó caer que el embajador desde hacía rato estaba “in the shell”, “metido en la concha”, tratando sólo de defender lo ganado. La provocación cayó en saco roto. No le vería los naipes hasta que llevara una jugada derribadora. Era inútil que le provocara. Decidió no beber más coñac. Recibió las primeras tres cartas. Las distinguió de golpe: rojas, dentadas, triunfantes, se mostraban las K de los reyes. Esperó las otras dos, sin atreverse a mirar a los ojos de los contrincantes. Vio la primera, un caballo; pintó con cuidado la segunda: otro rey. Póquer de reyes servido. Jessop puso todo su dinero, como otras veces, para apabullar a don Juan. Éste ahora no lo pensó. Con sus manos elegantes empujó todo lo que tenía arrastrándolo por el fieltro verde con parsimonia. Tenía cogido al magnate. Jessop pidió dos cartas. La suerte estaba echada. Don Juan quedó servido. No valía la pena engañar pidiendo una. “¿Qué tiene?”, le preguntó, humilde, Jessop. “Póquer de reyes”, contestó rápido don Juan. El banquero fijaba su mirada ósea en el puro, le subía a los ojos esa niebla de los que se creen por encima de los demás, una superioridad que no iba dirigida a nadie en concreto, sino al resto del mundo. “Éste es de ases”, dijo el banquero con armoniosas resonancias viriles y aterciopeladas en la voz, desplegando lentamente cuatro monstruos, rojos y negros, solitarios en el centro de las cartulinas blancas, como ojos de cíclope. Don Juan sintió el corazón en la garganta, un dolor fuerte en los riñones, se le nubló la vista por un instante, tragó saliva, murmuró en español algo apenas audible, pero lleno de rabia y desesperación. A las dos o tres jugadas fue al baño, contó el dinero que le quedaba en la cartera: cincuenta dólares. Podía disponer de otra oportunidad. La mesa tenía tal ritmo que resultaba posible recuperarse en una sola mano. Le dolía un poco la cabeza, trataba de comportarse con naturalidad. El ansia de desquite le había crecido hasta hacerse irresistible. Se acabaron las buenas jugadas. Fue perdiendo en pequeñas escaramuzas. Acabó sin los cincuenta dólares. Quiso levantarse. Jessop le miró de manera comprensiva y le ofreció tres billetes de doscientos. “Para que no tenga cuidado...”. Ese dinero también fue disminuyendo de manera poco heroica, hasta que lo perdió todo. Le firmó a Jessop un pagaré por seiscientos dólares. Se levantó de la mesa, la cabeza le daba vueltas. Se decía: “Imbécil, imbécil, imbécil”. Salió a la terraza, necesitaba ordenar sus ideas. El frío de la noche, el ruido de los sirvientes ajetreados en la cocina, no le hicieron recuperar el sentido de la realidad. Miraba con indiferencia las ventanas, las columnas, como si fueran un decorado. Reproducía las jugadas clave: “si hubiera

pedido... si hubiera ido... ¿cómo no le noté en la cara que llevaba jugada...?, ¿cómo me amilané con aquella escalera...?, ¿de dónde saco los seiscientos dólares...?"

Nicolai salió a la terraza, cogiéndole del brazo le llevó adentro. Su amigo no comentó la partida. Antes de marcharse, Jessop le dijo que no tenía que precipitarse en devolver el pagaré. Luego, le invitó a visitarle en el Club Cosmos.

#### Capítulo 4. [El espía exige](#)

El cónsul en Nueva York, don Enrique Chamorro, telegrafió avisando de que llegaba con un asunto importante. Paco fue a recibirlo a la estación. Don Juan le esperaba impaciente. Nada más entrar en el despacho, notó el embajador que aquel hombre pequeño, atildado, traía algo que le disminuía aún más. El cónsul saludó con una reverencia y pasó a la exposición de los hechos.

– Maceo y Gómez están en Nueva York. Vienen para organizar otra vez la lucha. Pero lo más urgente es lo que me ha dicho uno de nuestros informadores habituales. Los dinamiteros de Tampa preparan una gran explosión en la Habana. El espía pide cinco mil dólares para darme nombres, fechas y lugares. Lo de Gómez puede esperar, lo de la dinamita parece inminente.

Don Juan miraba a Chamorro con una expresión concentrada. De los ojos de ardilla del cónsul salía, igual que de los de Quirós, la corriente del miedo, pero contenida por cierta elegancia cosmopolita. Tenía una buena tienda de paños en la calle 32 y parecía estar allí para cortarle un traje al embajador. Chamorro recibía al trimestre seis mil dólares del Capitán General de Cuba destinados a pagar abogados, espías y vigilancia de los independentistas.

– ¿Y no le queda a usted dinero? – preguntó don Juan con tono de incredulidad.

– Ya está casi todo gastado o comprometido. Sólo tengo quinientos dólares hasta que dentro de veinte días venga otra vez lo de Cuba. No podemos esperar tanto tiempo.

– ¿Es de confianza el espía? – inquirió don Juan, viendo que era imposible sacar del caparazón a esa tortuga taimada.

– Absoluta. Hasta el momento todo lo que ha dicho ha resultado cierto al milímetro. Por eso veo grave el asunto.

Y sin duda lo era. La dinamita era grave, la rabia de los [tabaqueros](#) de Florida, también. Quirós, una semana antes, le había enviado el periódico cubano de Cayo Hueso, en el que éstos se jactaban de tener todo preparado para la “guerra científica”. Un ruso, al que llamaban "benefactor de la humanidad", comparándolo con Gutenberg y Washington,

les instruía en las artes explosivas dentro de una fábrica abandonada. Pero necesitaba los detalles, no podía quejarse al Secretario de Estado con tan pocos datos. Todos los cónsules y agentes sabían que con él no se podía contar para seguir con la derrama de fondos. Ya había negado cinco peticiones. Estaba resuelto a sanear las cuentas, a pagar al banquero de la embajada, Mr. Riggs, hasta el último céntimo. No podía ahora hacer una excepción. Y aunque quisiera, ¿de dónde iba a sacar los cinco mil dólares?

– Usted sabe que mi política aquí no es como la de mis antecesores. No quiero que nos tomen más el pelo esos charlatanes.

– Me temo que esta vez es cierto – repuso Chamorro.

¿Y si él, por no caer en el extremo de manirroto, caía en el de irresponsable? Al fin y al cabo, su misión consistía en proteger los intereses de los españoles allá donde se encontraran, y ¿qué más alto interés que la vida? En el periódico de Cayo Hueso, los rebeldes presumían de que, con la instrucción recibida en el manejo de explosivos, podrían hacer saltar por los aires a dos mil soldados españoles.

– ¿Le ha dicho en la Habana? – quiso cerciorarse don Juan.

– Sí, en la ciudad. Eso significaría muerte de civiles. No hace mucho los anarquistas rusos arrojaron una bomba en un teatro, murieron más de doscientas personas. Quieren volar la Habana – repitió Chamorro, como si intentara hacer ver a don Juan que toda la ciudad saltaría por los aires.

– Pero eso es imposible.

– Pueden intentarlo en varios lugares.

– Dígle a su informante que mi gobierno premiará todo servicio que se le haga, aunque no se compromete de antemano a dar a nadie un real antes de comprobar que las revelaciones son ciertas.

– No aceptará esperar. Se obstina en que todavía le debemos algunos servicios. Quiere todo el dinero antes de soltar un detalle. En ese mundo funcionan así. Tiene su lógica. Una cosa son las informaciones y otra muy distinta lo que las embajadas hacen con ellas.

– ¿Qué quiere usted decir?

– No confía en que seamos tan nobles como para pagarle si sus informaciones, aun siendo ciertas, no pudieran evitar el fracaso. Esas cantidades se entregan en caliente, cuando los sucesos están por ocurrir. Él cree que lo que sabe vale más todavía. Yo le conozco. Además, le discutí el precio, me parecía excesivo. “Mucho más os gastaríais en ataúdes y en ladrillos”, me contestó.

– Pero se le puede dar un adelanto, y el resto cuando todo termine.

– No quiere adelantos, por lo mismo. Si fracasamos, él cree que con eso lo daríamos por pagado.



– Puede intentar convencerle.

– Puedo hacerlo, aunque lo veo difícil, y el tiempo cuenta, la cosa está muy avanzada. Si ahora nos metemos en negociaciones...

En fin, parecía no haber otro remedio que pasar por despilfarrador o, tal vez, por crédulo y simple; sin embargo, mejor eso, a que se dijera que cuando los rebeldes se agitaban de manera extraordinaria, no se vigilaba bien por miseria suya. Había que encontrar cinco mil dólares.

## Capítulo 5. [Club Cosmos. Cleveland](#)

Al día siguiente, la visita de don Juan a [Riggs](#) fue un desastre. El banquero ni siquiera le permitió exponer la cantidad que solicitaba. No quería saber nada del Reino de España, y menos de sus legados. El que Salazar se hubiera matado porque él ejecutó los pagarés, parecía traerle sin cuidado. Miraba con desconfianza a don Juan, como si fuera una reencarnación de su antecesor. Aseguró que sólo volvería a trabajar con el gobierno español si éste se hacía cargo de la deuda que le había dejado el suicida. Y que aun así, no prestaría jamás a un diplomático.

Don Juan telegrafió a Madrid pidiendo con urgencia el dinero. Le contestó un funcionario: estaba cerrada la partida del mes, tendría que esperar al menos tres semanas. Mandó un cable al Capitán General de Cuba contándole la amenaza. Por la noche, cuando intentaba conciliar el sueño, se le aparecían cuerpos destrozados, relojes rotos, caras - despegadas de los cráneos - flotando en el aire.

Tres días después de la entrevista con Riggs, se dirigió don Juan hacia el otro extremo de la plaza Lafayette. Llevaba el sombrero encajado hasta cubrirle las orejas, abrigo de paño fuerte, guantes de lana, camiseta de felpa y, bajo los pantalones, los calzones largos de dormir. Aun así, no lograba protegerse del viento helado que soplaba desde los grandes lagos del norte. Al fin, llegó a un edificio gris con tres plantas. En la puerta principal, sobre una discreta placa enmarcada por guirnaldas, se podía leer: “Cosmos Club”.

Salió a abrirle el mismo Jessop, le hizo pasar a la biblioteca. En el centro - cubierta de periódicos, revistas y mapas -, una mesa descomunal; sobre ella, tres lámparas de brazos dorados. Colgaban en las paredes retratos de los presidentes y de [pioneros](#) del Oeste. Ante semejante panoplia, no se podía dudar del espíritu patriótico del [Club](#) Cosmos. Los treinta y tres socios fundadores, le decía Jessop, compartían todos el mismo entusiasmo por la divulgación del conocimiento geográfico, el patrocinio de nuevos descubrimientos y las aventuras en lugares recónditos.

Jessop se acercó a un mapa mundi desplegado sobre un pupitre especial. Lo mostró orgulloso a don Juan. Aparecían marcadas con círculos rojos ciertas zonas del globo: Alaska, Centroamérica, Méjico, Cuba...

– En estos lugares – señaló el banquero – hemos tenido recientemente expediciones cartográficas.

– Está claro que quieren estudiar en profundidad a todos sus vecinos – rezongó don Juan.

– En el caso de Cuba – observó con sonrisa apática Jessop – era necesario valorar con precisión la mercancía que intentábamos adquirir. Ustedes sólo tienen mapas militares detallados de la provincia de Oriente y de los alrededores de la Habana. Cuando les quisimos comprar la isla, el Congreso encargó al Club un informe de puertos, comunicaciones, fortines, ingenios, zonas cultivadas, bolsas de agua, minerales..., en suma, un inventario completo. Aunque no pudimos convencerles, hoy sabemos de verdad lo que la isla vale en dólares.

Jessop hablaba en tono amable, irónico. A don Juan, sin embargo, no le gustaba lo que oía.

– Hay cosas que no tienen precio.

– Todo lo tiene. Compramos La Luisiana a los franceses, a los rusos Alaska...

Se sentaron al lado de una ventana por la que entraba la luz declinante de la tarde. Un joven rubio, con los bolsillos de la chaqueta repletos de lápices, les sirvió el té. Después se formó un grupo en torno a alguien que enseñaba unas fotografías. Cuando el corro se deshizo, emergió de él un hombre – abrigo de castor, piel tostada, barba de muchos días – que cogió una mochila del suelo y se dirigió a zancadas hacia la escalera del piso superior.

– Quiere conquistar el polo – informó Jessop condescendiente –. Viene de entrenarse tres meses en Alaska. Seguro que nos va a pedir más dinero y más perros. Creo que Smithies no tiene carácter heroico, sólo es un buen deportista.

– En España se nos agotaron los exploradores en el siglo XVI, entonces gastamos el cupo – observó melancólico don Juan.

– Pero aquellos eran individuos excepcionales, iban a lo desconocido, fundaban ciudades, conquistaban imperios. Hoy lo que tenemos son plusmarquistas ¡Lo que yo hubiera dado por ir en la expedición de Pizarro!

– Ya ve, ahora somos una nación pobre. El pasado no alimenta. Se acabó el imperio. Tan pobre nación, que ni migas de pan nos fían – dijo don Juan, desalentado.

– Sus antecesores no han sido un ejemplo de seriedad – intervino rápido Jessop.

– ¿Y qué culpa tengo yo de eso?

– Usted ninguna, aunque su gobierno podía elegir...

– El mes que viene cuento con que podré pagarle los seiscientos dólares – aseguró don Juan con acento firme.

– Ya sabe que no debe preocuparse.

Don Juan quedó en silencio. Sacó el pañuelo, se quitó las gafas y comenzó a limpiarlas. Miró a los ojos a Jessop:

– Sé que abuso de su consideración, pero ¿podría negociar su banco una operación de crédito con España?

– Usted es todavía nuevo aquí. Mi firma no es muy favorable a todo lo que hacen ustedes en Cuba – dijo Jessop con suavidad.

– ¿Y si es a mí?

– ¿Un crédito personal?

– Sí.

– Tendríamos que estudiarlo.

– Son cinco mil dólares.

– Es mucho para un particular, ¿le avala alguien?

– No tengo propiedad que aportar. Sólo cuento con que mi gobierno pagará esa suma dentro de unos días. Si me atrevo a pedirselo, es porque urge en extremo.

Jessop permaneció en silencio unos instantes. Tenía los ojos – verdes, profundos – fijos en don Juan; pero, en realidad, mirando para adentro.

– Me arriesgo. Confío en usted. Somos amigos – resolvió por fin el banquero –. Sólo que se lo voy a prestar yo, no mi banco. Sin intereses. Me firma un pagaré como el del otro día, para uso particular... Espere un momento.

Después de salir Jessop, a don Juan empezaron a temblarle las piernas; tuvo que cruzarlas y apretar fuerte para intentar detener el automatismo. Se aflojó la chalina, encendió un puro, sintió como si el nudo de los zapatos se lo hubieran desatado en el pecho.

Volvió el banquero. Le entregó un fajo con billetes de veinte dólares y le dijo que los contara. Don Juan se negó. Después, en un papel con membrete del Club, leyó la escueta transacción. Pidió una pluma, Jessop fue a la mesa de mapas y le trajo una de ave del paraíso. Estampó su firma en tinta marrón, la de los continentes, con ceremonia, muy despacio, para disimular el temblor.

Al salir seguía el viento frío, la plaza estaba desierta. Ahora se encontraba en la misma situación que Salazar. Le debía a un banquero varios años de su trabajo. "¿Por qué me he arriesgado? ¿Y si el espía es un inútil? ¿Y si Madrid...? Escribiré a Elduayen, a Cánovas... Les contaré la situación, se harán cargo... no tardarán en enviarlo. Cuando llegue el dinero, lo primero, devolverlo, y agradecersele a este buen hombre".

Dos días después, muy temprano, Paco Bustamante viajó a Nueva York. A las siete de la tarde, él y el cónsul Chamorro, sentados en un banco de Central Park, esperaban pacientes, uno leyendo el periódico, otro echando cañamones a los patos. Pasada media hora, se les acercó un hombre de edad incierta, barba grisácea y levita bien planchada. Saludó con una sonrisa desperdigada al cónsul; sin dejar que éste interviniera, se presentó ante Paco:

– Me llamo Ausubel, Pierre Ausubel, viajante de la casa Leclerc, radicada en Burdeos, importadora de algodón – dijo, mientras movía con suavidad dulzona sus ojos de pastel, un poco saltones y verdosos.

Paco sintió alivio al ver que el individuo no le ofrecía la mano. Intentó unas palabras de compromiso, pero Ausubel le entregó, rápido, su tarjeta de visita.

– No sólo tengo información, ofrezco soluciones; y si llega el caso, las ejecuto. No me tome por un espía corriente. Conozco la política de las naciones.

De ningún modo tenía trazas de espía, más bien de panadero a quien, aun acicalado, le resultaba imposible ocultar la pátina de harina que saturaba su piel. Paco se puso a escarbar con el bastón en la arena del parque. Ausubel no tenía más remedio que mirar a Chamorro, aunque las palabras se las dirigía al secretario:

– Agüero puede encender la lucha de nuevo. Sus provocaciones harán que otra vez la sociedad cubana se radicalice, que todas las mejoras políticas de la moderación se vean arrasadas – pronosticó Ausubel.

– No hace falta que me hable de Agüero – intervino Paco en tono áspero – . Venimos aquí a pagarle por otra información más importante.

– Pero todavía no me han pagado.

Paco sacó un sobre abultado de su abrigo; se disponía a entregarlo, cuando el espía le detuvo.

– Seguro que no lo sabes todo. El embajador Salazar estimaba mucho mis informes, los recompensaba con generosidad. Por cierto, todavía se me debe el último de ellos.

– Se lo debía Salazar, y Salazar está muerto.

– Me lo debe el reino de España, pues a él beneficia.

– ¿En qué le beneficia? Por lo que yo sé, usted ayudaba al anterior embajador en ciertos maquillajes contables. ¿Qué tiene eso que ver con el reino de España? – cortó seco Paco.

– Bueno, dejemos en paz a los muertos... – medió Chamorro con paciencia de sastre –. Ausubel, usted debe comprender que se está yendo por las ramas y no tenemos tiempo que perder.

– Lo que me interesa proponerles es otra cosa – insistió el espía –. Sé que están preocupados por la virulencia de la rebelión encabezada por Agüero. Por quince mil dólares, más los novecientos que se me deben, puedo conseguir que ese quebradero de cabeza termine.

– ¿Y cómo pretende hacerlo? – preguntó Bustamante.

– En este país todo el mundo maneja bien las armas.

A Paco nunca le habían ofrecido matar a un hombre, y menos con esa naturalidad. Tentado estuvo de pedirle detalles, de dejarle más tiempo para que expusiera su plan, pero al fin le contestó:

– El nuevo embajador es una persona decente, nunca aprobará nada así.

– Ya sé, ya sé... que no está a la altura de las circunstancias. Su país no debía haber enviado aquí, en estos momentos, a un "homme de lettres".

Paco se levantó y le puso delante el sobre. Ausubel lo rechazó.

– No seas ingenuo muchacho, no hagas eso nunca. ¿Y si te digo una serie de banalidades, o te cuento una fantasía? Debes oír primero el género, después entregar el dinero. Quiero ver que me lo ofreces con satisfacción, como cuando pagas a un dentista porque te saca una muela.

Chamorro miró a Paco pidiéndole tranquilidad, y le dijo a Ausubel:

– Pierre, no me marees, por favor, que tengo la sastrería abandonada.

– Bueno, bueno... Los conspiradores...

Paco sacó un pequeño bloc y un lápiz.

– Tienen la dinamita en Savannah, van a trasladarla a Cayo Hueso. El envío es de mil quilos. Quieren volar el **Palacio** de Gobierno en pleno día, con la gente y el capitán general dentro. A partir de un mes, cualquier fecha. El cabecilla es Marrero, presidente del club nihilista de Tampa. En este papel – y sacó del bolsillo un pliego color marfil cerrado con lacre – tenéis los nombres de los demás patriotas.

Paco cogió el pliego y le dio el dinero a Ausubel, que, llevándose los dedos a la lengua, lo contó muy despacio. Al terminar, miró a Bustamante:

– Le repugno, pero me lo agradece, ¿verdad? Lo noto. En fin, Chamorro, estoy a su disposición. No me olvide...

Después de darle la mano al cónsul, el espía se marchó por el sendero que bordeaba el estanque del parque.

El viaje de vuelta a Washington lo hizo Paco sentado encima de la carpeta que contenía el pliego. Cuando llegó a la embajada, Pestaña y Juanito le estaban esperando, se

abalaron sobre él. Jaleado por sus compañeros, se dirigió al despacho de don Juan. Le seguían como al mensajero que se ha arriesgado en campo enemigo. Paco agarraba la carpeta con fuerza.

El embajador le recibió:

- ¿Qué, como ha ido la cosa?
- Tenemos los nombres y el sitio.
- No me hagas leer, dímelo.
- Un tal Marrero y seis más. Nos queda un mes.
- Mañana mismo le llevo esto a Bayard.
- ¿Puedo telegrafiar a Cuba? – preguntó Paco, como si quisiera rematar la faena.
- Descansa, hombre, ... tienes ojeras y cara de hambriento. Ya lo hará don Saturnino.
- ¿Lo hago yo? – se adelantó Juanito enardecido, mirando a Paco con fervor y a su tío con súplica.
- Pero si no te sabes las claves – contestó don Juan impaciente.
- Puedo consultarlas en el libro.
- Esta no es ocasión para principiantes.

Juanito miró con rabia a su tío y salió dando un portazo. Se dirigió a su habitación, cerró la puerta. Se puso a canturrear algo incomprensible. No era la primera vez. Siempre que no se salía con la suya, recurría a esa protesta sonora. Cuando su tío le pedía explicaciones, contestaba que si dejaba de cantar, le invadían voces con mensajes horribles. Don Juan elucubraba sobre esa manía. Si estaba de humor, pensaba en Pitágoras. Para el de Samos, las esferas, que giran en arrebatado y armónico movimiento, arman perpetua sinfonía; pero como ésta no cesa, y estamos sumergidos continuamente en ella, no la oímos los hombres. Cualquier cosa daría él para que, con la música del sobrino, le sucediera lo mismo. Pero no le sucedía. Se despertaba oyéndola, la oía cuando escribía, cuando almorzaba y, sobre todo, cuando Juanito iba al **baño**; allí subía el volumen y lanzaba los agudos en consonancia con los ritmos crecientes de la evacuación. El general Parker, que vivía pared con pared, se había quejado varias veces.

Al poco tiempo, Cleveland celebró el primer contacto con el cuerpo diplomático tras su elección. Don Juan sabía que, durante la campaña, los republicanos le habían acusado de tener un hijo ilegítimo y de haberse librado de la recluta en la guerra civil pagando trescientos dólares a un sustituto. Él mismo reconocía que sólo le interesaba la caza, las partidas de póquer y beber con los amigos. Si le preguntaban por cuestiones culturales, confesaba no haber leído en su vida más libros que los de Derecho y porque los necesitó para hacerse abogado. En sus tiempos como [sheriff](#) del condado de Erie, por ahorrarse los quince dólares del verdugo, había ahorcado con sus propias manos a dos forajidos.



Este rasgo, sin embargo, lo consideró el embajador un buen presagio: quizás fuera un honesto ahorrador y acabara con los sobornos a jueces y senadores.

En el gran salón de la Casa Blanca, antes de recibir a los diplomáticos, el presidente, con sus ciento veinte quilos y bigotes de león marino, estrechaba la mano a ciudadanos corrientes que pasaban en [fila](#) delante de él. Con unos se detenía a hablar un poco, a otros les palmeaba el hombro, a todos sonreía. Un muro formado por bancos, sillones y sofás separaba el lugar donde tenía lugar la audiencia popular de la otra parte del salón, en la que iban entrando los invitados oficiales. Cleveland vestía de frac negro, igual que sus ministros. Don Juan se había puesto el [traje](#) de gala. En su pecho, la vieja España depositaba adornos barrocos de gestas. No le andaba a la zaga el embajador ruso. También Nicolai Abrahamov brillaba como un ascua.

Cuando terminó de dar la mano al pueblo, el presidente quitó un sillón del muro y penetró por el hueco en el recinto de los invitados. La banda de la Marina inició los acordes del “[Saludo al Jefe](#)”. A continuación, los criados retiraron los muebles hasta hacer desaparecer la barrera y así dejar libre todo el salón para el baile.

Cleveland saludó al cuerpo diplomático, también colocado en fila. Don Juan y Nicolai se habían puesto uno al lado del otro. El presidente llegó al lugar que ocupaba don Juan, le dio un fuerte apretón de manos y, mirándole con ojos entornados, le espetó:

– Tienen ustedes que bajar el arancel del azúcar y adoptar reformas políticas que conduzcan de manera gradual a la independencia de Cuba.

Había sido advertido de la brusquedad democrática de Cleveland, pero aquello no se lo esperaba. Se había dirigido a él con el tono de un comerciante que tenía poco tiempo, y ninguna gana de regatear. No le dio oportunidad de reaccionar, pues ya el presidente saludaba al ruso, al cual no dejó de recordar algo sobre el trigo ucraniano y sus altos aranceles proteccionistas. Cleveland parecía aburrido por la ceremonia de los asuntos diplomáticos. Seguro que había memorizado los contenciosos básicos con cada país para plantear su política exterior durante la media hora de las presentaciones. A don Juan, que presumía de buen fisonomista, le recordó, ni más ni menos, al sargento Olegario de la Guardia Civil de Doña Mencía: un [tío feroz](#).

No se había repuesto el embajador del saludo de Cleveland, cuando tuvo ante sí la visión de una mujer de unos cincuenta años, con apariencia de monja exclaustrada, sonriéndole con simpatía. No llevaba maquillaje, ni más joyas que unos pequeños pendientes de perlas. El pelo recogido, castaño oscuro, dejaba ver unas orejas rojas, grandes, arrugadas como pimientos morrones. Era la [hermana](#) del presidente, Rose, que hacía de primera dama. Le dijo que esperaba que llegara a querer a los americanos.

Después de pasar miss Cleveland, Nicolai se giró un poco hacia don Juan y, con gesto de complicidad, sonrió diciéndole:

– Al menos ella ha estado amable.

– ¿Has oído cómo el presidente nos ha “excitado”? Sólo le faltó el sombrero y el pistolón. No concibo cómo un país de sesenta millones de habitantes puede elegir a un

individuo tan basto y primitivo. Nos ha tratado sólo un poco mejor que a los matones de taberna de su época de sheriff.

Nicolai con fina sonrisa, apuntó:

– No creas que los otros candidatos eran mucho más delicados. Los americanos, para que les representen en política, eligen siempre a los que sienten como sus iguales. De todas formas, nosotros con quien tenemos que entendernos es con Bayard, que es un caballero.

– Sí, pero el sheriff es quien pone el precio al mulo.

– No esperes mucha aristocracia aquí – siguió Nicolai, tratando de sacar de su perplejidad a don Juan –. En Washington los hombres de negocios huelen a caballo y a colonia barata, los políticos ponen los pies encima de las mesas, o sacan astillas mondando estacas con una navaja en los escaños del Congreso. Si algún día asistes a una sesión de la Cámara, verás cómo escupen en el suelo y blasfeman como demonios.

Ambos observaban complacidos los giros de los danzantes. Oían los brillantes acordes, quizá un poco enérgicos, de la orquesta militar que sin descanso tocaba valeses, cuadrillas, polcas y contradanzas.

Don Juan estaba contento porque al fin habían llegado de Madrid los cinco mil dólares. La carta a Cánovas surtió efecto. “El Monstruo” le ofreció todo su apoyo, a la vez que le pedía un ejemplar ilustrado de los “Principios de Geología” de Lyell.

Nicolai, hincando la barbilla y mirando de reojo hacia el corro que se había formado en torno al presidente, le dijo a don Juan:

– Ahí tienes reunidos a algunos de los principales enemigos de tu país, el "lobby" belicista. Falta el director del World y algún otro. El militar del mentón es el general Grant. A su lado, Andrew Carnegie, dueño de todo el acero que se produce en Norteamérica. Sus factorías de Chicago y Pittsburgh emplean a un ejército de proletarios que, felizmente, no han sido inoculados todavía por el veneno de la Primera Internacional. El armamento pesado de esta nación depende de esas fábricas, en especial, los buques de guerra. Sus convertidores Bessemer forjarán en plazo breve una armada de corazas indestructibles.

Tan conocidas eran las ideas de la hermandad de la guerra en los círculos diplomáticos, que Nicolai se atrevió a extractarle a don Juan lo esencial de la conversación:

Carnegie: “Presidente, necesitamos una pequeña confrontación. Después de la guerra civil, al pueblo americano le convendría unirse contra un enemigo exterior y reconocerse así uno y grande, de acuerdo con su destino manifiesto”.

Cleveland: “Usted necesita una guerra. Sus excedentes la necesitan. Yo soy un hombre prudente. Los muchachos americanos son los que van a caer en el campo de batalla. No usted, ni yo. Sus hijos tampoco irán a esa pequeña guerra, ¿verdad?”

Poco después, se integraron en el grupo John Pierpoint Morgan y su vicepresidente Jessop. Cuando don Juan vio a éste último, le dijo a Nicolai:

– Ahí tienes a un banquero filántropo, si se aparta del nido de víboras quiero saludarle.

Nicolai le miró extrañado.

– ¿Quieres saludar a la víbora principal?

Don Juan puso cara de incompreensión.

– ¿Qué sugieres?

– Que es el cerebro financiero y político de vuestro problema.

Don Juan, incrédulo, quedó unos instantes mirando a su copa, con la cabeza baja. No ponía en duda lo bien informado que estaba Nicolai; pero, después de todo, el asunto cubano le era ajeno, quizá sólo hubiera oído campanas. Con todo, su amigo nunca frivolisaba. Puede que le debiera cinco mil dólares al enemigo, sencillamente. Tenía que devolverle el dinero mañana mismo. Los seiscientos del pagaré personal no los había reunido todavía, a pesar de que mandó a su mujer quinientas pesetas menos aquel mes y se había apretado el cinturón de manera considerable. Aprovecharía la ocasión para concertar una cita al día siguiente. No tuvo que esperar mucho. Jessop, al deshacerse su grupo, inició un acercamiento paulatino hasta que fue inevitable el saludo.

– Me alegro de verle aquí – dijo el magnate con la más política de las sonrisas.

Después de unas cuantas frases amables por las dos partes, don Juan le propuso que le invitara otra vez al Club Cosmos.

– Mañana salgo para Nueva York.

Nicolai aprovechó que Olga se acercaba para ir hacia ella y dejarles solos.

– Ya tengo el dinero. El mío todavía...

– No se preocupe, no hay prisa. Puedo esperar lo que sea necesario.

– Pero yo no – repuso firmemente don Juan.

– Comprendo, pero hasta dentro de tres semanas no volveré por aquí, mañana salgo muy temprano – Jessop pensó unos instantes –. Si no lo ve indiscreto, puede dárselo el director de la casa que tenemos en la avenida de Pennsylvania. Yo hablaré esta noche con él. Lo he visto por ahí, le dejaré firmado un recibo.

– Le agradezco la molestia. He abusado de su paciencia, pero comprenda el alivio que es quitarse una deuda.

– Los banqueros vivimos de lo que nos deben. Cuando regrese, le volveré a invitar al club.

La orquesta paró de tocar. Sonaron tres golpes de platillos, la gente se dirigió al centro del salón. Allí miss Cleveland y el presidente bailaron una danza irlandesa que incluía saltos, giros y palmadas. El hombretón brincaba al lado de su ágil hermana con la soltura de un minero en una noche de sábado. Una salva de aplausos premió a la pareja.

## Capítulo 6. [Vida social. Agramonte](#)

En Washington, los lunes recibían los jueces, los martes Victoria, los miércoles la duquesa de Bonaparte, los jueves los senadores, Clover Adams los viernes, los sábados Portugal, y Rusia... siempre. Guiado por Olga y Nicolai, don Juan llevaba una intensa vida social.

Al principio coincidió con Catalina en algunas veladas; hablaban de literatura, de los caballos, de la naturaleza; ella se quedaba poco tiempo; por el cargo del padre, tenía que acudir a muchos compromisos. Luego se vieron más a menudo, sobre todo en casa de los rusos. Una noche, vestida de blanco y plata, con guirnalda de capullos en el pelo, sentada en un diván, Catalina cantó acompañada por el banjo la balada de Susan Jane. Don Juan le pidió un bis, pero ella fue a preparar el ponche: primero rodajas de plátano y piña, luego champán, después el brandy. Con un fósforo triunfal, los ojos todavía emocionados por las canciones, prendió el coñac. Olga trajo un cucharón de plata. Catalina le llenó la copa a don Juan y se miraron con simpatía a los ojos. Al acabar la cena, formaron mesa de [bridge](#). Juanito no había aprendido la lección, seguía jugando al bacarrá, fresca aún la paga. Victoria desplumaba al embajador francés, Roustan, que no sufría demasiado, con tal de que fuera “Miss Wonderful West” la que le ganara. Cuando se fueron todos, don Juan, Sir Lionel y Catalina continuaron con el bridge. Terminada la partida, como la legación española quedaba lejos, ella le llevó en su landó. Cerca de la plaza Lafayette, Catalina sacó un libro de su bolso y se lo entregó a don Juan.

—¿Querrás dedicármelo? Me lo recomendó mi amiga Clover Adams, ella conoce la literatura de tu país.

Allí tenía el embajador su [novela](#) más famosa. Los americanos preparaban una edición, le habían pedido permiso, quizá recibiera algún dinero, pero no se podía imaginar que en tan poco tiempo estuviera ya en las librerías.

—¿De verdad que la has leído? ¿Te he hecho llorar? — preguntó don Juan.

Catalina sacó un lápiz dorado:

— Ponme una dedicatoria.

Él no se la pensó mucho: “Nulla lacrima, laetitia”.

— No he llegado a las lágrimas. Sí me he emocionado, me has hecho convivir unos días con el corazón de tu heroína. Ahora conozco mejor la vida en España. No comprendo cómo los sacerdotes católicos no se casan. Eso es una fuente inevitable de conflictos.

— Y un filón literario... — apostilló don Juan.

Catalina alzó el cuello de su abrigo, se colocó el pelo detrás con rapidez, frunció las cejas. Como si se preparara para recibir una revelación, le preguntó:

— ¿Por qué no escribes otra novela?

— Porque estoy seco.

— ¿No te inspira América?

— No depende del lugar. Aquí tengo trabajo constante, no me puedo abstraer de mis ocupaciones. ¡Cómo voy a escribir, si todavía no sé nada de la dinamita! Tampoco

tengo tema...

– En Washington hay varias familias que son una novela, y la misma Victoria. Por lo que he oído, su madre daría mucho de sí.

– Buenas historias hay, pero tienes que sentir un empuje misterioso que te lleve a una especial, aquella que necesitas escribir. Y, la verdad, Pepita Oliva, aun siendo española, no me atrae como para dedicarle unos años. Además, no tendría muchos lectores. Hoy hay que escribir a la moda. Todo lo que no sea novela experimental, documento humano, investigación zoopatológica...

– ¿Te refieres a Balzac? A mí me ha gustado mucho "Père Goriot".

– No, a [Zola](#).

– No he leído nada de él, no creo que lo hayan traducido.

– Pero no sólo él. Hasta mi amiga doña [Emilia](#) Pardo Bazán se ha hecho naturalista. Yo he visto novelas sin la letra "e", novelas sin verbo, novelas sin adjetivo; pero es más difícil escribirlas sin libre albedrío en los personajes, sin que haya caracteres, sino bestias humanas que, una vez lanzadas en determinada pendiente, van a parar al "delirium tremens", al erotismo frenético, al furor uterino, a la manía suicida, al instinto sanguinario de asesinar o a otros excesos. Todo lo que no sea el estudio de la bestia humana, influida por ciertas circunstancias, es para Zola, imaginación.

– ¡Qué horror! No lo leeré jamás.

– En "Virus de Amor", el protagonista es el morbo gálico. En más de trescientas páginas se pintan los estragos de esta enfermedad en el cuerpo de una mujer llamada Alfonsina. No hay costra, ni tumor, ni pus, ni horror, ni podredumbre que se quede en el tintero. Esta preciosa novela está adornada con vómitos, diarreas y todo otro linaje de inmundicias; amenizada con episodios de borracheras, hambres, indigestiones y cólicos; incluso encuentros de pederastas en una letrina.

Catalina escondía cada vez más la cara en el cuello alzado del abrigo, hasta sólo dejar al descubierto los ojos, que miraban a un punto sobre su falda, por donde parecían desfilar todas las calamidades que llegaban a sus oídos. Don Juan quedó un momento en silencio, esperando que ella dijera algo. Al fin habló:

– En este mundo hay mucho dolor, pero no debe aparecer en las novelas, sino en los libros de espiritualidad. Yo, cuando voy a leer una, espero que me conmueva, que me ensanche el corazón.

– Esa es exactamente mi idea.

Wilson, el cochero de Catalina, dio tres golpes en la cabina para avisar de que habían llegado. Don Juan le dijo que esperara, entró en la embajada. Al poco, salió con un ejemplar de sus "Cuentos y Diálogos".

– Tómalo, es para ti, te lo regalo por haberme leído, por lo bien que te has portado esta noche conmigo.

Catalina, con cara divertida, sin comprender, asomando por la ventanilla la nariz enrojecida por el frío, dijo:

– Nada especial, creo.

Quedaron en verse al día siguiente en la tertulia de la jueza.

La casa de la jueza Chivers se hallaba en un suave montículo cubierto de rosales. Al entrar, los invitados tenían que subir las escaleras abriéndose paso entre jóvenes sentados en los peldaños, luego iban a los dormitorios, allí dejaban abrigos y sombreros encima de las camas, y volvían a bajar, para dirigirse a la salita donde la anfitriona les esperaba sentada en un sillón, risueña, rebosante de gasas negras, con un collar de perlas

que ceñía su abultado cuello como el grillete de una esclava castigada. Antes de conocerla, ya le había contado Olga a don Juan que Laura Chivers era demócrata liberal, viuda de un juez del Supremo, y siempre muy bien informada sobre la política americana. Aquella tarde estaban invitados España, Rusia, Portugal, Inglaterra y, por supuesto, los jóvenes casaderos de todas las legaciones. Los miércoles recibía a otra porción del cuerpo diplomático. Se ufanaba de que sus tertulias hubieran arreglado algunos conflictos entre naciones. Como no había tenido hijos, le gustaba rodearse de doncellas y pipiolos, asistir a sus cortejos, favorecerlos o impedirlos según aconsejaran los astros. A cada joven le exigía, antes de admitirlo en su casa, la fecha de nacimiento, el nombre de los padres y, si era posible, el punto cardinal al que estaba orientada la habitación en la que nació. Con todo ello, elaboraba unas cartulinas azules, decoradas con estrellas del zodiaco, que mantenía en secreto y le servían para dirigir las operaciones.

Entró don Juan, examinó las escaleras ocupadas por la flor de la edad. Todos hablaban con animación y, entre todos, Juanito, que le cogió el abrigo para subirlo a los dormitorios. Ya había visitado el embajador en varias ocasiones esta casa. Siempre acudía con agrado al reclamo, no sólo del oporto espléndido, sino de las zalamerías que la jueza le dedicaba. Después de beber la tercera ginebra, empezaba a llamarle "Bouquet" y le susurraba al oído: "Es usted el único del cuerpo acreditado que tiene verdadera clase"; a continuación, cogía sus bombones favoritos intentando introducirlos en la boca del plenipotenciario.

Llegó Catalina, apenas miró a los de la escalera; fue a saludar a la jueza. Vestía un traje gris entallado, llevaba el pelo recogido en un moño de seta. Iba sin maquillar, con una margarita en la mano, los botines llenos de barro, las mejillas encendidas. Había paseado un buen rato por los parques aquella tarde de marzo, frente al viento. Después de besar a la jueza, le tendió la mano a don Juan, que pudo notar el halo de frío que desprendía la joven.

– ¿Dónde has encontrado esa flor un día como hoy? – le preguntó la jueza.

– Es de tela. La he cogido de uno de los ramos que le dejan a usted en la puerta.

– Menos mal, creía que las estaciones se habían trastornado.

Entraron en la casa Olga y Nicolai. Al cabo de un rato, todos hablaban con todos. La jueza llenaba las copas, atizaba el fuego, trataba de aflojarse el collar... Pidió a don Juan que recitara alguno de sus poemas. Él se negó de plano, no los iban a entender. Y no sólo la barrera del idioma, no creía que fueran buenos.

– Si quieren ustedes oír algo excelso, que recite Catalina – propuso don Juan.

Ella le miró confusa. Protestó. También se negó. Entonces, Olga Tatiana, sin que nadie se lo pidiera, atacó el monólogo de Hamlet. Nicolai rezongó, y mirando con resignación al fuego, dejó que su mujer le tomara la cabeza entre las manos. Cuando ya estaba despeinado del todo, se levantó de repente, cogió el atizador, y le dijo a Olga:

– Mátame ya. Aquí tienes el puñal.

La carcajada general hizo perder el hilo a la rusa, que sacó la lengua a todos y se inclinó para recibir los aplausos.

– Catalina, por favor, ahora nos haría mucho bien oírte a ti – insistió don Juan con una mirada de ánimo –. A la jueza le gusta mucho Tennyson.

Ella no lo dudó en esta ocasión. Comenzó a recitar a su poeta favorito. La voz le salía del pecho acariciante y honda. Durante las pausas, el silencio conservaba la última palabra suspendida en todo su peso, vibrando con plena sonoridad. Don Juan no entendía la mayoría de los versos, pero algunos le estallaban transparentes y completos. Catalina, como un faro, pasaba sus ojos por las costas de la audiencia, y al llegar a don Juan, lanzaba todo el caudal de luz para iluminarle sólo a él.



“De poco sirve que como un rey incapaz/junto a este hogar apagado, rodeado de pedregosos yermos/ligado a una esposa anciana, yo dicte e imponga/ leyes desiguales a una raza salvaje/ que acumula, y duerme, y se alimenta, y no me conoce...”.

Don Juan ya había oído el **Ulises** en otra velada. Como entonces, se sintió halagado y confuso. Sabía que Catalina se lo dirigía a él.

Cuando terminó el recitado, la jueza, desde su sillón, con lágrimas en los ojos, le dijo a Catalina que se acercara. Le dio un beso.

– Eres adorable, muchacha. Nadie como tú para hacerme llorar.

Y mirando a don Juan:

– ¿No cree usted que estos versos sólo los sentimos a fondo los mayores?

– Y las jóvenes con corazón, como acabamos de ver.

A Catalina todavía le duraba el estado de ánimo del poema. Era como si le costara salirse del papel del viejo héroe. Su cara mantenía una expresión rígida, abatida. Don Juan la cogió del **brazo** y le apretó el codo con cariño. Ella volvió a la realidad sonriéndole con dulzura. La jueza se levantó para avivar el fuego de la chimenea y les dejó solos.

– ¿Por qué te has quedado tan triste? – le preguntó don Juan – . No es más que poesía. Tú no te pareces en nada al pobre Ulises. Yo sí que tendría que estarlo y, sin embargo, mira el espíritu ecuaníme de mi corazón heroico.

– Tengo una constitución melancólica.

– Pues yo te veo siempre alegre, incansable.

– Es por temporadas.

– Serán los humores o los planetas... – dijo él.

Desde la escalera, llegaban las risas de los jóvenes rompiendo en oleadas sobre las cabezas de don Juan y de Catalina.

– No te debe importar dejarme aquí solo ¿Por qué no te vas con los demás? – sugirió él con tono paternal, mirando hacia la escalera –. Una mujer joven y bonita debe ocuparse de sus pretendientes.

– ¿Joven, con veintisiete años? Moriré soltera. Se me ha pasado la edad. De todas formas, aspirantes no me faltan – reconoció Catalina con una sonrisa partida de orgullo y de tristeza.

– Pues sí, he visto a tu alrededor algunos mozos rubicundos.

– Aduladores... Ni uno me ama.

Don Juan la miró expectante.

– Uno me corteja porque le come la ambición: cree que hará carrera política si entra en la familia. Otro, porque piensa que puedo ser su capricho, su placer de algunos días. Lo que quiere es volver a California y contar una conquista principal. El más guapo, por el dinero.

– En España decimos que ése “huele dónde guisan” – observó don Juan divertido.

– Mi padre cree que no puedo ser tan exigente. Según él, leo demasiadas novelas, tengo mucha imaginación y eso asusta a cualquiera.

– Asustará a quien no te merece. Las mujeres de espíritu deben encontrar a un hombre de espíritu.

– En América hay pocos. Todos se dedican a hacer dinero.

– He contado tres. ¿Ha habido algún otro?

– Sí, el primero, con dieciséis años. Pero apenas duró, cambió mucho en poco tiempo.

– ¿Cómo se llamaba?

– ¿Para qué quieres saberlo?

– Para oír tu voz al pronunciar su nombre. A todo el mundo le cambia la voz cuando nombra al primer amor.

– Lo haré si luego haces tú lo mismo.

Don Juan no se atrevió con la prueba. Temía que, si su boca articulaba “Lucía”, Catalina notara el crujido de la cicatriz.

– Se llamaba Visitación – soltó el nombre de su criada, porque en cierto modo fue la primera mujer de su vida.

– Cariño sí parece que le tienes – afirmó ella con una sonrisa clara, y después de dudarle un poco:

– El mío se llamaba George.

– Curada.

Don Juan fue por una copa de ponche. Cuando volvió, ella le dijo con voz de curiosidad y gesto misterioso:

– Hace unos días, en casa de Henry Adams, el general [Grant](#) estuvo todo el tiempo preguntándome por ti. Tus gustos, tus aficiones... Como militar no es muy sutil, quiere saber cuál es tu punto débil.

– ¿Y por qué te lo pregunta a ti?

– Porque sabe que soy patriota, y cree que tú y yo somos amigos – dijo Catalina mirando con franqueza interrogante a don Juan –. No te preocupes, le he dicho que sólo te interesa la escritura, que un gran autor como tú está por encima de negocios e intrigas.

– Bien, bien, esos son mis principios generales – declaró don Juan, mientras en su interior completaba la frase... “aunque hay casos en los que, sin que sufra la honestidad, se puede amar el dinero legítimamente ganado o libremente ofrecido por la inconstante fortuna”.

– Cree que tu debilidad es el juego – dijo Catalina con una sonrisa divertida.

Don Juan se quedó un instante sin habla. ¿Cómo había tardado tanto en descubrir la táctica de Jessop? Ahí estaba la razón de la demora en el cobro de los pagarés. El banquero guardaba dos papeles claros, indiscutibles, firmados por el embajador de España, reconociendo una deuda considerable: retenerlos era su poder sobre él. Cuanto más tiempo los mantuviera en su mano, más coacción ejercería la hermandad. Podía, incluso, mandarlos al *World*, que los publicaría de inmediato, aderezándolo todo como una sabrosa historia de tahúr.

Catalina notó el estupor de don Juan.

– Le he dicho que sólo juegas al billar y al bridge.

– Una sola vez he jugado al póquer, en casa de Olga, antes de conocerte. Perdí bastante para mis posibilidades.

La jueza se acercó a ellos y le preguntó a don Juan:

– ¿No es cierto que se queja usted del servicio de su embajada? Si quiere, puedo proporcionarle un par de buenos criados, limpios y trabajadores; un matrimonio que ha estado diez años con Medora Pitt y que, al morir ella, se encuentra sin trabajo.

– Lo siento, señora, debo arreglármelas con las dos calamidades ibéricas que tengo. Los galeones de oro no acaban de llegar a la plaza Lafayette. Estamos en la inopia.

Mientras se dirigían hacia el comedor, la jueza recordó algo:

– ¡Ah! Debe usted conocer a un joven nuevo que tengo aquí. Me lo presentó Charles Dana, el editor del *Star*, como “una promesa de la lírica latinoamericana”. Es cubano, se llama Ignacio Agramonte, y tiene unas estrellas estupendas.

Todos se encontraban ya alrededor de la mesa, menos Victoria, que en las escaleras, con las mejillas arreboladas y la mirada brillante, seguía absorta las palabras del cubano. No quitaba ojo de la corta melena de Agramonte, de sus ojos pardos y velados, de su tez pálida. El espíritu humano es tan complejo que apenas acierta a distinguir los resortes profundos que le impulsan a la acción: Juanito subió hasta el último peldaño y, haciendo una cómica reverencia, extendió el brazo hacia Victoria:

– Dame la mano, ¡ oh musa !, y deja en paz a las colonias.

El tono de Juanito no fue todo lo jovial que pretendía, asomaba un desdén que no pasó inadvertido al poeta. Victoria cogió a los dos del brazo y, riendo, bajó con ellos las escaleras. Ya en el comedor, se dirigió a don Juan para presentarle a Agramonte. El saludo fue breve, Ignacio le estrechó la mano de manera blanda y despegada. En la cena hubo calidad, pero el mantel de flores y las salsas picantes agradaron menos al embajador. A los postres, la jueza trataba de mantener viva una conversación sobre los balnearios americanos:

– En Newport, las habitaciones disponen de luz eléctrica y baño. Hay bailes, carreras de caballos, se conoce a gente de lo más variado; además, cada uno puede ir vestido como quiera. Las personas, en la [playa](#), no están obligadas a bañarse con esos feísimos trajes de presidiario – sostenía la dama, mientras simulaba el oleaje con sus manos regordetas.

– Pues yo he oído contar – intervino Juanito, mirando retador a Ignacio – que las mulatas cubanas, medio desnudas, bailan danzas diabólicas en la arena durante el plenilunio.

– Y yo he visto en Madrid – replicó Ignacio airado – cómo señoritos andaluces desnudaban a bailaoras gitanas en los colmaos agitando billetes. Las mulatas cubanas y las gitanas se parecen en que ambas son esclavas. La esclavitud sí que es obra del diablo, y ustedes la mantienen en Cuba.

Juanito esbozó una sonrisa de superioridad. Con disimulada inocencia en el tono de voz, exclamó:

– ¡Pero yo sólo hablaba de mujeres!... Aunque, ya que se lo toma así, le diré que la esclavitud es a los criollos a quienes produce beneficios, no a los señoritos andaluces.

– Mis padres sí son criollos. Yo soy cubano.

Victoria miró a Agramonte con exaltación.

– ¿Aún hay [esclavitud](#) en Cuba?

– Ahora malviven allí doscientos mil esclavos, algunos [negreros](#) todavía los venden.

– ¿Doscientos mil...? – repitió incrédula Victoria.

– La ley ya no los llama "esclavos", pero no tienen iguales derechos que los blancos. Las escuelas estatales no los admiten, los cafés, los teatros, los bares, tampoco. Hasta los baños públicos los tienen prohibidos.

Los ojos del cubano derramaban pez negra, ardiente. Con el arrebató, su musical acento caribeño adquiría una entonación infantiloides que hacía sonreír sardónicamente a Juanito.

– ¿Los baños públicos? Pues me parece bien, los negros no se lavan. ¿No querrá usted que dejen la mugre dentro?

La jueza Chivers observaba con preocupación el cariz que iban tomando las cosas. Don Juan, por fin, estableció la posición oficial.

– A mi sobrino le gusta discutir por discutir. Tenga usted la seguridad de que en la embajada española se contempla con respeto a Cuba, hija predilecta de la Madre Patria. La esclavitud está [abolida](#) desde hace cuatro años, el patronazgo es para ayudar a una integración progresiva. La desaparición completa caerá como fruta madura dentro de

poco.

Don Juan miraba a Ignacio con firmeza, a Catalina con cierta ansiedad. Los ojos de ella le apoyaban sin reservas: “muy bien, sigue, perfecto”. La jueza Chivers, una de las pocas que hacía veinte años había defendido a Lincoln en un Washington secesionista, lanzó un agudo “¡Bravo!” y apretó con sus dos manos el brazo derecho de don Juan, zarandeándolo con vigor, como a un olivo para hacer caer las aceitunas. Agramonte escuchó educadamente la declaración del embajador. Sin hacer caso de la última provocación de Juanito, mirando sólo a Victoria, siguió:

– Ni siquiera los blancos tenemos libertad de expresión o asociación. El gobernador militar puede instruir un juicio sumarísimo a cualquiera y fusilarlo al día siguiente.

– Creo que usted exagera el carácter represivo de nuestro gobernador – cortó brusco don Juan –. Los fusilamientos sólo se ejecutan contra quien ha matado a alguien... o contra el implicado en acciones subversivas, como esconder armas para matar seres humanos. España y los Estados Unidos y todos los países, aplican la pena máxima a los asesinos.

Hizo esta alusión mirando a la jueza. Don Juan quería rebajar el clima emotivo contra España que en la audiencia femenina estaba creando Agramonte. Éste, había que reconocerlo, tenía la virtud de convencer y emocionar, el fuego oratorio.

– No hay tribunales independientes – insistía Ignacio –, los fusilamientos dependen del avenate del gobernador de turno. La vida de los ciudadanos no puede quedar al arbitrio de un hombre. ¡La lucha de los patriotas cubanos es justa! ¡Sólo nos emociona nuestro destino!

Las piernas de Juanito no podían mantenerse quietas, las agitaba en un taconeo incesante. Veía la cara de Victoria mirando a Ignacio y se le caía el alma a los pies. Adiós, flores. Adiós, sonrisas. Adiós, Juanito. Esa era la mirada que él quería ver sobre sí. Volcó en su garganta el resto de la copa de coñac.

Cuando Agramonte terminó de hablar, el silencio sólo lo rompía el crepitar del gas en la lámpara. La jueza miró a María do Cinta, vizcondesa de Nogueiras, y le dijo:

– Creo que necesitamos uno de esos fados que usted canta.

La ministra portuguesa nunca desaprovechaba una ocasión así. Un poco harta de las trifulcas políticas de sus hermanos iberos, había asistido a la disputa con aire distraído. Hasta que oyó la última palabra de Agramonte: “destino”. Se acordó, entonces, de algún amor perdido, y sintió la necesidad de expresarse musicalmente. Fue hacia el piano con aire a la vez modoso y pícaro, a pequeños pasos. Sonriendo con sus grandes labios pintados, llamó a los jóvenes de la escalera para que participaran en la audición. Juanito, de repente, se levantó; con paso tambaleante, pero rápido, tomó la delantera a la portuguesa y se sentó al piano; tenía la cara enrojecida, el cuello de almidón desabrochado, la corbata deshecha. Comenzó con voz gangosa una de sus incomprensibles canciones. De vez en cuando, podían discernirse palabras sueltas, como “cordera”, dicha con irritación, o “caricia”, musitada con pena. El resto, se confundía con el aporreo cacofónico sobre las teclas del piano. María do Cinta se acercó a él con buen humor, le cogió por el brazo e intentó levantarlo del asiento. Juanito se resistió. Entonces, la portuguesa emitió un do de pecho tan fuerte que el joven y todos se despejaron de pronto. Había barrido la atmósfera cargada de electricidad, como un rayo descarga la tensión en las nubes negras. Un do autoritario que decía: “estos son mis poderes, callad, oíd”. Juanito sí cedió ahora. Sumiso, se alejó a un rincón, dejando el piano a María do Cinta. La nube pálida de la melancolía del fado comenzó a hacer efecto en el joven, sentado en la penumbra.

## Capítulo 7. [Juanito rabia.](#)

– ¡Putita gitana, esto no me lo vas a hacer más!

Decía Juanito a Victoria, mirándose al espejo en el cuarto de baño. Toda la noche la pasó despierto, sacudido por la vergüenza, maquinando venganza. ¡Que una hija de puta gitana pusiera en ridículo a un legítimo noble español era afrenta que no podía quedar en nada! ¡Y por un poetastro cubano! Su imaginación tramaba violarla, apalearla, dejarla desnuda abandonada en la nieve para que no encendiera más su mente. Con la cara llena de jabón, la navaja de afeitar dispuesta para iniciar el corte, hizo una mueca que se convirtió de repente en risa forzada. Abrió con desmesura la boca, enseñó los dientes de fiera, propinó sablazos y mandobles a la mujer que había detrás del espejo. Sólo cuando empezó a entonar su canturreo amigo, volvió a la realidad e inició el afeitado. Hoy el canto era mustia, monótona letanía salpicada por elevaciones periódicas, como los rosarios de las beatas.

Don Juan, tras una noche feroz de insomnio, oía desde su habitación la cancamurria del sobrino pensando que ya cantaban los frailes el gori-gori de su entierro. Extrañaba la cama, no acababa de acostumbrarse al olor de la nueva casa. Hacía una semana que se habían mudado a la [Avenida de Massachusetts 1447](#). Era una vivienda todavía modesta – pero más alegre – para la que estaba comprando muebles decentes asesorado por Catalina. La dueña había dejado en la casa una máquina de coser y, en la cocina, una caja inmensa donde las carnes se podían tener en hielo. Total, por 150 dólares al mes. No era mal negocio, debía agradecerse a los buenos oficios de su amiga.

Juanito bajó a desayunar a las once. Apareció fresco, sin ojeras, despidiendo perfume parisino. Llamó al criado.

– Víctor, vas a ir a la floristería Passtich por dos docenas de rosas, les pones mi tarjeta y las dejas en la embajada británica. Cuando vengas de allí, te pasas por casa de Miss Mc Ceney y le das esta bomba, que es de su [biciclo](#).

– Señorito, me debe usted treinta duros de otras veces. Si no me da el dinero, no iré. Además tengo muchas cosas que hacer – refunfuñó el criado.

– Desgraciado – montó en cólera Juanito –, tu estás para hacer lo que yo te diga; y de dinero no hablemos, que gracias a la cachaza de mi tío te mantienes aquí. Si él quisiera, volverías a Salamanca a cuidar cochinos, que es tu destino natural.

Víctor enrojeció; miró a Juanito con malas intenciones. Su complexión fuerte, rechoncha, se dirigió amenazante hacia la frágil figura del agregado. Pero en ese momento entraba en el comedor Therèse, la cocinera, con la bandeja del desayuno en las manos. Acostumbrada a este tipo de altercados, impuso el orden, y concluyó:

– Usted, don Juanito, dele el dinero a Víctor; y tú, Víctor, ve por las rosas, que aquí no hay mucho que hacer.

Resuelta la trifulca, después de desayunar, entró el agregado en la oficina. En su mesa le esperaban varios asuntos de trámite. Convencido de que nunca escribiría bien el inglés, había decidido contratar trabajo mercenario. Se acercó, melifluo, al criado Andrés, que limpiaba las ventanas. Le dijo: "Mañana te pago. Pero, por favor, hazme este despacho ahora". "Después de la tarea", le contestó el criado. Andrés tenía una novia americana, era despierto y hablaba el mejor inglés de la embajada. Escribía con una letra preciosa, de firme dibujo, sin cometer faltas de ortografía. Justo lo contrario de Juanito, que emborronaba mil cuartillas con membrete oficial hasta conseguir algo decente. Después de convencer al criado y dejarle sentado en su mesa, Juanito se dirigió a la de Paco Bustamante, enfrascado en resumir la prensa, que aquel día venía interesante.

Paco se levantó y fue a mostrarle las noticias a don Juan. Ni miró a Juanito cuando éste le propuso dar un paseo por el Mall. El sobrino, al ver que no se le hacía caso y que allí se trabajaba, trató de escabullirse hacia la puerta de la calle. Su tío, desde el despacho, le llamó. Don Juan vio a su sobrino dirigirse hacia él esplendente, repeinado, con la piel descansada y porosa, la ropa recién planchada.

– ¿Necesitas algo? Voy de compras – dijo Juanito solícito.

– ¿Has terminado los informes? Esta tarde tienen que estar listos.

– Eso lo hago yo en un santiamén después de comer.

– ¿Y no vas a dormir la siesta?

– No te preocupes... igual me los hace Bustamante, son poca cosa.

– No te he visto sentado a la mesa de trabajo ni un solo día. No digo que tengas un horario fijo, como un oficinista, pero el papeleo mínimo sólo se puede hacer si uno lee, escribe y despacha.

– Tío, no te enfades conmigo. Sabes que odio los papeles, que no se me dan bien; además, tengo alergia al polvo de los papiros. Mi madre te ha dicho lo malo que me ponía de pequeño cuando cogía los libros de la biblioteca de mi casa. Ya no tengo esos ataques respiratorios, pero no debo exponerme... Por cierto, Víctor no quiere limpiar a fondo los cajones de mi armario. Debes recordarle cuáles son sus obligaciones.

– Tienes que dar ejemplo. No puedo permitir que te vayas de paseo mientras los demás cumplen con su trabajo, y menos que les mandes tareas que te corresponden. Si quieres salir, preséntame el informe.

– (...)

– ¡Cállate! – le gritó don Juan.

– ¡Si no he dicho nada! – protestó Juanito.

– Pero te oigo pensar.

– Si me oyeras pensar, no escucharías más que cosas buenas para España.

- Por ejemplo...
- Que hay que poner vigilancia al cubano. Está claro que es un individuo peligroso.
- ¿Para quién? Yo creo que no es más que un poeta; exaltado y febril con las palabras, pero, como todos, torpe en los mecanismos prácticos de la vida.
- Pues yo le veo cara de clandestino. Nos odia.
- ¿Qué quieres?, ¿que recurramos a los espías?
- Si eso no te gusta, o resulta muy caro... puedes pedir informes al Capitán General de Cuba, aprovechando que le vas a telegrafiar.
- Tú lo que tienes que hacer es ponerte a trabajar.

Don Juan se levantó del sillón, fue hacia la puerta y le cerró el paso con el brazo. Con gesto terminante le señaló el camino de la oficina. El sobrino esbozó una sonrisa turbia de picardía y se replegó hacia la oscuridad del pasillo.

Media hora después, Juanito, aprovechando que su tío se había marchado, salió a la calle. Se dirigió a la iglesia católica de Saint Matthew con la esperanza de ver a Victoria. No era la primera vez que la acechaba en sus misas. Se arrodilló en el primer banco, la cabeza inclinada sobre el pecho, juntas las manos en oración. La misma postura que de pequeño adoptaba en la capilla de los jesuitas. Luego, fue a confesarse con el padre Conagan. Ante el buen cura irlandés, inició la retahíla de sus pecados. Le hablaba de sus malos pensamientos, de sus sueños horribles y, sobre todo, de Victoria: en algunos momentos sentía ganas de matarla, para que no le tuviera más en una llaga viva, para que no fuese de otro. El padre Conagan comprendía algo de castellano; así que, Juanito, mezclando su inglés infernal – en el que declaraba lo perdonable – con un andaluz suelto, velocísimo – en el que confesaba lo imperdonable –, sumía al cura en una resignada actitud que podía condensarse en: “dejemos a este muchacho que se desahogue”. “Diez avemarías a la Virgen”, sentenció Conagan. A la hora de la comunión, el agregado se dirigió modoso, limpio como un nardo, hacia el sacerdote, abrió, cándido, la boca y se dispuso a recibir el cuerpo de Cristo.

Al acabar la misa, esperó dentro de una capilla lateral hasta que Victoria saliera al exterior. Los fieles, en el claustro norte, charlaban con el padre que, de grupo en grupo, despedía a su rebaño. Victoria aguardaba turno. Juanito aprovechó el momento y apareció con la cara transformada por la ingestión de la hostia, la mirada plena de recogimiento, la actitud mansa del santificado... Cuando estuvo a pocos pasos de ella, aparentó volver en sí, reconocerla, y regresó a este mundo de pecado; entonces, enfocó sus ojos perdidos y dijo: “¡Ah, estás ahí! No te había visto”. Al instante, ya le estaba alabando el traje, la sutilísima colonia que sólo él podía apreciar, el detalle floral de su sombrero. Se acercó el padre Conagan y volvió el agregado a adoptar el aire místico. Cuando el cura se despidió, Juanito propuso a Victoria acompañarla hasta la embajada. Horas doradas, pletórico, sin rival, daba pequeños saltos delante de ella, haciéndola reír, sorprendiéndola con el halago: “Tienes el perfil de Lillie [Langtry](#)”. “Andas como una oca. Eres una oca. Un hada te ha transformado para que me hechices”. Cuando Juanito decidió parar de moverse y de hablar, Victoria le preguntó:



- ¿Te has comprado ya la pistola para el Oeste?
- ¿Qué Oeste? – contestó él con la boca abierta.
- ¿No os ha invitado Villard?
- ¿Quién es ese Villard?
- El dueño del ferrocarril. Va a ir todo el mundo. Será muy excitante.

Juanito quedó sin saber qué decir, pero firmemente decidido a no perderse el evento. Continuaron andando hasta [Tydal](#) Basin, allí echaron maíz a los patos. Luego cogieron una barca. Juanito remaba resoplando, Victoria miraba indiferente a los cerezos japoneses de la orilla.

Don Juan, por su parte, había salido dispuesto a ir por cuarta vez en una semana a recoger los pagarés firmados a Jessop. En dirección a la sucursal, caminó por la [avenida](#) de Pennsylvania, que ya no escondía secretos para él. Paró en la librería Thompson y compró la obra de [Lyell](#) que le pidió Cánovas. Le costó un dineral. Caracterizaba al Monstruo esa insensibilidad respecto a las finanzas ajenas. Pero, bueno, poseía otras virtudes: gracias a él tenía el dinero de Jessop y, sobre todo, el cargo, pues, como no se cansaba de pensar, hubiera sido lo más natural del mundo que un conservador cogiera a uno de su partido para América. Compró también un libro de [Flammarion](#) sobre astronomía, debía familiarizarse con las estrellas en muy poco tiempo.

Llegó a la puerta del banco, el botones le dijo que el director no había llegado todavía. Don Juan, con paso decidido, rebasó al botones, atravesó el vestíbulo y se introdujo en la sala de juntas. Le salió al encuentro una secretaria, que le insistió en que su jefe no se encontraba allí. Ante la mirada de escepticismo de don Juan, le abrió la puerta del despacho. Estaba vacío.

De vuelta en la embajada, tenía un telegrama cifrado procedente de Cuba. El Capitán General le avisaba de la llegada de un hombre de toda su confianza, astrónomo y marino, a quien encontraría en el Congreso del Meridiano.

Al día siguiente, Juanito buscó la invitación al viaje. Había llegado, pero nadie la consideró. Trató de convencer a su tío para que hiciera las maletas. Don Juan se negó en redondo porque tenía que asistir al congreso; también por el reuma, las incomodidades y los apaches. Pestaña renunció. Por fin, logró convencer a Paco; éste, como secretario segundo, iría representando a España. Juanito le acompañaría de "attaché". No llevarían servicio, pero todo era gratis. A excepción del presidente, de la reina Victoria y del zar, buena parte de la crema diplomática, política e intelectual americana iba a asistir a la colocación del último clavo en el Northern Pacific Railway, en Deer Lodge, [Oregón...](#)

## Capítulo 8. Viaje al Oeste



Sir Lionel le dijo a Victoria que Henry [Villard](#) había organizado el viaje porque se hallaba en dificultades económicas: debía mostrar fortaleza ante los rumores de crisis, dar confianza a los inversores; y también por Yellowstone: había olfateado el gran negocio de abrir aquel paraje de Las Rocosas al americano medio. El Northern Pacific Railway, la [unión](#) del Este con el Oeste por un ferrocarril que atravesara el Norte, por muy costosa que fuera, se convertiría al poco tiempo en una mina de oro. Sir Lionel le dijo a su hija, además, que se sentía muy orgulloso de que el magnate hubiera puesto el nombre “De la Warr” al vagón asignado a los británicos, en honor de un antepasado que fue gobernador de Virginia durante el reinado de Jaime I.

Victoria y lady Derby, con blancas pamelas, vestidas de tabaco y crema, llegaron a la estación de Nueva York. Miraban curiosas a todas partes, sin parar de hablar. Las doncellas andaban detrás, cargadas de sombrereros, maletines, paraguas... A pie de tren, las recibió el mismo Villard y les indicó el departamento que debían ocupar. Lady Derby preguntó al magnate si contarían con agua caliente en el vagón. Villard la miró muy concentrado, buscando una respuesta diplomática, y dijo: “No, hasta que llegemos a Yellowstone”, rompiendo a reír como sólo un presidente de compañía de ferrocarril puede hacerlo.

– ¿Yellowstone? – preguntó lady Derby, un poco turbada por aquella expansión imprevista del sanguíneo plutócrata.

– Sí, tía. Es un [bosque](#) descubierto hace poco que tiene aguas termales y [geisers](#) altísimos – le adoctrinó Victoria.

– Perfecto, lo veremos. Quizás nos vengan bien esas aguas.

Victoria, desde que salieron de Washington, no se había separado de lady Derby. Le encantaba su tía: espigada, pálida, con ojos grises y nariz de puente poderoso sobre el que encaramaba los impertinentes cuando quería investigar algo de cerca. Podía ser despiadada juzgando a un “parvenu” o a un filisteo, pero también ardorosa defensora de inocentes. A ella debía Victoria, en gran medida, su traslado a Washington. Como el entusiasmo de los americanos por su sobrina había llegado hasta Knole, lady Derby aceptó la invitación de Villard para ver con sus propios ojos el éxito de su protegida; además, oficiosamente, se podía decir que representaba a la reina Victoria.

Llegaron a [Minneapolis](#). Todo el mundo bajó del tren para tomar el desayuno. En un prado cercano a la estación, Villard había dispuesto mesas sobre las que brillaban verdaderos manjares: pollo de las praderas, lengua de bison, ostras, champán... El general Grant hizo un discurso, le siguió Villard. Cuando el grupo de ingleses se abrió, Paco y Juanito pudieron ver, tras aquella muralla de elegantes levitas y copudos sombrereros, una flor blanca, quizás un poco pálida, pero con más brillo en los ojos que en Washington. Victoria les mandó una sonrisa encantadora. Lady Derby, que estaba a su lado, la captó, miró a los destinatarios y puso tal cara de extrañeza que Victoria se creyó en la obligación de aclarar que aquellos eran amigos suyos, diplomáticos españoles.

– ¿Diplomáticos..., pues parecen “valets”? – exclamó lady Derby

- En España empiezan la carrera desde abajo – repuso seria Victoria.

Lady Derby no la creyó. Estaba convencida de que Juanito y Paco eran lo que parecían: criados. Pero sabía de la sangre española de su sobrina, de las normas audaces que había establecido en la legación británica, de su éxito con los jóvenes. Y en fin, aquellos lo eran.

Terminado el desayuno subieron al [tren](#), continuó la marcha. Lady Derby y Victoria, una frente a otra, no acababan de fijar su atención en el libro que tenían abierto en el regazo. La hierba alta, parda, manchada de cardos amarillos, se extendía hacia el horizonte. Al poco tiempo, el tren disminuyó la velocidad hasta ponerse a paso de carreta. Oyeron en el vagón voces de ajeteo. El tren terminó deteniéndose, una manada de bisontes ocupaba la vía. Se asomaron a la ventanilla, vieron un mar de morrillos crespos y marrones hozando la tierra con grandes caretas barbadas. A ambos lados de la vía se esparcía la manada. Después de este espectáculo, sucedió una escena más íntima. Uno de los enormes animales levantó las patas delanteras y trató de cubrir a una hembra que tenía la cabeza humillada. Al elevarse, el macho mostró su verga triunfal, flamígera. Lady Derby miró a Victoria para iniciar un comentario jocoso ante aquella evidencia insoslayable, pero vio en su sobrina tal cara de sorpresa, tal expresión de extrañeza y confusión, que inmediatamente sospechó el motivo.

– ¿Qué pasa, querida? – preguntó lady Derby con entonación afectuosa.

– Ese animal está enfermo – dijo Victoria con los ojos muy abiertos.

– En cierto modo sí, pero de una enfermedad deseada por todas las criaturas, incluidas las humanas – observó con delicadeza lady Derby, al ver que no había asomo de humor en su sobrina.

– No sé a qué te refieres, tía.

En este punto, el bisonte había logrado el acoplamiento de una manera pedagógica. Victoria pudo ver claramente, como en una lámina de anatomía, la trayectoria del brioso proyectil y la doméstica recepción efectuada por la hembra. El resto de la manada no se inmutó ante la trepidación de aquellas moles peludas, pero Victoria comprendió que la enfermedad no la padecía sólo el macho. Sintió nacer en las raíces de su melena un picor cálido que se le extendió a toda la cara.

– Me refiero, sobrina, a que esa enfermedad es la que tiene prevista el buen Dios para que todos nazcamos. Ese enorme artefacto hinchado es necesario que penetre en nuestra entrepierna para que podamos tener hijos – dijo Lady Derby con expresión jocosa, deportiva –. En fin, tenemos que hacer frente al asunto, y con buen ánimo.

La hembra bufaba de vez en cuando, el macho emitía unos [ronquidos](#) hondos que hacían retumbar el aire. Se oyó un disparo en la cabecera del tren. Los maquinistas despejaban la vía de bisontes. Luego empezaron a sonar los tiros en los vagones más cercanos. Lady Derby se asomó prudentemente y vio los fusiles saliendo por las ventanas de los pasajeros. Un gran animal se [desplomó](#), después otro. La organización había repartido rifles a los invitados. Sir Lionel tenía encarado el winchester y apuntaba con la misma impunidad que a los platillos de una caseta de feria. Su gorra escocesa temblaba a cada disparo, mientras los animales caían.

Victoria se apartó de la ventana y permaneció encajada en su asiento con la barbilla pegada al pecho. Ahora se le aparecía a otra luz la mirada ávida de Juanito, la vibración impaciente de Roustan, la humedad empalagosa de los ojos del presidente Arthur. Todo se reducía, pues, a escaramuzas preparatorias para el gran momento. Imaginaba que algún intercambio tenía que haber en la cama, pero no algo tan violento, tan concreto.

El tren se puso en [marcha](#). Aún se oían los disparos. Victoria se levantó y vio con alivio que la pareja de bisontes continuaba viva. Entonces comenzó una larga conversación con su tía.

La locomotora marchaba a toda velocidad cruzando la [pradera](#). Atrás quedaba la [manada](#), otras se divisaban a lo lejos moteando la llanura. Pararon en Bismarck, en realidad, unas casetas de madera alineadas a ambos lados de la calle que discurría paralela al río. Bajaron los españoles, dirigieron sus pasos al gran rumor de agua que se oía detrás del apeadero. Tomaron por un camino muy pendiente, lleno de barro. Pasados unos árboles se dieron de frente con el [Missouri](#) majestuoso.

En el pueblo, Paco y Juanito anduvieron por las aceras entabladas buscando una barbería. Vieron un [cartel](#): el [forajido](#) representaba a un hombre joven, había robado treinta mil dólares en un banco de Northfield, Minnesota. Cinco mil se ofrecían por su captura, vivo o muerto. Juanito le encontró parecido con el bandolero Pasos Largos, al que no hacía mucho cazaron en la sierra Tiñosa, cerca de Priego de Córdoba. Paco le dijo que todos los bandidos se parecían un poco, que quizá Lombroso llevaba razón y existía una fisiognomía de la maldad.

Por la tarde, caminaron los invitados otra vez hasta la orilla del Missouri. Formaban la comitiva damas con floridos sombreros acompañadas por caballeros de barba y bastón. Los criados cerraban el cortejo, a una distancia discreta cabalgaban los soldados. Llegaron a un grupo de tiendas cónicas cubiertas con pieles de bison. Ante la puerta de cada una esperaba una familia crow vistiendo traje ceremonial. Junto al río pastaban trabados los caballos. Se reunieron todos en el centro del campamento y al poco aparecieron unos guerreros con las caras pintadas, empuñando jabalinas emplumadas. Comenzaron la [danza](#) de los espíritus. Daban grandes saltos, se acometían, gritaban..., y a medida que crecía el ritmo de los tambores, parecían ponerse más exaltados. A Victoria la acompañaban sir Lionel y lady Derby. No lejos, en un lugar desde el que podían verla a placer, se habían situado Juanito y Paco. Juanito le daba con el codo a su amigo: “Aquella india gorda le parece a la jueza Chivers, te mira con ojos devoradores. ¿Qué les das?”, “Mira la avutarda que tiene a su lado Victoria”.

Los guerreros se movían con feroces convulsiones dando alaridos perfectamente salvajes. Uno de ellos se detuvo para hacer sus contorsiones justo frente a los ingleses, mirándolos mientras gritaba. Lady Derby pensó que los organizadores le habrían encargado aquel sector del público. Sin embargo, Victoria sabía quién era la elegida. El indio se descoyuntaba, giraba, ululaba... pero sus ojos lanzaban unos destellos concentrados que siempre terminaban en ella. A la tercera parada, comenzó a inquietarse ante aquel salvaje con rictus de filo de cuchillo, dientes amarillos de tigre y cabello grasiento, negrísimo. El rugido profundo que emitía el guerrero le recordó los roncosp suspiros del bison macho. Se apretó un poco contra lady Derby. Miró a su

padre, le vio embelesado, con cara de inocente turista satisfecho ante aquellos buenos salvajes que le estaban divirtiendo.

Fueron apagando el ritmo los tambores. Los indios se dirigieron al centro, levantaron las manos hacia el cielo y dieron un grito común que acabó con la danza. Tronó una salva de aplausos. Los que hacían los soldados, desde los caballos, con sus grandes guantes amarillos, sonaban como si batieran colchones. Los guerreros comenzaron a retirarse. Todos menos [uno](#). El que había mirado a Victoria se dirigió hacia los ingleses con gran agilidad llevando su lanza y una bolsa de piel. Sin mirar a nadie, se puso delante de ella, y le dijo: “Me go. You go”, señalando a una tienda cercana de la que salía un humillo hogareño. Repetía las palabras y enseñaba la bolsa, pero eran sus ojos los más elocuentes. Sólo el miedo al rechazo o al ridículo velaban la autoritaria seriedad con que el joven exponía su demanda viril. Al ver que Victoria no reaccionaba y que una sonrisa de circunstancias había quedado congelada en su boca, el indio extendió el brazo hasta tomarle la mano. En ese momento, sir Lionel la cogió del otro brazo y, mirando severamente al salvaje, la apartó de él. Los soldados se dirigieron hacia el joven increpándole con gestos desabridos. Todavía Victoria pudo ver la cara de desengaño que le quedó al guerrero. Un lingüista alemán, que había contemplado la escena, se apresuró a hablar con sir Lionel en un aparte.

– Mientras estén aquí sería prudente poner vigilancia especial a su hija. Los guerreros crow cuando eligen mujer en público comprometen su posición social. No me extrañaría que éste intentara un rapto. Se han dado casos. Debe hablar con Villard de esto.

Victoria, más pálida de lo normal, parecía atender a las palabras tranquilizadoras de su tía. En realidad, continuaba viviendo la escena del joven indio solicitándola. En adelante, debía ser sumamente discreta, no levantar la fiera en nadie, posar sus ojos con frialdad en las personas inflamables, economizar gestos, reprimir sonrisas, convertirse en una momia. ¿O, acaso, no resultaría magnífica una aventura con aquel joven guerrero fuerte y decidido? Un sueño entre árboles, una huida a caballo... y despertar en un valle florido con terneros. Lady Derby la sacó de sus fantasías. Era de noche, había que volver al tren.

Villard se tomó en serio la advertencia. En la puerta del vagón “De la Warr” ya montaban guardia dos vigilantes. Victoria, recuperada de la impresión, consideraba ahora el suceso como una anécdota entre circense y romántica. En su departamento le esperaban las doncellas para arreglarla. Por la noche tendría lugar una velada musical. Se encontraba pegajosa, sucia, con los huesos doloridos sin haber realizado esfuerzo alguno. Soñaba con un baño caliente, mandó que le prepararan las toallas.

Juanito recorría, curioseando, los pasillos del tren. Entró en los vagones de lujo. Detrás de la barra del bar, un patilludo camarero negro limpiaba los vasos. Atravesó varios vagones más. Cuando iba a volverse, atisbó, en uno de los departamentos finales del pasillo, una ráfaga negra, larga, que ondeó por un instante fuera de la portezuela. Desde donde se encontraba, le pareció la cola de un caballo. Desechó la posibilidad del equino: los americanos resultaban imprevisibles, pero los empleados de Pullman no le harían la cama a un caballo. Se iba a retirar con el convencimiento de haber sufrido una ilusión visual, cuando oyó la voz de Victoria. En ese momento, ella salió al pasillo, miró distraída a su alrededor, vio a Juanito y volvió a entrar en el departamento. Juanito

quedó quieto, confundido. Victoria salió otra vez y, con la sonrisa en los labios, se dirigió hacia él.

– Nadie me ha visto así.

– Estaba conociendo el tren... – disimuló, trémulo, Juanito.

– Llevo mucho tiempo sin verte. No quieres nada con los amigos – dijo ella, divertida por la cara de pasmo del muchacho.

La [melena](#) le llegaba hasta las rodillas; el pelo negro, denso, con tonos rojizos, se derramaba por sus hombros y caía por la espalda, ensanchándose en una orla final recortada a la perfección. Juanito pensaba: "¿Cómo es posible que se ofrezca a mi vista con la melena suelta? ¿Tanta confianza tiene en mí? Ese pelo es parte de su cuerpo, me hace pensar en ella desnuda, en cómo debe cubrir su piel caliente y suave. ¡Quién pudiera sumergirse en esa negrura, tenerla entre las manos, acariciarla! Es demasiado largo y oscuro, me está provocando. ¿De dónde le vendrá la manía?, ¿de una promesa? En España algunas mujeres lo hacen. Su madre era bailaora".

– Me lo dejo tan largo porque me da pena cortarlo.

Juanito la veía, a la débil luz del pasillo, con los ojos profundos, las pupilas dilatadas, la sonrisa amiga; se hundía por momentos en una sima de miel y de peligro, no debía mirar esos ojos. La voz de Victoria le llegaba a un lugar donde sólo parecía hablarle a él; su español sonaba más imperfecto y tierno que nunca. Sin darse cuenta, se habían salido del ángulo de visión de las doncellas. Juanito cogió su mano. Ella no la retiró, ni se puso en tensión; siguió mirándole, pero ahora interrogante. "Amigo, ¿qué esto?". Él la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí. Victoria soltó la mano. Juanito la cogió del cuello y la besó a la fuerza chocando sus labios con la boca cerrada de ella. Victoria le empujó contra la pared del pasillo.

– Llamaré a las doncellas, estúpido.

Juanito, con los ojos rojos, volvió a acercarse. Susurrando para que no cumpliera su amenaza, le dijo:

– Si recibes mis flores, ¿por qué no quieres mis besos? ¿Por qué me miras hasta derretirme el alma? Si no me quieres, déjame en paz.

– Yo no te miro de manera especial. Tú sí me miras como un bisonte.

Bruscamente, salió corriendo y se introdujo en el departamento.

Juanito se dirigió al bar; allí, se desplomó en un taburete y le pidió al camarero un coñac. El negro se negó a servirle. Él insistió: lo necesitaba, tenía el frío metido en los huesos, quizás hasta fiebre, no podía hacerle eso a un compañero. Por fin, le puso la copa. Cuando el licor atravesó su garganta, recuperó un poco el ánimo. Se despidió del barman con un gesto de agradecimiento.

Llegaron a [Helena](#), cerca de la Divisoria Continental. Rodeada de bosques, la aldea se encontraba en la ladera norte de unos picos nevados. Con sus casas de madera, parecía salida de un cuento infantil. La niebla de la mañana sumergía las viviendas en una atmósfera nórdica. Casi todos los hombres que podían verse desde el tren iban forrados de pieles y llevaban pistola. Hubo un pequeño comité de bienvenida formado por empleados de Villard, vestidos de limpio, y por los inevitables indios. A pesar del frío, los invitados bajaron del tren. Caminaron, dirigidos por el magnate, hasta un valle en el que se desplegaba un gran [lago](#) de agua esmeralda. Entonces, emergió Victoria de la niebla. Al pasar junto a Juanito, no echó la cara a otro lado, sólo miró hacia delante en busca del lago, como si anhelara meterse en él. Juanito sintió cómo se le encogía el pecho. Le había visto con toda seguridad. ¿Cómo podía mostrarse tan indiferente? Una cosa era que él se hubiera propasado, y otra muy distinta que no cruzara siquiera una mirada de reconocimiento. “Eres tú, te veo, existes...”. Victoria saludó a un niño, le cogió en brazos, le sacudió el pelo. Aullaron [lobos](#) en la lejanía. Debían de estar a mucha distancia, pero se oían muy cerca en aquel silencio. Todos quedaron mirándose en suspenso, hasta que Victoria dijo:

– Los lobos huyen del fuego.

– Y precisamente aquí no tenemos – contestó, rápida, lady Derby, antes de dar media vuelta y dirigirse hacia el tren.

Dos días después, al oír el cañonazo, supieron que habían llegado a Deer Lodge. Paró el tren, la banda de música inició “[Yankee Doodle](#)”. Los mineros, los granjeros, los ferroviarios que esperaban en el andén dieron vivas, levantaron alegres sus sombreros. Bajó Grant y arreciaron los aplausos. El general recibía las aclamaciones con el mismo gesto que tendría con sus nietos el día del cumpleaños. Aprovechó Villard para salir a continuación, seguido por los senadores y demás políticos. No había tiempo que perder. Todos se dirigieron a pie por la vía hacia el último empalme. La locomotora les seguía despacio. Llegaron a un prado en el que se levantaba una tribuna cuajada de banderas, farolillos y estacas coloreadas. Vinieron los discursos. Los periodistas ocuparon la primera fila, habían sido premiados por Villard con algo más que el viaje. Todos venderían Yellowstone.

Un grupo de indios formaba en dos columnas con sus trajes ceremoniales a la izquierda del estrado. Victoria trataba de distinguir entre ellos a su pretendiente; nada, todos eran viejos o mujeres. Sólo uno parecía contar con menos de cincuenta años, pero su extraño maquillaje le delataba como hechicero. Miró más allá, hacia los árboles, por si su héroe aparecía a caballo. Con una mezcla de alivio y decepción descubrió que no. Sonó otra vez la música mientras las personalidades bajaban de la tribuna. La hierba fresca del prado mojaba los vestidos de las damas. Victoria se esforzaba por no embarrar sus botines italianos. Llegaron al último tramo de la vía; se detuvieron y esperaron a que la locomotora del Oeste apareciera para enfrentarse a la del Este, que ya se encontraba allí. Pasados unos minutos, se oyó el triunfante silbato y apareció un enjambre de hombres montados encima de la máquina, cubriéndola por entero, situados en todos los lugares posibles, excepto sobre la chimenea. Gritos, cánticos y saludos. Villard cedió a Grant un enorme martillo. El general se dirigió hacia un raíl que brillaba más que los demás. Cuando el círculo de autoridades estuvo formado, levantó el mazo como un atlante y lo descargó sobre la cabeza de un clavo de plata que, al hundirse en la madera de la traviesa, produjo un chasquido seco, terminante. Estallaron



los vítores. A continuación, las dos [locomotoras](#) avanzaron despacio hasta tocar sus narices como dos camellos amistosos. Irrumpió la música, volvió a sonar “Yankee Doodle”, le siguió “God save the queen”, en honor de los británicos. Los obreros de ambos trenes se abrazaban, lanzaban al aire las gorras, intercambiaban sus martillos.

Empezó el baile en la calva del prado. Vasos de sidra, licor de arándanos, whisky..., todo corría por las gargantas festivas. Los indios no paladeaban la bebida, la engullían ansiosamente. Cuando los rugidos de algunos borrachos se hicieron molestos, un sargento de caballería acompañado por cuatro soldados, fue concentrando a los indios con chasquidos de la lengua semejantes a los que hace un pastor para llamar a las ovejas. Reunidos todos, los escoltó fuera del lugar.

## Capítulo 9. [Congreso Astronómico. El aguijón de la carne](#)

Pocos días después de que su sobrino y Paco Bustamante emprendieran el viaje al Oeste, asistió don Juan al Congreso Astronómico. El [vestíbulo](#) del [Willard](#) Hotel rebosaba de uniformes militares y diplomáticos. Gorros, turbantes, sombreros de copa flotaban como corchos brillantes en un barril de melaza. En la atmósfera espesa, humosa, zumbaban murmullos en mil lenguas. Se iba a inaugurar la conferencia que fijaría el meridiano donde se supusiera el origen del tiempo. Las más apartadas naciones habían mandado representantes: japoneses, hawaianos, árabes, hindúes... Algunas potencias acreditaron hasta cinco delegados. Por España, acudían don Juan y dos enviados especiales: don Joaquín Ruiz del Árbol, catedrático de Física en la Complutense, y un oficial de marina, don José Pastorín. El profesor Ruiz del Árbol sólo parecía relacionarse con su gran maleta negra; de aire aburrido y pedante, daba pábulo a pensar en un verdadero destructor de vocaciones científicas. Muy distinta impresión producía Pastorín. Llegó a Washington la noche anterior procedente de Cuba. Tenía bajo su mando el único buque científico español desde la corbeta [Atrevida](#) de [Malaspina](#). No parecía un astrónomo. Las patillas gruesas, los dientes blancos, la sonrisa de hiena feliz recordaban a un próspero tratante de esclavos. Don Juan, apenas cruzadas dos palabras, simpatizó con él. Antes de comenzar las sesiones, Pastorín le contó que su misión habitual en la Astarté consistía en atisbar los cielos, estudiar los fondos marinos y observar el curso de las corrientes tropicales. Dejó para el final decirle que lo enviaba el Capitán General con la misión de investigar la dinamita y la compra de armas que intentaba Máximo Gómez. Don Juan le puso al corriente de sus últimas gestiones: la denuncia de Agüero ante Bayard, las notas casi diarias para urgir la detención de Marrero, los explosivos...

Don Juan había recibido instrucciones para apoyar la propuesta británica de que el meridiano origen pasara por Greenwich, en lugar de por París. Sir Lionel ya le había sondeado sobre la postura oficial española en una recepción reciente. Le dijo que Inglaterra contaba con la mayoría de los votos antes de empezar el Congreso porque tenía la “razón náutica” de su parte. Don Juan le contestó que, más que la razón, los ingleses poseían la **fuerza** de una formidable flota, por eso era natural que impusieran su criterio. Además, eran respaldados por los Estados Unidos, potencia naciente de la hermandad anglosajona. De paso, le comunicó a sir Lionel su esperanza de que, a cambio, los británicos aceptaran algún día el sistema métrico decimal. Fue entonces cuando el padre de Victoria soltó una sonrisilla meliflua, carraspeó y le preguntó por el reuma.

Don Juan no había tenido en su vida mucho trato con los **cielos** estrellados, tampoco tuvo tiempo de leerse el libro de Flammarion. Su relación con la astronomía se limitaba a saber que Perseo, Casiopea y el **gigante** Orión representaban en el cielo la escena del héroe que defiende a la princesa de un monstruo. Con ese escaso bagaje, iba a representar a España en la reorganización de los círculos máximos del globo terrestre.

Después de las **primeras** intervenciones, ya resultaba claro que el ganador sería Greenwich. Don Juan, desde su pupitre, declaró: “si las glorias pasadas hubieran entrado en cuenta para conceder a un país, a modo de corona o palma triunfal, la distinción de que el meridiano que pasa por su observatorio nacional fuese el primero, tal vez a ninguna otra nación, sino a España, tocaba de derecho tal preeminencia”. Los franceses chillaban de forma grotesca, palmeaban los estrados, enrojecían, mascullaban sobre “la fuerza de la tradición”, “París, centro cultural de Europa”, “grandeur”... Toda esa irritación contrastaba con la plácida asepsia del resto de los **delegados**. Era el francés, el único espectáculo al que los avezados sabuesos del periodismo americano trataban de sacar jugo.

Llegado el descanso, don Juan salió con Pastorín al vestíbulo para fumarse un puro. Los periodistas corrían hacia la escalera principal; formaron un círculo a la espera de que terminara de bajar un ser corpulento y calvo. Todos murmuraban su nombre: Herlizer. Por los escalones descendía el principal responsable del mal ambiente contra España que imperaba en la opinión pública americana. Había viajado a Washington para entrevistarse con el presidente. Bajaba los peldaños desenvuelto, orondo, con la plácida mirada de un paquidermo; le flanqueaban dos secretarias elegantes; por detrás, guardaba sus espaldas un jayán con sombrero de ala ancha, chaqueta de piel y pistola al cinto. Se detuvo Herlizer en el rellano, miró satisfecho a los chicos de la prensa:

– ¿Dónde está mi muchacho? ¡Eh, Gould, que ha venido tu jefe! ¿Cómo es que no te encuentras en primera fila? Mis periodistas siempre en primera fila.

Al momento se acercó, abriéndose paso, indeciso, un joven rubio con gafas de concha.

– Aquí estoy, señor Herlizer.

– Hazme la primera pregunta. La primera para el World.

– Señor Herlizer ¿es cierto que le van a nombrar doctor "honoris causa" por la universidad de Columbia? – preguntó Gould con voz que no le salía del cuerpo.



– Sí, hijo mío, me van a nombrar doctor por la universidad de Columbia – repitió con un trueno de voz Herlizer –. Mis buenos dólares me ha costado – y soltó una carcajada –. Pero eso no interesa a nadie. Ya se ve que te han destacado para preguntar a sabios astrónomos. Yo no soy un cabeza de huevo. Pregúntame algo hirviendo, que pueda sorprender a los lectores. Sácame un titular – y miró con desdén al novato, como avergonzándose de tenerlo a sueldo.

– Señor Herlizer, soy Crane, del Sun.

– Te conozco viejo carcamal.

– ¿Para qué va a entrevistarse con Cleveland? – preguntó Crane.

– Para ver si, de una vez, se decide a atizarles a los españoles como se merecen. Con tres de nuestros barcos, arreglábamos las cosas. Están oprimiendo a un pueblo, el cubano, que quiere la libertad. Y ofendiendo, desde su absurda soberbia de potencia moribunda, a este pueblo noble y generoso que es el americano. Ahora acaban de detener a un patriota. Leed la última edición.

En ese momento, hizo un gesto a la secretaria que se hallaba a su izquierda, ésta le entregó un ejemplar del World. Extendió la portada ante los ojos de todos. En ella, con letras gigantes: “Marrero arrestado”. Herlizer continuó:

– Marrero, un luchador, un idealista que tuvo que refugiarse entre nosotros.

Don Juan quedó paralizado por la sorpresa. Cuando se repuso – tras extrañarse de que la detención del dinamitero la supieran los periódicos antes que la embajada –, intentó compartir su alegría con el marino. Pero éste clavaba la mirada en Herlizer y no le hizo caso. Pastorín alzó los hombros, se ajustó el sable de reglamento, encajó con fuerza en su cabeza el gorro de gala; al final, quedó en una posición rígida, similar a la de “presenten armas”. De repente, se dirigió hacia el grupo de periodistas, y le gritó a Herlizer:

– ¡Cerdo mentiroso! Marrero es un terrorista, un criminal que pone bombas para asesinar a inocentes. Ustedes le proporcionan las armas para que siga matando a mis compatriotas. Ha ofendido el honor de mi patria. Le desafío a duelo singular. Elija padrino y testigos.

Pastorín arrojó uno de sus guantes blancos a la cara de Herlizer. Éste no movió un músculo. Luego avanzó la cabeza hacia el marino, como si no terminara de creer lo que veía. Se recuperó, y dirigiéndose a los periodistas, vociferó:

– Mirad, amigos. Así resuelven los conflictos estos anticuados caballeros. Con guantes y sables.

Herlizer, enrojecido, miraba alternativamente al marino y al guardaespaldas. Luego, dirigiéndose sólo a Pastorín, bramó:

– ¡Váyase al diablo! ¿Cómo se atreve a desafiar a un ciudadano americano en su propio país? Lárguese antes de que Charlie se enfade y le meta el sable por el culo.

Pastorín bordeó la barrera de las secretarias, apartó de un manotazo uno de los grandes macetones que adornaban la escalera y se plantó delante de Herlizer. Éste retrocedió, pero no pudo detener el tremendo bofetón. Las secretarias gritaron. Charlie atacó a Pastorín. Trataba de agarrarlo. El marino, aunque le esquivaba con agilidad, perdió algunos botones dorados del uniforme. Don Juan, muy alterado, se acercó a las escaleras. Los periodistas murmuraron: “el embajador español”, y le abrieron paso. Uno de los mozos del hotel, que asistía embelesado al combate, escoltó a don Juan hacia el lugar de la pelea y se puso en cuclillas dispuesto a no perderse ni uno de los giros del acontecimiento. Herlizer trataba de escapar con sus dos secretarias. Don Juan le dijo a Pastorín, desde una distancia prudencial, alzando la voz, que se calmara, que no usara la violencia. El marino y el gorila seguían enzarzados haciéndose quiebros, asestándose golpes. Pastorín, menos robusto que Charlie, se escurría de las tarascadas que éste le lanzaba, tratando de llegar hasta donde estaba Herlizer. Don Juan, al fin, decidió intervenir y se interpuso entre ellos.

– Déjelo usted ya. Esto puede traer consecuencias políticas graves.

Cuando el guardaespaldas vio a don Juan, uniformado y majestuoso, aplacar a Pastorín, se retiró hasta el lugar donde estaba su jefe y, cogiéndole de un brazo, le llevó hasta la puerta del hotel. El botones se acercó al marino y le entregó el guante blanco que había quedado tirado en el suelo. Los periodistas se dividieron. Gould y unos cuantos salieron detrás de Herlizer, los otros rodearon a los españoles.

Pestaña había leído ya el periódico; fue al Willard con la intención de informar al embajador. Al entrar en el vestíbulo, le vio rodeado de gente. Se acercó al grupo; después de unos forcejeos, logró ponerse al lado de don Juan. Le extendió la última edición del World Herald. Efectivamente, Marrero había sido detenido, junto a seis más, en Savannah. Lo nuevo era que el periódico animaba a los Estados Unidos a intervenir en Cuba. Antes de que los periodistas volvieran a la carga, don Juan, Pastorín y Pestaña salieron a paso rápido del hotel.

– Confío en la prudencia de Cleveland. Ante el resto de las naciones no podrá justificar una guerra sólo porque hemos reclamado la detención de un dinamitero – dijo don Juan a Pestaña, dentro del coche que a todo correr habían tomado.

– Pero los políticos lo que quieren es que les reelijan. Si la opinión presiona de manera irresistible, irán a la guerra. Y a la opinión la maneja ese canalla de Herlizer – reflexionó, sombrío, don Saturnino.

– Lo primero – propuso firme don Juan – es redactar una nota al World desmintiendo su sensacionalismo. Concederé entrevistas a quien me las pida, o las pediré yo mismo en los pocos periódicos serios que van quedando, pues hasta al New York Times lo veo desde hace unos días simpatizar con los rebeldes.

Llegaron a la embajada. Víctor, el criado, manoteaba, sacudía la cabeza, balbucía atropelladamente. Unos desconocidos habían apedreado las ventanas del despacho del embajador. Acababa de marcharse un grupo con carteles que decían: “Españoles asesinos”, “Justicia para Marrero”. Todos se sorprendieron por la rapidez de reacción del “pueblo americano”. Apenas hacía unas horas que había surgido la noticia, y ya un equipo de alborotadores se hallaba dispuesto para actuar.

Al día siguiente, hubo un "meeting" de indignación a favor de Marrero al que asistieron más de quinientas personas. Se lanzaron discursos encendidos contra España, llamaron “vieja estúpida” al Secretario de Estado.

Ese mismo día, Pestaña le entregó a don Juan una nota de Bayard. Lamentaba los incidentes y se disculpaba de que la prensa hubiera conocido la detención de Marrero antes que ellos. Lo peor era que la dinamita no aparecía por ninguna parte. Ni el cabecilla, ni los otros seis detenidos, reconocían que la hubiera. Protestaban airadamente y sus abogados iniciaban recursos contra la medida. Bayard decía que su gobierno sólo podía mantener los cargos por las pistolas y fusiles que les encontraron en la pensión de Savannah en donde fueron arrestados.

– Si hubieran encontrado la dinamita – dijo Pestaña –, tendrían muy difícil demostrar ante el mundo que ellos sólo apoyan a políticos y luchadores cabales, no a asesinos. ¿Quién miente aquí? ¿Mintió Ausubel? ¿Miente Bayard? ¿Se han preocupado los americanos de encontrarla? No han querido, con la detención cumplen – se contestó Pestaña a sí mismo, con pausada resignación.

Dos días después, en el bar del Willard, terminada la última sesión del congreso, don Juan y Pastorín tomaban un coñac comentando las incidencias, algunas chuscas, que habían ocurrido aquella tarde. Por ejemplo, los chinos propusieron a última hora que el cantonés fuera también lengua oficial, pues ellos eran el pueblo más numeroso de la tierra. Animados por el alcohol y el patriotismo, volvieron a lamentar la injusticia histórica de que la nación descubridora del Nuevo Mundo, la que dibujó las rutas de los mares, se viera relegada en favor de una estirpe de piratas y bebedores de ginebra. Cuando llegó la autocompasión a límites insoportables, el marino cambió de conversación.

– Llevo dos meses embarcado, en la más estricta cuaresma. Si no pruebo un poco de carne, me va a dar el escorbuto. ¿Conoce usted algún sitio respetable donde un astrónomo pueda solazarse?

– Sé lo que oigo a mis agregados – repuso don Juan –. Ellos hablan muy bien de la casa de Betty Louis. Dicen que es discreta, que tiene buenos muebles en los salones, comodidad en los dormitorios, cuartos con agua corriente y, ante todo, muchachas de gran calidad, muy limpias, revisadas cada semana por el médico de la casa, Mr. Hearp, al que conozco y que es más caro que el gas. Durante el tiempo que llevo aquí, he pensado en ir alguna vez, pero solo no me gusta aventurarme y con los mocetones de la embajada, me veo en una inferioridad ostensible. Así que mi cuaresma es parecida a la suya. También a mí me hostiga el agujón de la carne.

Poco después, se detuvieron ante una casa de ladrillo rojo y ventanas góticas, no lejos del Mall, en un sitio que, sin ser céntrico, tampoco estaba fuera del Washington visitable. Iban sonrosados, los ojos brillantes, los puros despidiendo el humo azul de las locomotoras. Después de respirar hondo, don Juan, con aire de maduro inspector de policía en misión de control venéreo, golpeó el llamador. Un mayordomo negro entreabrió la puerta, examinó los uniformes respectivos y con voz sumisa, profesional, les dijo:

– Por aquí, señores.

Entraron en el amplio vestíbulo, presidido por una escalera central. A ambos lados, los salones. Uno, tapizado de verde oscuro, otro, de rosa cardenal. Se oían recias voces varoniles contrapunteadas por cálidos, y un poco roncros, susurros femeninos. Enseguida se presentó una mujer de mediana edad, traje gris perla y busto de estatua. Tenía una cara agradable, aunque marcada por las ojeras; iba sin maquillaje, con el pelo húmedo, como si acabara de bañarse. Su expresión dominante y tranquila daba a entender que se encontraba en horas de trabajo, que ella era la dueña y que no entraba en el lote. Les extendió con solicitud el brazo. Don Juan, al instante, tomó su mano y, arqueando con elegancia la espalda, se inclinó:

– Señora mía.

– Soy Betty Louis – dijo ella.

– Lo sabemos – intervino Pastorín cortante, para evitar cualquier dilación en las presentaciones.

Betty dudó si serían o no delegados del congreso astronómico. Llevaba atendiendo a varios días. Era gente pacífica, muy distinta de la que acudía a la capital para las convenciones de ganaderos o de viajeros de paño. Tenían un aire ingenuo, despistado; algunos, hasta olían a tinta. No así aquellos dos caballeros. Betty notó que don Juan mostraba un poco de inquietud, como si temiera que le vieran allí, de modo que los pasó a su despacho. Para evitar encuentros embarazosos, tenía dispuesta esa habitación desde donde era posible inspeccionar los dos salones a través de una discreta celosía. Así, los indecisos veían sin ser vistos y tenían la oportunidad de elegir, a distancia, las muchachas deseadas. Entretanto, éstas conversaban con otros clientes, les ofrecían bebidas o simplemente se exhibían en los divanes. Vestidas con elegancia, si no fuera por la amplitud y profundidad de sus escotes, podrían pasar por damas en una velada de la "high life".

– Si ven algo que les guste, tiran del cordón y vendrá Noah. Él se encargará de llevarles a la chica a una habitación del primer piso, al que ustedes pueden subir por aquí – y les señaló, medio disimulada por una enorme planta, una escalera de caracol pintada de rojo.

Cuando les dejó Betty, Pastorín dio una rápida ojeada al salón verde; enseguida supo cuál sería su elección. No era muy alta; quizás, hasta un poco rellena, pero, incluso desde allí, se podía ver el azul morado de sus ojos, la cara pícaro, la melena corta de rizos negros. Estaba recostada en un pequeño sofá, ofrecía su cuerpo, con húmeda indiferencia, al desconocido que la observaba detrás de la rejilla. Una bomba erótica, pensó, en términos bélicos, Pastorín.

Tiró del cordón y al instante se presentó Noah.

– Diga a la señorita de aquel diván que tendré el gusto de pasarla por las armas en breves momentos.

Noah no entendió la metáfora militar, pero supo que el marino había elegido a [Susan](#). Antes de acompañar a Pastorín al piso de arriba, le preguntó a don Juan.

– ¿Ha elegido usted ya?

– Todavía no. Estoy calculando mi potencia de fuego.

Una vez que Noah y el marino salieron, don Juan se sirvió una copa de coñac, encendió otro puro y miró por la celosía. El salón se hallaba dividido en varias zonas de intimidad por muebles-jardinera con exhuberancia de plantas. Reconoció a algunos congresistas. Los delegados italianos Santori y Trono di Monte cortejaban en paralelo: arrodillados en apartados contiguos, ambos acercaban la barbilla a los escotes de sendas muchachas. Un alemán tristón, con mostachos de domador de fieras y mirada hundida, se había separado del grupo y medio dormitaba. Era el profesor Ritske, de Jena, especialista en estrellas dobles.

Don Juan se debatía en una serie de incertidumbres: “¿Subo a la habitación o me quedo en uno de los salones a verlas venir? Si decido subir, ¿intentaré la penetración o pediré algún trabajo menos comprometido? Y si me determino a penetrar, ¿podré o no podré? Con casi sesenta años, no siempre acude el perro a la llamada del amo”.

Estas elucubraciones se evaporaron de pronto. Betty Louis, desnuda del todo, apareció en el vano de la puerta del despacho con dos copas vacías de champán en una mano y una botella en la otra.

– Veo que no se decide – dijo con voz insinuante –. Quizás necesite observar más de cerca las bondades de esta casa.

Hizo un ligero movimiento voluptuoso adelantando el hombro izquierdo. Se acercó al embajador, le miró fijamente y puso una de las copas en su mano. Don Juan acusó el impacto. La oferta de ese cuerpo blanco, de carnes firmes, si bien no restallantes, el tono casi maternal con el que susurraba, le sacaron de todas sus vacilaciones. Aceptó la mano que ella le ofrecía y la siguió. Don Juan subía las escaleras no muy dueño de su voluntad, contento al fin de que Betty hubiera decidido por él. Contento, porque si fracasaba, iba a hacerlo ante una mujer madura, que sabría comprender mejor el deterioro inevitable del impulso.

Ya en el dormitorio, lo primero que atrajo la atención del embajador fue la cama: amplia, de alto dosel, vestida con colcha de flecos rosa, repleta de almohadones celestes. Destacaban, asimismo, un tocador isabelino y, en las paredes, varios retratos de presidentes de los Estados Unidos; entre ellos, uno de Abraham [Lincoln](#) que, con mirada severa, parecía fiscalizar todo lo que ocurría en la alcoba. Betty se aproximó a don Juan, comenzó a quitarle la ropa. Le invadió al embajador una plácida agitación. Podía contemplarse a sí mismo desde fuera, como si desnudaran a otro: a un viejo con vientre adelantado, bíceps flojos, pelo encanecido y una redondez abatida, general. Veía un cuerpo sostenido por piernas blancuzcas, espolones de carne cruda embutidos en un par de calcetines negros. Era consciente de la estampa que debía de ofrecer a un observador imparcial. No necesitaba deducirlo, por lo demás, pues en aquel momento podía contemplarse en el espejo del tocador. La comicidad de su apariencia, sin embargo, terminaba eclipsada por la confianza instintiva que le producía Betty. Se conducía de una manera que le evocaba a alguien muy familiar. ¿Acaso a su primera niñera, Visitación? Seguro que se trataba de ella. Suya debía de ser la reminiscencia benéfica que convertía aquella situación mercenaria en un cálido y humano encuentro.

Cuando terminó de ser desnudado por Betty, don Juan pudo comprobar que su cuerpo le regalaba un firme argumento. De inmediato, tomó el control de la situación; pausada y deleitosamente, hizo feliz a Betty Louis. Luego, hablaron durante un buen rato de cierto resumen de sus vidas.

Era tarde. Don Juan, en el vestíbulo, se disponía a despedirse de Betty. Pastorín, precedido por una Susan risueña, bajaba las escaleras al tiempo que tarareaba aires marciales y pellizcaba a su palomita. Se dirigió a la dueña para pagar. Betty, digna y agradecida, rehusó el dinero.

– Ha sido para mí un placer atenderles. Invita la casa.

Pastorín miró a don Juan con el orgullo de un soldado que sabe que debe la victoria a la inteligencia de su general.

Al salir, una noche pura. En Washington, no se encendía apenas el alumbrado y como había luna menguante, los astros podían verse con todo su brillo. Eufórico, Pastorín inició el himno de Leopardi : “Che fai, luna, tu sola, in ciel...”

En el cruce de la calle Albany y la catorce, pasaron junto a un grupo de cuatro individuos con mala catadura, sentados en un banco en la oscuridad. A don Juan le subió el corazón a la garganta cuando el de facha más torva se acercó a pedirle fuego. Los otros tres se deslizaron por detrás con intención de rodearlos. Pastorín reaccionó con rapidez, de un salto subió al banco para dominar desde allí a todos. Con voz de trueno, de capitán que habla a una tripulación incompetente, les gritó:

– ¡Por mil barricas de oro...! Atrás, chusma inmunda. No molestéis a dos hombres, por una noche, felices.

Los individuos continuaron cercando al embajador, que permanecía inmóvil con la caja de cerillas en la mano. Entonces, Pastorín sacó un reluciente revólver negro y apuntando al que pedía fuego, saltó desde el banco y se puso delante de don Juan. Empezaron a retirarse despacio; el marino advirtió que al primero que se moviera le soltaba un tiro, y lo hizo con una voz como para convencer a cualquiera. Ya en lugar iluminado, cerca de la Casa Blanca, dejaron de preocuparse.

– En este país hay que ir armado, a ciertas horas y en ciertos sitios. Usted debería tener una pistola. Sobre todo, ahora con lo de Marrero. Aquí todo el mundo la tiene. Por cierto, ¿no se ha fijado en que había un coche en la acera de enfrente observando la escena?

– No me he fijado – contestó don Juan.

– Creo que iban por mí. No soy una compañía segura. Herlizer sabe a estas horas todo sobre un servidor. Yo no venía por aquí desde hace tiempo, me la tienen jurada por una faena de la pasada guerra, que otro día le contaré. Reconozco que ayer me señalé bastante con el cerdo del magnate. Ya no me podré mover con tranquilidad, así que debo abandonar Washington. Lo del Congreso era la tapadera perfecta, porque soy astrónomo. Pero, en fin, lo he echado todo a perder.

- ¿Entonces, no va a investigar el paradero de la dinamita?
- Claro, eso no puedo dejar de hacerlo. Tendré que ir a Cayo Hueso a husmear, a ver lo que me dice Quirós. De estar en algún sitio, será por allí. Sólo hay un sinvergüenza capaz de llevarla a Cuba y ése es Agüero. Bueno, por lo menos con la detención de Marrero tenemos más tiempo, hasta que recluten otra cuadrilla que lleve la dinamita a Cuba.

## Capítulo 10. [Literatura. Madame Blavatsky](#)

Catalina había decidido traducir al inglés los [Cuentos y Diálogos](#) que le regaló don Juan. Llevaba algunas hojas a las veladas para resolver sus dudas. Dominaba el castellano todavía mejor que el francés, pero una cosa era hablarlo o leerlo y otra muy distinta dar con la palabra literaria precisa. La obra de don Juan estaba plagada de vocablos populares andaluces, de forma que las primeras versiones que ella le sometía parecían partituras llenas de rabos, interrogaciones y asteriscos. La sintaxis tampoco encajaba. Como había tanto que hacer, Catalina le propuso a don Juan que fuera a su casa por las tardes los lunes y los viernes. Él llegaba con puntualidad diplomática a las cinco menos diez. Sally, la doncella, le introducía en la biblioteca. Allí, encontraba a Catalina mordiendo su pluma de nácar, rodeada de papeles, con el diccionario Appleton encima de la mesa. Tomaban el té, trabajaban de firme; luego quedaban en verse en alguna velada.

Una tarde, don Juan llegó media hora antes. La doncella, en la puerta hablando con el cochero, se hizo a un lado para dejarle pasar. Se dirigió a la biblioteca, pero no estaba Catalina; fue hacia el ventanal y se puso a mirar el jardín. Allí la descubrió sentada en el suelo, las piernas desnudas cruzadas - cada pie descansando en el muslo contrario -, los ojos cerrados, inmóvil. No sabía qué hacer: ¿silbar, toser, tocar en los cristales? Decidió esperar para no interrumpir la meditación, ¿pues de qué otra cosa podría tratarse?

Sally, desde el interior, avisó a Catalina. Ella volvió en sí, se estiró, susurró algo y entró en la casa por la puerta del porche. A los cinco minutos, apareció en la biblioteca con el uniforme de trabajo. Al ver a don Juan, esbozó una sonrisa muy social:

- Llegas antes, no te puedo pedir disculpas.
- He dado un paseo por el Mall; cuando acordé estaba frente a tu casa. Hoy creo que es el primer día de primavera.
- ¿Me has visto? – inquirió Catalina, un poco avergonzada.
- Te estoy viendo.
- ¿Has mirado al jardín mientras esperabas?

– Sí.

– ¿Y qué has visto?

– Una ninfa que parecía dormir.

Catalina sonrió y desvió la mirada; con mano un poco temblorosa sirvió el té.

– La primavera no me sienta bien, tengo que defenderme.

– ¿De qué?

– Del dolor.

– ¡Pero si eres una campana, Kate Bell !

– No soy una campana. También puedo ser Kate Hell.

– Yo no creo en el infierno, y menos que tú puedas serlo.

– No lo soy, pero puedo estar algunas veces en él. El yoga me ayuda.

Don Juan puso los brazos en cruz :

– Nicolai hace gimnasia sueca.

– El yoga no es gimnasia, es un camino de purificación.

Don Juan notaba que Catalina luchaba por ser más explícita, pero algo se lo impedía. Trató de componer un gesto más serio:

– Eso me suena a espiritualidad oriental.

Catalina colocó las tazas en la bandeja. Miró a don Juan; al ver que había desaparecido su expresión irónica, en tono bajo de voz, dijo:

– Soy budista, sigo las doctrinas de Helena Blavatsky y del coronel Olcott. Mi pobre padre está horrorizado, le he salido una pagana radical.

– Yo creo en Dios todopoderoso. En las iglesias y en las religiones hechas por los hombres tiendo al escepticismo – engoló la voz don Juan.

– Según Sumangala, el dios personal no existe. "Es una sombra gigantesca lanzada en el vacío por la imaginación de los ignorantes".

– Ese buen hombre necesita las cinco vías tomistas – dijo don Juan, temiendo que Catalina se las preguntara una por una.

– ¿Y en el alma? ¿Crees en el alma?



– Sí, claro... aunque dudo de todas esas bonitas historias del juicio final, el purgatorio, el paraíso...

– Entonces estamos más cerca de lo que crees. El alma es compleja.

– Platón decía que teníamos el alma instintiva, la temperamental y la racional.

– Buda es más preciso.

Catalina se levantó, trajo un pequeño libro rojo y lo abrió por la mitad:

– Según este catecismo budista de Olcott, en el hombre hay que considerar siete prendas, que no todos poseen, sino los perfectos: el cuerpo terrenal, el principio de vida, la forma astral, el alma animal, el alma humana, el alma espiritual y el espíritu.

– Ockham afirmaba que no hay que multiplicar los entes sin necesidad. ¿No te parecen demasiadas almas? – dijo don Juan.

Catalina leyó un párrafo:

– "Todos los humanos tenemos cuerpo terrenal, principio de vida, forma astral y alma animal; pero alma humana tienen pocos, alma espiritual, poquísimos y espíritu, casi ninguno. El progreso consiste en poseer las siete prendas. Cuando el alma humana se educa llega a refrenar, sujetar y dirigir al alma animal, que es donde están los apetitos bestiales, después gobierna también a la forma astral, que es el espectro, el cuerpo etéreo, el fantasma de nuestro ser, al cual enviamos a donde queremos, apareciéndonos en cualquier parte, como hacían Apolonio de Tiana y otros".

– Lo del fantasma lo considero un poco extravagante. ¿De veras cree eso el señor Olcott?

Catalina no hizo caso de la observación y continuó:

– "Con el tiempo, y educándose más el alma espiritual, se llega al supremo grado de iniciación, adquirimos el sexto principio o buddhi. Entonces ya somos sabios y disponemos de la Naturaleza, conociendo sus leyes misteriosas. Nos metemos, si se nos ocurre, en el hueco de una cáscara de avellana, nos filtramos a través de las más sólidas murallas, oímos a mil leguas de distancia, vemos lo que queremos ver, y trasponemos por los espacios siderales a visitar los astros más remotos, como hicieron Swedenborg y otros varios".

– ¿De verdad crees todo eso?

– No todo, no las chiquilladas. Yo creo en la teosofía. El espiritismo es como la religión popular, el misterio ingenuamente presentado a las personas sencillas. Vosotros tenéis las vírgenes y los santos, ¿no? – replicó Catalina, y siguió leyendo: "Por último, el buddhi va subiendo y, enriqueciéndose en sabiduría, logra desechar de sí todo dolor, todo deseo, todo egoísta propósito, y adquiere el átma. Como el átma es la raíz, el ápice de la mente, el abismo en que todo se unifica, al tener átma llegamos al nirvana".

Catalina dejó de leer. Tenía cara de beatitud, de dulzura, de lejanía.

– Esto es lo que me interesa, esto busco con todas mis fuerzas.

– La palabra me encanta, ¿qué es? – preguntó don Juan.

– El nirvana es el fin del progreso, la última perfección. El nirvana es la nada: cesación de cambios y mudanzas, reposo absoluto, ausencia de deseo, de ilusión y de tristeza; olvido de todo, seguridad de que no se volverá a nacer porque se extingue la voluntad, el necio prurito de la vida.

– ¿Y si ese estado no se logra?

– Tenemos que caminar mucho. Cada uno de nosotros, si no llega al nirvana, ha de tener por lo menos trescientas cuarenta y tres vidas o encarnaciones.

– ¡Trescientas cuarenta y tres vidas! Trescientas cuarenta y tres muertes. No me extraña que los budistas quieran alcanzar cuanto antes el nirvana. La reencarnación, como alternativa a la inmortalidad, me parece un ajeteo insufrible.

– Madame Blavatsky es buddhi, está cerca. Según ella, yo estoy todavía luchando con mi alma animal. Tienes que leer su obra "Isis sin velo".

Otra vez se dirigió rápida a una de las estanterías; le puso delante cuatro tomos encuadernados en piel de vaca. Don Juan cogió uno, lo abrió, le saltaron a los ojos: misterios, periespíritu, Cagliostro, Zoroastro, Orfeo, Pitágoras, el alma del mundo, Ammonio Sacas. Luego fue por otro libro: "El mundo oculto", de un tal Sinnet. Quería que se los llevara los dos para leerlos. Don Juan, ante el entusiasmo de ella, no puso objeción.

– Conoces a esa madame, por lo que veo.

– Desde hace cinco años. Es mi amiga, mi guía espiritual. Vive en Nueva York, pero a veces viene por aquí a alguna "séance" y me visita.

– ¡Extinguir el necio prurito de la vida! Eso sólo puede pensarlo alguien a quien la vida le resulte insoportable – exclamó don Juan con voz grave.

– ¿Te han entrado ganas de matarte alguna vez? – le preguntó Catalina.

– Tengo flaco el corazón.

– ¿Y de joven?

– Una vez, en Rusia.

– Cuéntamelo.

– Ella me dijo: olvidemos esto, "ne m'en voutez pas". Yo tenía en la embajada un puñal de Georgia, grande, ancho, adamasquinado y truculento. Con él se podía cortar a cercén

la cabeza de un buey. No dejaba de sacar la vaina y pensar en la muerte teatral y aparatosa que podría darme con él. Pero la razón fría, algo risueña y burlona, no me abandona nunca, ni en los momentos de más pasión. Figúrate que me reía de mí mismo viéndome tan desesperado, y no por eso dejaba de desesperarme ni, al desesperarme, de reírme.

– No la querías de verdad.

– Si uno tuviera que matarse cada vez que el suicidio viene a propósito, se ajusta a la acción y termina bien el drama, "plaudite cives", sería menester tener seis o siete vidas al año, para ir las sacrificando según convenga, quedándose a lo mejor sin vida, y sin poder suicidarse cuando el caso más lo requiera.

– Pero, si pierdes el amor, ¿qué importa la vida?

– Cuando iba a un baile y me aburría, me quedaba hasta lo último, a ver si por dicha terminaba divirtiéndome. En este pícaro mundo, que es también un baile, me va a pasar lo mismo: con la esperanza de divertirme, voy a vivir más que Matusalén. En fin, no creo que me llegue la desesperación mientras pueda contemplar este hermoso y variado espectáculo. El día en que me muera, aun hecho una momia, voy a cantar como La Traviata: "Gran Dio, ¡morir si giovane!"

– Yo no creo que el mundo sea un espectáculo que merezca contemplarse si se queda vacío, oscuro, sin la luz del amor.

– Eres joven y romántica. El mundo es un misterio grandioso, aún sin amor. Y tú lo sabes. ¿Si no, por qué tiembles ante una noche estrellada? ¿Por qué me dices que te impresiona la inocencia de los ojos de tu perro?

– Cuando sufro, las noches me parecen calabozos y el sol, la lámpara mortecina de una celda.

– Pero el sufrimiento pasa.

– ¿Y si no pasa...o yo no puedo evitarlo? – dijo Catalina.

Durante los días siguientes, Catalina no apareció por ninguna de las tertulias. Como todos los viernes, don Juan se dirigió a Highland Terrace confiando en que estaría dispuesta para la traducción. Sally, con cara educada, aunque inexpresiva, le dijo que se había ido a [Wilmington](#). Don Juan le preguntó si la madre había empeorado. La doncella le respondió que la madre siempre estaba mal. Ante la poca voluntad de dar más detalles, don Juan se dio media vuelta y volvió a la embajada paseando.

Por la noche, en casa de los rusos, habló con Amy, la hija del embajador Heard. Antes de conocer a Catalina, habían coqueteado un poco.

– Ya no me dice el ministro de España que tengo los ojos de terciopelo – le reprochó, amable, ella.

– Pero los sigues teniendo.

– ¿Cómo está su mujer? – preguntó [Amy](#) con la más inocente de las entonaciones, si no la hubiera acompañado de una sonrisa pícaro y un ligero desdén en el remate final.

Don Juan no se esperaba la pregunta porque tenía conceptuada de discreta a la joven. Olga que, cerca de allí, la había oído, volvió la cabeza como un resorte.

La respuesta de don Juan tardaba un poco más de la cuenta. Al fin llegó:

– Bien, muy bien.

Don Juan se deslizó con la máxima suavidad al encuentro de Olga, que sustituía a Catalina en la preparación del ponche. Terminados los brindis, hizo un aparte con la anfitriona.

– Catalina se ha ido a Wilmington.

– ¿Y qué tiene eso de raro? De cuando en cuando, desaparece de la vida social. No es de extrañar, las crisis cardíacas de su madre son muy graves.

– Lo que me extraña es que no me avisara, que no le dejara recado a la doncella para mí.

– A los amigos todo les está permitido – dijo Olga.

– ¿Qué sabes de la rusa?

– ¿De qué rusa?

– De esa madame [Blavatsky](#)...

– ¿De qué la conoces?

– He leído su [Isis](#), me lo prestó Catalina – mintió don Juan, que sólo había hojeado uno de los tomos.

– Misterio para los americanos, claridad para los rusos...

– ¿La conoces bien?

– Yo sí, pero Nicolai todavía mejor, por motivos profesionales. Ahora está en Bombay.

– Pues Catalina dijo que vivía en Nueva York.

– Es verdad, aunque en estos momentos se encuentra en Bombay. Puede que se escriban o que se comuniquen por telepatía – dijo Olga con media sonrisa de humor, media de misterio.

– No me parece una buena influencia para una joven – repuso don Juan con voz que quería ser neutra.

- Catalina no es una niña desamparada, está curtida en las cosas del espíritu.
- Tú sabes que ese budismo es una predicación de la muerte.
- Bueno, yo no diría que la teosofía concluya eso.
- ¿No? Lee, lee ese tipo de literatura...
- La he leído y me gusta, está llena de cuestiones interesantes, de puertas inexploradas.
- La única puerta es la muerte para llegar a la nada, ¿qué es si no ese maldito nirvana?

Olga se alisó el vestido y miró a don Juan fijamente a los ojos.

- ¿Por qué tienes tanto interés en proteger a Catalina?
- No tengo interés en proteger a nadie; es que no quiero que una mujer valiosa a la que tengo afecto y a la que veo vulnerable se vea... se vea...
- ¿Conquistada? ¿Dominada?
- Llámalo como quieras.
- Entiendo, entiendo...

Olga llamó a Nicolai, se levantó para atender a otros invitados y, al retirarse, le dijo a su marido:

- Nuestro amigo quiere que le cuentes la [historia](#) de Lelynka.

De vuelta en la embajada, antes de acostarse, escribió don Juan cartas a su hermana Sofía, a [Menéndez Pelayo](#), a su hija Carmencita, y a Carlos, el hijo mayor. Ya muy tarde, abrió el ejemplar de "El Mundo Oculto" y repasó los fragmentos que tenía subrayados Catalina:

El dolor, el origen del dolor, la detención del dolor y el camino que conduce a la cesación del dolor. Todo el universo está abrasado por las llamas de la pasión. Todo es dolor. El nacimiento es dolor, la decadencia es dolor, la muerte es dolor. Estar unido a lo que no se ama significa sufrir. Estar separado de lo que se ama, no poseer lo que se desea, significa sufrir. El deseo es el origen del dolor. El deseo de los placeres de los sentidos, el deseo de perpetuarse y el deseo de extinguirse. El deseo de morir no constituye una solución, pues es incapaz de detener el ciclo de las reencarnaciones. (Esto lo tenía Catalina enmarcado con dos signos de admiración, fuertes, de palo grueso, con la misma intensidad con que hacen los niños las primeras letras). La liberación del dolor consiste en la supresión de los apetitos. Llega el nirvana, la extinción de la sed.

## Capítulo 11. [Don Juan busca al Gran Maestro. El Obelisco](#)

Quemaba en su bolsillo la carta que le había entregado Paco después de abrir la valija. Juanito, en la puerta de la embajada, mientras esperaba a su tío, no pudo contenerse, rasgó el sobre y sacó dos hojas. Ahí tenía el informe sobre Agramonte. El día después de la tertulia en casa de la jueza, cegado todavía por los celos, telegrafió en clave a Madrid para pedir la ficha policial de Ignacio. Con el viaje al Oeste, casi lo había olvidado. Cumplía con su obligación: la defensa de los intereses y las vidas de sus compatriotas en el extranjero. Lo de Cuba era una guerra. Ciertamente odiaba la luz fuerte, honrada, de los ojos del poeta y la actitud melosa con que le distinguía Victoria. Aunque no hubiera mujer por medio, él debía hacer averiguaciones sobre un insurgente. ¿Era obligación suya?, ¿del agregado militar? o ¿del mismo embajador, que también oyó la proclama de Ignacio en casa de la jueza? Sin embargo, su tío estaba empeñado en considerarlo inofensivo. Así que fue preciso asumir la responsabilidad.

La ficha policial, escrita en el enrevesado estilo de los atestados, decía que Ignacio era hijo de Enrique Agramonte; por tanto, sobrino de [Ignacio Agramonte y Loynaz](#), el Apóstol Inmaculado, [patriota](#) muerto en combate durante la guerra de los Diez Años. Nació en Sancti Espíritus, provincia de Camagüey, en una familia de empresarios ferrocarrileros. Había vivido en Cuba durante la juventud, protegido por sus abuelos. A los veinte años se casó con una maestra. Seis años después, la abandonó y se fue a Nueva York. En la actualidad dedicaba todos sus esfuerzos a la causa revolucionaria. Terminaba la ficha con una localización estética digna de Clarín: “en lo literario, puede considerársele un poeta mitad romántico, mitad estetizante, de los muchos que ramonean por la escena madrileña”. Lo importante, pensó Juanito, era que estaba casado. Un detalle que quizá no supiera Victoria.

Salió don Juan vestido de gala, ambos se dirigieron al coche. El embajador estaba decidido a que esta vez Jessop no pudiera escapársele. Pensaba encararse con él delante de Cleveland, si fuera preciso; como gran maestro de la logia de Columbia, debía asistir a la inauguración del obelisco. Le había mandado una nota al Club Cosmos dos días antes para que llevara consigo los pagarés.

El coche tuvo que detenerse, la calle estaba cortada por un desfile. Juanito le dijo a su tío:

– Los masones ayudan a los rebeldes. El otro día vi entrar a Agramonte en el Club Cosmos – el sobrino miraba a su tío con precaución –. Debemos vigilar en serio al cubano.

– ¡Te dije que no te metieras en eso! – tronó don Juan.

– Lo vi por casualidad... yo iba a comprar tabaco.

Don Juan quedó unos instantes en silencio, tenso y enfadado. Luego, más tranquilo, continuó:

– No te extrañes, los [cabecillas](#) de la guerra del 68 eran todos masones y tenían el apoyo de sus hermanos [españoles](#). En cuanto a Agramonte, te lo he repetido veinte veces: sí, es

uno de los principales del comité, pero un político idealista. Tú no debes vigilar a nadie. No es cosa tuya, no se te ocurra meterte otra vez en camisa de once varas.

¡Así que Agramonte visitando a Jessop! El cónsul Chamorro, desde Nueva York, le venía advirtiéndole de los movimientos del Comité Revolucionario Cubano para comprar armas, pero no tenía nada concreto. Este de Agramonte quizá fuera un primer contacto para pedir financiación. En el fondo, agradeció a su sobrino la noticia. Sería necesario seguir las andanzas del poeta, pero de ningún modo Juanito. Y si no él, ¿quién lo iba a hacer? Pastorín estaba en Cayo Hueso. A Paco Bustamante, por muy competente que fuera, no debía embarcarlo en otra tarea de espía.

Terminó la parada; cuando llegó el coche a la explanada reservada a las personalidades, don Juan se dirigió a la tribuna y Juanito a mezclarse con la multitud. El obelisco lo dominaba todo. A pocos metros del monumento, se levantaba un estrado cubierto, adornado con guirnaldas y banderas, destinado al presidente de la nación y al cuerpo diplomático. Marchas patrióticas atronaban el aire. El himno americano anunció la entrada de Cleveland.

Jessop, en su discurso, trazó un recorrido por los cuarenta años que había durado la construcción del obelisco, hizo una semblanza patriótica de Washington, después, un elogio de la masonería. Para acabar, leyó una oración dirigida al Arquitecto Universal. Ostentaba el Gran Maestro una estampa marmórea. Le rodeaban tres jerarcas de la logia de Columbia; cada uno sostenía en sus manos el libro, el compás y el delantal que pertenecieron a Washington. Cuando terminó de hablar Jessop, Cleveland declaró inaugurado el monumento. Desfilieron las quince logias de la capital y una representación de todas las de América. Cerraban la marcha los Socios Raros, los del Fénix, los caballeros de Pythias, los Hombres Rojos, los de la perfección de Mitra.

El sol había sobrepasado la punta del obelisco y se dirigía de vuelta hacia occidente. Juanito, confundido entre el gentío, divisó a Victoria, a la que Roustan, con el uniforme pomposo de la diplomacia francesa, ayudaba a descender por la escalerilla de la tribuna. Llevaba el vestido rosa pálido que a él le gustaba. Tenía la mirada lejana y aburrida de las jóvenes que asisten a ceremonias en las que deben mantenerse quietas y oír discursos. Juanito intentaba que los ojos de Victoria se cruzaran con los suyos, pero ella los dirigía a la barandilla de madera, o, un poco de reajo, hacia atrás, a donde estaba Roustan. Poco después, derramaba la vista por la zona en la que se encontraba el agregado con la digna inexpresividad de la mujer que se siente observada: los pómulos un poco afilados, los labios prietos. Cuando bajó del estrado, Juanito la vio sonreír mirando en su dirección: desapareció la máscara oficial, brotaron el reconocimiento y la simpatía. Era en su dirección, sí, pero no estaba seguro de ser él el destinatario de la ruptura luminosa de su rostro. No era él. El joven cubano se acercaba, la saludaba. Llevaba un delantal con la bandera de Yara: franjas azules y blancas, triángulo masónico rojo, dentro, la estrella solitaria.

La pareja se sumó al río de la multitud en retirada. Juanito no les quitaba ojo de encima. Iba dos o tres filas más atrás. Podía ver los sombreros de Ignacio y de Victoria entre las cabezas numerosas.

Agramonte explicaba a Victoria que el atuendo masónico le venía grande, se lo había prestado un amigo gigantón de Nueva York. Debía reconocer que la inglesa estaba

preciosa: frágil, las mejillas encendidas, lanzándole suaves miradas. "Esta mujer, regalo para el héroe, hurí fugaz, sólo para el momento que precede al triunfo o a la muerte". Siguió intentado el poema que la deslumbrara. No podía avanzar. La palabra "plenitud" ocupaba toda su mente e impedía a las demás jugar entre sí, alternarse, para conseguir acordes sonoros. Las rimas "virtud", "rectitud"... le resultaban imposibles de encajar en la ocasión. Victoria le pidió:

– Cuéntame cómo es la Habana.

– Tienes que conocerla por el alma de sus nombres: "Regla", "Varadero", "Tacón"... – declamó Ignacio con tono nostálgico, mirándola a los ojos, y continuó  
– ..."Guanabacoa", "Obispo", "Aguacate"...

– La otra noche soñé con un niño esclavo – interrumpió Victoria –. El negrito estaba solo en la calle, mi madre me dijo que me quedara con él. Unos negreros me lo quitaron; yo era el capitán del barco negrero; luego, vino un espadachín y salvó al esclavito luchando cuerpo a cuerpo conmigo, matándome en cubierta de una estocada; después, me resucitó y me entregó al niño. Los dos llegamos a un puerto blanco.

– También nosotros soñamos algo parecido. Soñamos con que eso sólo pueda ocurrir en los sueños. La liberación tiene que venir para todos: negros y blancos, pobres y ricos, creyentes y ateos.

– ¿Me dejarás que te ayude en esa lucha? – preguntó Victoria precipitadamente.

– Te agradezco la generosidad, pero es imposible.

Ignacio se sorprendió. Sólo se habían visto una vez. Este brote repentino era auténtico, nacía como el agua de una fuente. En casa de la jueza habían simpatizado, sí, y todavía recordaba el brillo de sus ojos, el ardor con que le defendió; pero ¿y si se lo tomaba en serio? Así empezó su esposa. Creía que compartiendo sus ideas, su forma de vida, conseguiría tenerle más cerca y, quizá un día, domesticarle por completo. Aunque pronto, el curso duro de la lucha, las inevitables elecciones – por ejemplo, entre quedarse con el hijo enfermo o emprender un viaje para una misión – crearon un fondo de amargura y de reproche que había secado los sentimientos de los dos. ¿Debía ahora implicarse con Victoria? ¿No sería mejor dejar el agua correr y seguir su lucha sagrada? Ella no valdría como madre para sus hijos ni como compañera de batalla. La gente de su mundo juzgaba las emociones como algo plebeyo, habitaba una atmósfera de sobreentendidos sutiles y tenues delicadezas que perseguían siempre ignorar lo desagradable. Demasiado delicada y consentida, para que, de pronto, pudiera adaptarse a una vida de sacrificio o de penuria. Creía conocerse a sí mismo. Era enamorado; sincero, pero inconstante. Le deslumbraba la belleza y el misterio. Ahora bien, cuando ella, la que encarnaba esos ideales, se rendía impresionada por el ardor de su persecución – y mostraba su rostro mortal, sus demandas demasiado humanas – él comenzaba a perder fuego poético, entraba en un periodo de distanciamiento y, mirando a la rendida con compasión inconsciente, volvía a la política, al seguro seno de la Patria, su amante verdadera. ¿Le pasaría igual con Victoria?

Anduvieron un rato silenciosos, sumidos en una especie de aturdimiento. A veces, las filas de gente, demasiado próximas, se detenían obligando a la pareja a esperar hasta



que se reanudaba la marcha. En esos instantes, se miraban con humor y deleite. (Otros ojos, llenos de angustia, brillaban detrás de ellos. Juanito, en un relámpago, sorprendía sonrisas que le arrancaban el alma). Pararon a descansar en un banco; contemplaron las evoluciones de un tiovivo cercano, las garzas blancas que se posaban en las copas de los pinos...

Juanito les observaba confundido entre unas damas que acudían a un pabellón de modas. Por andar ocultándose entre setos y muros, la chaqueta la llevaba cubierta de polvo, la flor del ojal se había convertido en un trapo arrugado. Tenía los ojos apagados por la tristeza, humedecidos de envidia y curiosidad. Quiso abandonar la vigilancia. Estaba tan abatido que no veía el mundo. Aunque no le gustaba beber fuera de las comidas, ahora necesitaba algo para el dolor, para cambiar aquel estado, para matar aquellos minutos. Pensó en el clorhidrato de cocaína que le sobró del [dentista](#), pero tenía que ir a la embajada. Terminó por sobreponerse. Cuando Victoria y Agramonte se separaron, siguió al cubano. A unos metros de él, podía ver sus andares triunfales, como si sobre las espaldas llevara a Victoria ligera, invisible, rendida. Al poco tiempo, Ignacio llegó a una modesta pensión de la calle 47. Juanito tomó el número y se dispuso a regresar.

Su mirada inquieta pronto descubrió uno de los pocos bares públicos abiertos en Washington, el [Artemisa](#). Entró en el club. En la penumbra, al fondo de la barra, un camarero atareado picoteaba sobre una orquesta compuesta por vasos y cucharillas. A pesar de que aún no se había acostumbrado a la bebida nacional, se sentó y pidió un whisky. Tomado el primer trago, saltarín y ardiente, adivinó una sombra detrás de él, se giró hacia ella y la vio corporeizarse. Un individuo gris, acuoso, con testa triangular, le miraba con fijeza.

– Yo le conozco a usted. No sé su nombre, pero sí qué anda buscando.

A Juanito no le gustó el sujeto, aunque le interesó su introducción. Además, eran los únicos que se encontraban en el bar. De manera neutra, le contestó:

– Usted me aventaja. Yo no sé con quién hablo.

– Soy Pierre Ausubel – dijo extendiéndole la mano –, representante y fontanero internacional. Realizo ciertas operaciones en las cañerías, arreglo grifos, limpio pozos ciegos. Y mis honorarios no son tan altos como los de los fontaneros de verdad. España me debe aún una avería.

## Capítulo 12. [Kate vuelve. Entrevista con la bruja](#)

Don Juan, junto a los rusos durante la ceremonia, escrutaba el grupo de gente que rodeaba a Bayard con la esperanza de descubrir a Catalina. Pero en vano, porque al senador no le acompañaba su hija. Había pasado casi un mes desde su desaparición. Olga, que captó la dirección y el sentido de las miradas de don Juan, le susurró:

– Tengo noticias de que Kate lleva dos días en Washington. Me extraña que hoy no acompañe a su padre.

Cuando bajaban del estrado, Nicolai le preguntó:

- ¿Estás preocupado?
- Sí. No quiero que se me escape Jessop.
- ¿Todavía con eso?... Pues allí lo tienes - dijo el ruso volviéndose un poco hacia su derecha y señalando con la barbilla a un grupo de gente que se aproximaba.
- El banquero, rodeado por tres torres masónicas, se hallaba ya a unos veinte metros. Don Juan dejó plantado a Nicolai y caminó rápido hacia el grupo. Cuando Jessop le vio acercarse, fue hacia él con la mejor sonrisa, patente en ella un filo de desprecio:
- Recibí su nota. Lamento las molestias que le he ocasionado.
- ¿Tiene lo que le pedí? - le preguntó seco don Juan.
- Sí.
- ¿Por qué ha maniobrado tanto para que no consiga pagarle?
- Ya le dije que en mi banco no éramos muy amigos de su gobierno.
- Pero me los prestó usted, no su banco, y aseguró que íbamos a ser amigos. A los amigos no se les coacciona.
- ¿Quién le ha coaccionado?
- ¿Cómo sabía el general Grant que yo tenía problemas con el juego, si sólo he jugado con usted, y una vez?
- Había más gente aquel día.
- ¿Me toma por imbécil?
  
- Digamos que le tomo como adversario político – dijo Jessop en tono imparcial – . De todas formas, no me sobra tiempo para ocuparme de pequeñas deudas – concluyó con aire de superioridad.

- Para entrevistarse con Agramonte sí tiene tiempo.
- Mantenemos estrechas relaciones con nuestros amigos los masones cubanos. ¿No pretenderá controlar mis amistades? Yo no me ocupo de sus compañías de trabajo, ni de las de placer... – y brilló un destello casi soez en la mirada de Jessop.
- Es inútil seguir...

Don Juan sacó dos sobres de su bolsillo. Ni Nicolai ni los guardaespaldas prestaban atención. El banquero le miraba con una sonrisa irónica y fría.

- ¿No pretenderá usted pagarme aquí, en público?
- Eso es lo que pretendo, y si usted se niega tendré que llamar al embajador de Rusia para que sirva de testigo.

Jessop dudó un instante, miró a los masones, y sacó los pagarés de su chaqueta con discreción . Los introdujo entre las hojas del discurso que acababa de leer. Se los dio disimulados entre dos de ellas. Don Juan hizo como si leyera las hojas por encima y le devolvió los sobres con el dinero de la misma forma.

- No hay nada personal en todo esto, estamos en distintos campos de batalla, sencillamente – dijo Jessop con tono conciliatorio.

Don Juan le dio la espalda y se dirigió hacia donde estaba Nicolai.

Al día siguiente fue a casa de Bayard. Le abrió Sally. La doncella se compuso el delantal y bajó los ojos. Don Juan le preguntó por Catalina.

- Ya ha llegado de Wilmington... si quiere le aviso, pero tiene visita.
- ¿Está en la biblioteca?
- No, en su habitación. En la biblioteca la aguarda "madame" – dijo Sally con voz

forzada, como si se avergonzara de haber usado ese nombre.

Después de dudarlo, la doncella decidió avisar a Catalina. Don Juan dejó el sombrero en el vestíbulo y se acercó a la escalera. Miraba hacia arriba esperando noticias. Sally bajó, le dijo que Catalina no podía verle ahora. En ese momento, salió de la biblioteca una mujer gorda, de ojos verdes y ropa estrafalaria. Se dirigió hacia él mirándole sin sorpresa, con una leve sonrisa, casi una mueca. Levantó levemente la mano izquierda a modo de saludo.

– Me llamo... – comenzó a decir don Juan.

Pero ella volvió a levantar la mano, esta vez para imponer silencio. Le tomó del brazo y le condujo al interior de la biblioteca. Desprevenido por la autoridad que mostraba la mujer, se dejó llevar. De cerca pudo ver que era bizca de uno de sus enormes ojos verdes, fijos en don Juan sin parpadear, con una insistencia penetrante, no del todo humana. Blanca como la leche y edad imposible de determinar, llevaba un vestido gris que cubría con una mantilla de dragones orientales. La biblioteca olía a un dulzón aroma parecido al azafrán. La mujer soltó el brazo del embajador, se dirigió a un tarro humeante sobre una mesita y sopló en la brasa. Entre la niebla de aquel incienso, miró a don Juan con rigidez de máscara, entornando un poco los ojos, como si tratara de ver dentro de él, o quizás de hipnotizarle. Por fin, dijo:

– Tomemos el té.

– Sólo he venido para ver a Catalina, y ahora no puede recibirme.

– Usted ha venido a conocerme... Siéntese, la vida es corta, señor embajador.

– ¿Cómo está Catalina?

– Mucho mejor. Ahora lee, medita... creo que respira hondo.

– ¿Cómo sabe usted quién soy?

– Le ha descrito muy bien Kate... Su nombre es Valeégga – pronunció con el más estudiado y auténtico acento francés.

– Y el suyo, Helena Blavatsky.

– Ese es el último, por ahora.

– He leído su libro. Está bien escrito, pero la materia es oscura.

– No es la materia, sino el alma turbia la que la oscurece.

– Usted cree tener poderes psíquicos – dijo don Juan.

– ¿Y usted, no los tiene? ¿No tiene poderes psíquicos el que se cree Dios creando el mundo en una novela? Porque usted escribe novelas, ¿verdad?

– Sí, pero no es mi intención imitar a Dios.

– ¿Qué sabemos verdaderamente de nuestras intenciones?

– Yo sí creo que lo sé, igual que sé que carezco de poderes psíquicos.

– ¿Qué opina usted de los que los tenemos?

– Infantilismo.

– Eso opino yo – dijo la Blavatsky

– Claro.

– Su primera reacción ante mi *Isis* es característica de este siglo, tan negado para el misterio, tan dado a la incredulidad, a la refutación.

– ¿No es también su siglo?

– He vivido en otros siglos. No puedo librarme todavía del lapso de vida humana que me ha correspondido.

La Blavatsky se sentó en el mismo sillón que él ocupaba durante las traducciones; replegada, confundida con el respaldo negro, era sólo una sombra en la que brillaban dos ojos fosforescentes, como los de un animal de noche. Un delgado escalofrío recorrió la espalda de don Juan.

- ¿Estoy loca?
- Está equivocada, y me temo que equivoca a Catalina.
- ¿Qué sabe usted de ella?
- Que es una mujer extraordinaria y que es buena, sobre todo que es buena de corazón.
- De acuerdo, es una elegida. No todos pueden llegar a la liberación, debe estar contenta, pero hay que pagar un precio.
- ¿Qué precio?
- El amor es un obstáculo, el recurso desesperado, el grito desgarrado del cuerpo para no ser relegado en la misión que el alma tiene encomendada.
  
- ¿Qué ideas son esas tan falsas y destructivas?
- Usted es un obstáculo para ella. Ha tenido que recurrir a mí para que la vuelva al camino.
- ¡Le ha dicho ella que yo soy un obstáculo?
- No, ella me ha dicho todo lo contrario, pero...
  
- Pero usted se empeña...
- Ella me llama, y si puedo, como ahora, trato de curarla.
- ¿Curarla de qué?
- De sus ataques de tristeza... le dan desde los dieciocho años. ¿No lo sabía? Sin causa, sin motivo, en cualquier momento se siente arrastrada a un pozo oscuro del que no puede salir por sí sola. Llevaba tiempo sin sufrirlos, pero ya ve, aparece usted y vuelven a escena. Yo le hablo, le doy hierbas, recitamos mantras, vamos a alguna sesión de espiritismo... Así poco a poco, va saliendo. Ahora ya está casi bien. Pero le aconsejo que no toque mi autoridad, que no me desprecie ante ella. Puede ser que algún día sólo me tenga a mí.

Aquella misma tarde Catalina se presentó en la embajada. Llamó tres veces a la campanilla, el último golpe más prolongado. Fue a abrirle don Juan. Su habitual cara luminosa la tenía pálida, apagada, el brillo de los ojos perdido.

- Hola, Juan – dijo con voz baja, ronca.
  - Por fin tienes la bondad...
- Catalina le ofreció la mejilla. Él depositó un beso fugaz de saludo. Entraron en el despacho.
- Te he echado mucho de menos. Mucho... – musitó ella.
  - Me has tenido muy preocupado. Ni una sola noticia.
  - No he querido que me vieras así. La tarde del yoga ya presentía la oscuridad. Al día siguiente, me fui a Wilmington. Tres semanas después, viajé a Nueva York, Helena volvía de Bombay.
  - Ya he hablado con esa mujer – dijo don Juan con tono sombrío.
  - Sí, me lo ha contado... ya sabes, entonces, que he pasado una mala temporada. Ahora estoy mejor. Atravesé el túnel y les compré a mis hermanos pequeños todos los dulces que querían, un pony para Philip, unos vestidos para Nellie, organizamos guiños y lecturas poéticas, a pesar de que a mi madre no le gusta que los niños pierdan el tiempo.
  
  - ¿Cómo está tu madre?
  - No hablemos de ella ahora. Bien, está bien.
  - ¿Y tu padre?

- Sólo le veo algunos fines de semana. Se puede decir que lleva dos meses viviendo en la oficina.
- Una de las oficinas más atareadas de la tierra.
- Es tan bueno que el poco tiempo libre que tiene lo pasa con mi madre, que siempre le ha atormentado. Mucho cuando estaba sana, pero ahora más...
- Es difícil la vida de un político.
- De un político que además tiene una mujer como ella. Después de odiarme y hacer todo lo que está en su poder para dañar mi vida, hoy llora por mí.
- ¿Por qué?
- Porque no me he casado todavía, porque no me casé con quien ella quiso... Por todo. Porque lleva diez años que no se levanta de la cama y cree que yo no cumplo como anfitriona, por mis extravagancias. Porque mi padre siempre le habla maravillas de lo bien que llevo la casa. Porque está celosa, porque cree que la sustituyo.

Don Juan trató de intervenir, pero no sabía qué decir. Catalina miraba con fijeza a un punto indefinido cerca del ventanal.

- Desearía no haber nacido de su miserable cuerpo.

Era la primera vez que don Juan la oía hablar de esa forma. Un torrente oscuro se le vino encima. Se vio a sí mismo como un cura viejo durante la confesión.

- Quiere que me integre en una hermandad para cuidar enfermos, pero le he dicho que me he propuesto vivir y amar con toda la fuerza que pueda.

Catalina miró a don Juan; al ver su expresión de desconcierto, le dijo:

- No amo a mi madre, pero no me creas un monstruo... Quiero calmar su sufrimiento. Estos días, a pesar de todo, he hecho lo que se espera de una buena hija, con una paciencia infinita. Siempre que flaqueaba pensaba en ti, aparecías vestido con la armadura solar de Amadís.

Don Juan le cogió las dos manos. La derecha la tenía muy fría, como si hubiera estado lavando ropa, la izquierda, cálida y suave.

Una semana después, continuaron la traducción. Helena Blavatsky había vuelto a Nueva York. Catalina recuperó el relleno de la piel en la cara, sus ojeras menguaron, el tono de voz se hizo más enérgico. Esa tarde tuvieron que interrumpir el trabajo porque la modista debía probarle un vestido. Don Juan se quedó solo en la biblioteca. Aún olía al dichoso incienso de la bruja. Trató de abrir la ventana. Para hacerlo tuvo que pasar por delante del escritorio de Catalina. En él vio su diario azul, cerrado, pero sin el candado. Sintió la tentación de abrirlo. Resistió y continuó hacia la ventana. Volvió a sentarse. Pensó que ella tardaría más de media hora con el traje. Fue hacia el escritorio y abrió el diario. Leyó un [poema](#), después un [trozo](#) fechado en noviembre del 1882.

Don Juan oyó la voz aguda de la modista despidiéndose en el vestíbulo. Cerró el diario, lo colocó en su sitio y se dirigió al sillón. Catalina entró diciendo:

- He tardado... No tengo ropa para Newport.

## Capítulo 13. [Newport](#)

Desde el séptimo piso del hotel Labrador, en Newport, podía distinguir don Juan, allá abajo, en el suelo, cuatro figurillas dentro de un rectángulo de tierra que se desplazaban a saltos hacia una línea blanca, avanzando y retrocediendo, mientras daban bastonazos al aire. En la **cancha** de tenis, su sobrino Juanito se agitaba más que los otros. Fijó la vista en el mar destellante de aquel día limpio de verano. “¿Quién aguanta en Washington con el bochorno? El mar, gran separador. Mi familia no quiere venir; sí mis hijos. **Carmencita**, seguro. Tengo ganas de verla. Pero entonces vendrá mi mujer. Se acabaría la libertad... Le debo a Santiso, de Baena, dos mil reales, y tres mil al padre de Juanito. ¿Cuándo se venderá El **Alamillo**? Aquella barca quieta en el horizonte ¿a dónde irá? Esa luz que rebota en los pañuelillos blancos que alza el viento ¿qué hace aquí? No tengo dinero, ni esperanza, ni astucia, ni capacidad para conseguirlo. Hay que quitar esa Biblia de la mesilla de noche. Van a venir dentro de poco las limpiadoras para arreglar la habitación. Ya las oigo cerca. No entrarán, si yo no quiero. Colocaré el "don't disturb". Estoy contento con Catalina aquí. Me rejuvenece. Extravagante, sí, pero joven, sensible. No debo tocarla, mis manos de viejo temblarían".

El hotel organizó por la noche un baile de disfraces. Don Juan condescendió a ponerse antifaz por no desentonar, pero le apretaba demasiado y estaba deseando quitárselo. Acompañada por el general Grant, apareció Catalina. Iba disfrazada “a la marquise”, con peluca blanca, lunar en la mejilla y labios de cereza. Don Juan la veía en el extremo de la gran mesa, rodeada por dorados candelabros, copas cristalinas, criados dieciochescos... Mientras tomaban con sus grupos respectivos algo de aquí o de allá, se fueron acercando hasta que estuvieron al lado. Don Juan reparó en el gran escote. Salvo las piernas el día del yoga, sólo conocía su cuerpo vestido de invierno en la calle o, dentro de los salones, con blusas cerradas al cuello. Aquella noche, coronada por una diadema de brillantes, llevaba un vestido de terciopelo oscuro, sujeto en la cintura por un gran broche a la antigua que lanzaba reflejos acaramelados sobre sus espléndidos pechos. Espléndidos. No se le ocurría otro nombre. Es decir, justos, llenos, tersos, palpitantes. Los libros, los poemas, la naturaleza, pero nunca aquella carne blanca y suave. Los ojos de ella, como siempre, fijos en don Juan con insistencia.

– El embajador de España, presidente...– dijo Catalina con formalidad.

Grant, con la barba canosa, vivaces los ojos protegidos por cejas hirsutas, campechano, le dio un cálido apretón de manos:

– Tenía muchas ganas de conocerle. Algunos amigos míos también.

Don Juan pensó que aludía a la hermandad belicista y se puso en guardia. Pero el general no continuó por ese camino, habló un poco con Catalina sobre su caballo Alabastro y después los dejó solos.

– ¿Por qué le llamas "presidente"?

– Todo el mundo lo hace, hasta Cleveland. No puedes imaginar otra cosa: un héroe de la guerra civil, dos veces presidente, todavía con energía y metido en grandes empresas... – Catalina se interrumpió un instante, dudó, y continuó –... que quizás no te benefician. Se rumorea que tiene cáncer. Pero ahí está. Cuidado con el gran hombre. No hace mucho fue a ver a mi padre. Delante de mí, dijo que Cleveland debía mandar a

Cuba los destructores y reconocer diplomáticamente al Comité Revolucionario como legítimo representante del pueblo cubano.

– ¿Y qué contestó tu padre?

– Que no hay "casus belli", que tendría que esperar a que los republicanos ganaran las elecciones, si quería una guerra.

Catalina no siguió con la conversación. Estuvieron un rato callados. Luego, salieron a la terraza ante una noche serena, olorosa, densa de estrellas. Se sentaron en un velador. Catalina posaba sobre él sus ojos cálidos mientras sonaba la música y les servían deliciosos cócteles de ron. La orquesta del hotel inició un vals. Ella se levantó, se alisó el traje, cogió de la mano a don Juan y le condujo hasta la pista de baile. El embajador – la barbilla alzada, los brazos altos – sostenía a Catalina mostrándola, luciéndola, y ella giraba, ligera como una pluma, en los brazos del hombre maduro. Don Juan compuso cara de bondadosa sonrisa, como si bailara con su hija. Se miraban con fijeza a los ojos; los de él, negros, hundidos en la cueva de la experiencia; los de ella, azulgrises y rendidos.

Volvieron a sentarse cuando acabó la pieza. Catalina miró hacia arriba doblando el cuello hasta que su nuca tocó el respaldo de la silla.

– ¡Qué noche! ¡Cómo brilla Vega! ¡Siento por mis venas una corriente de electricidad que podría encender todas las farolas de esta ciudad!

– De modo que ya has conseguido los poderes – dijo don Juan en tono de chanza.

– Sólo en ciertos momentos, como éste de ahora. Pero todavía me falta mucho camino.

Catalina miraba la copa de licor, doblaba la servilleta, parecía estar muy lejos de allí. Por un instante, don Juan no dominaba la escena, otra presencia gravitaba sobre la frente de ella.

– La tierra es un cuerpo magnético – siguió con voz distante –, está cargada de electricidad positiva. Los cuerpos humanos y todos los objetos materiales tienen electricidad negativa, por eso generamos de forma continua una corriente contraria a la de la tierra, la que hoy me sobra, la que vibra a mi alrededor.

Catalina se incorporó un poco en la silla. Puso su brazo sobre el velador de mármol:

– ¿Ves cómo tengo erizado el pelo?

– Sí, aunque creo que de electricidad saben más los físicos que esos teósofos a los que tú lees.

– No tengo ganas de discutir. Tu escepticismo ha hecho que se vengán abajo – suspiró ella, mientras miraba el pelo de su brazo ya aplacado por completo.

– Los viejos siempre establecemos comparaciones, pero tú no le pareces a ninguna.

- ¿Qué me ves de raro?, ¿tengo poco pecho?, ¿pienso demasiado en ti?
- No es rareza, ni nada físico. Me agrada que pienses en mí, que te preocupes por quien nadie se preocupa.
- ¿Entonces?
- No quiero halagarte. Mañana te espera un duro compromiso.
- Ganaré.

Junto a la **pista**, Juanito presumía de la doma andaluza. Intentó coger las bridas del caballo de Victoria para hacer una demostración. Ella no le dejó, siguió hablando con don Juan y con Catalina. Ésta, vestida de amazona, le hacía mimos a Alabastro, palmeaba su cuello, aspiraba el olor de sus crines. A don Juan se dirigía con tono cálido, pero a distancia sideral de la ternura con la que hablaba al purasangre; sin embargo, durante un momento se fijó en él con la misma mirada cargada de amor que acababa de posar en su caballo. Don Juan, sin darse cuenta, adoptó con la cabeza el mismo arqueó comprensivo que el equino. La brisa del mar ondeaba las banderas. El olor a bosta, los perfumes de las damas, los sombreros floreados, los resoplidos roncós de los animales... Don Juan miraba embobado e inquieto a Catalina. Sabía que era una magnífica amazona. Alabastro un caballo fiero, sí, pero noble y domado por la obstinada voluntad de su dueña. Observó la pista. Los obstáculos, a los que él ni con una escalera osaría encaramarse, vistos al nivel del suelo parecían muros insalvables. No podía existir animal alguno capaz de elevarse sobre ellos, extenderse, caer y seguir corriendo. Los megáfonos anunciaron el comienzo de la competición. Juanito cruzó las manos y se las ofreció a Victoria para que subiera a su caballo. Don Juan quiso hacer lo propio, pero Catalina dio un brinco y montó encima de Alabastro, que alzaba la cabeza, se encrespaba y sentía el desafío. Ella rebotaba sobre la silla al paso gallardo del animal. Árboles, muros, céspedes, esquinas... y el amigo elemental, robusto, serio, conduciéndola con su fuerza esbelta.

Don Juan y todos los demás se dirigieron a las tribunas. **Clover** Adams – larga la nariz, pequeño el sombrero, de negro – abrió la carrera. Saltaba con elegancia, pero perdiendo tiempo entre cada obstáculo. Derribó dos palos. Aplausos. Victoria saltó el primero, perdió el sombrero en el segundo, derribó en el sexto; todo a muy buen ritmo. Juanito brincaba en las tribunas. Le llegó el turno a Catalina. Alabastro tomó carrera, con suavidad rebasó el primero, pasó el segundo, no dudó en el triple, superó la ría sin tocar agua, dio la vuelta, encaró el paredón y se elevó sin que su panza rozara los bloques. Otro triple, y el final. No hubo derribos. Vítors. Don Juan, con el puro en la boca, aplaudía inflamado. Catalina saludaba con la mano a la tribuna. Entonces, Alabastro dio un brinco inesperado, ella perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la grupa; no llegó al suelo porque pudo agarrarse a la cola del caballo, pero la espuela se le había enganchado en el estribo, y quedó de lado, inclinada hacia la derecha, a punto de caer sobre la pista. Alabastro siguió corriendo unos diez metros. Catalina hizo varios intentos de torcer el tobillo para sacar el pie del estribo, al final lo consiguió. Como no pudo, desde su posición, erguirse sobre la grupa, dejó de agarrarse a la cola y cayó al suelo. Don Juan, lívido, con el corazón desbocado, se dirigió hacia la pista. Allí, los mozos trataban de levantarla. Cuando pudo incorporarse, un poco aturdida, fue junto a Alabastro y le acarició la frente: “no tienes la culpa, yo te he fallado”. Miró a don Juan



con intensidad. No había pasado nada. Dos enfermeros del club la llevaron en camilla a una carpa levantada sobre lanzas azules. Don Juan les siguió. No le dejaron entrar. Victoria sí pudo y, poco después, aparecía entre las cortinas con cara alegre. “Sólo un esguince en el tobillo. El pie inmóvil tres semanas”.

Al día siguiente, don Juan trató de ver a Catalina. Subió al piso quince, a la habitación 422. La doncella le dijo que no estaba arreglada y que volviera por la tarde.

Don Juan se puso hecho un Medoro. Tomó un baño para calmar los nervios, para estar bien limpio y oloroso. Se afeitó más a contrapelo que nunca, eliminó todo olor a cigarro con polvos de la Sociedad Higiénica y elixir odontálgico del doctor Pelletier, echó en el pañuelo esencia triple de violetas de Mister Bagley y, en fin, se atildó como Gerineldos cuando fue por la noche en busca de la Infantina.

Ella estaba recostada sobre dos grandes almohadones apoyados en el cabecero de la cama. Sus ojos tenían una lánguida dulzura con cierta viveza y resplandor temerosos.

– Estoy horrible, no sé como he dejado que subas.

– Estás muy guapa – dijo don Juan, entregándole un ramo de camelias.

– Te agradezco las flores.

Catalina se puso pálida y, al instante, colorada. Miraba el ramillete, lo olía. Arrancó la camelia más encendida y se la colocó sobre el pecho. Don Juan se sentó al pie de la cama.

Catalina le tiró un pétalo de la flor, despidiéndolo de sí con un capirotazo.

– Así empieza a enamorarse don José de la gitana en la novela de Merimée – observó don Juan.

– Acércate. Tengo una curiosidad.

Él se sentó en la cabecera. Catalina cogió la bujía de la mesita de noche.

– No sé si son negros o verdes.

Escrutó los ojos de don Juan. Éste se quitó las gafas para que los viera mejor y miró también hondo en los de ella, en silencio, de forma implacable, sostenida. Catalina hizo como que se adormecía.

– Me magnetizas, me voy a dormir. ¿Sabrás despertarme?

– No – contestó don Juan, en tono inocente.

– Pues entonces, por Dios, no me mires.

Obedeció él con humildad y dejó de mirarla; se separó de la cama, se hundió en un sillón, suspiró, quedó quieto y callado. Catalina se incorporó entonces, le miró con ojos

tan cariñosos y provocativos, que don Juan se levantó – alígero, acucioso – y la besó, la estrujó, la mordió, como si tuviese el diablo en el cuerpo. Ella no opuso resistencia, unió y apretó su boca contra la de don Juan, le besó mil veces los ojos, le acarició y enredó el pelo con sus temblorosas manos.

Todo fue muy breve. Sally llamó a la puerta, traía un telegrama. Catalina lo abrió.

– Es de mi madre, la costilla fea me llama otra vez. El mes de julio es suyo, siempre se las arregla. Dice que, como estoy inválida, debo dejar Newport para que nos cuiden a las dos en Wilmington.

Catalina sacó de la mesilla de noche una fotografía.

– Tómala, me la ha hecho Clover. Como me quiere, me ha sacado bastante bien.

## Capítulo 14. [La llamada de Cuba](#)

La semana que pasó en Newport le supo a poco. A la vuelta, don Juan percibió un cambio drástico en la [capital](#). Acabadas las sesiones del Congreso y del Senado, la desbandada de los políticos fue general. El cuerpo diplomático buscó los lugares *chic* de veraneo. Se acabaron las tertulias. Nicolai y Olga viajaron a San Petersburgo. Las calles, desiertas; el calor, sofocante. Por las noches parecía refrescar un poco, pero era un espejismo. La gente sacaba las hamacas a la puerta de sus casas y, entre abanicos y limonadas, aguantaban hasta altas horas. Don Juan no podía dormir con aquellas temperaturas. Por las mañanas, escribía cartas. A mediodía, iba a la biblioteca de la [Smithsonian](#) Institution, que sí permanecía abierta. Los techos altos, los ventiladores, el silencio..., creaban un clima agradable en el único lugar de Washington donde se podía respirar. Allí leyó a [Howells](#), recomendado por Catalina, e intentó, sin conseguirlo, el esbozo de una novela sobre amores tardíos. Por las siestas, modorra general hasta que, después de cenar, se armaba la mesa de [tresillo](#). Entonces, su sobrino hacía mil renuncios, fallaba los reyes del compañero o dejaba pasar los del contrario; todas las noches perdía tres o cuatro dólares y terminaba rabiando, despotricando, queriendo volverse a España.

Por aquellos días, recibió don Juan un paquete de Cuba: la caja de [puros](#) que le mandaba su amigo Gamazo. También había una carta. Le invitaba a la Habana. No se veían desde que estudiaban Derecho en Granada. Hablaba de una reclamación muy importante. Durante la guerra civil, la casa española Maza y Larache compraba algodón al gobierno sudista para exportarlo luego a Méjico. Poco después de terminar las hostilidades, el gobierno federal se apoderó en Shreveport, Luisiana, de 1369 pacas de algodón que la empresa española había comprado a los sudistas por valor de setecientos mil dólares. El gobierno las [vendió](#) en Nueva Orleans y se embolsó el dinero. Su amigo Valentín había entrado como socio en esa firma hacía poco. Le contaba que, aunque los abogados de Maza y Larache llevaban mucho tiempo con las reclamaciones judiciales, hasta ahora los americanos no habían querido ni hablar del asunto. Algo había cambiado, sin embargo, con Cleveland, y parecían más dispuestos a negociar. Pero era necesaria una reclamación oficial promovida por el Estado Español. Le rogaba encarecidamente que la iniciara. Don Juan vio las puertas abiertas. ¡Desde el Caribe brilla el áureo sol ! Sería lo

más natural del mundo que, si la reclamación triunfaba, pudiera reportarle, sin escrúpulo de conciencia, algún tipo de presente no pequeño, dada la cantidad fabulosa de dólares que estaba en juego. “En la Habana perfilaremos los detalles”, finalizaba la carta.

A últimos de julio, llegó Pastorín. Volvía de Cayo Hueso con unos kilos de más. Había dejado la Astarté en el astillero de Baltimore para un leve ajuste en la caña del timón. Era necesario actuar inmediatamente. Los nihilistas de Tampa tenían ya en su poder la dinamita de Marrero, y Agüero estaba dispuesto a transportarla. En el [muelle](#), el hijo de Quirós había visto al filibustero hablar con varios gerifaltes del tabaco. Le siguió y descubrió cuál era su barco. Al día siguiente, Agüero y el barco habían desaparecido. Pastorín telegrafió a Capitanía General advirtiéndole de la expedición. Pasado mañana saldría él para Cuba. Don Juan, en un impulso, propuso acompañarle. ¿Por qué no? ¿Qué le esperaba en la capital sin Catalina, con el calor, con Juanito...? En Cuba, sin embargo, un tiempo delicioso, la hospitalidad de Gamazo, detalles sobre la reclamación de la casa Larache, la belleza del aquel [paraíso](#). Dos inconvenientes: los tifones del Caribe y que, según todos los indicios, era probable que hubiera explosiones en la Habana. De esto último no le habló a Pastorín; confiaba en que él encontrara la dinamita. Además, antes había habido otras amenazas y todas terminaron en nada. La Habana era muy grande, si ocurriera el atentado no le iba a tocar a él. Respecto a los tifones, Pastorín le mintió sin piedad:

– No tiene que preocuparse, en esta época del año el mar está tranquilo.

Y luego:

– ¿Ha vuelto a ver a Agramonte?

– No – respondió don Juan.

– Gómez se está moviendo en Nueva York... Creo que el poeta ha entrado en contacto con los masones de aquí.

– Lo sé, se ha entrevistado con Jessop.

– Otro cerdo, peor bicho que Herlizer, si cabe. ¿Lo conoce?

– Sí, me invitó en una ocasión al club Cosmos – dijo don Juan.

– Ese club es una madriguera para hacer trabajos sucios con el pretexto de la geografía. Hemos encontrado en manos de los rebeldes [mapas](#) suyos con las conducciones de agua, los polvorines y las baterías de la Habana. Harían cualquier cosa por conseguir los planos de las minas en el puerto. El Departamento de Guerra dispone de proyectos concretos para tomar la ciudad por mar. Sabemos que se reúnen con regularidad y planifican estrategias. Herlizer calienta a la opinión, Jessop y Carnegie financian al comité de Nueva York, la Marina prepara sus destructores.

– No creo que los del comité colaboren con los dinamiteros...

– Tienen el mismo objetivo, lo que no van a hacer es denunciarlos, ni perseguirlos.

– Yo confío en Cleveland y en Bayard.

– Quizá no hagan nada violento, si pueden. Pero la hermandad acecha, y los políticos duran sólo cuatro años en el poder. Ellos, sin embargo, permanecen en sus puestos de mando a la espera del momento oportuno. Son profesionales y patriotas ¿Quién dice que Cleveland no se verá arrastrado por las circunstancias?

## Capítulo 15. [La Habana](#)

La corbeta Astarté hendía, ligera, la capa fresca del mar. Aparejaba tres mástiles con cofas, crucetas y una sola batería: la del combés. Las velas tersas, la cubierta encerada, los cañones, relucientes como plata de monjas. Baltimore, a lo lejos, cada vez más sumido en el horizonte. Don Juan observaba el ajetreo de los marineros. Acostumbrado a los trasatlánticos, el empuje del viento en las lonas le producía pequeñas sacudidas, diminutos sobresaltos, a los que pronto se habituó. No llegaba a creerse que estuviera navegando rumbo a Cuba, dispuesto a cruzar el Caribe.

Acabadas las tareas de salida, la tripulación rezó en cubierta una salve marinera que – con voz campanuda, una mano en el timón, otra en el breviario – dirigió el capitán desde el castillo de proa. Pastorín izó la bandera española, dio tres vivas al rey. A continuación, los [científicos](#) se presentaron ante don Juan: Fermín Paredes, santanderino, encargado de la investigación botánica; Leopoldo Factos, dibujante naturalista. Terminadas las formalidades, sufrió el embajador un ataque de conocimiento. El capitán detectó la enfermedad. Sonrió burlón y, mirando alternativamente hacia la cofa del mayor y a la levita de don Juan, le comunicó al grumete:

– Señor Ríos, tenga la bondad de mostrar la corbeta a nuestro invitado. Quizá quiera subir a la meseta del palo, desde allí se ofrece una vista espléndida de la mar oceana.

El rapaz, al oír la orden, se ajustó los pantalones de loneta, estiró su camiseta rayada y, con acento florido del bajo Guadalquivir, preguntó:

– Señor, ¿por dónde quiere empezar?

– No por la cofa, desde luego. Allí sólo suben los monos – contestó don Juan, agarrándose a un cabo, al dar la Astarté un bandazo caprichoso a sotavento.

Le preguntó por las vergas, la gavia mayor, el bauprés, las cuadras... El grumete respondía con amable superioridad. Pero el fuelle pedagógico del muchacho fue decayendo. Cuando el embajador quiso saber lo que medía la quilla de la corbeta, puso una mirada de desvalido agotamiento..., y suspiró:

– Me gustaría, señor. Pero le he dicho todo lo que sé. El resto, se lo pregunta al capitán.

El sol se puso por la amura de estribor, el viento comenzaba a rolar al norte con fuertes ráfagas, la oscuridad fue invadiendo la cubierta. Cuando el aire dio en azotar de través, se izaron las trinquetillas y la vela de cuchillo del mayor. Pastorín levantó la vista hacia la sobrejuanete de proa, dio órdenes para orientarla. La noche vino negra, pura; el mar, agitado y desierto; [Betelgeuse](#) iniciaba su ascenso por el horizonte. La luz de las antorchas daba a los rostros una seriedad como de oficiantes de la adoración nocturna en una iglesia castellana; sólo faltaban el escapulario, el incienso y los rezos.

Cenaron en el camarote del capitán. Después, en el alcázar de proa, fumaron con deleite y bebieron coñac jerezano. Don Juan, un poco apartado, se había apoyado en un cañón y, distraído, jugaba con el mecanismo de entrada del proyectil, abriendo y cerrando rítmicamente el pestillo. Pastorín le advirtió:

– No debe fatigarlo, puede vencer el pasador e inutilizar la pieza. Acaso parezca un juguete, pero está en condiciones perfectas. Este año lo hemos disparado más de veinte veces. Ese, y los otros cinco.

– ¿Todavía hay piratas? – preguntó, con divertida sorpresa, don Juan.

– Piratas con pata de palo, bandera negra, calavera..., no. Pero surcan estas aguas barcos americanos cargados de cubanos belicosos. Si ven la insignia española en un frágil velero, consideran que ha llegado la ocasión del fanfarroneo o incluso del botín. Entonces, se acercan confiados pensando: “¡Bah!, un barco escuela. Divirtámonos un poco, probemos sus bodegas”. Momento en el que yo les mando aviso con uno de mis seis ratones plateados. Al primer cañonazo, viran de repente y siguen su camino. También, algunas veces, en la [desembocadura](#) del Amazonas, han servido para disuadir a indígenas que nos lanzaban flechas veneníferas desde la playa. En fin, una antigualla que vale su peso en oro.

Fermín y Leopoldo miraban a Pastorín con simpática reverencia; todo lo que decía lo apoyaban con gestos de cabeza o gruñidos de asentimiento. En las pausas del capitán, también el moderado oleaje – rompiendo en el casco – aparentaba aplaudir.

– No he querido contarle antes nuestra más famosa hazaña para que no creyera que se embarcaba en un navío de guerra – continuó Pastorín.

El embajador le miró con una expresión que decía: “Me creo todo lo que usted cuente, proceda”. En ese momento, el grumete subió las escaleras y se plantó al lado del capitán. Le susurró algo al oído. Pastorín se levantó, enérgico, y le dijo a don Juan:

– Dispense amigo, no puedo hacer esperar a mi estrella.

Se dirigió a popa, donde Ríos le había montado un telescopio en un trípode. El grumete apagó las antorchas, el barco quedó en oscuridad total. Una vez acostumbrado a la falta de luz, don Juan pudo ver la escena. El capitán movía el tubo con presteza hacia la mitad del arco celeste. Luego, durante unos segundos, su corpulenta envergadura permanecía inmóvil, hasta conseguir el enfoque perfecto de la [estrella](#). El grumete anotaba en un cuaderno las cifras que Pastorín le iba comunicando: “ascensión recta: 34: 47: 17, declinación: 63: 22: 93. Al sur de Camelopardalis”. Después de una media hora, volvió Pastorín a la reunión.

– ¿Qué tal nuestro lucero? – le preguntó don Juan.

– Lo que me interesa son las estrellas que cambian de brillo por periodos. Hay infinidad. Muchas de las que ve ahora, lo hacen. Este viaje colabora en un catálogo general de variables. Para descubrirlas hay que tener buena vista y buenos cielos.

– Nuestro capitán recibió la medalla Steinmann del observatorio de Göteborg. Algo así como la laureada de San Fernando en las batallas astronómicas – terció con orgullo el botánico Fermín.

– Me ha dejado en ascuas. Antes de viajar a las estrellas, había prometido contar una historia marítima – intervino don Juan dirigiéndose al astrónomo.

– Ah... la utilidad de los cañones – dijo Pastorín –. Pues ni más ni menos que, gracias a ellos, pudimos ayudar a la detención por parte de nuestra armada de un barco filibustero especialmente peligroso. Le cerramos el paso con unos cuantos cañonazos a unas seis millas de tierra, con las colinas de Guantánamo a la vista. Izaron bandera blanca y se rindieron al capitán Dionisio Costilla, que les perseguía en el Tornado. Éste ocupó el vapor, hizo prisioneros a los oficiales yankis, encerró a los cubanos en las bodegas y dirigió el barco a Santiago de Cuba. Había allí dinamita suficiente para volar el castillo del Morro, y una gran cantidad de fusiles y munición.

– Pero, ¿qué me cuenta usted? ¿Está hablando acaso del “Virginius”? ¡Así que intervino en esa escaramuza! Bueno, “escaramuza” no es la palabra adecuada – se corrigió don Juan –, quiero decir “acción valerosa y patriótica”.

– Pues sí, el “Virginius”. Cuando el barco arribó a Santiago, el gobernador instruyó un sumarísimo. Mandó fusilar a los oficiales americanos, al dirigente Bernabé Varona y a unos veinte cubanos más. Llegaron un lunes por la mañana, fueron juzgados por la tarde y pasados por las armas de inmediato.

– Recuerdo el impacto que produjeron esas ejecuciones en las cancillerías – dijo don Juan.

– Más impacto habría tenido la dinamita en nuestros pechos – recalcó Pastorín –. El fusilamiento fue la solución justa, la que se correspondía con los efectos que los filibusteros querían causarnos. La justicia de los hombres debe aproximarse a las leyes del universo. A tal acción, tal reacción...

Don Juan, al ver los ojos fríos y ardientes de Pastorín, pensó en los retratos de Antonello de Messina que de joven había contemplado en Italia. Representaban a fogosos adultos con la mirada de quienes poseen a la vez el conocimiento y el "imperium" físico: el mentón que hendía el porvenir, la frente aventanada, los ojos fulgurantes, y esa forma complaciente, alerta, de asomarse al mundo, como el leopardo que acecha, relajado, sobre la rama de un árbol en la sabana.

El ron y el aire calmado de la noche sirvieron como acicate a los científicos para conducir la conversación, primero, hacia las novedades políticas, después a las mujeres, luego, de forma natural, a los chistes procaces. Los hachones que alumbraban en

cubierta habían agotado la brea cuando llegó el momento de entonar las canciones de añoranza por la patria.

En la litera, don Juan, mientras intentaba conciliar el sueño, cayó en la cuenta de que no había escrito carta alguna desde hacía dos semanas. Decidió redactarlas a la mañana siguiente para echarlas al correo nada más llegar a la Habana. Desde allí saldrían hacia España con floridos matasellos de palmeras y el aroma caribeño impregnado en el papel. Aquellas misivas enorgullecerían a sus hijos, por tener un padre en tierras lejanas de aventura; a su mujer le preocuparían, por creerle expuesto a los peligros de las mulatas lavanderas o de las criollas tostadas y melosas. Siempre había oído maravillas de las cubanas. Ahora, "de la carrera de la edad cansado", sin grandes esperanzas en el disfrute directo de los dones que pudieran ofrecerle, tenía la intención, por lo menos, de contemplarlas con sus expertos ojos de aficionado perpetuo.

El ruido de cubierta despertó a don Juan, que había pasado una noche agitada por la cena excesiva, los puros numerosos y el ron en demasía bucanera. Las pisadas sobre las tablas, encima de su camarote, sonaban ligeras; las voces, aunque roncacas, festivas. El arrastrar de los baúles, los cabos al caer en el maderamen, el mugido profundo de Pastorín anunciaban que la Habana estaba cerca. Arreglado, llevando su maleta, salió don Juan al exterior. El grumete, ojeroso, sacaba brillo a la hebilla de un cinturón. Los naturalistas, con los ojos hinchados por el sueño, aspiraban la brisa mañanera. Un amanecer sereno, un mar plano como lámina de estaño. Al fondo, el alegre crepitar de los edificios que, límpidos, sin niebla, relumbraban con el primer sol. Por detrás, oyó la cavernosa voz del capitán: "Ahí la tiene usted, la muy ilustre y siempre fidelísima, villa de San Cristóbal de la Habana".

El barco enfilaba la boca del puerto.

– Mire – indicaba Pastorín –, ese es el Morro, el castillo de los Santos Reyes. El del otro lado es el fuerte de San Salvador de la Punta. ¿Quién entra en este palacio tropical sin permiso? Véalos, como dos soldados gigantes de piedra. Aquel torreón es el Morrillo, el que está situado en la cresta del peñasco. Observe el fanal de primer orden de Fresnel, cuya luz giratoria ilumina hasta cuarenta millas. Fíjese en el recinto meridional del castillo ¿Ve la gran batería rasante? Cuente. Son doce piezas de grueso calibre las que apuntan a la entrada del puerto. "Los Doce Apóstoles", y no tienen precisamente en la cabeza la llama del Espíritu Santo, más bien saldrá por sus bocas el fuego del infierno.

La perorata de Pastorín seguía extendiéndose en detalles militares, todos de admiración ante "la inexpugnable y bella". La ciudad, a medida que la corbeta discurría por el canal, antes de entrar en la bahía, aparecía medio oculta por un bosque de mástiles y velas. Luego, se presentó de pronto, como si el barco navegara por sus calles.

– Ahí tiene – seguía Pastorín –, en la ribera oriental, San Carlos de la Cabaña, la primera fortaleza de América. El que se hace con ella, se hace con Cuba. Un pueblo militar con cuarteles, polvorines, caballerizas... Todas sus cortinas, rodeadas de profundos fosos. Dotación de fuego: doscientos cañones, sin contar la batería de la Pastora, que nos está mirando en este momento.



Don Juan no atendía al capitán. Se fijaba en la brisa. ¿De dónde ese olor a jabón fresco que exhala el aire? ¿Del palmeral al fondo de la bahía?

Atracaron en el [muelle](#) de la Luz. Mulatos descargaban barcazas, macizos oficiales paseaban orgullosos. Los sacos de azúcar, los fardos de tabaco, las barricas de aceite... todo iba a parar a barcos de bandera americana que fondeaban flamantes y pletóricos.

Don Juan acordó con Pastorín reunirse pronto. Luego se despidieron los naturalistas y Ríos. Marcharon alegres, con las cabezas ladeadas, como si eso les diera más capacidad de visión sobre el lugar donde se escondían los placeres. Guardados por el ángel inocente de la juventud, se internaron por un pasillo entre dos altas hileras de fardos.

Al poco, se presentó un ser curioso.

– ¿Señor embajador,... don Juan..? Soy Carlos Balbuena y Prado, jefe de la Aduana. Como máxima autoridad portuaria, tengo el honor de ponerme a su disposición y de transmitirle la más cordial bienvenida por encargo del Capitán General.

Nadie podría esperar que alguien tan pequeño fuese jefe de algo; sólo la proporción en sus miembros lo salvaba de ser un enano. El traje de lino, la cadena dorada que le cruzaba el chaleco, los gemelos de brillantes, mostraban a las claras que aquel hombre no desaprovechaba el cargo. “¿Jefe de Aduanas? Corrupto o incorrupto, buen puesto”, pensó don Juan. Balbuena le presentó a los dos policías secretos que serían su escolta, vestidos uno de guajiro, el otro de corte europeo. Ambos hablaban con acento mallorquín. Hicieron una inclinación ceremoniosa y enseguida se volatilizaron entre los cargadores.

Balbuena le indicó la [volanta](#) que esperaba para llevarle a casa de los Gamazo. A las bridas, un joven muy serio, algo gordo, miraba con tranquilidad todo lo que ocurría a su alrededor. Cuando vio que don Juan se dirigía al coche, bajó de él y con aire deferente, se presentó. “Soy Valentín Gamazo. Mi padre se disculpa por no estar aquí, pero ha tenido que salir a la carrera para la hacienda. Vendrá a la hora de cenar”. Cogió las dos maletas como si no pesaran y las colocó en el coche. En realidad, lo que le hacía parecer gordo era, más que la cantidad neta de grasa, la particular disposición de una cabeza grande, un cuello corto y la carne torneada al hueso con blandura.

Cuando consiguieron salir del puerto, accedieron a una calle flanqueada por tiendas con abigarrados toldos. El joven Gamazo quiso ofrecerle un recorrido que incluyera lo más notable de la ciudad. Le llevó, primero, a una plaza de imperfecto paralelogramo, embaldosada, con cuatro parterres rodeados de verjas. En el centro, el monumento a Fernando VII.

– El deseado, el deseado – exclamó el joven, irónico –. Para nosotros fue bueno. Según los libros “tuvo acertadas providencias que aseguraron la paz y la prosperidad de Cuba”.

La estatua, más bien mala, representaba al rey felón con cetro, toisón y manto. El Palacio de Gobierno se levantaba en el lado oriental de la Plaza de Armas. Algunos curiosos esperaban para ver desfilar la tropa que hacía la guardia. Por doquier, vendedores de helados, chiquillos, apenas mujeres. Recorrieron las calles [Obispo](#), [O'Reilly](#), Mercaderes..., adoquinadas, con buenas aceras. Al entrar en Peña Pobre, el



coche empezó a dar unos saltos despiadados: rodaba sobre un [empedrado](#) macadam deteriorado por los carros, los aguaceros y el estiércol de las bestias.

– No se asombre. El adoquín que debía haber aquí se lo han embolsillado.

En cierto tramo de la calle, pasaron sobre unos [tablones](#) negros incrustados en el barro seco, la volanta redobló su trote espasmódico.

– Son de caoba, tienen más de un siglo. Aquí la madera sobra y la piedra falta. Hay que traerla de Veracruz.

El coche tuvo que detenerse al poco tiempo porque un rebaño de cabras ocupaba la calzada. El joven Gamazo miró divertido alrededor, se encogió de hombros, y trató de distraer a don Juan señalándole las casas cercanas. Sus colores variaban entre el azul añil, el castaño claro y el verde aceituno. Las [ventanas](#) tenían rejas que llegaban hasta el suelo. En ellas, una joven limpiaba los barrotes, una niña, ensimismada, vestía sus muñecas, gatos somnolientos descansaban sobre los poyetes. Cuando las cabras despejaron el camino, entraron en una calle bien pavimentada, umbría, flanqueada por grandes casas solariegas. El coche se detuvo ante una con fachada de piedra, ventanales de cristales policromos, y un balcón corrido que ocupaba toda la planta superior. La casa de los Gamazo.

Don Juan se apeó. Valentín dejó la volanta a un criado mulato. Atravesaron el fresco zaguán y entraron en un [patio](#) con soportales. Dos niñas, a todo correr, se echaron encima de Valentín, alegres, gritonas, jugando primero, después un poco cohibidas por la presencia de aquel señor desconocido.

– Sinda, coge a las niñas – ordenó Valentín a una mulata que se acercaba.

Entonces salió Mercedes. Don Juan, que la conocía desde su juventud, la encontró con la misma mirada generosa y verde; el cuerpo, sin embargo, desfigurado por la gordura. Llevaba una blusa de gasa, casi morada, que dejaba al descubierto los hombros lechosos, salteados de lunares. Las blanduras del trópico se habían instalado en aquella que fue enjuta castellana de Toledo.

– Dichosos los ojos, Juan. No quiero halagarte, pero has ganado con los años. ¿Cómo está Dolores? ¿Y tus hijos?

Hubo un intercambio atropellado de acontecimientos familiares; salieron a relucir los muertos, las bodas, los bautizos de ambas estirpes. Pidió Mercedes noticias de sus hermanas, a las que frecuentaba el embajador, también del "[Pollo](#) de Antequera", ministro de la Gobernación en la Regencia, que de joven fue su pretendiente, "entonces no me gustaba porque tenía un tic en las cejas, ¿lo tiene todavía, Juan?" Mercedes hablaba sin parar. Él la escuchaba, encantado del lugar tan fresco en el que habían ido a sentarse: una sencilla [habitación](#) que recibía la brisa de Cojimar a aquellas horas agobiantes del mediodía. El refresco de limón, hierbabuena y un poco de ron, servido por la esclava Sinda, acabó de ponerle en concordancia tropical.

– Las cosas no van bien en la hacienda – se lamentó Mercedes con voz seria y tono resignado –. Ya te contará Valentín. Quiero que le animes a volver a España. Él mismo está deseando pasearse por Madrid y ver a la gente, pero su orgullo se lo impide.

Sinda retiró el servicio de refrescos. Llevaba falda larga y blusa escotada. La ligereza de la ropa fue uno de los primeros choques tropicales que recibió don Juan. Las norteamericanas tenían andares enérgicos, costumbres liberales, pero iban vestidas hasta el cuello. Las cubanas, sin emancipar, andaban rumorosas, ofrecían a la vista sus carnes firmes, morenas y sedosas.

Mercedes siguió hablando y abanicándose un buen rato. Al fondo, en el patio, se oían las voces de las niñas, que arrastraban una pequeña caja de madera.

Al fin, pudo don Juan subir a la habitación que le tenían destinada. Sinda, solícita, cargada de ropa blanca, le guió hasta el segundo piso. El dormitorio era acogedor y fresco. Se echó en la cama; sacó de la maleta la fotografía de Catalina. Medio adormilado, oyó una bocina de oro.

## Capítulo 16. Los Gamazo

Don Juan se dirigía al Casino de la Habana. Mercedes le había dicho que Valentín le esperaba allí para almorzar. En el trayecto, se le acercó un vejete que llevaba lotería: empañados los anteojos de gruesos cristales, la colilla del puro en la boca, desdentado, con barba de pinchos blancos. “¡La cubana!, ¡la auténtica!, el 7.025, el rayo,... ¿Quién la quiere?” El azar es ciego, y aquel vendedor casi lo era. Sacó un billete – recién cambiado, crujiente –, que de inmediato fue capturado por unos dedos sarmentosos, con uñas negras de mugre.

Continuó, errante, por Oficios, Compostela, Aguacate, Villegas... Y las tabernas “Alma Húmeda”, “La última de Pérez”. Fachadas roídas por el salitre marino, almacenes con profundas hileras de barricas que olían a tasajo. Al entrar en la calle Obispo, un hombre fue hacia él con los brazos en alto.

– Por fin doy contigo – dijo, abrazándose al embajador.

En un primer instante, don Juan no reaccionó.

– ¿No me conoces? – insistió el hombre.

Don Juan vaciló unos segundos; cuando acabó el abrazo, pudo verle la cara a quien no era otro que Valentín. Entonces fue él quien volvió a abrazar al amigo recuperado.

– He llegado esta mañana de “La Soledad”. Me ha dicho Mercedes que habías salido a dar un paseo y tenía tantas ganas de verte, que me he puesto a callejear por si te encontraba antes.

No veía a su amigo Gamazo desde hacía unos treinta años. El hacha del tiempo le había tratado con relativa misericordia. Aun así, el cerco del pelo se retiraba cráneo arriba; el

cuello, ensanchado, se hacía continuo con la cabeza; la boca se descolgaba en las comisuras. En suma, la figura atlética que en Granada, de estudiante, trepaba de un salto a un balcón, había desaparecido sin dejar rastro. Mientras se dirigían al Casino, Valentín le contó a don Juan lo esencial de su vida. En Cuba no pudo utilizar su título de abogado. Se empleó, primero, en una tienda de tejidos, luego montó una pequeña lavandería para uniformes de soldados. Ahí ganó un poco de dinero, que invirtió en el suministro de vestimenta a la intendencia militar. En la Guerra Grande, los pedidos fueron fabulosos. Estuvo diez años surtiendo al ejército español. Sólo él junto con "Plá y Carbonell, Paños de Sabadell", tenían la exclusiva. Una fortuna. Con ella compró la hacienda de caña "La Soledad", cerca de [Cienfuegos](#).

En la mesa, durante el aperitivo, buscaban el tono, escudriñaban los silencios, se tanteaban..., como camaradas muy cercanos en una época de la vida que, con el paso del tiempo, terminan por volverse unos extraños y, al reencontrarse, se esfuerzan por recuperar la capa del alma que guarda el calor de la antigua amistad. Gamazo – traje de fina alpaca, sombrero panamá, camisa con bordada pechera – pidió al solícito camarero: "rabo de toro para el embajador y tortilla de patatas con chorizo para mí".

- Todavía no te he preguntado por el viaje.
- Magnífico... Conducido por el sabio Pastorín.
- Sabio y patriota – añadió Valentín con orgullo.
- Veo que le conoces.
- Tiene mucha responsabilidad sobre sus hombros don José... Yo le conozco desde el tiempo de los voluntarios.

Don Juan le contó a Gamazo las andanzas de Pastorín en Norteamérica, pero no se decidía a hablarle del asunto explosivo. Al fin lo hizo, cuando creyó haber recuperado el verdadero rostro de su amigo juvenil.

- Ahora creo que tiene más responsabilidad que nunca, trata de encontrar a un tal Agüero, que nos tememos que haya metido aquí la dinamita de los nihilistas para hacer algo gordo.
- Dile que cuenta con todo nuestro apoyo.
- ¿Nuestro?
- Sí, con el mío, y con el de los voluntarios que quedamos en el Partido Constitucional.
- De todas formas, no hables de esto a tus amigos – aconsejó don Juan.
- Descuida, pero déjale claro que cuente conmigo... Dispongo de una buena red de información que le puede ser de utilidad.

Cuando terminaron de comer, don Juan rehusó el postre. Valentín llamó a un limpiabotas, que no pudo actuar porque Gamazo se levantó rápido y trajo a la mesa a un

hombre de unos sesenta años, muy moreno, delgado, con guayabera y pantalones blancos.

– Juan, te voy a presentar a don Julio Pagliari Soler, coronel de la guardia civil y jefe de la policía gubernativa de la Habana.

El coronel hizo un amago de cuadrarse, pero sólo juntó los pies e inclinó un poco la cabeza; luego, avanzó una mano cordial.

– Don Julio – continuó Gamazo –, hoy no cuente conmigo para el dominó.

– No se preocupe, tendré que sufrir a Cercedilla – aceptó resignado el coronel.

Cuando se retiró Pagliari, Valentín dijo:

– De este hombre depende nuestra seguridad. Su hora y media de dominó es la única expansión que tiene en todo el día.

– No comprendo cómo podéis pensar en las fichas recién comidos.

– Nunca he dormido la siesta.

Don Juan bostezó:

– En tu caso, bueno, pero un jefe de policía debe dormir la siesta...

– No en la Habana; su cerebro tiene que estar siempre en guardia, el dominó le ayuda a distraerse sin perder los reflejos.

Don Juan comenzó a sentir sopor; el rabo de toro hacía su efecto... y el calor húmedo, la vegetación del patio, el zumbido del moscardón...

– Me tomaría un café solo.

Gamazo llamó al camarero, después le ofreció a don Juan un augusto veguero.

– No te duermas, fúmate éste y hablemos del asunto Larache, ¿cómo va la cosa?

– Creo que bien. Lo consulté con el gobierno y me dio permiso para que firmara la reclamación. Pero esto es cosa lenta, complicada. Me temo que a algunos personajes habrá que untar: al subsecretario Davis, al abogado consultor del departamento de Estado, a ciertos jueces...

– Es mucho dinero, puede haber regalos para todos, y por supuesto para ti – dijo Valentín mirando a los ojos a don Juan.

– La reclamación es justa. El embajador, cualquiera que fuere, sólo cumple con su obligación dándole trámite.

– A ti, la casa, según me han dicho, podía obsequiarte con unos treinta mil dólares.

Era la primera vez que don Juan oía una cifra concreta. Sonó dentro de él un repique de campanas. Una fortuna. Su vuelta triunfal. El fin del agobio.

– Te digo que un funcionario del Estado no debe recibir más que su sueldo por cumplir con su obligación.

– ¿Pero qué escrúpulo es ése? La obligación se puede cumplir de muchas maneras... Si uno vigila, se esfuerza más allá de su estricto deber y está atento a todo, como tú lo estás, ¿por qué el beneficiario de tu esfuerzo no te va a mostrar su agradecimiento? ¿A quién le quitas tú el dinero? El millón y medio de dólares es de la casa Larache – y un veinte por ciento mío como socio –, tú ayudas a sacarlo de los sótanos del Tesoro americano que se lo apropió, ¿y no te vamos a recompensar? No es dinero del Estado español, ni procede de negocios ilícitos. Imagina que un guardia civil impide que un bandolero te robe la cosecha de aceite de tu finca, ¿qué pensarías de él si no aceptara que le mandaras una arroba?

– Que es un santo... o un tonto – reconoció don Juan.

– Y entre los extremos se halla el hombre prudente.

– Mi situación económica es desastrosa – se lamentó don Juan con tono resignado – ¿Por qué crees que he cruzado el charco a mi edad? Pues porque viniendo a América sin la familia, creí que podría ahorrar.

– Razón de más para que no dudes. Yo también necesito esa liquidez. Aunque demos a los funcionarios yankis el treinta por ciento de la reclamación, Maza y Larache recibiría más de un millón de dólares, y yo unos doscientos mil. Eso casi me quita las hipotecas con Atkins sobre la hacienda. Si tú me ayudas a salvarme, ¿no es justo que yo sólo te alivie?

– Yo creía que tú...

– Ya te contaré las amarguras otro día. Ahora vete a dormir la siesta. Tienes que mantenerte bien despierto para disfrutar de este paraíso que nos quieren quitar. Dile a Mercedes que no sé si esta noche iré a cenar.

Cuando salieron del casino, Gamazo le dijo a un cochero que llevara a casa al embajador. Cuando entró en el zaguán, fue recibido por el frescor y la sombra: un toldo cubría el patio tapizando el suelo con lunares de luz, goteaba monótono el chorro de la fuentequilla; desde unos grandes macetones que rezumaban humedad y olor a arcilla, la yedra ascendía por las columnas. En el piso de arriba, cantaba Sinda. Valentín hijo acababa de llegar y se había encerrado en su habitación. Don Juan, aunque necesitaba la siesta, se quedó a charlar con Mercedes.

– Juan, el niño me tiene preocupada.

– Pues parece un muchacho tranquilo e inteligente.

- ¿Tranquilo?... Será por fuera. Yo le conozco y sé que no deja de pensar. Tiene algo metido en la cabeza, y hasta que lo consiga no parará. No sé de qué se trata, pero imagino lo peor.
- A esa edad sólo puede ser una mujer – apuntó don Juan sin mucho convencimiento.
- No es una mujer. Creo que en la universidad anda con malas compañías. El convento de Santo Domingo es un mal semillero de independentistas. Siempre hay altercados entre estudiantes españoles y rebeldes. El otro día vino con el pantalón desgarrado. Me lo contó Sinda. Cuando está aquí, se pasa las horas leyendo y escribiendo, luego se va de casa y no le vemos más el pelo. Su padre no ha hablado con él en un mes. Todo nos ha venido a la vez: los problemas de la hacienda y los del niño.
- ¿El padre sabe algo? – preguntó don Juan.
- Menos mal que no. Si se enterara, no quiero ni pensar lo que pasaría.
- Bueno, a esa edad se suele ser idealista, se quiere arreglar el mundo. Los jóvenes necesitan probarse, desafiarse unos a otros y a sí mismos. Además, está en el ambiente.
- Pero nosotros le hemos educado como español, no como cubano. Le mandamos, desde los diecisiete años, cada Navidad, a Toledo con sus tías. Hasta hace unos meses, teníamos todas opiniones iguales en política. Ahora, las pocas veces que coincidimos en la mesa, se encierra en sí mismo o habla de cosas intrascendentes. Sobre todo se le nota en la mirada. Desconfía de nosotros. Ya no nos admira. Creo que se avergüenza. No sé si todavía nos quiere. Con la única que habla es con Sinda y, según ella, tampoco le dice gran cosa. Hoy, por ejemplo, salió a las nueve para la universidad y ha vuelto un poco antes que tú. Traía los ojos brillantes. Seguro que no ha comido.

## Capítulo 17. La hacienda "Soledad"

La noche anterior, Gamazo le había recordado a don Juan que tendría que madrugar. Saldrían muy temprano para la hacienda. En la estación se les iba a unir Pastorín. El tren los llevaba por campos cubiertos de caña. Viajaban en un vagón lleno de sacos, con una toldilla de lona que temblaba sobre sus cabezas ondeada por la brisa. La locomotora adelantaba el rastrillo frontal como si quisiera arar los raíles; bocanadas de humo sucio salían por la chimenea. Hicieron una parada bajo unas enormes palmeras reales para que el tren tomara agua. Aprovechando que no había ruido, Gamazo se dispuso a explicarles el motivo del viaje.

- Dos días antes de que llegais a la Habana, don Límbano Acebes, un antiguo hacendado pasado a los rebeldes, me robó esclavos en la hacienda. Entró en el patio cuando se disponían a salir para la zafra. Allí mismo les improvisó una arenga, desde el caballo, rodeado por sus mambises. Según me han contado, habló de gallegos crucificados, pan de los hijos, escuadras norteamericanas salvadoras, cañones último modelo que derribarían el Morro, abajo el opresor... Cuando terminó la proclama, muchos jóvenes se le acercaron ofreciendo sus vidas por la patria. De inmediato, sus

madres fueron tras ellos, y entre gritos y empujones, los alejaron de don Límbano. Sólo cuatro se fueron con él.

– O sea, que se está formando la **guerrilla** mambís, como en el 68 – dijo Pastorín.

– Si don Límbano se ha atrevido a entrar en la hacienda para quitarme esclavos, la insurrección va en serio. El renegado debía tener buena información, llegó el día en que faltaba la vigilancia. ¿Te acuerdas de Edelmiro? – preguntó Gamazo dirigiéndose a Pastorín.

– Ahora no caigo.

– Sí, hombre, el sargento caníbal...

– Ya, ¡ claro que le conozco ! ... pero no es sargento, le echaron del ejército – exclamó Pastorín.

– Bueno, pues él se encarga de la seguridad aquí. Aquel día había tenido que acudir en ayuda de un hacendado vecino.

Al ver la cara de extrañeza de don Juan, Gamazo le explicó:

– Este Edelmiro, en la Guerra Grande, cuando su compañía quedó rodeada por los rebeldes con todas las líneas cortadas, se alimentó de sus soldados muertos. Eso, al fin y al cabo, es supervivencia. Pero encima es cruel: fue torturador en la Cabaña. Cuentan que mientras los presos gritaban en el potro, Edelmiro tarareaba música patriótica, bebía vino y les insultaba. Además, me roba. Se queda con cantidades considerables de grano, azúcar, gallinas... “en concepto de intendencia para la tropa”, le explica a mi administrador. Tropa que está formada por un selecto grupo de indeseables a los que domina "manu militari". Pues, con todo, no tengo otro remedio que aguantarme. Por muy voraces que sean los perros guardianes, peor sería la ruina.

Don Juan puso un semblante de comprensión. Gamazo continuó.

– Edelmiro trató de hallar la pista de los esclavos, sin conseguirlo. Pero hace una semana, dos de los cuatro fugados regresaron a la hacienda, según ellos “porque estaban muy enmadrados y no recibían buenas raciones”. Para evitar el castigo, le contaron al sargento todo lo que recordaban: don Límbano se encontraba por la zona sur de Matanzas, en Jagüey Grande; iba acompañado por un caballero con ropa de marino, al que llamaban “Almirante”. Cuando Edelmiro me lo contó por primera vez, no caí en la cuenta, pero después relacioné al tal almirante con Agüero. Bien podría tratarse de él.

Y dirigiéndose a Pastorín, Gamazo concluyó:

– José, tú que lo conoces, debías interrogar a los esclavos. Me huelo que es el filibustero.

El tren volvió a ponerse en marcha. Media hora después, paró ante una caseta de madera. Allí les esperaba un guajiro con tres caballos. Don Juan no montaba desde hacía muchos años, pero se acomodó al pacífico percherón que le habían destinado.

Pastorín no estaba muy contento con su jamelgo, Gamazo cabalgaba en un purasangre espléndido. Atravesaron un pequeño bosque de palmeras; luego se presentó de repente la llanura. Tardaron un buen rato hasta llegar al ingenio azucarero. En la puerta de la casa, les esperaba un esclavo con el sombrero en la mano.

- Bueno, Pachín, ¿dónde están los peones?
- En la parte de Caño Gordo, mi amo
- ¿Están todos?
- Menos los dos que se llevó don Límbano.
- ¿Y Edelmiro y su cuadrilla?
- Esta mañana fueron a la hacienda “Salas Viejas”, llamados por la mujer de don Esteban, que había oído tiros en los cerros... pero ya regresó.
- Ve a Caño Gordo y tráete a los dos fugados. Dile a Edelmiro que lo espero aquí.
- Sería mejor que fuera yo a donde estén trabajando. Allí podré interrogarlos con el sargento. Ganaríamos tiempo – propuso Pastorín.

Gamazo y don Juan sintieron un poco de alivio ante la iniciativa del marino. Valentín, por no ver a Edelmiro; don Juan, por no asistir a escenas desagradables.

- Como quieras, José... Y tú, Pachín, acompaña al capitán.
- dijo Gamazo, con mirada inexpresiva.

Cuando se marchó Pastorín, Gamazo mostró a don Juan las viviendas de los trabajadores.

- Antes se hacinaban en barracones, todos juntos. Yo he construido estas casas para que cada familia pueda vivir independiente. Han disminuido las riñas. Muchos de los que ves aquí ya no son esclavos, obtuvieron la libertad después de Zanjón, pero prefieren quedarse porque tienen trabajo y un amo no demasiado malo. Otros, se acogieron al patronazgo, algo así como un periodo de vigilancia y protección antes de obtener la libertad. Todos ellos saben que falta poco para que desaparezca por completo la esclavitud. El día que eso ocurra será mi ruina.
- Desaparecerán los esclavos, pero no los obreros – dijo don Juan.
- La caña hay que cogerla en su tiempo, no entretenerla, llevarla enseguida a la elaboración. Se necesitan muchos hombres a la vez en momentos muy precisos. Si fuera un trabajo de peones libres, habría que pagarlo a precios muy altos. Los esclavos viven todo el año con nosotros, sólo nos cuestan la manutención.
- ¿Y no habéis hecho nada?



– Sí. Hemos comprado maquinaria moderna para el tratamiento de la caña, pero así sólo ahorramos hombres en la elaboración; y te digo que lo que importa es la mano de obra durante la recolección. No hay artefacto que pueda sustituir a un buen guajiro con su machete. Para la maquinaria hemos pedido créditos. Los míos, los debo a Atkins & Co., el mismo banco dueño del ferrocarril que nos ha traído, y como garantía figura la hacienda. Con los precios del azúcar por los suelos y sin beneficios, no puedo pagar los préstamos. Los bancos conocen la situación mejor que nadie y son reacios a ampliármelos. En fin, ya ves los problemas que tengo. Ya ves cómo necesito que lo de Larache salga bien.

– El gobierno me tiene negociando un tratado con los Estados Unidos que os va a ser favorable, incrementará vuestras ventas al disminuir los aranceles americanos – dijo don Juan, con voz en la que resonaba el consuelo.

– Eso no me salvará – replicó sombrío Gamazo –. Todos estamos ya, de hecho, en manos de los americanos. Su capital domina por completo, dentro y fuera de Cuba, el mercado del azúcar. En estos momentos, Atkins podría ejecutar, si quisiera, más de veinte hipotecas y quedarse con haciendas que producen el setenta por ciento de la caña cubana. Lo hará cuando no tenga más remedio, o cuando se aclare la situación política.

– En las Cortes hay un proyecto... – don Juan se contuvo y no le contó a su amigo que al último debate sobre el presupuesto de Cuba, según le había contado por carta Gumersindo Laverde, sólo asistieron siete diputados de los cuatrocientos que componen la cámara.

– ¡Al diablo, con las Cortes! – se exaltó Valentín –. No os enteráis. Aquí no hay nada que hacer. El veneno nacionalista se ha infiltrado en toda la población criolla y, por supuesto, en los esclavos. Los nacidos en Cuba, nuestros jóvenes, simpatizan con lo que llaman “su” patria. Yo me he librado con mi hijo, pero Esteban, mi vecino de “Salas Viejas”, tuvo al suyo a punto de ir a la cárcel por propaganda ilegal. Y la presión americana es muy fuerte, eso lo sabes tú mejor que nadie. Hay una ayuda descarada a los rebeldes. La moral del **ejército** está cada vez más baja. La mayoría de los mandos están alcoholizados. A los soldados no les pagan; lo poco que hay, se lo reparten los chusqueros de intendencia. Y los políticos cada día dicen una cosa, según vayan los vientos en Madrid. Los más sensatos saben que aquí está todo perdido. Prim lo sabía, Polavieja también, y sobre todo Martínez Campos. Aguantan unos por deber, otros por vanidad, y algunos porque esto es una mina.

Don Juan, mientras oía a su amigo, iba sintiendo un desánimo cada vez más grande. ¿Y si fuera verdad que la gente de Cuba ya no quería a España?, ¿que sólo unos pocos comerciantes interesados pugnaban por la isla? En las calles de La Habana no veía más que mulatos o negros; blancos, muy pocos, la mayoría militares. La revelación de Gamazo sobre lo profundo del dominio de la banca americana en el negocio del azúcar, le hizo pensar que las indemnizaciones por los daños en las propiedades yankis podían no ser tan desmesuradas: una hacienda **quemada** o destruida haría perder grandes sumas de dólares al banco que la tuviera hipotecada. En fin, se prometió estudiar el asunto al regreso; por el momento, debía disfrutar de sus vacaciones.

– ¿Y qué vas a hacer? – continuó preguntándole don Juan a Gamazo.

– Por mí, mañana mismo me iría a España. Mercedes también quiere, pero mis hijos no abandonarán Cuba. Mi hija está casada aquí y se encuentra feliz. Valentín no quiere ni oír hablar de eso. Cuando insinúo algo, se pone muy nervioso y me deja con la palabra en la boca. Además, ¡qué carajo!, no me resigno a perder la **hacienda**. Quiero luchar por ella. Estoy dispuesto hasta a entenderme con los independentistas si hace falta. No quiero volver a España derrotado.

– Derrotado no volverías. Siempre puedes venderla, liquidar la hipoteca y algo sacarías en limpio si no tardas. Con ese algo, en dólares, podrás vivir en Madrid como un rey, comprar fincas, entrar en la corte...

– Sí, pero a pesar de todo volvería derrotado; aunque sólo yo lo supiera. En fin, quizás lleves razón y esté exagerando mi orgullo. Mi suegra ha muerto, nadie me lo podría reprochar como un fracaso – sonrió con cara de víctima.

Pasados los barracones de los esclavos, se detuvieron para admirar la **torre** vigía, que, por su talle fino, parecía una reina de ajedrez. Subieron por una rampa interior. En lo alto, colgaba una campana para llamar a los esclavos. Desde allí, la tierra parda, las palmeras, los promontorios se extendían hasta perderse en el horizonte, confundándose con la línea del cielo. Cuando bajaron, el tufillo de una cocina cercana les recordó que llevaban danzando desde muy temprano... y la danza sale de la panza.

De vuelta hacia la casa, tuvieron que pasar otra vez junto a los cobertizos. Valentín se detuvo. Como si hubiera olvidado algo importante, cogió a don Juan del brazo y le condujo hacia uno de los cubículos.

– Ahora te voy a enseñar un portento, un milagro de la naturaleza.

Atravesaron un pequeño patio tabicado y entraron en la vivienda.

– Cecilia, ¿está tu padre? – preguntó Gamazo a una mujer negra de edad incierta que se afanaba atizando el carbón en un anafre.

– Sí, mi amo, está en el dormitorio.

– Anda, dile que salga, que quiero que lo vea un amigo.

Cecilia apartó una cortina y la volvió a correr detrás de ella; estuvo cuchicheando en un idioma desconocido con alguien que tosía de manera hueca, persistente. El humo no lograba salir por el único ventanuco de la habitación. Cuando la mujer volvió a retirar el cortinaje, apareció un viejecillo negro, encorvado, con la boca temblorosa y desdentada.

– ¿Cómo estás, hombre?

– Como Dios quiere, mi amo. Me alegré de verle. Hace mucho tiempo que no recibo visitas y me duelen mucho los pulmones, aunque ya no fumo, no fumo, no fumo...

Le sobrevino un golpe de tos. Cuando acabó el ataque, Valentín le dijo:

– Escucha, éste es mi amigo el embajador. Quiero que le enseñes lo tuyo.

El viejo bajó la mirada y, fijándola en un punto que podía ser la rodilla de Gamazo, empezó a desabrocharse su mugrienta camisola de cuadros. Cecilia, al darse cuenta de que le costaba mucho, se acercó a su padre y se la desabotonó en un momento; después, se apartó y salió fuera. La oscuridad de la casa apenas permitía distinguir las formas de los objetos. El viejo no reaccionaba. Gamazo le cogió del brazo y, de manera expeditiva, le llevó hasta el umbral para tener más luz. Allí, le quitó la camisa dejándole el pecho descubierto. De aquel torso hundido, esquelético, sobresalían – amarillentos – dos senos, como peces muertos. El viejo, que seguía con la mirada en las rodillas de Gamazo, esbozó una sonrisilla indecisa entre la vanidad y la vergüenza.

– ¡Es el único hombre en el mundo que ha dado de mamar a su hijo! – exclamó teatral Valentín.

Gamazo le confesó a don Juan que, después de haber mostrado el fenómeno a sus amistades muchas veces, todavía se conturbaba ante aquellos flácidos lenguados yertos, colgando en el pecho de su esclavo. Le contó que era negro mandinga; se llamaba Francisco Lozano, con veinte años fue comprado en el mercado del Jardín Botánico por Torriente, el anterior propietario de la hacienda. Valentín le conoció cuando ya había llevado a cabo su hazaña. La mujer de Francisco cayó gravemente enferma, no podía darle el pecho a su Basilio, recién nacido. Los llantos por el hambre se hicieron tan insoportables, que un día el padre cogió al niño en brazos y le ofreció las tetillas. El chiquillo, ávidamente, comenzó a lamerlas y succionarlas. Al principio, esos movimientos reflejos sólo le calmaban un poco. El padre insistió; la irritación diaria de los pezones provocó que se acumulara el líquido. La leche resultó densa y dulce. Francisco se asustó al notar cómo iban creciéndole los pechos, pero siguió durante cinco meses amamantando a su hijo, hasta que lo sacó adelante. Torriente se enteró enseguida del prodigio que tenía en su finca. Llamó a un doctor de la facultad de Medicina, quien dictaminó que no había nada extraño en lo fisiológico. Los demás esclavos, creyendo que Francisco era brujo, le rodearon con un aura de prevención y respeto. La esposa de Torriente lo mostraba a las amigas, le regalaba golosinas, huevos, ropa usada y todo el tabaco que quería.

Cuando cumplió diecinueve años, el amamantado se fue con los mambises. Por aquella época, muchas tardes, Francisco miraba hacia los promontorios, esperando ver aparecer por el sendero a su hijo montado en la burra que robó para marcharse. Nunca apareció. Basilio murió en la [batalla](#) de Las Tunas.

Tras abandonar los cobertizos, a don Juan se le habían quitado las ganas de comer. La manera natural, incluso cariñosa, con que Valentín dispuso del viejo, le había impresionado más que si hubiera empleado la grosería o la violencia. La mirada de Francisco fija en las rodillas del amo, mientras intentaba desabrocharse la camisa, resumía, mejor que mil libros, la dominación del hombre por el hombre. ¿Qué sabía él de los esclavos? Eran una necesidad en las plantaciones; los ingleses, los franceses, los holandeses, ... los tuvieron, los tenían; Cuba se derrumbaría sin ellos, están mejor que en África – donde son esclavizados por el hambre o por sus reyezuelos –, comen más que un obrero inglés, tienen educación católica, podrán salvar su alma en una vida mejor. Todo esto sucumbió con aquella simple escena. Se puso en el lugar de [Basilio](#), cuando viera a su padre desabrocharse ante los señores orondos y las damas cristianas. Ahora entendía que se echara al monte con la espina brillante del odio metida en el corazón.

Entraron en la casa. Había dispuesta una espléndida mesa. Gamazo propuso esperar a Pastorín para comer. Mientras, tomaron un vino con los aperitivos.

No tardó el marino. Venía con cara seria y apenas atendió a las viandas. Miraba hacia el exterior, a la puerta, como siguiendo un rastro.

– No hay tiempo que perder. Seguro que se trata de Agüero. El capitán general debe mandar columnas volantes desde Cuevitas para cazar a esos dos.

Continuó contándoles que los esclavos, bajo la atenta mirada de Edelmiro, le confirmaron que el tal almirante tenía la cara grande, “como un pan”, los ojos azules, el pelo rubio, y que iba vestido de oficial de marina. Así era Agüero. Los jóvenes no habían oído nada de la dinamita.

## Capítulo 18. [Ópera en el teatro Tacón](#)

Farolillos de papel, tablados con orquestinas criollas, mulatos bailando [guarachas](#) y danzones, [música](#) por todos los rincones de la plaza. Se oían, a lo lejos, los [rugidos](#) acres de los leones. Acampaba un circo en el Paseo de Isabel II. Avanzaban despacio los coches de caballos hacia la puerta del teatro [Tacón](#). La tarde se ponía roja tras los tejados. Por las terrazas de los cafés, imploraban los mendigos; en los veladores, las familias tomaban refrescos contemplando la llegada de la buena sociedad habanera al acontecimiento musical del año: “Norma” de Bellini, cantada por [Adelina Patti](#). Algunos soldados patrullaban en parejas; el Capitán General asistiría al evento.

Pastorín y don Juan venían conversando con animación, vestidos de frac, blanco el chaleco, la pajarita blanca. Andaban con tal majestuosidad, que cohibían a los mendigos, ni uno se les acercó. Pastorín se inclinó, galante, ante unas damas. Al poco, oyeron cascotes de caballos que avanzaban urgentes. Se hizo un pasillo para que pudiera acceder el Capitán General: don Ignacio María del Castillo y Gil de la Torre, laureado de San Fernando, héroe militar en Santo Domingo, sesenta años, aficionado a la lotería, a las peleas de gallos y a los toros. Tras un revoloteo de ayudantes en torno a la portezuela, salió del coche un hombre no muy alto, cabeza grande y hombros macizos. Llevaba el uniforme cuajado de medallas; sostenía el bastón de mando en la mano derecha, mientras con la otra se ajustaba el sable. El cornetín tocó “atentos” y la borrasca musical en la plaza se apagó como si un invisible director de orquesta hubiera abatido los brazos. La [banda](#) militar inició la [Marcha](#) de Infantes; todos los presentes, incluidos don Juan y Pastorín, se pusieron firmes. Al acabar, en la fracción de segundo inmediata, cuando el silencio era absoluto, se oyó un grito portentoso proveniente de arriba, quizás de un tejado, lanzado con la misma entonación y el mismo caudal de voz con que algunos aficionados se explayan en las plazas de toros: “¡Viva Cuba libre!”. Todas las miradas se volvieron hacia el edificio del que parecía proceder el alarido. Nadie pudo ver nada. Uno reaccionó entre el público y gritó a su vez: “¡Viva España!”. Los soldados se movilizaron dirigiéndose hacia una casa cercana. El Capitán General miró hacia arriba con desprecio y entró muy erguido por el arco principal al vestíbulo del teatro. Pastorín dijo:

– Tiene mérito don Ignacio.

– ¿Por qué?

– Por venir justo hoy. Sabemos que desde Barcelona han llegado unos anarquistas y esa gente tiene la especialidad de actuar en los teatros.

– ¿Y cómo sabe usted eso? – preguntó inquieto don Juan.

– Porque me lo ha contado Pagliari. Éste era el momento peor. Es imposible controlar una plaza llena de gente. Dentro del teatro es distinto. En la entrada hay una vigilancia severa. Se tiene la orden de no dejar pasar a nadie sin invitación.

– ¿No se sabe quiénes son?

– Sabemos que uno es pelirrojo, que llegaron hace una semana; fueron desembarcados en algún lugar cercano a Cárdenas y creemos que cuentan con el apoyo de los rebeldes del interior.

– O sea, que al lado de su excelencia no estaremos muy seguros. Si me lo llega usted a decir antes, igual me hubiera quedado oyendo cantar a Sinda, que es mucho más interesante que Mascagni.

Entraron en el palco. Desde allí se veía la herradura perfecta de la **sala**, las filas de lunetas cruzadas por tres calles, el amplio foso orquestal, una araña enorme de cristal en el techo. Podría haber dentro unas dos mil personas: un hervidero de calvas orondas, escotes, melenas y brillantes. Los perfumes subían hacia los palcos impregnando los cortinajes, infiltrándose en las moquetas. El proscenio, hasta las candilejas, estaba cubierto de paño rosa. En el centro, pequeños arriates de pensamientos frescos se alternaban con arbustos recortados en forma de cipreses. Sobre el escenario, surtidores de agua verdadera, un templo, un altar de bronce...

Llega la cuarta escena. Entra Norma; en su frente una corona de verbena, "armata la mano d'una falce d'oro". Se acerca a la piedra druídica y mira alrededor, como inspirada. Reina el silencio. Extiende los brazos al cielo; "la luna splende in tutta sua luce"; todos se postran.

**Casta** Diva, che inargenti  
Queste sacre antiche piante,  
Al noi volgi il bel sembiante,  
Senza nube e senza vel!

Pastorín, un poco aburrido, dejó solo a don Juan, justo cuando Norma maldecía su sino. Faltando poco para el entreacto, se dirigió a paso ligero hacia el ambigú.

En el descanso, don Juan, seguido por los dos guardaespaldas mallorquines, a los que no había visto hasta entonces, se propuso ir en busca de su compañero. Por el pasillo de los palcos comenzó a bullir la gente; el embajador tuvo que esperar un rato para poder bajar las escaleras. Allí detenido, desde uno de los peldaños superiores, reparó en una cabeza que le era familiar. No podía verle la cara, pero a ese hombre lo conocía. Pasaron unos minutos hasta que lo pudo identificar. Sin duda era Herlizer, acompañado por una dama

vestida de rojo. ¿Qué haría el magnate en La Habana? Don Juan se contestó: “Lo mismo que yo, de vacaciones”. Sería un invitado de esa mujer, igual que él lo era de los Gamazo.

Pastorín le esperaba con cara divertida, un poco achispado por el coñac.

– A propósito, ¿sabe usted quién está aquí? – preguntó don Juan cuando llegó hasta su amigo.

– Cánovas disfrazado de "prima donna" – contestó guasón el marino.

– No es Cánovas, ni va disfrazado. Es Herlizer.

– Ya lo sabía... – masculló Pastorín.

– ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

– No debo participarle todas mis cuitas. Está usted de vacaciones.

Le contó que el magnate llevaba en la Habana varios días. Había venido de pesca en su yate *Bucaneer*, como otros muchos yankis ricos que disfrutaban con el tiburón. Pagliari le vigilaba de manera discreta, aunque tenía órdenes del Capitán General de no molestarlo.

Poco después, se le acercó a don Juan un ayudante que le transmitió la invitación de don Ignacio María para que fuera a su camarín.

El gobernador le recibió con afecto. Pidió disculpas por haberle molestado, pero “mi mujer le ha visto solo en el palco y se ha empeñado en que le mande recado”. Don Juan notó en el militar, bajo su amabilidad, una concentración intensa: el ojo izquierdo miraba hacia dentro, torvo, dispuesto a cualquier cosa, como antes de entrar en batalla; el derecho se asomaba al exterior y era capaz de percibir al embajador español en Washington.

– Pastorín me ha dicho que han tenido un buen viaje. Antes de nada, debo agradecerle su esfuerzo por ayudar a la detención de Marrero. Respecto a ese almirante de pacotilla, de acuerdo con los informes de don José, he dado órdenes para que se le busque en Matanzas...

Don Ignacio se pasó una mano por la frente con gesto de cansancio; abandonó el tono castrense y, de manera más coloquial, continuó:

– He estado, y estoy, tan ocupado con la situación, que no he podido recibirle antes. Me ha dicho don José que está usted con Gamazo. Transmítale a Mercedes mis saludos y los de mi mujer.

Siguió el intercambio de formalidades, hasta que apareció Herlizer en uno de los palcos cercanos, acompañado de la dama.

– ¿Cómo es posible tanto cinismo en ese hombre? ¿Sabe usted lo que decía en su periódico cuando detuvieron a Marrero? ¿Cómo nos acusaba? – exclamó irritado don Juan.

– Sí, Pastorín me contó el altercado. Pero no es sólo ese caballero. La hermandad la compone más gente. En el lobby “Cuba americana”, el que menos, tiene diez millones de dólares.

– Debemos desenmascarar a ese bandolero – exclamó don Juan con energía, mirando al general con la expresión del político que pide acción expedita al militar.

– No podemos luchar contra todos a la vez: contra los dinamiteros, contra el comité de Nueva York, contra la hermandad... Herlizer y el cónsul [Badeau](#) están llevando a cabo gestiones importantes. La Spanish-American Light and Power, de Nueva York, ha amenazado con cortar el gas a las calles de la Habana si la ciudad no le paga en plazo breve los cuatrocientos mil dólares que se le deben desde hace año y medio. Estamos a punto de quedarnos a oscuras. En la situación actual, eso significaría el toque de queda, disturbios, proclamar nuestra debilidad... Pues bien, el cónsul Badeau propuso que Herlizer consiguiera una moratoria de la compañía y un préstamo de la banca Morgan que nos salvaría por el momento. Así que ya verá...

La orquesta comenzó a ocupar el foso, hacían probaturas los violines, el público se incorporaba a los asientos. Don Juan trató de despedirse para volver a su palco, pero don Ignacio, amable, le retuvo del brazo y le pidió con voz seria:

– Quédese aquí. Tenemos que hablar todavía un poco, en Capitanía va a ser más difícil y ceremonioso.

El gobernador bajó el tono de voz:

– El hijo de Gamazo es anarquista. Procure no explayarse sobre asuntos delicados en las conversaciones familiares, en especial si él está delante.

– ¿Valentín? ¡Pero si su madre cree que es simpatizante de la independencia!

– Nada de eso. Él y los de sus ideas quieren la independencia, sí, pero la de toda la humanidad. La propiedad, los gobiernos, el orden, les repelen. Hasta ahora no han hecho nada, son un grupo de jóvenes idealistas, con lecturas y ganas de destacar. Han llegado a Cuba, por lo visto, dos catalanes de cuidado. Mi gente me dice que el muchacho se dedica a escribir pasquines y que, con dos amigos más, los suelta por las noches en las puertas de las casas modestas. Creo que Mercedes debe saberlo y mandarle a España una temporada. No quiero encontrarme un día con que lo tengo en un calabozo. Gamazo es un buen hombre, patriota, trabajador,... y somos amigos. Sé que si se entera por mí puede haber violencia. Así que dejo en sus manos informar a la madre.

## Capítulo 19. [Mazmorras de La Cabaña](#)

Pastorín llegó a casa de Gamazo sobre las cinco de la tarde. Le abrió Sinda. Preguntó por el dueño o por don Juan. La esclava le dijo que el señor había salido.

– Avisa a don Juan.

– Estará descansando.

Pastorín la miró con tal severidad, que Sinda se dirigió, veloz, al piso de arriba. Golpeó con cuidado en la puerta. Don Juan, amodorrado en la butaca, se levantó, fue al baño para refrescarse, se compuso el atuendo y salió al pasillo. Desde lo alto de la escalera, vio a su amigo caracoleando entre las macetas del patio como un caballo contento. Cuando le tuvo más cerca, notó en sus ojos que la tensión era mayor que la euforia. El marino le cogió del brazo y le condujo a la puerta de la calle.

– Agüero está en La Cabaña.

– ¡Por fin! ¿Cómo ha sido eso?

– Le arrestaron a él y a don Límbano hace tres días, al sur de Matanzas. Los informes de los esclavos resultaron buenos.

– ¿Y la dinamita?

– No se ha encontrado. Ni don Límbano ni Agüero dicen saber de ella. Pero ya veremos si saben o no saben...

– Si la dinamita sigue por ahí, el peligro no ha desaparecido.

– No se preocupe, Pagliari tiene a un capitán Flores que hace cantar a las piedras.

– No me gusta la tortura – sostuvo rotundo don Juan.

– Ni a mí. Salvo cuando hay demasiado en juego y aprieta el tiempo. Aquí está la vida de muchos inocentes que pueden saltar por los aires. Hay que elegir entre dos sufrimientos, creo que está claro que debemos optar por hacerle el daño a los que lo quieren provocar.

– También puede uno abstenerse de torturar.

– Entonces se toma el partido de los asesinos, al dejar indefensos a los inocentes.

Pastorín miró por primera vez a don Juan con una brizna de decepción. El embajador lo advirtió.

– El que hace estallar una bomba en medio de una muchedumbre es un monstruo. De acuerdo. Pero el Estado no puede rebajarse al nivel del monstruo y torturarlo por ningún motivo, ni imponerle más penas que las del código.

– El Estado, el Estado, ... ¿dónde está ahora el Estado? Tanto yo, como Pagliari, no somos más que simples individuos que tienen que elegir en muy poco tiempo entre



salvar vidas de inocentes, que están bajo su responsabilidad, o dejar que esos monstruos las destrocen.

– Nos van a acusar...– dijo don Juan con voz débil –. La reacción internacional, si eso llega a saberse...

– ¿Qué le vamos a hacer? Los que nos acusen no tienen el problema, ni les afecta...

– Sin embargo, las garantías jurídicas...– volvió a insistir don Juan, con voz aún más débil.

– Deben estar vigentes siempre, pero le repito, salvo en casos excepcionales, o sea, cuando resulten proteger al asesino más que a la víctima. Yo no he torturado nunca... y me repugnan los verdugos. En Cuba sólo se hace de forma esporádica, si no hay más remedio. Pero en este caso, aquí y ahora, ¿qué hacemos?, ¿dejamos que la dinamita produzca una masacre?

– ¿Y si él no la ha traído, como dice? ¿Y si no sabe dónde está?

– La dinamita la ha traído él. El hijo de Quirós casi vio meterla en el barco. Los de Cayo Hueso están más eufóricos que nunca con el “próximo acontecimiento” de la guerra científica. Los indicios son muchos. Además, Agüero incluso sin dinamita, tiene un historial de asesino suficiente...

– ¿Y usted qué piensa a hacer?

– Ahora mismo me voy a La Cabaña, esperaré hasta que cante para actuar lo antes posible. En estos casos, el tiempo es clave. No creo que todavía sepa nadie que están detenidos, la cosa se ha hecho con mucho sigilo. Sobre todo, no deben enterarse los corresponsales americanos.

Pastorín dejó a don Juan al atardecer. Se dirigió hacia la ciudadela de La Cabaña. Una vez allí, cruzó el punte que salva el foso, atravesó la plaza de armas y entró en el cuartel principal. Preguntó a un teniente de guardia por el coronel Pagliari. Le dijo que estaba en los calabozos, al final del ala izquierda. Cruzó patios, recorrió galerías, bajó a los sótanos, hasta llegar a la mazmorra principal. Le abrió un sargento de la guardia civil. La habitación era circular, toda de piedra, con un gran pilón en medio. Por los ventanucos entraba olor a salitre. Dentro estaban Pagliari y el capitán Flores. Agüero se encontraba sentado en un taburete, con la cabeza pegada al pecho, el uniforme de almirante raído y sucio, desabrochada la camisa. Flores le cogió del mentón y le levantó la cara:

– Saluda a don José, que viene a que le digas cosas.

Agüero miró con una expresión vacía, enrojecidos los bordes de los párpados, hondas las ojeras. Pastorín hacía años que no le veía. Llevaba meses tratando de refrescar la cara del rebelde, la única imagen que pudo rescatar fue la de alguien rubio con ojos azules. Delante, sin embargo, tenía a un espantajo pajizo.

– Llevas dos días sin dormir, Carlitos... y sin comer – dijo Flores dándole un tirón de la casaca.

Don Julio Pagliari, un poco apartado, sentado en el borde de una tinaja, encendió un puro.

– ¿Dónde está la dinamita? – continuó Flores.

– No sé nada... nada... – balbució Agüero, como un niño que quiere que el padre le deje dormir.

– Sí lo sabes... y me lo vas a decir.

Flores le dio una bofetada que proyectó la cabeza del almirante desde el pecho hasta la nuca.

– Eres muy valiente, lo sabemos. Pero, por favor, cuéntanos algo de la dinamita. Tenemos prisa. Si dentro de dos minutos no hablas, vas al potro, a crecer un poquito.

Flores se volvió y miró a Pagliari. El coronel le hizo una seña para que se acercara.

– ¿Cómo lo ve?

– No creo que tengamos que esperar mucho. Éste suelta lastre al primer giro del torniquete.

Pastorín miró a un lado y a otro, dio unos pasos hacia atrás, carraspeó. El coronel fruncía el ceño como si le molestara el humo en los ojos.

– Don José, ¿quiere usted avisar al capellán? – solicitó Pagliari en voz alta.

– ¿Dónde está?

– En el piso de arriba, en la sala de oficiales.

Salió rápido Pastorín. Después de andar unos metros, oyó un alarido animalesco dentro de la mazmorra. Avivó el paso, subiendo las escaleras de dos en dos. Mientras iba por la galería, pudo oír un segundo grito desgarrador. Llegó a la sala, buscó una sotana. Al final de la barra del bar, estaba el capellán leyendo el periódico. Fue hacia él a paso ligero.

– Padre, don Julio quiere que baje.

– No se apure, hace eso siempre. Mata dos pájaros de un tiro: asusta al misacantano y aleja al novato.

– Pero, entonces, ¿no va a venir?

– Tómese una copa conmigo. Cuando la terminemos, le acompañaré.

Pasado un cuarto de hora, bajaron a la mazmorra. El capellán cedió el paso a Pastorín.

– Entre usted, yo espero aquí a que me llame don Julio. Seguro que no hay necesidad de mis servicios.

Una vez dentro, Pastorín vio a Agüero sobre una tabla cubierto con una manta, tendido boca a bajo, la ropa esparcida por el suelo. Daba unos quejidos broncos, continuos; levantaba el torso, estiraba el cuello, se desplomaba. Pagliari notó la cara alterada del marino, y le dijo:

– Ha probado mucha menos medicina de la que él quería distribuir entre los inocentes. No se preocupe por este canalla, no se deje enternecer por su dolor. Seguro que brindaría o daría vítores a la patria el día que la dinamita dejara sobre el suelo niños descuartizados o mujeres destripadas, el día en que los trozos de carne humana hubiera que recogerlos encima de los parterres. Mientras ha durado la sesión, he tenido esa imagen en mi cabeza.

El capitán Flores permanecía en un rincón dedicado a recoger instrumentos metálicos. El sargento lavó algo en la pileta; después, echó cubos de agua sobre las losas de piedra para quitar el olor a orines.

Pagliari rompió el silencio.

– El atentado está proyectado para el día de la corrida de la beneficencia. En la plaza de toros, no en capitanía. Deben hacerlo los anarquistas catalanes. La dinamita la tienen en una escuela de la Habana. No sabe en cuál. En fin, hay unas treinta. Habrá que buscar una por una, desde ahora mismo.

– ¿Y qué pintan en esto los catalanes? – preguntó Pastorín.

– El comité nihilista de Marrero es anarquista... Habrán tenido que recurrir a los camaradas de la madre patria.

## Capítulo 20. [La dinamita](#)

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, quince patrullas entraron en otras tantas escuelas. Los soldados, acompañados por perros, registraron a fondo las modestas viviendas, en general, regidas por monjitas o por padres salesianos. No encontraron nada. Los segundos quince colegios empezaron a registrarse sobre las diez y media. Pastorín había visitado tres, pero no encontró más que chavales somnolientos, tocas y bonetes. Iba vestido como un comerciante peninsular. Detrás, repartidos en parejas por las aceras, le seguían ocho policías de paisano.

Llegó a una [casa](#) con ventanas enrejadas y postigos azules: el número 16 de la calle Picota. En un pequeño letrero ponía: “Escuela de San José”. Pastorín se acercó al portal y oyó un monótono recitado infantil. Entró en el zaguán con aire de viajero curioso; le

asaltó un denso olor a lapicero, a sudor, a pizarra borrada con saliva. Pudo ver, en el cuarto de la izquierda, las nucas rapadas y los uniformes rayados de los niños. Una joven con vestido gris salió de la habitación de la derecha. La acompañaba un pequeño que, al ver a Pastorín, se sobresaltó, arrimándose asustado a las faldas de ella. Ambos esperaron a recibir explicaciones.

– Disculpeme, señorita. Pero esta escuela se parece mucho a la mía, allá en España. No he podido resistirme a los recuerdos – dijo Pastorín con una entonación tan veraz que enseguida se despejó toda inquietud en la frente de la muchacha. Ella siguió su camino tirando del niño como si fuera a lavarlo con urgencia.

Avanzó Pastorín por el pasillo con las manos en la espalda y la barbilla levantada. Miró la pizarra de la clase; en ella, pintada con tiza, aparecía una fortaleza medieval erguida sobre una alta peña, con el rastrillo levantado, el pendón al viento y, dentro de él, un triángulo con la estrella solitaria. En letras gigantes figuraba la leyenda: “Dios, Razón y Derecho”. Los niños hundían sus cabezas en las tareas o en el sueño. Por donde antes había desaparecido la muchacha, salía ahora un joven de aspecto meticuloso, con perilla y pelo ensortijado.

– Buenos días, ¿es usted el maestro? – preguntó amable Pastorín.

El joven no mostró inquietud alguna:

– Desbravador de zagales, diría yo.

– ¿Y los desbrava pintándoles castillos con el lema de Maceo y la bandera separatista?

El maestro heló su sonrisa. Pastorín dio un agudo silbido de cabrero; al instante, llegaron los agentes. El joven hizo ademán de entrar en la clase, pero Pastorín le cogió con fuerza del brazo.

– Estamos buscando explosivos.

– No sé de qué me habla.

Pastorín sacó el revólver y se lo puso en la bragueta al maestro.

– Voy a contar hasta diez.

El joven quedó rígido. Sin abrir los labios, movía la nuez como si su garganta hablara para adentro. Pastorín terminó de contar, pero el maestro seguía inmóvil. El marino montó el revólver. Entonces, de una puerta lateral salió la muchacha que, corriendo, fue a abrazarse al joven.

– No le haga nada. Lo que buscan está en el sótano. No asusten a los niños, yo les llevaré.

Dos agentes esposaron al maestro. Ella entró en la clase seguida por Pastorín y los demás policías. Los niños vieron la comitiva y, dando un fuerte tabletazo con los asientos, se pusieron en pie todos de golpe. La maestra subió a la tarima, les dijo que se

fueran a sus casas. Los chiquillos recogieron las carpetas y huyeron en estampida. La joven abrió el cajón de la mesa, sacó un monedero. Salieron a un patio lleno de macetas; la maestra apartó tres geranios y dejó al descubierto una trampilla. Cogió una llave del monedero, abrió el candado y levantó la chapa. Comenzaron a bajar al sótano. Ya desde los primeros peldaños Pastorín notó un intenso olor a manzanas. La maestra sacó del monedero una caja de cerillas: "Necesitamos luz". Pastorín oyó el primer rascado fallido. Al instante, la cogió del cuello con una mano y le quitó la caja con la otra.

– ¡Quiere que volemós todos juntos! – le dijo, jadeando, al agente que iba detrás de él.

La joven comenzó a chillar.

– ¡Asesinos...! ¡Viva Cuba Libre!

Pastorín le retorció el brazo hasta que cambió el grito patriótico por otro de dolor.

– ¡La dinamita, mala bicha!

La joven quedó muda un momento, luego siguió gritando vivas a Cuba. Dos policías se la llevaron arriba. Pastorín mandó despejar la escalera para que entrara claridad. Bajó un perro; el animal no lo dudó, fue directo a escarbar en una alfombra de paja donde maduraban cientos de manzanas.

– ¡Debajo de las manzanas! – gritó Pastorín.

Un agente, con mucho cuidado, levantó un poco de paja y vio los sacos.

## Capítulo 21. [¡Cubanos, levantaos!](#)

Desde que estaba en Cuba don Juan, aquél fue el primer día en que Valentín hijo almorzaba con ellos. El padre aún no había llegado. Mercedes mandó a Sinda que sirviera la comida en el [salón](#) principal. Primero tomaron vino de California refrescado dentro de barricas de sal y arena mojada. Cuando apareció el primer plato – ensalada tropical con langosta –, Valentín se puso a preguntarle a don Juan sobre política: cuánto iba a durar Cánovas, si era verdad que Elduayen había hecho salir de Madrid a la amante del rey, si Romero Robledo se había quedado con dinero de un ferrocarril... Don Juan contestaba con monosílabos o con generalidades que conocía cualquiera que leyera la prensa.

– ¿No tenías tantas ganas de comer? Pues no paras... deja en paz a Juan – le reconvino Mercedes en tono cordial.

Valentín hizo caso a su madre y engulló con ansiedad los trozos del asado que le acababa de poner Sinda. Pero al poco, siguió:

– ¿Va a ir usted a la corrida de la beneficencia? – preguntó indolente.

– Sí, me ha invitado tu padre a vuestro palco.

– Yo aborrezco la fiesta, no es digna de un pueblo civilizado.

Don Juan iba a replicar, cuando Gamazo apareció en la puerta del comedor. Silbaba triunfal, traía bajo el brazo un manojo de papeles. Al ver a su hijo sentado en la mesa, aplacó su expresión de contento y con voz alta se dirigió al embajador:

– Agüero y don Límbano han sido fusilados esta madrugada. Por fin nos vemos libres de esas alimañas sanguinarias. Me lo acaba de contar don José en el Casino. También han pasado por las armas a dos maestros que tenían escondida la dinamita en su escuela.

– ¿Dos maestros?... ¿y la tenían con los niños allí? – preguntó, con la boca abierta, Mercedes.

– Sí. Ella era hija de un subteniente retirado en Santiago de Cuba. Él, no lo sé.

Mercedes hizo la señal de la cruz: “Dios los perdone”. Valentín hijo se quedó mirando a su padre sin expresión, tomó agua, hundió la cabeza en el plato y siguió con la comida.

– Mira lo que han echado este mediodía. La Habana está inundada.

Valentín extendió a don Juan una de las hojas. En grandes letras de imprenta podía leerse: “Don Carlos Agüero y don Límbano Acebes torturados y asesinados por defender la libertad. ¡Cubanos, levantaos contra la tiranía!”. Don Juan no terminó el panfleto. Se lo pasó a Valentín hijo; éste siguió masticando, adelantó la barbilla, miró por encima el papel y lo dejó sobre la mesa sin tocarlo. Tomó el postre en dos bocados, después se levantó.

– Perdona, papá, que no te espere, tengo un examen de Civil esta tarde. Don Juan, mis disculpas.

Besó a su madre y salió del comedor.

Gamazo contó las peripecias de Pastorín durante el registro de las escuelas.

– O sea, que tenemos la dinamita, pero no a los anarquistas catalanes – resumió don Juan.

– Así es, los maestros se negaron a hablar. Aunque sin el explosivo, poco podrán hacer esos matarifes.

Terminaron de comer. Don Juan, olvidando la hora sagrada de la siesta, se marchó con Valentín al casino. Estaba ansioso por ver a Pastorín y felicitarle. Durante el camino, Gamazo le contó que se proyectaba un homenaje a don José y a Pagliari; el Capitán General pensaba condecorarles.

Al llegar, entraron en la sala de lectura; encontraron a Pastorín adormilado en una butaca. Gamazo le dio con el bastón de bambú un ligero golpe en la rodilla. Don José abrió los ojos y se incorporó.

– Transmítale a Pagliari mis felicitaciones – dijo don Juan.

– A don Julio no es fácil verle hoy, está detrás de Herlizer. Creemos que los panfletos se han imprimido en su yate, en la máquina que tienen allí sus corresponsales. Esa tipografía no la hay en Cuba.

## Capítulo 22. Toros en la Habana

El bar Escauriza estaba a rebosar. Los parroquianos miraban de reojo hacia la calle. Las colillas, el aserrín, las chapas, cubrían el suelo; el olor de los camarones se mezclaba con el aroma hondo del café; hasta el techo subía el humo de los cigarros y, desde allí, las aspas del ventilador lo retornaba como aire calentón. Don Juan y Pastorín entraron en el local. El capitán saludó al dueño, un asturiano elegante que, con la mano sobre la caja registradora, contemplaba satisfecho el hervidero de su negocio. Pastorín le pidió dos cafés. “Okey capitán. A precio de costo”. Sonaron cerca los tambores. Los mozos de cerillas, los camareros, se asomaron a la calle. Pasaba la banda. Por encima de los sombreros de la gente agolpada ante la puerta, aparecieron los trombones. Don Juan y Pastorín cambiaron una mirada. El pasodoble, la música de la raza. Hacía mucho tiempo que no oían esa melodía injertada en sus memorias.

El bar empezó a vaciarse. Muchos se fueron tras los uniformes y las blancas gorras de los musicantes. Salieron don Juan y Pastorín a una tarde clara, sin nubes. Ejercían sus funciones los mil pícaros de la rúa habanera: revendedores, barquilleros, tachines, descuideros, mendigos, lecheros, aguadores. Terminada la calzada de Belascoaín, llegaron a la entrada principal de la plaza de toros. Por más que don Juan lo intentaba, no podía encontrar en ella nada destacable: su construcción sencilla, las paredes encaladas de blanco, los ventanales arqueados de la segunda planta, la hacían indistinguible de cualquier otra de España.

El palco de los Gamazo se hallaba junto al presidencial. Don Juan, una vez sentado, se fijó en el redondel. Acostumbrado al albero, le sorprendió aquella arena azucarada sobre la que podrían batir en cualquier momento las olas esponjosas. Fulguraba el tendido de sol como un tapiz de grillos engrasados y sombreros de yarey. En el de sombra, envuelto por la niebla azul que despedían los cigarros, dominaban las ropas pardas, las mantillas galanas, los sombreretes parisinos.

Sonaron aplausos corteses, emergió el uniforme gris de don Ignacio María. La banda tocó el himno nacional con énfasis de trompetería un tanto espasmódico, como si al director le hubiera dado un ataque de tos. Acabada la música, el capitán general saludó militarmente, circundó con su mirada a la muchedumbre y tomó asiento. En pie, tras de él, permanecía un ayudante. A su lado, el alcalde Farias y dos graves señores dirigentes de la peña taurina “Príncipe de Triana”. Comenzó la corrida...

Cuando Guerrita daba su triunfal vuelta al ruedo con las dos orejas, Pastorín, al pasar la mirada por el tendido cercano, reparó en un hombre que no aplaudía; iba escalando – tenso, encorvado – las gradas justo debajo del palco de honor. Llevaba ropas peninsulares, sombrero hongo. Algo no encajaba..., hacía mucho calor para ir tan vestido. Debajo del sombrero le sobresalía el pelo rojo. Otra vez volvió a mirarle; ya estaba cerca del lugar en el que don Ignacio comentaba la faena con sus acompañantes.

Pastorín saltó la verja que cerraba el palco de los Gamazo; se dirigió hasta el presidencial corriendo por la galería. Allí pegó un empujón al ayudante y le gritó a don Ignacio: “¡Al suelo!”. En ese instante trataba de colocarse el pelirrojo en la grada inmediata, a unos metros del gobernador. Dos policías de paisano sacaron la pistola y apuntaron a Pastorín. El capitán general, todavía sin entender qué hacía el marino, había retrocedido hacia el interior, lejos de la barandilla. “No tiren, es amigo” exclamó don Ignacio. El pelirrojo inició una carrera por el tendido aprovechando que la gente permanecía en pie aplaudiendo; buscaba una boca de salida. Pastorín fue tras él seguido por los policías. El pelirrojo llegó al patio de caballos, lo cruzó como una liebre, atravesó el matadero y tropezó con los garfios que iban a sostener las reses en canal tras la corrida. Se recuperó y salió volando. Pastorín no podía correr tanto, los policías tampoco. El pelirrojo trepó por la pared que daba a los corrales y saltó a la calle.

– ¿Qué ha pasado, capitán? – le preguntó don Ignacio María a Pastorín, cuando éste volvió a la plaza.

– El anarquista ha intentado atentar contra usted. Se nos ha escapado. Es uno de los catalanes. Me extraña que sea el pelirrojo, el más fácil de identificar.

– ¿Tiene usted una descripción fiable?

– Sí, por completo, mi general. Sería capaz de dibujarlo. Debemos distribuir copias por todas las jefaturas.

– Bueno, tengamos la fiesta en paz. Música, y que siga la lidia.

## Capítulo 23. [Valentín hijo y Bakunin](#)

Dos días después de la corrida, don Juan llegó a casa de los Gamazo pasada la media noche. Todas las luces estaban encendidas, los sollozos de Mercedes se oían desde el patio. Sinda le recibió con la cara descompuesta.

– ¿Qué pasa?

– El niño, el niño, ... esta noche no ha venido a dormir. El señor ha ido a la policía.

Entró en el salón. Mercedes tenía los ojos enrojecidos, la cara abotagada por el llanto.

– Juan, Juan... ¿dónde estará? ¡Me lo han matado! Ayer vi el miedo en sus ojos al darme un beso antes de irse. Ha pasado algo malo. Parece mayor, pero es como un niño, tiene el corazón de un niño. Le han embaucado los rebeldes, le han buscado la ruina.

Don Juan le contó entonces su charla con el capitán general. Concluyó con una mentira histórica y piadosa:

– No te preocupes, los anarquistas son pacíficos. Además, Ignacio María está sobre aviso.



Mercedes oía por primera vez la palabra “anarquista” y eso no la tranquilizó, aquello sonaba a enfermedad, a desgracia, a ruido de sillas destrozadas. Sinda le refrescaba las sienes con un pañuelo húmedo. Mercedes miraba sin cesar a la puerta esperando que llegara su marido con noticias.

– Sube a acostarte, Juan.

– No. No me voy a acostar. Me quedaré hasta que venga Valentín – contestó el embajador.

Sinda constantemente traía agua de azahar, sales y paños. La mesa se hallaba atestada de vasos; cuando no cabían más, la esclava los retiraba con manos temblorosas; luego, volvía a sentarse junto a su señora y le pellizcaba los pliegues del vestido.

– Igual está en la hacienda y no ha podido coger el tren. Lo más seguro es que no se encuentre en la Habana. Habrá viajado a alguna parte; con las tormentas recientes, el barro de los caminos le habrá impedido volver – trataba de consolarla don Juan.

Mercedes le miraba indiferente, concentrada en su angustia.

– Debía haberle mandado a España hace un año. Todos debíamos estar ya allí.

Se oyó crujir el pestillo de la puerta y un rumor de voces broncas, entre las que sobresalía la de Gamazo.

– Cuéntale al inspector Fuentes todo lo que te pregunte, Mercedes.

– Iba sin sombrero, vestido con pantalón oscuro y guayabera blanca... Y su carpeta de libros. Mi hijo es un intelectual, inspector, es sólo un anarquista.

Cuando Gamazo oyó la palabra, no pudo reprimir un “No digas tonterías”. Miró a don Juan; éste, desde el fondo de la butaca, le prometió: “Luego te explicaré”. Fuentes, hombre de gesto indiferente y ojos bonachones, adoptó una actitud que significaba: “volvamos a empezar”.

– Quizás esté en España – especuló Fuentes –. De un tiempo a esta parte se suceden los intercambios: gente de Barcelona viene a la Habana y anarquistas cubanos se trasladan a Madrid.

Eso alivió un poco a Mercedes. “Si está en España, no dejará de visitar a sus tías, que le harán entrar en razón y le mandarán para acá”. Gamazo no aceptaba que su hijo hubiera abandonado la casa sin despedirse de ellos, dejándoles en aquella zozobra. Sus pensamientos eran torvos. Creía que le habían secuestrado. Pronto alguien iba a exigirle muchos miles de pesos por el rescate. Existía bandolerismo, antiguos guerrilleros que no se habían rendido y seguían en armas dedicados al atraco o al secuestro. Tampoco faltaba gente en los bajos fondos, mulatos o soldados renegados, dispuestos, por un puñado de plata, a sacarle las tripas de un machetazo a cualquiera. Todas las perspectivas parecían siniestras. La que ni siquiera contaba, era que su hijo fuera anarquista. Siempre que oía aquella palabra, la relacionaba con simplezas de personas estrafalarias o un poco “tocadas”. En el casino de la Habana, don Salvador Mengíbar, se

decía anarquista, y todos sabían lo en las nubes que vivía, lo inocente e inofensivo que era aquel señor. Nunca habría creído que su hijo fuera tan simple como para tener ideas parecidas a las de don Salvador. Se había quitado, por otra parte, un peso de encima. Peor hubiera sido que fuera independentista. Se habría visto obligado a repudiar a su propia sangre.

El comisario Fuentes bostezó un par de veces antes de dar a su ayudante las instrucciones rutinarias: comprobar listas de pasajeros en los barcos, preguntar en los hospitales, en el depósito... Esto último lo dijo de manera apenas audible, con un susurro veloz.

Mercedes fue a acostarse aferrada a la idea de que su hijo estaba en España. Gamazo le dijo a don Juan que se retirara a descansar. Como todas las noches, Sinda le acompañó con un candelabro hasta la puerta de su habitación. Iba murmurando: “Los **ñáñigos**, han sido los ñáñigos, los **siervos** del diablo”.

– ¿Qué dices, mujer?

– Señor, señor... Tinito es bueno para ellos. Es el hombre que buscan, tranquilo, blanco, con carnes blandas. Se lo han llevado.

– ¿Quiénes son esos bóñigos? – preguntó don Juan, que no había entendido tanta eñe susurrada, y creía que Sinda se estaba refiriendo a hombres tan despreciables como la mierda de vaca.

– Son demonios en carne y hueso. Matan para sacrificar al maligno. Al esclavo Nicodemo le asaron el corazón. Agua bendita, Santa Purísima, líbrame del mal.

La cara de Sinda, con los ojos adentrados por el miedo, adquirió un rictus de asco.

– Derraman – continuó la esclava – aceite y aguardiente en el altar, semillas machacadas, jugos de pringue y leche de palomas, bailan alocados y, si el gallo degollado cae con el pico señalando a oriente, tienen que buscar a un cristiano y ofrecerlo.

– ¿Y cómo sabes tú esas cosas?

– Me las ha contado Marina Pimba, la vieja.

– Son supercherías. Una mujer inteligente y bonita como tú no debe creerlas.

– Los ñáñigos existen, mi señor. Yo he visto uno.

– Bueno, pero no le hables de ellos a doña Mercedes en estos momentos.

Por la mañana, a primera hora, Pastorín se presentó en casa de Gamazo. Cuando don Juan bajó a su encuentro, le dijo:

– Al muchacho le han llevado a la Cabaña. Cayó en la redada de anarquistas que hicimos el día siguiente al atentado. He tratado de encontrar al padre, pero

probablemente esté en el campo. A doña Mercedes no me atrevo a darle la noticia. ¿Qué hacemos? El muchacho tiene una crisis nerviosa.

– ¿Se le ha podido demostrar conocimiento o contactos con los catalanes?

– No, sólo le han encontrado pasquines... a él y a otros dos estudiantes que detuvimos en una pensión. Los tenían escondidos en un cuartucho de la casa.

Poco después, franqueaban la puerta de la fortaleza. Salieron a un patio formado por cuatro grandes muros, en los que se alineaban las celdas. Las de la planta baja, con puertas de chapa, daban al aire libre. Las del piso de arriba, tenían la entrada protegida por un estrecho soportal corrido, con columnas de madera. Subieron a la segunda planta por una escalera estrecha de mampostería. Pastorín sacó un manojo de llaves. Tras tantear en la cerradura, dio un giro experto y abrió la puerta. La habitación no tendría más de diez metros cuadrados. Había un camastro, un taburete con palangana y un orinal grande. En la pared del fondo, se abría un ventanuco por el que entraba la brisa aceitosa del puerto. La humedad resultaba insoportable. En la cama yacía alguien, vuelto hacia la pared, acurrucado, tapado con una manta hasta las orejas. Pastorín, sin mediar palabra, le agarró por los hombros y le incorporó en el catre, apoyándole contra la pared. Valentín balanceó la cabeza a izquierda y derecha como si su cuello no pudiera sostenerla. Sus ojos descarriados por el techo, por la pared, por la puerta, pudieron, al fin, centrarse en don Juan. Brilló, entonces, una luz de comprensión. El embajador empezó a hablarle de manera afable. Al cabo de unos minutos, ya podía mantenerse erguido.

– ¿Cómo estás, Valentín? – preguntó don Juan.

– Me duelen las espaldas... – contestó el muchacho con voz tranquila, lejana. A continuación, cambió a un tono tembloroso:

– Hable con mi padre, me van a torturar, me van a arrancar las uñas, a hacer tragar litros de agua, no quiero, no quiero... aunque sea mi obligación.

Don Juan le palmeó el cogote:

– Tranquilízate hombre, no te va a pasar nada.

– Dígale al embajador de España que no soy un traidor a la patria. Usted no debe entretenerme. ¿Cómo le voy a aprobar el derecho romano? Mi madre, que no vaya a la universidad. Le dirán que saco malas notas. Quien le dé un maltrato a mi madre tendrá que vérselas con los catalanes.

Pastorín cogió a don Juan del brazo y le llevó fuera de la habitación.

– Vámonos ya. No podemos hacer nada. Le diré a Pagliari que firme la excarcelación.

– ¿Qué le habrá pasado a este muchacho? – se preguntó, caviloso, don Juan, cuando salieron al aire libre.

## Capítulo 24. [Despedida poética de la Habana](#)

Pastorín llamó haciendo sonar con brío la campanilla. Desde fuera, a través de la verja, vio solitario el patio de los Gamazo. Salió a abrirle Sinda.

– ¿Cómo está el niño?

– Todavía triste, pero ya come y conoce – contestó la esclava con un deje esperanzado en la voz.

– Hazme el favor, dile a don Juan que estoy aquí.

Sinda fue al interior, Pastorín se sentó en una mecedora. Al poco, la esclava pasó llevando una bandeja con un vaso de leche y un frasco medicinal.

– Ya baja – dijo Sinda.

Don Juan apareció al rato. Saludó a su amigo:

– Debo adelantar la vuelta. Esta casa no está para huéspedes, como usted puede suponer.

– Sinda cree que se encuentra mejor – apuntó Pastorín.

– Eso es relativo. El médico dice que todavía delira. Hoy está más tranquilo, a ratos casi normal... Aunque hay otros en los que vuelve a afilársele la cara, se le ponen ojos de loco y disparata. Le ha dado por defender a su padre. Jura matar a quien intente hacerle daño. El doctor piensa que alguna experiencia aterradora ha debido de ocurrirle al muchacho. Eso ha desencadenado el brote de locura. Puede que, con suerte, vuelvan las aguas a su cauce. A mí me tratan bien, claro; pero no quiero cargarles más. Tengo billete para pasado mañana en el Barrow Bay.

Al día siguiente, cuando el sol declinaba, salió don Juan a dar un paseo. Sobre su cabeza, silbaba ligerísimo el viento. Las [casas](#) del Malecón, hombro con hombro, se defendían ante el empuje del Atlántico; batían las olas el dique plateado. Pensaba despedirse de La Habana, deambular por ella con sonrisa agradecida. No se conjurarían los astros para volverla a ver. Abandonó el mar entrando por la calle Colón. Llegó al Prado, entre Neptuno y [Virtudes](#). Delante iba un gato: se paró en una esquina, husmeó el suelo y levantó el rabo anillado de armiño. Se detuvo también don Juan, llenando los pulmones del aire de intramuros, que olía a pez podrido y a piedras orinadas. Miró los bancos de hierro, los arcos acristalados, los balcones corridos. "Cuando yo me vaya, quedarán aquí inmóviles, desgastándose por el viento y la desidia. O quizás revivan en el corazón de los jóvenes [poetas](#)."

Llegó a una plaza con una [fuente](#). La diosa, coronada de pétalos, los pechos jaspeados cubiertos por finas vetas verdes, se sentaba en un trono floral; a sus pies, cuatro delfines de escayola blanca. Unos niños jugaban a salpicarse en el estanquillo. Un mulatito y dos blancos puros. Parecían, pensó don Juan, cantos rodados, batidos por los topetazos prematuros de la corriente de la vida. Al mulato le nacían unas orejas como las asas de una olla. Los otros estaban llenos de trasquilones, desconchones y arañazos. Los tres

hacían equilibrios, metían la cabeza en el agua, aullaban con la euforia que produce el chapoteo en la infancia. Aquellos niños ya no serían españoles.

En los bancos de la plaza, en las gradillas de las casas, gravitaban, sentados, hombres de todas las edades. Orientaban la cabeza para captar un moscardón, o alguna pirueta de los pequeños, o el aleteo de una paloma sucia que levantaba el vuelo. Un país [sentado](#). Tendría que volver a España para ver una plaza así. En los Estados Unidos, le esperaba otro concepto del tiempo. Debía exprimir estas horas, permanecer un poco más en aquella Habana tirada en la calle, fumando al atardecer, tan ociosa como él.

A la hora convenida, Pastorín hizo su aparición con el uniforme de gala: los botones más dorados que nunca, más blanca la camisa blanca y una encrespada, luminosa, corbata de seda que no era la reglamentaria.

– No quiero ser impertinente amigo mío, pero me parece que le veo un poco apagado – saludó Pastorín.

– ¿Apagado?... ¡Del todo oscurecido! No quiero irme de aquí. No quiero regresar a los fríos de la América del Norte, ni ver más a aquellas hormigas laboriosas. Me encanta este zanganeo tropical.

– Véngase a Valparaíso conmigo, establezcamos allí la República de Vagancia. Fundemos un partido...

– Pero eso es ya trabajar... – gruñó don Juan.

Apenas anochecido, llegaron a la plaza de la [Catedral](#), entraron en el templo repleto de gente. Se sentaron en un banco bajo el crucero, en la [nave](#) central. Enseguida les envolvió el olor a incienso, a pétalos de rosa pisados. Sólo unas lámparas de aceite en las capillas laterales iluminaban la iglesia. Un monaguillo, vestido de encaje blanco, merodeaba por el altar mayor. En las muñecas de las mujeres, los abanicos se desplegaban rítmicos. Hubo murmullos. Andando deprisa, salieron de la sacristía cinco músicos italianos, saludaron al público y se sentaron en unas sillas minúsculas. El adagio del concierto para violoncelo de [Boccherini](#) ascendió por los altos pilares. Pastorín se adormecía. Don Juan llevaba el compás con la mano, mirando muy concentrado el arco del primer violín. Le invadía la dulzura de la pieza. Sentía una sutil debilidad, una indiferencia general ante el movimiento del mundo. La política se le presentaba muy lejana. Todos parecían tener razón. Cada uno intentaba llegar al máximo de su poder. La música, una tregua, una llamada desde un paraíso posible, que nunca existirá. De modo apenas perceptible, el humo de las velas le hacía lagrimear. El abanico de una dama sentada a su izquierda, impulsaba las notas a oleadas hasta el fondo de su cabeza. Era la vejez. No quería reconocerlo. La relatividad de todos los afanes. Al final, las bazas perdidas en la vida son tantas, que nadie, tampoco el triunfador, termina convencido de que ha ganado el juego.

Los italianos atacaron la parte final de una sonatina. Con suavidad se iban desprendiendo las costuras de las frases; quedó sólo una, que se repitió dos veces más antes de apagarse. Un silencio breve, y los músicos se levantaron. Salieron dignos, con las cabezas gachas, como si acabaran de recibir la comunión.

Pastorín y don Juan hicieron una ronda nocturna por varias tabernas. Al salir de la última, el marino se empeñó en acompañarle hasta la casa de Gamazo. En la calle Amargura, don José lamentó su negra suerte: “No he encontrado mi mitad”. Echó el brazo sobre el hombro del embajador, que recibió estoico la vaharada etílica. Sabía don Juan que pasaba los últimos momentos con su “buon compagno”. Tardarían en verse, si se veían. Ya cerca de la casa, Pastorín quedó de repente en silencio, se paró en medio de la calle y plantándose muy serio frente a don Juan, dijo: “No le olvidaré”. Éste le estrechó la mano; luego se fundieron en un abrazo. El marino se alejó entonando una triste canción napolitana.

## Capítulo 25. [Vuelta a Washington](#)

Al entrar en Washington, don Juan despertó de una cabezada creyendo ver la Plaza de Armas entre las calles y esquinas que el tren dejaba atrás. Cuando llegó a la legación, nada más abrir la puerta, el olor a madera seca le demostró de forma inapelable que ya no estaba en Cuba. Salió a recibirle el criado Andrés. Según él, nada extraordinario había ocurrido en aquellos días: estuvieron los carpinteros para arreglar el suelo del comedor, la cocinera se puso enferma una semana y había muerto el vecino, el general Parker.

En el despacho, sobre la mesa, encontró una carpeta hinchada por la abundante correspondencia. Se sentó con intención de ver lo más importante. Paco había hecho dos montones con las cartas: en un lado, las oficiales, en el otro podía distinguir las letras indecisas de sus hijos, el trazo caligráfico de su mujer, un sobre azul pálido de Catalina. Estuvo un rato sentado en el sillón, jugueteando con un pisapapeles. Sintió curiosidad por ver qué le escribía Catalina. Dirigió su mano hacia el sobre azul, pero prefirió irse a la cama todavía con sabor cubano.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, Juanito le resumió la vida diplomática durante su ausencia. El sobrino, mucho más delgado, había adquirido un tic en la comisura derecha del labio superior.

– Victoria dio una fiesta maravillosa en honor del príncipe de Gales, que iba de paso hacia las regatas de Savannah. Un individuo fantástico. Ella me presentó como “un noble español”. Eduardo me miró con simpatía, hasta con un poco de camaradería, ¿sabes? Miraba mucho a Victoria. Se dice que es un conquistador. Yo llevaba puesto el frac que me hice en Madrid en casa de Padrós. Victoria me regaló una orquídea blanca para el ojal. Eduardo bailó con ella varias veces; bebía a pequeños sorbos, aunque sin parar. Todo resultó encantador. ¿Qué más? ¿Qué más?

Al final le confesó:

– Si me ves tan delgado, es porque tengo una solitaria. Como más que nunca, pero ese bicho se lo aprovecha todo. No sé dónde he podido cogerla. Cuando Therèse me ve entrar en la cocina, me sienta en la mesa y empieza a acercarme bollos, leche y todo lo que se le ocurre. Yo, la verdad, me veo más elegante. No se lo digas a mi **madre**, si le escribes, que es capaz de presentarse aquí a ver qué me pasa. Esto no lo sabéis más que Paco, Therèse, el doctor Gibson y tú. No quiero ni pensar que se enteren mis amigas de que tengo en las tripas una gran lombriz. Sobre todo Victoria – dijo con miedo, mientras le asaltaba su pensamiento recurrente: “Castigo de Dios. Había soñado meterse dentro

de ella y vivir a su costa, recogido en su corazón batiente, bañado en su sangre, acompañándola a todas partes, asomándose a sus ojos, aun a costa de ahogarla”.

– ¿Y a ti, cómo te ha ido por Cuba? – le preguntó a su tío, tras volver a la realidad.

Mientras se fumaba el puro del desayuno, de manera desgana, don Juan le contó la vida social que había llevado en la Habana. Al terminar, Juanito recordó algo:

– ¡Ah!, no te he dicho que me han escrito de casa contándome lo del terremoto. Una pared del cortijo de mi madre se vino abajo y mató a diez cochinos. Los caseros se salvaron porque estaban echando comida a las gallinas. Ha muerto mucha gente, sobre todo en [Alhama de Granada](#). Se sintió en toda Andalucía. El rey Alfonso ha encabezado una colecta para las víctimas, aportando cincuenta y cinco mil pesetas. De Madrid llegó un despacho sugiriendo que la embajada le imitara.

¿De dónde iba a sacar el dinero para encabezar la lista? Si no ocurría un milagro, tendría que ser de su sueldo, es decir, privándose. Menos de cien duros, imposible. Lo discreto serían unos doscientos. Si el rey había puesto la cantidad que decía Juanito, habría que llegar a las mil pesetas. Seguro que la fortuna de Alfonso era cincuenta veces superior a la suya. ¿Y si organizara una colecta entre el cuerpo diplomático? Siempre hay damas dispuestas. Debía hablar con la jueza Chivers.

Juanito, que vio a su tío metido en cavilaciones, aprovechó para irse a la calle. Al salir, se cruzó con Paco. “El jefe viene más moreno..., pero tan sin blanca como siempre. No le des malas noticias”.

Bustamante entró en el comedor y saludó, efusivo, a don Juan.

– Por fin está usted aquí. Le hemos echado de menos. Sin el trabajo que nos mandaba, sin el tresillo, el aburrimiento nos iba a devorar.

Lo primero que hizo fue contarle la publicación anticipada de las cláusulas del Tratado de Comercio.

– Alguien las ha filtrado al World, que tituló en primera plana: “Un regalo a los tiranos”. Según el periódico, el Tesoro dejará de ingresar treinta millones de dólares, si se suprime la tasa del veinte por ciento que tiene que pagar la caña para entrar aquí. La cosa se pone difícil. Por si fuera poco, a raíz del fusilamiento de Agüero, hemos tenido manifestaciones frente a la embajada.

Paco le pasó a la firma una multitud de papeles atrasados, después lo dejó solo en el despacho. Había llegado la hora de dedicarse a la correspondencia. Primero abrió las cartas de la familia. Dolores le pedía dinero, le reprochaba que los hijos no tuvieran un padre, le insinuaba que no hiciera el ridículo, a sus años, con su típico galanteo añejo, le recordaba, en fin, que no estaba para muchos trotes. Una vez más, se sintió feo y despreciable.

Abrió después la carta de Catalina, escrita con letras apretadas y lanudas, como ovejitas en fila:

"Aunque algunas veces me agrada pensar: "todo llega, todo se rompe, todo pasa", solamente lo hago cuando me siento infeliz y necesito convertirme en una piedra sin corazón para no ser herida. Si amo, debe ser a vida o muerte. Por eso he temido tanto al amor; tanto como un ser humano puede temerlo, incluso desde que era niña. Entonces, veía a otros amar un poco, llorar por su amor perdido..., y encontrar uno nuevo en breve tiempo. Yo sabía que no podía hacer eso, que no lo haría. Me aterrorizaba dar mi corazón a cualquiera de las personas que eran capaces de amar a la ligera. En consecuencia, he hecho gran cantidad de cosas odiosas. Como ves, me gusta posar de diabólica.

Ahora, querido, escúchame. Te amo como nunca podré amar a nadie. Si te pierdo, mi corazón será un fuego apagado. Podría ser amable con la gente, apenarme con sus problemas, pero el amor no es eso. Cuando estoy contigo soy más feliz, aunque estemos en circunstancias infelices, que si tuviera un corazón ligero y poseyera todo lo que los mundanos desean. Yo no quiero no ser desgraciada, sólo quiero estar contigo. Prefiero ser infeliz y estar contigo, que estar en el cielo.

Con el cabello blanco y la piel llena de arrugas, aún serías para mí el primero de los hombres, el objeto de mi estimación y mi ternura. Aunque no espero hacer eterna en tu alma la ilusión del amor, creo que nunca desaparecerá de ella el afecto profundo que sobrevive a la juventud y a la muerte. Sí, a la muerte; porque el principio eterno de vida que sentimos en nosotros, y que vemos flotar en la naturaleza, no puede ser sino amor. Amor espiritual, que no se destruye con el cuerpo, y que debe existir mientras exista el gran principio del cual es emanación. Juan, tú serás siempre para mí el más amable de los hombres y el más querido de los amigos: lo eres ahora y lo serás mientras yo viva. Es preciso que te diga una y mil veces que te quiero más que a ningún hombre he querido. Nada tengo que temer de ti, mi obligación es adorarte."

Una semana después, Catalina le mandó una nota. Acababa de regresar de Wilmington. Quería verle cuanto antes.

Al llegar don Juan a Highland Terrace, Sally le abrió la puerta. **Bogui**, el perrillo autor de su primer batacazo americano, ladró de alegría, movió el rabo y le olió el bajo de los pantalones; luego, se alzó sobre las patas traseras, tratando de asaltarle la levita. Don Juan le rascó la cabeza y se dirigió al salón. A los pocos minutos, entró Catalina. Fue hacia él muy despacio; poco a poco aceleró. Don Juan sintió el choque en sus huesos. Le abrazó con tal fuerza, que podía sentir las costillas de ella pugnando por meterse entre las suyas. No dijeron nada. Catalina, sin aflojar la tensión, hundía su cara en el hombro de don Juan. Nunca nadie se había incrustado contra su cuerpo con tanta energía. Gratitud. ¿Quién le iba a decir a él, viniendo del frío y del desdén, que una mujer joven se le aferraría con la fiereza de una estrella de mar a una roca azotada por las olas? Al fin, Catalina se separó; tenía los ojos enrojecidos.

– ¡Cuánto te he echado de menos! – jadeó ella.

Don Juan la atrajo hacia sí, la besó en la boca con ternura. El cuerpo de Catalina perdió peso; cálido como un colchón de pluma, lo sentía él descansar entre sus brazos.

Estuvieron así un buen rato. Luego, don Juan le contó sus días en Cuba. Al terminar el relato, Catalina, con media sonrisa, le preguntó:

– ¿Te has acordado de mí?

– Mucho

– ¿Todos los días?

– Todos



- ¿Has leído mi carta?
  - Sí. No me la merezco.
  - He soñado contigo todas las noches. Íbamos a París, a Italia, a Granada, a tu pequeño pueblo cordobés. Sentía tu presencia junto a la cama de mi madre, tu aliento cuando me peinaba ante el espejo. Oía tu voz en los pasillos.
  - Me parece muy bien ese uso de tus poderes especiales.
  - Antes de caer dormida, me tocabas el pelo y decías “estoy aquí”.
- Don Juan extendió la mano y le acarició la cabeza.

En los días siguientes, tomaron la costumbre de dar largos paseos. Catalina se mostraba infatigable. Don Juan, a veces, quedaba rezagado y ella tenía que esperarle. Caminaban hasta [Anderson](#) Cottage, la casa que utilizara Lincoln como residencia familiar, a cuatro millas del Capitolio. Allí, el aire en verano estaba lleno de frescor vegetal. Se sentaban en un banco, debajo de un gran sicomoro. Luego, entraban en un restaurante cubierto de yedra y pedían una comida ligera; a los postres, se miraban a los ojos con las manos entrelazadas sobre la mesa. Después del almuerzo iban a tumbarse en la hierba, bajo unos [álamos](#). Don Juan pedía a Catalina una balada, siempre la misma, la de Susan Jane, así iniciaba su dorada y breve siesta.

Uno de aquellos días vieron, en la portada del periódico que leían dos jubilados, el grabado de una enorme [estatua](#) portando una antorcha. Catalina le dijo:

- Estoy deseando ir a Nueva York, te encantará conocerlo a fondo.
- Lo que más detesto es la indigestión de "grandeur" que nos propinarán los franceses – se lamentó don Juan, pensando en la multitud de veces que el embajador Roustan le había mostrado la maqueta de la "Libertad Iluminado al Mundo".
- Pero tú no puedes faltar... – dijo Catalina.
- Me temo que de ninguna forma. Tampoco podrá faltar sir Lionel. No le hará ninguna gracia. En realidad, es una fiesta que se celebra contra los ingleses.

## Capítulo 26. [La Libertad iluminando al mundo.](#)

Ignacio Agramonte se levantó pronto. Después de ponerse el abrigo tuvo que volver a su cuarto. Había olvidado la libreta. La necesitaba para anotar los detalles y la atmósfera de la jornada. Se había comprometido con el diario Patria a cubrir el acontecimiento. Salió a una mañana áspera, con aire de ceniza; bajo la llovizna terca, anduvo por calles enlodadas, hasta llegar a los muelles. Barcos vestidos de perla por la bruma, orlados de banderas, maniobraban repletos de gentío. Llegó a Brooklyn. Gemía el puente bajo su carga de transeúntes. Se había citado allí, en la [entrada](#) oriental, con Ramón Lamadriz, amigo y miembro del comité revolucionario cubano.

- Hace un frío que hiela las palabras – saludó Lamadriz con el fragante señorío de los nativos de Camagüey.

No tenían entrada para la tribuna instalada en [Madison Square](#) desde la que Cleveland y los invitados presenciarían la parada cívico-militar. Aunque llegaron a la plaza con tiempo, fue imposible ponerse en primera fila. Al cabo de un rato, encontraron a dos

chinos dispuestos a cederles el sitio por tres dólares. Aceras, portadas, balcones, todo se iba cuajando de gente gozosa. Cleveland aún no había llegado. Las calles que daban a la plaza no dejaban de verter muchedumbre. Ignacio buscaba impaciente a Victoria en la tribuna. Entre los vestidos claros, bajo las amplias pamelas, no había rastro de ella. La fanfarria anunció la llegada del presidente. Dio comienzo la parada. Ignacio sacó su libreta. "Un raudal de bayonetas, un millar de camisas rojas, una mancha de gorros blancos en el escuadrón. Pasa la artillería, la caballería... Muestra sus garras el águila poderosa. Aplaude la muchedumbre el paso firme de la milicia del Séptimo Regimiento. Al clarín de oro, vuela la marsellesa por toda la procesión. Los [barcos](#) franceses que transportan la [estatua](#), dan veinte cañonazos. El presidente, con la cabeza descubierta, saluda los pabellones desgarrados."

Ignacio, al ver desfilar a los soldados henchidos de orgullo, sintió como si le hubieran tocado la herida. Nunca había hecho sangre en su vida. Poesía y política. Palabras bellas y palabras- fuerza. Su tío hizo famosa la orden: "Corneta, toque a degüello". Y su padre, en una emboscada durante la guerra del 68, salió del escondite y retó en duelo a un oficial español. Cubanos y españoles pararon el fuego para contemplar la escena. Enrique hirió gravemente al oficial. Cuando lo retiraron, volvieron las columnas a pelear. Pero a él, algunas almas avinagradas, le insinuaban que no presumiera de patriota, pues nunca había arriesgado su vida en el campo de batalla. Lamadriz, aunque abogado, también había pasado la prueba de la hombría en la [manigua](#). Sabía manejar el machete y el revólver. El de Camagüey conocía esa llaga oculta de Ignacio y procuraba no hablarle de su experiencia militar, a pesar del asedio constante al que le sometía Agramonte para que le enseñara a disparar. Siempre se excusaba diciendo que el campo quedaba muy lejos en Nueva York, que no tenía municiones, que había mucho trabajo en el comité como para entretenerse con el tiro al blanco.

En una ráfaga, descubrió Ignacio a sir Lionel, con el hongo y la barba gris ¿Y Victoria? ¿Se encontraría en otra parte de la tribuna, adonde su vista no podía alcanzar? Decidió acercarse todo lo que le permitiera la multitud.

Con una mano en el pecho y la otra sobre el pasamanos del estrado, sin leer, con acento sincero y voz robusta, [habló](#) Cleveland:

"No estamos aquí hoy para doblar la cabeza ante la imagen de un dios belicoso y temible, lleno de rabia y de venganza, sino para contemplar con júbilo a nuestra deidad propia, que guardará y vigilará las puertas de América. Más grande que todas las que celebraron los cantos antiguos. En vez de asir en su mano los rayos del terror y de la muerte, levanta al cielo la luz que ilumina el camino de la emancipación del hombre".

Terminado el discurso, un coro de negros con becas azules cantó "God Bless [América](#)".

Llegó la noche. Aún se oían las sirenas de los vapores; sobre los edificios, fulguraban esporádicos fuegos artificiales. Comenzó a llover con fuerza. A Ignacio le daba igual mojarse. Iba pensando en el artículo y en Victoria. Lamadriz le ofreció resguardarse bajo el paraguas.

– ¿Lo merezco acaso? – preguntó Ignacio, con mirada abstraída.

– Un paraguas todo el mundo lo merece – respondió Lamadriz.

– Con frase breve, has definido el mínimo de los derechos del hombre...

Entre el aguacero, vieron las acogedoras luces de Del Mónico. Lamadriz apuró el paso y condujo a Ignacio hasta la entrada del restaurante.

– Invito a cenar. Hace una noche horrible, te veo desanimado.

– Pero esto es muy caro... – protestó débilmente Ignacio.

– No importa, no me faltan pleitos.

La luz dorada del restaurante lo convertía en el refugio ideal, en la justa culminación de un día memorable. Entraron. Fueron recibidos por un menudo y enérgico acomodador. “Deben comprenderlo, se trata de un día especial. Tenemos todo ocupado. Todavía no ha llegado la gente del puerto”. Lamadriz insistió. “Sólo somos dos, seguro que nos puede acomodar en una pequeña”. Lamadriz deslizó un billete en el bolsillo del frac del maitre que, después de consultar con varios camareros, llamó a un mozo; al poco tiempo, se encontraron sentados en un buen sitio del salón.

Mordiendo todavía las finas galletas saladas del aperitivo, Lamadriz sacó la conversación:

– ¿Crees que Gómez conseguirá los doscientos mil pesos?

– Mejor que no los consiga... No estamos para locas hombradas. Tiene ganas de mando otra vez, se siente viejo y está impaciente por conquistar Cuba. No comprende que la población no está preparada para otra guerra – sostuvo firme Ignacio.

– Piensas igual que Martí.

– Me alegro. Daría lo que fuera por llegarle a los tobillos, por que pudiera decir de mí lo que ha dicho de mi tío: “diamante en alma de beso”. La gloria en cinco palabras – Ignacio tomó un trago de vino rojo, miró la lámpara del techo y recordó que tenía que llevarle los últimos poemas al Apóstol para que se los corrigiera.

– ¿Por qué, entonces, estás ayudando a conseguir el dinero por medio de Jessop? – preguntó Lamadriz.

– Por disciplina. Todo el comité me lo encomendasteis, ¿no? Según vosotros, mi familia abre las puertas de cualquier hermano. De todas formas, no está claro que nos ayuden los masones. Quieren ver claros los detalles de la operación... y no tenemos nada: ni barco, ni hombres...

– Gómez tiene ilusión esta vez, Maceo también. Piensan que las guerrillas armadas con ese dinero, una vez establecidas en las sierras de Oriente, volverán a encender el patriotismo y los españoles tendrán que irse.

– Necesitamos tiempo, convencimiento, instrucción. Gómez lo resuelve todo con las armas.

Ignacio, desconcertado ante los nombres embaucadores del menú, se aferró a la primera palabra conocida que rimara con su oído o con su estómago; encontró la jugosa ternera. Había pasado mucho frío, el vino y la carne le llenarían de cálida vida. Miraba, a cada instante, hacia la puerta del salón. En el recibidor, grupos engalanados, bulliciosos, dejaban abrigos y sombreros. El alcalde de Nueva York, el propietario de los almacenes Kasper, la actriz [Lilian](#) Russell, exhibían contentos sus deslumbrantes apariencias.

– Me has invitado a un desfile social – dijo Ignacio.

– No era mi intención. Yo sólo quería comer.

– ¿Cuándo vamos a ir al campo? – preguntó Agramonte en voz baja.

– Ya veremos... Cuando tenga una mañana libre – le contestó Lamadriz, con tono distraído.

Ignacio, bajando todavía más la voz, le confesó a su amigo:

– Ayer me compré un revólver.

– ¿Qué ha pasado?

– Creo que me siguen, que me tienen vigilado...

– Siempre te han tenido vigilado.

– Sí, pero en esta ocasión no son españoles. Conozco a los espías del consul, algunas veces hablamos. El que me sigue todo el día es un tipo extraño. Tienes que enseñarme a disparar. Debo acostumbrarme al peso del arma, debo saber cómo reaccionan mi mano y mi brazo ante la sacudida.

Una sonrisa de picardía infantil afloró a los labios de Ignacio. Su compañero por fin le tomaba en serio. El de Camagüey se quedó pensando un momento.

– Bueno, mañana, después de la reunión del comité, iremos a un descampado y haremos prácticas – propuso Lamadriz con determinación.

A Ignacio se le encendieron los ojos, miraba a su amigo como un niño al padre que promete llevarle de excursión. Dio un gran sorbo al vino, siguió con la comida. Cuando se disponía a llamar al mozo de las cerillas, lanzó otra ojeada al recibidor. Un grupo numeroso se agitaba en la entrada. Roustán quitaba el abrigo, con gesto galante, a una dama joven. Era Victoria. Iban también, sir Lionel, el embajador Valera, Katherine Bayard, J.P. [Morgan](#)..., varias damas mayores, y, entre ellas, la jueza Chivers, que no se soltaba del brazo de don Juan. Todos se dirigieron, encabezados por el embajador francés, a una mesa que presidía el salón.

Victoria había visto ya a Ignacio. Con la cara iluminada, atendiendo con cortesía a sus acompañantes, aprovechaba cualquier momento libre para mirar a Agramonte: ojeadas rápidas, fulgores que se clavaban en el cubano reconociéndole, animándole, interrogándole.

La jueza Chivers no quitaba ojo a la escena. Reconoció a Ignacio siguiendo la dirección de las miradas de Victoria. Le dijo a don Juan:

- ¿Va todavía su sobrino detrás de Victoria?
- Intenta mariposear, pero creo que no se desengaña.
- Es tan hermosa... Entiendo que vuelva locos a los jóvenes.
- Lo malo de mi sobrino es que es pobre.
- ¿Y qué tiene eso que ver con la juventud y con el amor?
- Yo no conozco a ningún hombre pobre que haya tenido éxitos repetidos con las mujeres.
- Pero admite que, aunque no repetidos, puede tener el primero o algunos éxitos. ¿No es así? Con el primer amor no se piensa en el dinero.
- Bueno, le concedo que aun siendo pobre, si tiene carácter y atractivo, puede conseguir éxitos al principio y con mujeres de su clase... Juanito tiene un carácter tan inestable... En fin, él no se da cuenta de que con Victoria no tiene nada que hacer.
- Fíjese en el cubano. ¡Cómo se miran!
- Es natural. Poeta y rebelde. Un tipo que gusta a las mujeres. En apariencia débil, sensible, que despierta instinto de protección; aunque también difícil, obsesionado con una idea, con ambición de poder. El muchacho tiene humanidad y fuego. Tampoco me extraña a mí que le guste a esa coqueta redomada que es Victorita.
- No es coqueta. Sólo educada y amable con todos los que la pretenden ¿Qué quiere que haga? ¿Que les tire a la calle las flores que le mandan? ¿Que prohíba que la admiren y la requiebren? Eso es imposible para una mujer bonita, y usted lo sabe.
- ¿Yo?
- También a usted le gusta coquetear, ser admirado, despertar emociones.
- Yo soy un carcamal. Hace veinte o treinta años, no le digo que no. Pero ahora... Sólo me queda labia.

Don Juan cambió de conversación. Catalina, sentada no lejos de él en la mesa, hablaba tranquilamente con sir Lionel.

Terminada la cena, salió al salón un italiano recio, severo, vestido de frac y peinado con brillantina. Se dirigió a la mesa principal, hizo una inclinación, aclaró la garganta, tomó aire y comenzó un aria de Donizetti. El público quedó sumido en un silencio sentimental. Victoria e Ignacio intensificaron sus miradas. Ella le hizo un gesto con la mano que significaba: “Espera”. El tenor atacaba la parte celestial de la pieza. Había un esfuerzo hercúleo en cada uno de los rincones armónicos de la voz. Cuando alcanzó la

cima, un rugido de alegría asoló los valles cercanos en un alud de luz. La tensión que el cantante había acumulado estalló en aplausos liberadores. Todo el mundo se levantó de sus sillas, abandonó las mesas, intentó felicitar al italiano. Agramonte y Lamadriz, enardecidos, fueron a palmear las anchas espaldas del tenor. En el barullo, se acercó un botones y le entregó a Ignacio una nota: “Mañana, a las cuatro, en la glorieta roja de Central Park”. No llevaba firma, pero él miró a Victoria, que permanecía sentada y feliz; su ademán le confirmó el mensaje. Ignacio le hizo un gesto de asentimiento con un medio guiño. “Allí estaré”.

Al salir del comedor, don Juan, flanqueado por Catalina y por la jueza Chivers, se encontró con Paco y con Juanito. Le esperaban. Habían estado en una [sala de fiestas...](#) dos calles más al norte. Llevaban media hora en el vestíbulo del restaurante hablando con la chica del guardarropa. Juanito, beodo total, se atusaba el bigote y lanzaba miradas canallas a la pequeña pelirroja; ésta tuvo que dejar de reírse de las muecas del agregado porque todo el mundo comenzaba a pedirle los abrigos.

– ¿Qué hacéis aquí? – interrogó don Juan entre enfadado y burlón.

– Venimos para acompañarte a casa, tío. Aunque el hotel esté a doscientos metros, la noche tiene peligro – dijo Juanito, de modo confidencial.

– No es necesario, yo voy a dejar en sus hoteles a estas damas.

Paco y Juanito le acompañaban a Nueva York con cargo a la embajada. ¡Qué menos para un embajador de España que dos acólitos! Sir Lionel, llevaba siete; Roustan, diez y cocinero, aparte de los generales y políticos venidos de Francia. Nicolai traía quince sirvientes. Todos los embajadores, en los mejores hoteles, los españoles, en “The Meridian”, casi una casa de huéspedes.

Don Juan se despidió de ellos. Juanito, entonces, se precipitó dentro del salón con paso decidido. Había reconocido a Victoria. Fue a saludarla, pero descubrió que, a unos metros de ella, Ignacio – contento y más moreno que nunca – hablaba con Lamadriz. Se detuvo en seco: “están aquí los dos, se han citado, ella le quiere, está claro, se compromete, ¡tierra trágame!, qué tontería ridícula saludarla, huye”. Dio media vuelta y salió con rapidez hacia el exterior. Le había desaparecido del todo la flojera tontuna del bebido.

## Capítulo 27. [Don Juan en Nueva York](#)

Después de dejar a la jueza Chivers en su hotel, llegaron al [Plaza](#) sobre las dos de la madrugada. Entraron juntos en el bar. Algunas parejas de gente bien, medio borrachas, bailaban ante la presencia aletargada de los camareros. Don Juan se dirigió solo a la barra, Catalina tomó el elevador del vestíbulo. Al cuarto de hora, don Juan pagó la copa de coñac y subió a la habitación 2245.

Catalina le abrió en camión; tenía los ojos brillantes, iba descalza.

– Pasa... Vuelvo al baño.

Don Juan se quitó el abrigo y se sentó junto a la chimenea. De una ojeada, comparó la suite con la modesta habitación de su hotelucho. Miró el fuego, oyó los grifos del baño. "Por mí, me iría a la cama, le acariciaría el pelo, la oiría hablar hasta que perdiera la energía y se durmiera respirando a mi lado. Hace quince años que no consigo algo así. Luego, me dormiría yo, reconciliado con el mundo. No quiero pensar".

Catalina salió del baño y se metió en la cama.

– Ven, vamos a dormir, estoy muy cansada.

– ¿Tú crees que dormiremos?

– Terminaremos durmiendo, ¿no?

Don Juan se desvistió en el baño. Contempló ante el espejo su aspecto en camiseta y calzones. Catalina iba a verle sin la armadura solar de Amadís. Al fin, entró en el dormitorio. Ella había apagado la bujía. Catalina abrió las sábanas de la cama por su lado, se desplazó al otro y dejó a don Juan el sitio que había calentado. Luego, se pegó a él descansando la cabeza sobre su pecho.

– Debes ser bueno conmigo.

Catalina le dio un rápido beso, se soltó de su brazo y se levantó de la cama. Sólo se veía un poco alrededor de la chimenea. Durante un momento, don Juan pudo vislumbrarla quitándose el camión por la cabeza. Después, oyó sus pasos y la tuvo de pie ante él, desnuda. Ella volvió a encender la luz.

– Quiero que nos veamos.

– No podía imaginarme tu cuerpo... – dijo don Juan arrebatado.

– Ya no lo necesitas, aquí lo tienes... pero este no es mi cuerpo, soy yo, la que está detrás.

Don Juan extendió el brazo y tiró de ella hasta sentarla a su lado. La besó, la tocó, le apretó los pechos. Luego, desde los hombros, acarició lentamente todo su cuerpo. Ella se puso en pie; después, se sentó a horcajadas encima de él y empezó a desabrocharle la camiseta con la seriedad de una costurera que le está probando el traje a un niño. Don Juan terminó de quitársela.

– Ven aquí – urgió él, ronco, rápido.

Se inclinó, le besó los pechos; ascendió y encontró sus labios. Ella tuvo que retirar la boca porque le faltaba la respiración.

– Deja que me vaya a mi sitio.

Don Juan, bajo las sábanas, se quitó los calzones. Cuando Catalina volvió a entrar en la cama, la abrazó con fuerza. Estuvieron así un rato, sin hablar, cuerpo con cuerpo, separándose lo justo para permitir las caricias.

– Ojalá pudiéramos parar el tiempo – suspiró Catalina.

Cogió las manos de don Juan, y aprisionándolas, las puso sobre su estómago.

– ¿Qué pasa?

– ¿Te gusta mi vientre? – susurró Catalina.

– El buche de una paloma.

– Llénamelo.

Don Juan miró sus ojos turbados; ella los cerró, dejó caer la cara a un lado, dobló los brazos debajo de la cabeza y se puso en tensión. Parecía más pequeña, más frágil. Hasta el momento, don Juan no quería pensar y lo había conseguido. Pero se acercaba la hora de la verdad. "Esto es definitivo, firmo un pacto de posesión. ¿Y si quedo como un sátiro viejo? Se acabó el aperitivo. Catalina espera, como toda mujer, un miembro grande, fuerte, que dé alegre y succulenta semilla".

Ella abrió los ojos, quitó las manos de la nuca y tiró de él hacia su boca. Permanecieron así un rato más. Luego, se separó de don Juan y susurró:

– Amor mío... – con los ojos húmedos, confiados.

Don Juan se encaramó sobre ella, comenzó a hincarse lentamente. Avanzaba sin pensar en él, observando sólo el rictus de la boca de Catalina. Ella acentuó los embates. Don Juan empujó más fuerte. Catalina contrajo la cara, enseñó los dientes y dio un pequeño grito de dolor. Quedó paralizada un instante; después, reanudó con más fuerza sus movimientos. Don Juan vio que ella recuperaba la sonrisa de bienestar y ejecutó las sacudidas definitivas. Tardó un poco más de la cuenta; pero, al fin, estalló la traca, se iluminó el cielo y creyó que Catalina también se inflamaba debajo de él.

Permanecieron unidos unos segundos. Luego, ella se volvió boca abajo, con la cara mirando hacia el otro lado. Don Juan le acarició la espalda:

– Todo ha ido bien.

– Te adoro

Catalina se levantó y fue rápida al baño. Don Juan se acercó a la chimenea para ponerse la ropa interior. Ella volvió y arregló la cama lo que pudo. Cuando terminó, dijo:

– Ven, ahora podemos dormirnos.

Se acurrucaron. Al poco tiempo, Catalina cayó profundamente en el sueño. Don Juan tardó todavía más de una hora. A lo lejos, relumbró un relámpago, sonó un trueno. Comenzó a llover.



## Capítulo 28. [El Comité Revolucionario. José Martí](#)

Llegó Ignacio al 120 de Front Street, un viejo [edificio](#) apabullado por la escalera de incendios. En el cuarto piso, se encontraba la sede del Comité Revolucionario y del periódico *Patria Libre*. Penetró en el interior oscuro, atravesó el pasillo frío hasta llegar a la sala de redacción. Olía a tinta rancia; tres estanterías de pino, retratos de patriotas, mapas y dos largas mesas con lamparillas verdes. Las ventanas de guillotina dejaban entrever el tráfico urbano.

La habitación, poco a poco, se fue llenando de cubanos. Hablaban de la fiesta de ayer, del tabaco de Tampa, del artículo vejatorio que publicó hace unos días el *Evening Post*. “Alguien debe responder. No podemos permitir que se nos llame ineptos, perezosos, afeminados. Por Dios... ¡afeminados!, ¿de dónde habrán sacado tal cosa estos cerdos? Se atreven a decir que la nulidad de los cubanos la demuestra nuestro sometimiento durante siglos a unos indolentes como los españoles. ¿Y nuestros héroes? ¿Y nuestras batallas? Alguien tiene que coger la pluma para restaurar el honor”. Todos miraron a [José Martí](#). Vagó por los labios del Maestro una sonrisa ingenua. Suspirando desde el fondo de su pecho, dijo:

– Lo [haré](#), no os preocupéis.

Ignacio se acercó a Martí y le entregó una carpeta llena de poemas.

– No los leas. Sé que no tienes tiempo, pero sólo con que los tengas a tu lado, mejorarán.

José llevaba un paletó de astracán raído. Bajo el brazo, un manojo de diarios. Salió de su abstracción, miró melancólicamente a Ignacio y añadió la carpeta a los periódicos.

– No me vengas con sonsadas. Ya quisiera yo haber tenido a tu edad la mitad del estro que tú tienes. ¡Ea!, te invito después a unos raviolis estupendos que hay en casa Moretti.

Ignacio iba a aceptar entusiasmado, pero recordó que tenía cita con Victoria a primera hora de la tarde. Se ruborizó.

– Tengo un compromiso...

José le miró entendiéndolo todo. Se oyeron murmullos. Martí miró inquieto hacia la puerta y se dirigió con paso rápido a su mesa de redacción para dejar los papeles.

Don Marcial Portuondo, jefe del Comité Revolucionario, hizo su entrada en la sala. Ocupó la mesa del director del periódico, dispuesta en lugar preferente para que, desde allí, Gómez presidiera más tarde la reunión. A un lado, Lamadriz, al otro Candelario Arnao, lugarteniente de Maceo y héroe de la manigua. Habló Portuondo:

– Pronto llegará el general. Ya ustedes saben lo que pretende. Quiero que cuando entre aquí, dentro de media hora, tengamos una respuesta común que ofrecerle.

Tomó la palabra Lamadriz:

– No podemos decepcionar al jefe. Al fin y al cabo, él se va a jugar la vida con sus mambises en la espesura de las sierras, mientras nosotros parloteamos en Nueva York. Si pide dinero para el levantamiento, hay que intentar proporcionárselo. La colecta será difícil, pues los cubanos de América no somos precisamente reyes Midas.

A continuación, intervino Varona, socialista revolucionario, con voz que no le salía del cuerpo:

– Quizá fuera conveniente una intervención militar inmediata a cargo de los trabajadores asalariados. Resultará peligroso dejar el levantamiento bajo la dirección de los burgueses criollos o de los militares autoritarios.

Lamadriz le contestó:

– ¡Pero hijo! ¿Dónde están tales? Sólo tenemos campesinos cortadores de caña y esclavos ¿Quién los va a dirigir, si no son los maestros y Gómez?

Habló Martí:

– Nuestro país no se siente aún fuerte para la guerra, y es justo y prudente y, a nosotros mismos, útil, respetar esta creencia suya, ese temor cierto e instintivo, y anunciarle que no intentamos llevarle contra su voluntad a una guerra prematura, sino tenerlo todo dispuesto para cuando él se sienta ya con fuerzas para la lucha. No tenemos dinero. En el interior, algunos patriotas, cansados de la sangre y de nuestras peleas de salón, se pasan al autonomismo. Y ahora, justo ahora, viene Gómez para movilizar a los cubanos en otra guerra. Un pueblo no se funda como se manda un campamento. ¿Qué garantías puede haber, entonces, de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos? ¿Los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él? Debemos oponernos. Yo quiero un gobierno de civiles, democrático, y eso es difícil si le damos a un caudillo militar, como don Máximo, todo el poder ejecutivo. Yo propongo esperar, fortalecer la lucha política y social.

Dijo esto José Martí sin una pausa ni una vacilación ni un desfallecimiento; amplió el gesto, robusta la voz, despidiendo rayos sus pupilas.

Candelario Arnao, con la corbata apretada al cuello, corta la chaqueta, adusto el semblante, nada más terminar José, intervino:

– La política está bien para la paz, pero a Martí se le olvida que estamos en guerra.

– Hoy no hay guerra ni batallas ni ejércitos enfrentados. No dudo que un día tenga que reanudarse, lo que digo es que éste no es el momento – contestó José.

– En el corazón de todo buen cubano, suena la trompeta llamando a la lucha sagrada – exclamó, estridente, Arnao.

– Yo me considero un buen cubano y no la oigo – intervino airado Ignacio Agramonte.

Martí le miró con agradecimiento.

Hubo siseos, miradas expectantes hacia la puerta. Ya estaba allí Máximo Gómez: talludo, seco, con la perilla blanca, el bigote corvo, los ojos semicerrados – como si le molestara la luz. Iba precedido por dos jóvenes mulatos. Todo el mundo se levantó, sonaron los aplausos. El general acogió el recibimiento con rictus amargo y agradecido. Agramonte le vio un poco derrotado de hombros, más blanco – nival – el cabello, pero con el mismo fuego en los ojos.

Portuondo leyó unas cuartillas de salutación. Gómez le oía impasible. Vestido con ropas civiles, a aquella luz de bruma y grisura, parecía un abuelo amarillento en la sala de espera de un hospital.

Tomó la palabra don Máximo. Dijo que traía buenas noticias: no necesitaban recaudar fondos, los amigos masones iban a aportar la mayor parte del dinero. Comprarian armas suficientes, un barco de transporte, uniformes y equipo para emprender cuanto antes la invasión. Después, recordó a los héroes caídos, nombrando a muchos por su nombre y apellidos. Con la voz cascada, llena de hazañas, dio vivas a Cuba libre. Entonó el himno de Bayamo. Todos se pusieron en pie y cantaron unánimes.

Agramonte no pudo evitar sentirse arrastrado por el adusto caudillo, por el padre viejo que llamaba en auxilio de la madre ultrajada. Sus razones quedaron arrasadas por la emoción patriótica. Abrió las puertas a la posibilidad remota: ¿y si nosotros ganáramos la guerra?, ¿y si Maceo y Gómez tomaran La Habana, como pretenden?, ¿y si, entonces, los Estados Unidos sentaran a España en una mesa de rendición? La historia pertenece a los audaces. Nadie espera ahora un levantamiento. Quizás eso lo haga triunfar. Mientras duró el himno, otra vez le asaltó la idea de participar en la lucha arriesgando su vida. Las palabras de un hombre que ha visto la muerte en el campo de batalla no tienen el mismo peso que las del que sólo las usa para lo de siempre.

Gómez, al salir, se detuvo ante Agramonte:

– Ya sé que usted no concuerda conmigo en esta ocasión...

Ignacio quedó confuso. No pensaba desdecirse de lo que acababa de manifestar ante sus compañeros; sin embargo, quería mostrar su admiración al héroe, ponerse bajo su mando.

– A pesar de eso, estoy a sus órdenes, mi general.

Gómez le estrechó la mano:

– Le tomo la palabra, hijo mío. Por ahora siga defendiendo la causa con su pluma, que admiro.

Terminada la reunión, Ignacio se dirigió a Central Park. Tuvo que hacer muchas paradas y cambios de dirección para despistar al tipo turbio que le seguía. Cuando llegó a la entrada del parque, creyó haberlo conseguido. Aunque le acosara un ejército de espías, no habría faltado a la cita. Se acabaron los temores y las precauciones de su vida de exiliado. El parque, a aquellas primeras horas de la tarde, aparecía muy animado.

Encontró la glorieta. Esperó un cuarto de hora hasta que llegó Victoria. En el rostro de ella se dibujó una sonrisa cuando vio a Ignacio. Empezaron a caminar. No hablaba más que él. Contaba todos los avatares que le habían ocurrido hasta encontrarla. "La casualidad, quizá el destino, se alía con nosotros, algún dios benévolo nos protege". Victoria sólo escuchaba la voz de Ignacio. No reparaba en las dulces sombras de los tilos ni en el olor a lavanda de los setos. Tampoco llegó a percibir la pistola que llevaba Agramonte debajo del chaleco, sólo visible cuando abría los brazos para explayarse.

– Debo decirte que estoy casado y que tengo un hijo. Mi mujer está en Cuba y ya no nos queremos. Dice que soy un cruel egoísta, que sólo pienso en la independencia de mi patria. Creo que lleva razón.

Victoria lo presentía; Juanito se lo había insinuado. Pero desde el primer momento sepultó esa idea en su ánimo como algo concerniente a la vida de Ignacio en un lugar lejano. Ahora, sin embargo, oído de sus propios labios, sonaba más grave. Le asaltó un escozor de culpabilidad. "Seductora de hombres casados", "separadora de hijos y padres", "destructora de vínculos sagrados". Cambió su gesto de complacencia por otro de preocupación.

– Las mujeres también somos egoístas. Queremos que los hombres supediten su trabajo a nuestro antojo. Las grandes misiones exigen entrega absoluta – dijo Victoria, sin convencimiento.

– ¿Es lo mío una gran misión? – preguntó él, mientras la miraba con seria intensidad. Deseaba que Victoria le contestara que sí, que, por lo menos, respecto a la abolición de la esclavitud o al logro de la libertad, lo era. Pero Victoria no quería hablar de política.

– Creo que sí, pero puede que más grande sea criar a un hijo, al menos para una mujer. Si yo tuviera hijos... no sé cómo me comportaría.

– Una mujer rica, como tú, siempre puede contar con amas que hagan el trabajo duro.

– No. Yo recuerdo cómo necesitaba a mi madre, nunca dejaría esa labor a una extraña.

Ignacio tocó el pelo de Victoria para quitarle una brizna que acababa de posarse en su cabeza. Ella le agradeció el gesto con una sonrisa; a continuación, se dirigió a un banco cercano, situado bajo un pino, y se sentó. Apoyó la nuca contra el respaldo, miró la copa del árbol, cerró los ojos. Ignacio la contempló primero de pie, después se sentó a su lado. Victoria abrió los ojos y le miró. Ignacio le cogió la mano.

– Desde que te conocí... ya no tengo misión. Tú eres mi idea, el centro de mis pensamientos, mi vida. Te necesito como el aire.

A medida que se iba oyendo a sí mismo, aumentaba el miedo a la energía que empezaba a salirle de dentro. No pretendía decir eso tan pronto, quizás nunca... Pero la actitud, la mirada de ella, obraron el milagro. Se levantó de su lado, dio la vuelta al banco y tomó entre sus manos la cabeza desmayada de Victoria. Besó su frente, luego los párpados, las sienes... Ella aceptaba las caricias al tiempo que susurraba algo incomprensible y se ponía pálida. Quiso Agramonte besarla en la boca, pero desde su posición se encontraba con la nariz. Volvió a sentarse. Victoria recibió sus besos con los labios ardientes, un

poco apretados. Sintió Ignacio cómo, bajo el vestido de seda, se le dilataban dulcemente los pechos. Tuvo intención de tocarlos, pero no lo hizo. Volvieron a besarse. Estuvieron un buen rato cogidos de la mano, sentados en el banco, mirando al seto que tenían enfrente.

– ¿Cuándo nos veremos? – preguntó Ignacio.

– No lo sé... – contestó Victoria con tristeza.

– Iré yo a Washington. Debo visitar a mis amigos masones. Te mandaré una carta avisándote de mi llegada. ¿Me vas a olvidar?

## Capítulo 29. [Don Juan y la realidad](#)

La última noche en Nueva York, don Juan cenó con Catalina en un pequeño restaurante francés, Chez Marcel, en [Broadway](#). Los platos que pidió él tendían a la moderación; los de ella, que sonaban más poéticos, resultaron también los más escuálidos en materia. Cuando don Juan, con calma, apenas empezaba el suyo, Catalina ya había terminado y se quedaba observando el trinchado majestuoso del embajador. Poco tiempo duró la contemplación, pues, como si él fuera un niño a quien hay que distraer mientras come, Catalina inició con energía una abigarrada danza de ideas: ruiseñores, metafísica, la pálida y débil aurora, los labios que sobreviven en el camino, la juventud perenne, la barca de [Caronte](#), la rosa triste de Sharon, el inocuo lunático de Mister Lippert en una sesión de espiritismo, el segundo estado de conciencia, los cien monstruos marinos de Escandinavia, sirenas... Don Juan, con el tenedor levantado, intentaba interrumpirla para pedirle aclaraciones; pero ella, radiante, con los pendientes reluciendo en sus orejas coloradas, no le hacía caso, y volátil, seguía brincando en el torbellino: las faldas del Parnaso, cocodrilos y albatros, gusanos de pan, burbujas, neblina, pájaros sin pies del Paraíso, espectros... Cuando don Juan terminó de comer, Catalina amainó.

– ¿Ves?, no consigo domar mi imaginación.

Don Juan le cogió la mano y la mantuvo debajo de la suya, sobre la mesa.

– Apenas has comido.

– Ni bebido, pero ahora me apetece el champán.

Brindaron mirándose a los ojos.

Al salir, la [noche](#) era fría; las calles, mojadas y desiertas. Catalina, que no llevaba abrigo, permitió que don Juan le echara el suyo sobre los hombros. Agarrados como dos novios, llegaron al hotel. No repitieron la estratagema del primer día, entraron sin rodeos en el elevador. Ya en el pasillo de las habitaciones, ella se le colgó del cuello y le dio un largo beso.

En la cama, don Juan le pidió que le calentara los pies. Ella se apresuró a frotarlos contra los suyos; luego, le cogió las manos y las metió debajo de sus axilas. El cuerpo

de ella ardiendo, el de él no acababa de tomar temperatura. Don Juan empezó a besarla. Le cogía la nuca, recorría su espalda hasta los glúteos, se demoraba palpándolos... Abajo tardaba un poco en animarse. Renovó sus esfuerzos, no dejó ningún rincón por explorar. Cuando detectó cierta mejora, intentó el asalto, pero la viga no abría la puerta del castillo. Catalina, afanosamente, trataba de facilitarle la entrada... Fue inútil. Don Juan se apartó con brusquedad y buscó refugio en su lado de la cama. Permanecieron unos instantes en silencio. Catalina le miraba un poco desconcertada.

– Sigue... me hace mucho bien.

– No puedo... – dijo, con voz ronca, don Juan.

– Sí puedes, estabas entrando en mí, aunque no como tú quieres... De todas formas, sigue, acuérdate de la otra noche...

– Sí, y quizás dentro de unos días... pero tú eres una mujer joven.

– A mí eso no me importa demasiado.

– Yo me siento mal así, como un impostor.

– No has comprendido mi amor, yo quiero tu corazón, tu tiempo, tu atención, estar contigo siempre, verte siempre...

– ¿Qué podemos ser tú y yo? Ni la naturaleza, ni el sentido común nos da salida. No podemos ser amantes.

– Eso déjalo para otros; tú eres mi amigo, mi compañero de toda la vida... Sonríe y no pongas esa cara.

– ¿Para qué quieres a un viejo?

– Necesito de ti, de tus consejos, de tu talento para iluminarme, de tu cariño... Eres mi destino.

– He pensado mucho en esto. La veneración que me tienes es demasiada responsabilidad.

– Si eso te agobia – murmuró Catalina con voz dolida – no te expresaré mi cariño.

– Tu cariño me hace mucho bien, es tu amor lo que temo.

Catalina se incorporó, acercó su cara a la de don Juan – que parecía el Quijote después de una paliza – y le dijo suavemente:

– Temes que me adueñe de tu corazón. Pero no debes alarmarte con mi ternura... Tu libertad no corre ningún riesgo conmigo.

– Yo no soy libre.

– Sí lo eres, tu mujer no te quiere.

– Pero tengo raíces, demasiadas, sesenta años de raíces... y no puedo ofrecerte una vida ni esperanza ni hijos.

– Yo no quiero hijos tuyos... sólo quiero tu presencia a mi lado siempre.

– Tienes murciélagos en el campanario – dijo don Juan con sonrisa agradecida, un tanto amarga.

Ella le cogió la mano y la puso debajo de su pecho izquierdo; luego, la apretó contra las costillas, sobre el corazón.

– Cuidado, ten cuidado con él... mira que me puedo morir. Tú no sabes, no puedes saber, que puedes matarme, no lo sabes. Si quieres mi vida, si quieres conservar a tu amiga, cuídala, dale sosiego.

Don Juan sentía el latido furioso del corazón de Catalina. Retiró la mano y le acarició la cabeza de forma suave, constante, hasta que ella se durmió.

### Capítulo 30. [Romeo no acude](#)

Llegó la hora. Victoria contemplaba los cisnes, lanzaba ojeadas al sendero. “En este momento saldrá de la logia. Se está subiendo al coche... Han dado las cuatro y cuarto. De sobra ha tenido tiempo de llegar. Debo tener paciencia. Son asuntos importantes. No puede despedirse diciendo que le espera una mujer. Voy a acercarme a las tiendas de enfrente”. Una joyería, un escaparate, maniquíes sin cabeza embutidos en vestidos largos... Pronto supo el precio de todas las prendas. “Algo serio le habrá impedido llegar. También él estará pasándolo mal”. Volvió a cruzar la calle, a pasear por el parque. Contaba las pequeñas grietas del suelo seco, los faroles, los adornos de los bancos... Miró el reloj, eran las cinco. Trató de pensar en las flores que le habían enviado por la mañana, en la fiesta del martes próximo, en las invitaciones que tenía que mandar... “¿Habrá intervenido el espía? Ignacio detenido, quizás asesinado ¿Y si se hubiera arrepentido? En cualquier momento va a presentarse”. Se volvió de espaldas, y nada. Eran ya las seis. Regresó a la embajada.

Desde su habitación, se asomaba continuamente a la ventana. Creía que Ignacio acabaría apareciendo, por muy tarde que fuera. No podía dejarla en aquella congoja. Trató de arreglar un collar que tenía vencido el cierre, pero las manos no le respondían. Llegó la noche, las doncellas la llamaron para la cena. Dijo que tenía dolor de cabeza, que se iba a acostar. Trató de dormir, no lo consiguió hasta la madrugada.

Por la mañana se despertó tarde. Sin volver por completo de la inconsciencia, abandonó la cama con esfuerzo y anduvo indecisa hacia su bata de baño. Debía ir cuanto antes a buscar ayuda. Visitaría a la jueza Chivers, le pediría consejo. Con lo bien informada que estaba, quizá supiera algo.

Al llegar a casa de la jueza, le abrió la puerta don Juan. Victoria no pudo evitar una sombra de fastidio y de urgencia en su cara. El embajador lo advirtió.

– Laura ha subido con la doncella al cuarto de la costura. Me está arreglando el uniforme. Poca cosa, afirmar unos botones...

– No tengo prisa.

La palidez, las ojeras, la voz apagada, resultaban tan patentes que don Juan se dirigió a la escalera y llamó con voz poderosa.

– Laura,... Laura,... Victoria te busca.

Enseguida emergió la amable figura en el rellano de las escaleras y bajó con animación al encuentro de su joven amiga. Don Juan intentó despedirse, pero la jueza le conminó a que esperara un poco más para poder llevarse el uniforme arreglado. Ellas saldrían al jardín.

– ¿Qué te ocurre querida?

– Ignacio ha desaparecido.

– ¿Ignacio?

– Sí, el poeta cubano, Agramonte.

– ¿Y por qué tenía que aparecer?

– Porque había quedado citado conmigo. Ayer le estuve esperando dos horas y no se presentó.

– Perdona, pequeña, pero no sabía que las cosas con ese joven estuvieran tan avanzadas.

– Le quiero – soltó, brusca y orgullosa, Victoria.

– Por fin te oigo decir eso; ya desconfiaba yo de que, rodeada de tanto petimetre, pudieras enamorarte alguna vez. Hay mujeres que nunca lo consiguen. ¿Tienes alguna idea de lo que ha podido pasarle?

– Me dijo que vendría a Washington a pedir dinero para la causa de Cuba. Tenía que visitar a ciertos señores de la logia de Columbia.

– Por ese lado no debemos temer. Yo conozco a todos los masones de la ciudad, con ellos está una más segura que con los doce apóstoles.

– Quisiera que usted le preguntara a alguno de sus amigos si le han visto, si ha llegado a entrevistarse con alguien... Si ha puesto los pies en Washington, al menos.

– Podemos preguntarle a Jessop. O al mismo jefe de policía.



- No, a la policía no – rechazó Victoria con viveza.
- No podemos denunciar una desaparición porque alguien no haya acudido a una cita amorosa.
- En Nueva York le seguía un individuo.
- Pero él es un poeta – dijo la jueza.
- Está deseando dejar de serlo. Quiere combatir, ofrecer su sangre. Sé que tiene una pistola para defenderse – afirmó Victoria con orgullo manifiesto y cierto temblor en la voz.
- Ay, hija mía, creo que has ido a enamorarte de un problema andante.

Victoria apretaba su bolsito floreado, lo abría y lo cerraba como si dudara en dar una limosna. Se habían sentado en una pequeña pérgola, las buganvillas caían en su regazo a impulso de la leve brisa del mediodía. No se ocupaba de sacudirlas. La jueza lo hizo por ella. Luego cogió a Victoria del brazo y la zarandeó para animarla.

- Tienes que confiar en que todo saldrá bien. Por ahora, lo que ocurre es que Romeo se retrasa.

Victoria se levantó. Antes de bajar los escalones de la pérgola, dirigió una mirada de agradecimiento a la jueza. Ésta la acompañó hasta la puerta del jardín que daba a la calle.

Don Juan la vio salir desde el salón. “Muy serio debe de ser lo que le pasa, para que no se haya despedido de mí. La cortesía nunca la pierde esta muchacha”.

La jueza entró en la casa:

- Usted no se mueva.... que ya lo tenemos casi dispuesto. Lo que no comprendo es cómo ha cogido tanta mugre negra. Si quiere, se lo lavamos también. ¿A quién se le ocurre llevar un traje así en un tren, y además ponérselo?
- No me riña más y dígame qué le ocurre a Victoria.
- Nada malo, asuntos de amores.
- Pues yo le vi más bien cara mortuoria.
- La tenemos enamorada... Su amor no ha acudido a una cita.
- El cubano, claro.
- El mismo.

– A ver si esa muchacha se centra de verdad y deja en paz a mi sobrino. En la cena de Nueva York ya estaba claro que tortoleaban. Me da lástima de Juanito, que es más débil. Pero bueno, el alma de los jóvenes cicatriza pronto.

De vuelta a la embajada, don Juan llamó a su sobrino. Juanito tardó más de veinte minutos en bajar de la habitación. Cuando entró en el despacho, su tío le dijo sin preámbulos:

– ¿Sabes que Agramonte ha desaparecido?

Juanito sintió una oleada de albricias, un vahído, un minúsculo desvanecimiento. “...Desaparecido. O quizás muerto, anulado, borrado. Victoria, liberada. No se puede uno alegrar de la muerte de un semejante. Aunque todavía no he oído la palabra “muerte”, sólo “desaparición”. Además, no es un semejante, sino un adversario de mi patria y de mi corazón. Él me mataría indiferente en el campo de batalla. Seguro que no se ha apiadado de mí, cuando triunfaba con Victoria. Desaparecido no es muerto. Ya no presumirá con su mirada empalagosa”.

– ¿Qué ha pasado? – terminó preguntando Juanito, con voz indiferente.

– Me he enterado por la jueza de que no asistió a una cita con Victoria – dijo don Juan.

– ¿Una cita...?

“Bien, así tiene que ser. Bien hecho por el destino. Una cita con Victoria. Las relaciones debían de estar muy avanzadas para que ella se comprometiera así, a solas. Definitivo. No quiero la muerte de nadie.”

– Descartando que esté muerto – continuó don Juan –, sólo se me ocurre pensar en que algo serio preparan los rebeldes.

– ¿Cómo lo ha tomado Victoria? – preguntó Juanito.

– Yo la vi desencajada... si quieres que te diga la verdad. Debemos averiguar qué traman los cubanos. Tengo que decirle a Pestaña y a Paco que investiguen.

– ¿Y conmigo no cuentas?

– ¿Qué vas a investigar tú?, que no eres capaz de copiar un despacho, que te levantas a las doce de la mañana.

– Pues, a pesar de eso, creo que sé más que todos vosotros de este asunto – exclamó Juanito enrabiado.

– ¿Qué quieres decir?

– Quizás hayan espiado para mí...

Juanito le contó a su tío la entrevista con Ausubel en el Club Artemisa, el día del obelisco. El francés se ofreció a vigilar a Agramonte. Durante el rato que estuvieron

bebiendo, dedujo con claridad la ceguera celosa de Juanito. Trató de obtener de él dinero fresco. En efecto, éste le entregó dos semanas después quinientos dólares para mantener la vigilancia de Ignacio en Nueva York. Con la euforia etílica, le había prometido trescientos más si le traía algo grande.

– ¿Y de dónde sacaste tantos dólares? – preguntó don Juan con un nudo en la garganta, temiéndose lo peor: que su sobrino hubiera cogido dinero oficial.

– Me los mandó mi madre. Ha tenido buena cosecha y le he revelado lo de mi solitaria. Quiere que me traten los mejores médicos de aquí.

La irritación de don Juan subía. Tuvo que contenerse para no darle una bofetada. Su hermana, engañada por aquel botarate, sufriendo por la enfermedad del querido niño, mientras él encargaba a un reptil que vigilara a su rival amoroso por si encontraba algo para destruirle.

– Bueno, pues esa locura que tú crees que hice – continuó Juanito – nos puede ser muy útil. Por el mismo precio, le voy a decir a Ausubel que me informe del lugar en que se encuentra Agramonte en estos momentos. Mira por donde, voy a prestar con mi dinero un servicio a España. Porque si tenemos que esperar...

– No veo bien que eso lo pague mi hermana. Pediré al ministro un fondo especial para este asunto.

Juanito salió del despacho con un brillo patriótico en los ojos. Don Juan encendió un puro. “¿Qué le habrá pasado a Agramonte? ¿Por qué me intereso por ese muchacho? Después de ir a Cuba, dudo. No sé de qué lado me encuentro. Pero no puedo permitírmelo. Él representa la fuerza que puede matar a los jóvenes de mi tierra, incluidos mis hijos. No puedo dejar las cosas correr. Hoy menos que nunca. No puedo tener otro fracaso. Catalina me ha dicho que Cleveland va a retirar la ratificación del tratado de comercio. Sabe que el Senado no lo aprobará y no quiere una derrota política. El maldito Herlizer ha hecho bien su trabajo publicando prematuramente las cláusulas. Esto afectará a mi situación. Le calentarán la cabeza a Cánovas para que mande aquí a un conservador. El embajador Foster rugirá de satisfacción y seguirá con los chismes. Menéndez Pelayo me dice por carta que en casa de los Campo Alange, la anfitriona le había preguntado sin ambages: “¿Cómo van los amores de su amigo con esa dama americana?”. Mi hermana Sofía, desde París, me aconseja que no haga extravagancias. A Dolores todavía no le han llegado los rumores, de lo contrario me habría mandado una carta feroz. Pero no puedo tentar a la suerte, siempre hay un alma caritativa dispuesta a abrir los ojos por amistad”.

## Capítulo 31. [Preparativos filibusteros](#)

En los días que siguieron a la cita frustrada con Ignacio, Victoria continuó buscando alguna pista. Fue a la morgue, preguntó si tenían un cadáver de aspecto latino. No estaba en el depósito. Más tranquila, visitó otra vez a la jueza. “Nada..., he hablado con Jessop y no ha visto a Agramonte. Nadie en la logia le ha visto. Ningún masón se ha entrevistado con él, ni ese día ni desde entonces”. La jueza estaba convencida de que

había tenido que viajar a Cuba. “Tiene mujer e hijo, ¿no es así?, pues algo relacionado con ellos le habrá forzado a marcharse. Ningún bien nacido desoye la llamada de la sangre”.

Victoria fue a la iglesia. Se sentó en los bancos de madera con los ojos fijos en el cuerpo exangüe de Cristo. No quería confesarse con el padre Conagan, tendría que decirle que si Ignacio no aparecía, ya no le importaba la vida. Trataba de rezar: “Padre nuestro... y ahora Ignacio estará con su hijo... sintiéndose culpable de su enfermedad, aborreciéndome. Padre nuestro que estás en los cielos... de Cuba, ¿por qué se ama tanto a un país? Yo no amo a ninguno en especial”.

Uno de aquellos días, al entrar en Saint Mathew, percibió un perfume intenso, fresco, de savia de hojas verdes. Quizás una nueva colonia de Mr. Pratt, el escribiente que todas las mañanas – limpio, acicalado – entraba a las doce en punto, oía el Ángelus y volvía a su trabajo. Victoria fue al banco de siempre. Se arrodilló y se puso a rezar. El perfume parecía provenir de sus espaldas. Había en él algo que la distraía de la oración. Miró para atrás. A unos diez pasos, de pie, mirándola, estaba Ignacio. Victoria salió como una serpiente de entre los bancos; él le decía por señas que la esperaba fuera. Comenzó a andar con pies ligeros por el pasillo hacia la salida. En el atrio, se abrazó a Ignacio; sin articular palabra, temblando, con los ojos cerrados. Él trató de apaciguarla. “Ya está, ya está... Vengo de casa de la jueza, me ha dicho que con toda seguridad estarías aquí. Acabo de llegar”. Las explicaciones salían atropelladas de la boca del cubano. Victoria no las oía. Cuando abrió los ojos, le miró con una gran pregunta en la expresión. Ignacio dijo: “Vamos a un sitio tranquilo”. Ella se cogió de su brazo. Sin dejar de mirarse, fueron hasta el lago.

– ¿Qué te ha pasado?

– Recibí órdenes. Ya no tenía que venir a Washington para recoger el dinero, los hermanos de Nueva York se lo dieron directamente a Gómez. Hemos ido a Nueva Orleans, un amigo y yo, para hacer una compra importante. Me fue imposible avisarte. Partimos con apenas tiempo para hacer el equipaje. O íbamos y encontrábamos al vendedor, o nos quedábamos sin barco.

– ¿Un barco?

– Sí, en él viajaremos a Cuba.

Victoria se soltó bruscamente de Ignacio.

– No irás a Cuba.

Como si tratara a un niño pequeño, le gritó:

– ¡No irás a Cuba para que te maten!

– Es mi deber. Desde el principio, sabes mi compromiso.

– No es tu deber. Quieres matarte. Tu deber es quererme a mí, quedarte conmigo – rompió a llorar Victoria.

Cogió del brazo a Ignacio, le apretó la manga de la chaqueta. Agramonte la miraba con complacencia y orgullo. “Quieres matarte”. No, no quería matarse. Quería completar su obra, su vida. Desde los dieciséis años había esperado este momento; todos los sueños, todos los esfuerzos, todas las privaciones, habían sido para un día poder liberar a su patria. No quería morir. Pero tenía que ofrecer la vida, como los demás. Los veteranos llevaban razón cuando, en los comités, trataba de imponer sus opiniones: ¿qué sabía él de la guerra, instalado tan cómodo en el exilio?, ¿qué de la sangre, de la pólvora, del machete, de las niguas y del hambre?

– Si no voy, si me quedo contigo, llegará un día en que no me querrás, porque no seré el que soy ahora. Hoy quieres a alguien entero, con una misión, y que se respeta por ella. Si me quedo, seré el primer enemigo de mí mismo, me convertiré en un extraño. No me pidas eso. Te prometo que no me expondré inútilmente. Gómez quiere que no participe en las refriegas; me ha encargado de la moral de la tropa. Voy como delegado político del comité revolucionario; pero allí, sobre el terreno, sufriendo con los demás.

– No quiero que vayas, por favor, por favor,... – gemía Victoria.

Ignacio, sentado junto a ella debajo de un cerezo, a orillas del lago, le desenredó la trenza, le besó los párpados, sintió la sal de sus lágrimas. Estuvieron así un buen rato: él consolándola; ella, muda por completo. Al principio, Ignacio no reparó en ese silencio, lo atribuía al enfado o al ensimismamiento. Pero tuvo que reconocer que su mirada había cambiado, la actitud hacia sus caricias también. La inmovilidad de Victoria se fue haciendo cada vez mayor. Ignacio intentó sacarla del mutismo: “Háblame, dime algo, no me dejes así. Si me embarco con este recuerdo de ti, me temblará el pulso, la amargura me matará, te lo aseguro”. La nada por respuesta. Victoria miraba al lago con expresión vacía, como si no sufriera, como si viera un espectáculo que sólo ella comprendía. “Te escribiré, pronto volveré, y haré todo lo que sea para no separarme más de ti. Viviremos juntos y felices”. Más indiferencia. Ignacio, asustado, la levantó y trató de sacarla del estupor. Se puso delante de ella, la agitó cogiéndola por los brazos, la miró a los ojos. “Estoy aquí, no te alejes, háblame”.

Victoria comenzó a andar sin hacerle caso. Él la siguió. Cuando llegaron a la embajada, se detuvieron ante las escaleras del porche. Ignacio dudó entre despedirse y dejarla allí, o llamar a la puerta para que alguien la acogiera. Decidió despedirse. La miró, por última vez, con la esperanza de que al final reaccionara. No ocurrió nada. Le dijo adiós alzando un poco el brazo. Al darse la vuelta para marcharse, Victoria se recobró, corrió hacia él y se le colgó del cuello. Con un hilo de voz, le dijo: “No te vayas...”. Otra vez el fuego, la desesperación, la pena en sus ojos. Ignacio, más tranquilo, se deshizo con delicadeza del abrazo, y se alejó.

Le quedaban dos horas para subir al tren de Nueva York. Las calles, con la primera luz del atardecer, tomaban un matiz de cobre que teñía todas las fachadas, los cascos impetuosos de los caballos le hacían retirarse hasta el fondo de las aceras, la voz derrotada de Victoria le acosaba. “Las mujeres tienen instinto. Ha sido la despedida a un condenado. Sabe que voy a morir. Su silencio final es el de una viuda en el velatorio del marido. No me veía ya, por eso no me hablaba. ¿Pero, ha muerto Gómez?, ¿ha muerto Maceo? Ninguno de los grandes líderes ha caído en el campo de batalla. Durante muchos años han sobrevivido. ¿Por qué no yo?”.

Al día siguiente, en Nueva York, lo primero que hizo fue presentarse en el periódico. Por la tarde, tendría con Gómez la última reunión antes de la partida hacia Baltimore para embarcar. Por encima de la negra nube del recuerdo de Victoria, sobresalía ahora el orgullo de la obra bien hecha. La compra del barco en [Nueva](#) Orleans resultó un éxito de Lamadriz y suyo. Ciertamente que su amigo se había encargado del papeleo, pero él consiguió la rebaja en el precio. Tocó en el armador la fibra sensible del patriotismo. Le convenció de que aquel vapor iba a contribuir a los designios de la justicia, al sueño americano, y que, a su manera, él sería un patrocinador de la victoria de la libertad. Lamadriz servía el ron y él las bellas palabras. Al final, les rebajó un veinte por ciento, la mitad de su beneficio. Lamadriz felicitó a Ignacio. Con ese ahorro iban a añadir más fusiles a los que el general Gómez ya había comprado en la fábrica. Dispondrían de los últimos modelos. No como en la Guerra Grande, cuando los americanos les vendieron los que requisaban a los indios. Por lo que respecta al vapor, aunque tenía mucho astillero encima y necesitaba pintura, estaba en buenas condiciones para la navegación; además, iba a ser gobernado por un marino experto, que conocía el Caribe como una rana su charca.

En la reunión con Gómez, ultimaron los detalles de la operación: había que trasladar las armas desde Filadelfia hasta Baltimore, y de allí al barco. Hermanos masones de la Secretaría de Defensa les habían puesto en contacto con una empresa, dedicada al transporte de mercancías del ejército, para que los fusiles viajaran en sus vagones entre aquellas dos ciudades. El tren no sería molestado por los inspectores de las estaciones. En Defensa no podían hacer más. Cleveland y Bayard no hubieran permitido siquiera ese “mínimo asesoramiento”. Los americanos le dijeron a Gómez que la discreción debía ser exagerada, sus movimientos eran vigilados por demasiados ojos: por el gobierno, por los españoles, por fisgones mercenarios... El momento decisivo llegaría a la hora de conducir las armas desde el tren hasta el barco.

Ignacio se había recuperado del ciclón que padeció en Washington. Allí, entre sus camaradas, las cosas volvían a conseguir su peso y su color. En principio, no llevaría uniforme militar, iría como político. No le gustó la propuesta; él era un patriota, quería el uniforme. Gómez accedió. Le otorgó la graduación de teniente delante de todos los reunidos. El general, severo, sacó de una caja los galones y se los prendió sobre la chaqueta. A Ignacio le subió hasta los ojos una espuma de orgullo y de metales. “No hay grito doliente, ni abatimiento, ni pugna con la suerte... sólo esperanza de liberar la tierra madre. El augurio, la noche, reclinar mi cabeza en Victoria... ese será mi premio. Y una [guajira](#) que me arranque las hojas de la cobardía, que me haga brotar la inocencia verde del valor y de la selva, cuando llegue la hora del disparo”.

Gómez terminó diciéndoles que las armas llegarían a Baltimore dentro de una semana. El día anterior tenía que estar allí Ignacio.

De noche, tranquilo en su habitación, abrió la última botella de Castel del Reney que le quedaba. Llenó un vaso alto, encendió un cigarro y cogió la pluma. Escribió a su mujer. Unas palabras amistosas con la madre de su hijo, si no ya la reina de su corazón. No se había portado bien con ella. La había abandonado por nadie, por la Patria. “¿Qué es la patria? ¿La tierra de los padres? Algo más. ¿La tierra donde uno nace al mundo, al amor, al dolor? Algo más. ¿La tierra que guarda el tesoro de la infancia? ¿Acaso una idea por la que murió el héroe? ¿La música, el uniforme, la bandera...? Por ella lo he arriesgado todo, por ella he abandonado también a Victoria. ¿Y si fuera un simulacro,

una obsesión fantasmal?”. Siguió escribiendo durante toda la noche. Arrugó, tiró, trituyó muchas hojas hasta que encontró el tono de su corazón. "Antes que la nocturna madera de mi cuerpo, cuando duerma..."

## Capítulo 32. [Juanito presta un servicio a la patria](#)

Juanito se hizo acompañar por Paco, no quería encontrarse a solas con el espía en la estación. Tendría que compensarle a Ausubel el desplazamiento desde Nueva York, pero la oportunidad lo merecía. Al salir de la embajada, puso en antecedentes a su amigo: Victoria había perdido la pista de Agramonte, algo serio se estaba tramando contra España. Paco le dijo que, aun sin tener en cuenta esa desaparición, el desusado movimiento de los cubanos resultaba sospechoso. Los cónsules en Nueva York, Nueva Orleans, Filadelfia, advertían de la agitación independentista; el de Cayo Hueso, Quirós, dos días antes, había informado de que se sucedían los actos patrióticos. En cuanto a la recluta, sonaba una cifra preocupante: dos mil quinientos hombres.

– Sí, sí, pero lo de Ignacio es lo más importante. Hay que saber dónde se encuentra en estos momentos. Es uno de los cabecillas... – decía Juanito, mirando a Paco con un poco de irritación.

– Tú quieres saber dónde está Ignacio, bien. Lo que importa de verdad es el movimiento de los rebeldes.

– Y también dónde se encuentra Agramonte; para eso pago. Mi curiosidad coincide ahora con el interés de la patria. Ese poeta es un traidor, ha mamado de su madre para después buscar su perdición. ¡Si me lo encontrara cara a cara!

La apariencia de Juanito – su estrecha cabeza comprimiendo los ojos contra la nariz, la nuez saliente como una cornisa, pálido, consumido – contrastaba con la de Paco, sólida y tranquila.

Al bajar del tren, el espía francés dudó sobre qué dirección tomar. Paco, alzando el brazo, le indicó dónde estaban. No hubo saludos. Se dirigieron hacia un [café](#) junto a la estación. Una vez allí, sentados los tres en un velador, Juanito preguntó:

– ¿Y Agramonte?

Ausubel sacó un pañuelo, se sonó la nariz; luego, miró parsimonioso a un lado y a otro, y se dirigió a Paco.

– Su amigo lo quiere saber todo de golpe. Igual que usted en el asunto de la dinamita. ¿Recuerda...? Y la historia es larga. Antes de nada, me gustaría preguntar si el embajador conoce esta reunión, si estamos ante un asunto privado u oficial.

– ¡Lo que quiere saber es si puede cobrar de las dos partes! ¿No es así? – intervino Juanito impaciente –. Pues no, el embajador no está enterado. Esto es privado, para eso le pagué yo y es a mí a quien tiene que responder.

– No sea maleducado – replicó Ausubel secamente –, no se trata sólo de dinero. Me gusta conocer el sentido de mi trabajo. Yo no soy un detective privado al que contratan amantes despechados. Acepté su encargo porque Agramonte desempeña cada vez papeles más importantes, porque es una pieza de primer orden. Pero he obtenido información valiosa sobre un asunto central para ustedes: la hermandad.

– ¿Qué hermandad? – interrumpió Paco.

– Esa noticia es para el embajador, díganselo cuando vuelvan.

– ¿A qué hermandad se refiere? – insistió Paco.

– Si hay un buen precio, hasta me arriesgaría a hablar de ella – dijo, con mueca resignada, Ausubel.

– Diga ya lo que sepa de Agramonte – intervino nervioso Juanito.

– Bien, les seguí, a él y a un abogado del comité, hasta Nueva Orleans. Un largo viaje... Me hospedé en un hotel frente al de ellos y vigilé todos sus movimientos, que, en realidad, se redujeron a uno solo: buscar a un armador, un tal Finlay. Les vi en el muelle visitar con él un barco de vapor, el Crawford. Gesticularon y hablaron durante un buen rato; al fin, se estrecharon las manos. Cuando se fueron los cubanos, hablé con Finlay. Le apreté las tuercas con que era del servicio secreto, y me contó que acababa de vender el vapor. Debía llevarlo a Baltimore el día catorce. Le habían pagado la mitad en el momento y el resto se lo darían a la entrega. Según me dijo, era la primera vez que ayudaba a los rebeldes, y si accedía a informarme, era debido a su patriotismo: América lo primero.

Ausubel hizo una pausa, tomó aire y observó el efecto de su relato. Miró a Juanito, que no paraba de hacer pequeñas tiras con la servilleta, y continuó:

– Ahora Agramonte se encuentra en Nueva York, anteayer estuvo en Washington. Comprenderán lo que vale en dólares toda esta historia. Me debe – dijo Ausubel dirigiéndose a Juanito con gesto frío – más de quinientos, entre viajes y alojamiento. Todo muy barato. En resumen, la expedición filibustera, como ustedes la llaman, sale de Baltimore el día quince. Díganselo al embajador.

– Mi tío no quiere saber nada de usted – repuso Juanito, con voz conciliadora.

– Háblele de esto y del otro asunto. No será tan necio como para no apreciar la calidad de mis noticias. Puede proponerle que se entreviste conmigo el día dieciséis, cuando se confirme todo.

Juanito sacó un fajo de billetes nuevos de diez dólares y lo puso encima del velador.



– Aquí tiene la entrega prometida. Es todo lo que puedo darle. Hablaré con el embajador, pero de mí no puede sacar un céntimo más.

La rabia se adueñó de Juanito. ¡Agramonte había estado en Washington dos días antes! ¡A verse con Victoria! ¡A sellar el pacto amoroso! La despedida del héroe que se monta en un barcucho y desembarca en una playa desierta. ¿Es eso valentía, cuando se tiene la recompensa de la admiración de la amada? ¿No es él mucho más valiente? ¡Él, que no se quita la vida! ¡Él, que aguanta las diplomacias de la respiración habiéndolo perdido todo!

Quedaron solos Paco y Juanito delante de los vasos vacíos. Ausubel les dejó ensimismados: uno rumiaba barcos, otro miraba puñales que pasaban por su cabeza. Paco rompió el silencio.

– Hay que contarle todo esto a tu tío enseguida. Dentro de tres días, debemos hacer algo en Baltimore, tenemos que impedir ese viaje.

– Ese traidor... Es preciso eliminarlo, es una alimaña cargada de dinamita y de fusiles para matarnos a los españoles.

– Venga, venga, déjate de monsergas. Esto es una guerra y ellos creen tener la razón; creen que no van a matar, sino a liberar. Y sobre todo, es Victoria la que lo ha elegido.

– Tú siempre le has defendido...

– Hay que ser imparcial.

– Tú lo que eres es tonto. A un Mesía no lo voltea un mulato de mierda.

Paco miró airado a Juanito, sintió el impulso de darle una bofetada allí mismo. Pero se contuvo; fijó su atención en la cara bonita de la camarera – limpia y rubia – entre la atmósfera humosa del café.

– Volvamos a la embajada – concluyó Paco, enfadado.

En la antesala del despacho de Bayard, don Juan apenas tuvo que aguardar unos minutos. El secretario le hizo pasar antes que a una comisión de polacos que esperaba desde muy temprano. Bayard le recibió con atenta seriedad. Se imaginaba el objeto de la visita. Hasta él había llegado noticia del ajeteo rebelde. Lo que no sabía, dijo, era lo de la compra del barco.

– Tenga la seguridad de que impediremos la salida del buque si transporta armas, pero para ello debe ser más concreto. Por ejemplo, ¿cuál es el nombre?

– El Crawford, matrícula de Nueva Orleans...

– ¿Puede describirlo...?

– Según mis informes, un vapor remendado, aunque amplio y con capacidad de carga.

– ¿Quién fue el vendedor? ¿Y el número de la matrícula?

– No lo sé.

En realidad, don Juan no quiso reconocer que a pesar de habérselo dicho Paco, había olvidado el nombre del armador. La matrícula no la tomó Ausubel.

Bayard anotaba todo lo que decía don Juan. Se traslucía en su actitud un interés sincero por el asunto. Don Juan observó, sin embargo, que su mirada no era tan recta como de ordinario, que no se demoraba en el contacto cara a cara con la misma naturalidad que antes. La expresión, aun siendo amable, tenía un toque mínimo, pero perceptible, de frialdad. Don Juan dudaba sobre el origen de ese leve cambio. Lo achacó, por fin, a Catalina. Bayard sabía ya quién hacía sufrir a su hija. No había puesto reparos al entusiasmo de ella por el embajador español, lo había entendido como una amistad espiritual, literaria, a la que la diferencia de edad ponía a salvo de complicaciones. Aunque veía poco a su hija, cada vez la notaba más distraída, menos comunicativa, más al borde de uno de sus terribles ataques de tristeza. Llegó a pensar que padecía amores desdichados con algún joven diplomático. Sin embargo, una tarde, al atravesar el parque, desde el coche que le trasladaba al despacho, vio a su hija paseando con don Juan. Percibió, en una ráfaga, la actitud de ella y lo comprendió todo: Catalina no cogía del brazo a un viejo amigo y simpático embajador, sino al hombre de su vida.

Bayard hizo una pausa en sus anotaciones y miró inexpresivo a don Juan:

– Supone usted que en Baltimore cargarán las armas... Enviaremos allí a la policía de aduanas para que registre el barco.

– Si el Crawford llega allí el día catorce, es lógico que los fusiles también. Por eso preferiría que mandara a los federales. Los de aduanas son iguales en todos sitios.

– No podemos invadir competencias... – dudó Bayard.

– Según se me alcanza, esto es un caso de política exterior y es la policía del Estado la que debe actuar. Por otra parte, ¿qué han hecho los de aduanas en todos los embarques filibusteros del pasado? Por lo que sé, absolutamente nada.

– Debo advertirle que en este país el tráfico de armas es legal. Lo ilegal es que no paguen las tasas exigidas para la exportación.

– En todo caso, le rogaría que mandara a los federales.

– Veré qué puedo hacer.

– También quería hablarle del periódico del comité de Nueva York. A diario, hace llamadas a la rebelión o publica falsedades y exageraciones sobre la actuación de mi gobierno en Cuba. Y sobre todo, estamos seguros – mi cónsul tiene todas las pruebas – de que las consignas para la expedición que se prepara, se publican camufladas dentro de sus páginas.

– El presidente no puede cerrar un periódico. Sólo pueden hacerlo los jueces. En estos momentos, por lo demás, no veo muy oportuno para ustedes airear esa cuestión. A toda la prensa la tendrían en contra. Debe saber que el Senado ha adoptado una resolución urgiendo al presidente a reconocer la beligerancia de los rebeldes cubanos. Usted conoce a Cleveland, sabe que no acepta imposiciones a su autoridad, que rechaza apoyar la insurrección de los cubanos, pero no sería favorable para nuestro gobierno tener la hostilidad de la prensa, del Senado y, tal vez, del Congreso.

Don Juan quedó en suspenso durante unos segundos.

– De todas formas, le ruego que no olvide mandar a los federales.

– No deja de admirarme – y Bayard cambió a un tono confidencial – el valor de estos hombres. Hacer la travesía del Caribe en semejante cascarón, arriesgarse a la vigilancia de la flota de ustedes, desembarcar en sitios difíciles, esconderse y sobrevivir en las sierras...

– Razón de más para que impidamos que corran tales peligros y calamidades – replicó, con una sonrisa, don Juan. Y luego más serio:

– Yo también admiro el heroísmo, aunque trato de derrotarlo si es a mi costa. Ni usted, ni yo, seríamos buenos soldados. Para matar, supongo que hay que odiar al enemigo, animalizarlo, nunca comprenderlo.

– Tampoco, me temo, que sea un buen padre – soltó de pronto Bayard, cuando se dirigía hacia la puerta con don Juan para despedirle –. Apenas tengo tiempo para mi hija.

– Los políticos cargamos con esa cruz – admitió don Juan sin mirar a Bayard –. Yo quisiera traerme aquí a mis hijos, pero no convenzo a mi mujer.

Creía él que, presentándola en medio de la escena, su familia actuaría como escudo para evitar indagaciones que temía inminentes por parte de Bayard.

– Seguro que usted ve a mi hija más que yo – dijo el padre de Catalina, con aire de reproche y celos paternos.

– Casi todos los días, en casi todas las tertulias – puso don Juan énfasis en “tertulias”.

Ya en la puerta del despacho, el jefe de la comisión, harto de esperar, se precipitó hacia Bayard y le estrechó la mano; a continuación, los polacos desfilaron hasta que estuvieron todos dentro. Don Juan vio pasar la caravana como un soplo alegre de pájaros bienaventurados.

Volvió andando a la embajada. “No puedo hacer el ridículo. Seducir a la hija de quien depende mi éxito profesional es una majadería, una maldita vanidad de donjuán decadente. No hay pasión por mi parte. Ni locura, ni método. Abandonarla, eso sería responsabilidad y sensatez. No quiero pensar en lo que va a sufrir. No quiero ponerme en su lugar. Si lo hiciera, nunca tomaría la decisión. Ahora, bastante tengo con los cubanos. Debo ir enfriando poco a poco a Catalina. ¿Enfriarla? ¿Y quien me dará su

calor? A mi edad, es lo máximo a que puedo aspirar. Voy a dejar de frecuentar las tertulias. Le diré que no podemos traducir juntos porque el trajín con los independentistas me exige todo el tiempo. Si las cosas se ponen dilemáticas, si hagas lo que hagas te vas a equivocar, lo mejor es dejar el mundo correr. Mañana, Dios dirá. Hoy, sólo es urgente mandar un cable cifrado a don Ignacio María, advertirle de la expedición que se proyecta para que tome medidas, por si Bayard no puede impedirla”.

Juanito, Paco y Pestaña le estaban esperando. Al entrar don Juan por la puerta de la embajada, se fueron todos hacia él. “Ha prometido detener la operación. Enviará los federales a Baltimore para requisar las armas”.

– ¿Cree usted que lo hará? – dudó Pestaña.

– Es un hombre de palabra – contestó don Juan.

– Pero los que mandan aquí no lo son. ¿Confía usted en que los federales hagan algo?, ¿qué ocurrió en ocasiones anteriores?

– Nunca hemos tenido informes tan precisos, ni un Secretario de Estado tan favorable. Mi única duda ahora es lo del periódico.

– No podemos permitir ese panfleto– intervino Paco con vehemencia.

Don Juan miró a Pestaña y a Juanito. La expresión de los dos concordaba con la de Bustamante. Entonces, dirigiéndose a don Saturnino, le encargó:

– Prepare usted los papeles para presentarlos en el juzgado. No tenemos otro remedio. Ya sabe, la ley de neutralidad de 1818, el carácter bélico de las proclamas...

– Creo que debemos ir a Baltimore para asegurarnos. Si nos presentamos allí como testigos, no creo que tengan la desfachatez de dejarlos marcharse – propuso Juanito.

– Ve tú y que te acompañe Paco, si quiere.

Don Juan se sorprendió de lo pronto que había aceptado la idea de su sobrino. Si su hermana lo supiera... Fue algo superior a sus afectos familiares. Quería alejar a Juanito, cada día más irascible, más impertinente, con la cantilena histérica más desatada. “Sí, sobrino, vete lejos y desfoga tus ímpetus, haz algo útil... Y tarda en volver. Necesito tranquilidad en estos días virados”.

– ¿Cree usted que eso es prudente? – preguntó Pestaña.

– No tienen por qué darse a conocer, sólo observar la operación: vigilar el barco y ver lo que ocurre. Y si Bayard no cumple, podremos reprochárselo – contestó don Juan.

– No te preocupes, no nos perderemos un detalle de lo que hagan esos sinvergüenzas – aseguró, fogoso, Juanito.

– En fin, no sé. Haced lo que queráis. Pero nada de tonterías, ni de heroísmos. Sois diplomáticos profesionales – concluyó don Juan, mirando a su sobrino de manera especial.

Juanito salió a comprar equipo para el viaje. Su tío, cosa rarísima, le había enviado a una misión pasiva y agradecida, aunque, si la contemplaba con imaginación, encerraba cierto riesgo. Defender a la patria de aquellos dinamiteros, vigilar un barco de guerra con hombres armados: he ahí una aventura. Y ver a Ignacio, por fin, detenido, esposado, humillado. Eso no tenía precio. La ocasión merecía una ropa de "sport" elegante. Había oído que en Baltimore, a pesar de su carácter portuario, la gente vestía a la última moda.

Al volver de las tiendas, comprado ya el atuendo necesario, se detuvo ante una armería. En el escaparate, los cañones relucientes le sacudieron al instante. Se fijó en un revólver Smith&Wesson pequeño, adecuado a sus manos mínimas, diseñado a la perfección para encajar en sus necesidades. Le daría seguridad. “Nunca se sabe con los cubanos. Como intenten algo, se van a encontrar con Lady Smith”. Si le miraban raro en la armería, diría que era para un regalo. Entró, y todo fue tan sencillo como comprar un peine. El dependiente había empezado a empaquetar el revólver, pero Juanito lo sacó de la caja y se lo metió en el bolsillo. Le cabía con holgura, con el abrigo puesto, no se notaría nada.

Cuando llegó a la embajada, fue a buscar a Paco. Desde fuera de la oficina, le hizo un gesto para que le siguiera. Ambos subieron a la habitación de Juanito. Paco la vio más revuelta que nunca: ropa y revistas ilustradas tiradas por el suelo, copas de coñac vacías, ceniceros atestados de colillas... A lo que había que añadir, para acabar de pudrir la atmósfera, la mezcla de colonia de París con el olor espeso de los zapatos desperdigados. Debajo de la ventana, colgaba una repisa repleta de frascos medicinales; destacaban por su volumen, uno de láudano para dormir y otro de masa azul para el estreñimiento.

Juanito sacó el **revólver** y, apuntando a la ventana, fingió disparar.

– Plomo al terrorista, balitas al cubano.

Paco se sobresaltó.

– ¿Qué haces, estás loco? Deja eso.

– Quería enseñártelo. Nos protegerá.

– Si lo llevas, no cuentes conmigo para ir a Baltimore – dijo Paco, mirando fascinado el arma que aún blandía Juanito.

– Ellos irán armados.

– ¿Y qué? Son los federales los que actuarán. Tú vas de observador, de diplomático. ¿Cómo se te ha ocurrido comprarlo? No has disparado en tu vida. Si la policía te lo encuentra, puede confundirte con un filibustero. Es más, ahora pareces un facineroso – observó Paco, cambiando a un tono menos áspero.

– ¿Y lo que me ha costado?

- Guárdalo como recuerdo. Es una pieza bonita.
- Bueno, tú ganas. No lo llevaré. No sé manejarlo, ni cómo se carga, ni lo del seguro.
- A ver, déjamelos.

Paco cogió el Lady Smith, lo miró y manoseó durante unos instantes.

- Hay que reconocer que tienes buen gusto.

### Capítulo 33. [Baltimore. Las armas. La expedición](#)

En Baltimore, Paco y Juanito bajaron del tren en la estación de Mount Claire. Se encaminaron hacia el puerto. Pasaron por [calles](#) anchas de ciudad rica; en las [casas](#), con fachadas de colores, brillaban lustrados aldabones. Cuando llegaron al [muelle](#) Fells Point, se detuvieron ante el edificio de la aduana. Una lonja central dividía el embarcadero en dos alas. En ninguna de ellas vieron nada, sólo barcos de recreo o de pesca. Anduvieron un rato hacia el oeste; pasado un buen trecho, el tamaño de los barcos se hacía cada vez más grande. De un velero con cinco mástiles y casco de acero, descargaban nitrato de Chile; el humo de las chimeneas desdibujaba la mole blanca de un trasatlántico. Pero, ¿dónde estaba el Crawford?

Por fin, lo encontraron amarrado junto al [Constellation](#), un clipper majestuoso de la marina americana. El vapor mostraba el aire derrotado de las viejas máquinas que sólo quieren los desesperados: cubierto de óxido y cicatrices, roídas las maromas, desconchada la chimenea. No mejor parecía el elemento humano de la tripulación, compuesta por dos escuálidos marineros descoloridos y grasientos. Con todo, el mascarón de proa lucía recién pintado, engalanado para hendir la brincante espuma del Atlántico. Juanito no terminaba de creerse que aquel barcucho fuera su objetivo. ¿Esa iba a ser la hazaña? ¿Detener a un cascarón al que con toda seguridad destrozaría el Caribe por su cuenta y sin mucho esfuerzo?

Paco observó las casas más cercanas; en la pared lateral de una de ellas, vio escrito con grandes letras: "Crowley's Rooms". Se dirigieron allí. Era una fonda de marineros, toda de madera, con buenos ventanales. Serviría como observatorio. Pidieron albergue. Después, Paco volvió a la estación por si las armas llegaban en un tren. Juanito, desde el cuarto, acechaba los movimientos en el muelle. Le costaba mucho fijar la atención continuamente en el Crawford, así que, de cuando en cuando, se entretenía mirando el ajetreo del puerto. Por medio de garfios, descargaban de un ballenero gruesos tacos de carne blanca; con poleas, los sacos de la Collins Sugar descendían hasta el suelo y un niño negro se colgaba, alegre, de la cuerda bajando con ellos.

En una de las ojeadas al vapor, Juanito vio gente nueva sobre cubierta. Enfocó los prismáticos, pudo distinguir a Agramonte y al general Gómez hablando con un yanqui gordo, vestido de oficial. A Ignacio, con su flamante uniforme, trató de borrarlo; atendió a Gómez, que le pareció, desde lejos, un abuelo orgulloso. ¿Era ese carcamal el jefe de

los rebeldes? ¿Ese señor mayor era su enemigo? Al poco tiempo, subió al barco otro individuo muy distinto: alto, gallardo, desafiante, uniforme blanco, amplios bigotes, sombrero de paja, mulato de bronce, **Maceo**. Le reconoció gracias a los retratos de la "Ilustración". Ese sí daba el tipo de guerrero temible. Aquella presencia, aun en la distancia, imponía respeto. Se borró de golpe su perspectiva de cazador. Al instante, consideró la pequeña pistola que escondía en su abrigo como un juguete irrisorio. Poco a poco, iban llegando cubanos; vestían de paisano, parecían fuertes y saludables. A Juanito le temblaban los prismáticos. Él estaba solo. ¿Y si zarpaban ahora? ¿Y si llegaban las armas y no aparecían los federales?

La chimenea del barco comenzó a echar humo, la tripulación se movía por cubierta. El Crawford trataba de salir. Juanito miraba alelado, como si no se lo creyera. El vapor se alejaba del muelle. ¡Seguro que tenían las armas! Bayard era un embustero. No había aparecido ningún federal. O peor, alguien había saboteado sus órdenes. En cualquier caso, un barco con Maceo, Gómez y Agramonte partía para Cuba lleno de rebeldes.

El vapor había rebasado el embarcadero principal. Si quería abandonar el puerto, necesitaba navegar un buen rato; después, atravesar toda la bahía de Chesapeake para salir a mar abierto.

Llegó Paco. Juanito le señaló el barco desde el ventanal.

– ¡Se van, se van...!

– ¿Han cargado las armas? – preguntó Paco.

– No, mientras yo he vigilado.

Lento, ufano con su mísera apariencia, seguía avanzando el Crawford. La chimenea expulsaba humo negro, enérgico, como si el vapor se dispusiera a emprender una hazaña y la pregonara a todos con orgullo. En concordancia animosa de los espíritus, los cubanos cantaron una balada patriótica.

El barco se detuvo en el embarcadero Cardiff. Desde la ventana de la fonda, Paco y Juanito observaron el suceso.

– ¡Se han arrepentido! – exclamaron a dúo.

Paco cogió el sombrero, le dijo a Juanito que le siguiera y salieron corriendo escaleras abajo. El muelle en el que había parado el barco estaba de la pensión casi un kilómetro. Tenían que darse prisa. La carrera por el laberinto de pacas, casetas y grúas fue agotadora. A menudo, perdían de vista el objetivo, y tenían que volver a orientarse. Al cabo de un cuarto de hora, alcanzaron el muelle Cardiff. Allí lo comprendieron todo. El Crawford había amarrado justo en el lugar donde terminaba una vía de ferrocarril. Se hallaban ante un **muelle** que hacía posible la descarga directa de tren a barco. Juanito y Paco, sin respiración, se apostaron tras unos grandes fardos para vigilar el vapor.

No tardó mucho en llegar un mercancías. Los cubanos empezaron a bajar las armas de los vagones para trasladarlas al barco. Juanito intentó salir del parapeto. Paco le retuvo.

– ¡Se las van a llevar! Esos malditos federales no vienen.

– ¿Y tú qué vas a hacer? ¿No te das cuenta de que van armados? – preguntó Paco, asombrándose del arrojo repentino de Juanito.

Las cajas continuaban subiendo al barco a buen ritmo. Ignacio y Maceo contemplaban satisfechos la operación desde el puente. Gómez no les acompañaba. El tren comenzó a dar pequeños tirones, resoplaba con nubes blancas de vapor que inundaron el muelle de súbita niebla. Cuando ésta se disipó, surgieron dos fornidos individuos dirigiéndose al Crawford. Desde abajo, mostraron a Maceo unas placas, y al instante subieron a cubierta.

– ¡Los federales, los federales! – gritó Juanito, mientras daba saltos infantiles.

Los americanos abrieron una caja, contaron los fusiles, anotaron la numeración, la fábrica, las municiones. Permanecieron un buen rato escribiendo. Luego, pidieron el permiso de exportación.

– Tenemos la factura de compra. Otras veces eso ha bastado – explicó, confiado, Ignacio.

Gómez fue avisado y salió a cubierta. Los federales no hicieron caso de la aparición del caudillo, siguieron hablando con Agramonte.

– Están ustedes acusados de exportación ilegal de armamento. Deben volver a bajar las cajas.

– Pero son nuestras, miren estas facturas – protestó desencajado Ignacio.

Maceo observaba a los dos federales con un fruncimiento de cejas en el que se podía adivinar primero sorpresa, después amenaza. Ignacio argumentaba que el pueblo americano apoyaba la causa de la libertad, que nunca había estorbado la lucha...

– Nos limitamos a cumplir la ley. No pueden sacar las armas del país.

Maceo tomó la palabra.

– Está bien... ¡Eh, vosotros...! Bajad otra vez las cajas al muelle. Dejadlas donde digan estos caballeros.

Los cubanos, hoscos, refunfuñando, iniciaron el descenso. Paco y Juanito, desde su parapeto, no perdían detalle. "Por fin, los americanos cumplen sus promesas. Un triunfo de nuestra misión. Todos ascenderemos", pensó Juanito.

De las cien cajas cargadas en el barco, ya habían sido devueltas unas veinte; los federales bajaron a tierra para dirigir su colocación en los carromatos. Entonces, Maceo ordenó a los porteadores que se quedaran en cubierta y dejaran las armas allí. Los cubanos sonrieron luminosamente. En un abrir y cerrar de ojos, retiraron la pasarela. El Crawford inició la marcha. El capitán Pattyson se había negado, pero Maceo le tenía encañonado y dirigía a regañadientes la maniobra. Los federales, entretenidos con sus



anotaciones, todavía no se habían percatado. Juanito fue el primero en darse cuenta de que habían retirado la pasarela. Salió gritando del parapeto:

– ¡Que se van, que se van,...!

Los federales, al oír a Juanito, miraron hacia el vapor, viendo cómo se separaba del embarcadero. Corrieron hasta el borde del muelle, comenzaron a disparar con los revólveres.

– Es una locura, nos detendrán antes de salir a mar abierto – dijo Agramonte a Maceo.

– Lo que es una locura es dejarnos capar teniendo huevos – replicó el titán –. Una vez navegando... ya veremos. Lo importante es no herir a esos funcionarios.

Gómez agarraba con fuerza la brújula, como si quisiera hundirla en su soporte; miraba emocionado a Maceo. Los disparos de los federales sonaban cada vez más lejos. El vapor, a toda máquina, enfiló la **salida** del puerto. Por mucho que se apresuraran los americanos en dar aviso a las patrulleras, tenían media hora de ventaja.

El capitán Pattyson sugirió buscar un escondite en el embarcadero privado de alguna de las villas que rodeaban la bahía. Él conocía uno en el que los árboles formaban una cortina vegetal tan densa que, bajo su sombra, serían invisibles. Maceo y Gómez estuvieron de acuerdo; pronto se encontraron protegidos en ese lugar.

Allí pasaron varias horas atisbando, entre los ramajes, cómo, a lo lejos, navegaban las patrulleras por el centro de la bahía. En una ocasión, se acercaron a menos de trescientos metros. Cuando pasaron dos horas sin verlas, decidieron salir del escondrijo. Las autoridades americanas no habían insistido mucho en el rastreo. Ellos eran populares, los españoles no. La marina había cumplido: camino libre. Ese era el mensaje que los cubanos creían leer en el cese de la búsqueda, en el bogar tranquilo de los yates a su alrededor, con ricachos saludándoles, agarrados a la caña de pescar.

Abandonaron la bahía. Ignacio se encontró de súbito con el **mar** abierto y agitado; tuvo que disimular el sobrecogimiento ante aquella inmensidad, el miedo al monstruo de agua al que se ofrecía el cascarón. Miró el rostro tranquilo de Maceo, su sonrisa de confianza decía: no penséis, ya estamos en Cuba, lo peor pasó. El titán inició una canción patriótica, todos los tripulantes subieron a cubierta; Gómez el último, con la cara descompuesta de quien no puede evitar el mareo en los barcos. Acompañó a Maceo un coro que se alzaba melodioso por encima de las olas. No tardarían mucho en llegar a la altura de Cayo Hueso. Allí debían cargar carbón y agua potable, recoger los uniformes confeccionados por las mujeres de los tabaqueros. No, eso ahora había que descartarlo. El cónsul español estaba alertado. Irían, sin dilación, a las **playas** de Sierra Maestra.

Maceo cantaba:

El soldado que no bebe

y no sabe enamorar

¿qué se puede esperar de él

si lo mandan avanzar?

Ahora comprendía Ignacio lo que era un caudillo: el que quita el pánico, el que hace natural y necesario el peligro, el que, con su presencia, ahuyenta las balas y hace creer a los soldados que son indestructibles, el que saca del fondo cobarde de cada uno la llama altruista de la entrega. ¿A qué? A lo que él, el iluminado, señale. El que libera las energías del miedo y las concentra en un objetivo, ennoblecido por ser fruto de su propia voluntad. Ignacio oía en la voz de Maceo el desgarró, la alegría de la lucha próxima. Y se sentía ligero, en paz, justificado.

Avisó el vigía de una vela a babor. El capitán Pattyson, con el catalejo, pudo distinguir un barco, pero se encontraba muy lejos, apenas una pelusa blanca en la barra de neblina gris que soldaba el mar con el cielo.

– Parece un velero...

Siguieron las canciones. Ya no eran patrióticas. Volvían las guajiras del campo, de las penas de la vida, de los desengaños. Salió el ron, y un guitarro, al que el soplo de la brisa arrebató las notas. Gómez y Maceo consultaban mapas de la Sierra. Ignacio escribía en su libreta sentado sobre las tablas de cubierta.

El vigía volvió a avisar: el barco se acercaba. El capitán reconoció la bandera española, quizá un buque-escuela, por lo blancas que se veían las velas, por los uniformes que ya era posible divisar sobre cubierta. Maceo ordenó evitar cualquier movimiento extraño. Sólo saludar, si se presentaba el caso, y seguir. No abrir la boca, dejar de cantar para que no oyeran el español. Cada marinero debía tener un arma a su disposición. ¿Qué les iban a hacer unos guardiamarinas? Poco, aunque podían informar. El encargado de parlamentar sería el capitán; a todos los efectos, aquello era un barco americano, con los papeles a nombre de Pattyson. Maceo, Ignacio y Gómez se escondieron en el puente. Por la banda de estribor del velero, surgió una figura erguida que gritó con voz campanuda:

– El capitán de la Astarté presenta sus respetos al capitán de ese buque.

Pattyson se adelantó y saludó con la mano.

– Good afternoon, Can I help you?

– Sí, puede ayudarme. Busco un carguero que transporta armas y filibusteros. La descripción es parecida a la del vapor que está bajo su mando.

– Hay miles de cargueros viejos... – replicó Pattyson en castellano.

– Sí, sí, no pienso molestarle; sólo le agradecería que permitiera a un par de mis hombres mirar en sus bodegas. Debe entenderlo, se trata de una inspección militar.

El capitán Pastorín hablaba con energía ulisiaca. El tono firme y marcial del marino se alzaba entre las ráfagas de espuma picada y brisa insistente.

- Usted no puede abordar una nave que no es de su país. Esta es territorio americano.
- Lo sé, lo sé. Pero tampoco me podrá impedir que le siga a dondequiera que vaya. Si no nos deja subir, me tendrá pegado a su popa hasta los confines del mundo.

Comenzaron a salir de sus escondites en la Astarté marineros con fusiles.

- Haga lo que quiera – concluyó enfadado, orgulloso, Pattyson.

El americano fue al puente de mando. Allí deliberaron. No les quedaba otro remedio que seguir el camino. Tratarían de esperar la ocasión propicia, quizás alguna de las calmas tan frecuentes en la época, para desembarazarse del velero. De lo contrario, tendrían que pelear. La lucha sería fusil contra fusil.

Faltaban unas dos horas para pasar por Cayo Hueso. A menos de media milla, les seguía la Astarté como un avestruz: rígida, empinada, con los ojos gallináceos puestos en aquel ataúd mohoso lleno de odio y de ilusión. El viento que inflaba las velas amainó de repente. Cada vez avanzaba menos la corbeta. El vapor seguía su ritmo cansino, aunque ya con una ventaja de una milla. Pastorín, al ver que se alejaba el Crawford, maniobró para aprovechar el gramo de brisa que quedaba. No consiguió nada. Continuaba la calma, el vapor aumentaba la ventaja. Los cubanos vieron con júbilo cómo se empequeñecía el velero. Pattyson ordenaba más carbón. Al fin, la lógica se imponería: el vapor vencería a la vela. El americano ya no necesitaba que Maceo le insinuara la pistola, actuaba por iniciativa propia, le había desafiado un igual, un orgulloso marino, y estaba dispuesto a que no le cogiera.

Se levantó otra vez el viento. La Astarté comenzó a acercarse, aunque todavía de forma poco preocupante. Una racha más fuerte, sin embargo, la situó de nuevo pisando los talones del vapor, con tal impulso que Pastorín pudo aprovechar para cortarle el paso.

Los cañones asomaron por las disimuladas troneras. La primera andanada no alcanzó al barco, pero hizo que todos los cubanos subieran a cubierta con sus armas. Maceo desenvainó el sable y dirigió las descargas de fusilería contra el navío español. Ignacio salió movido por el ejemplo de los demás. Vio las caras secas, los ojos ausentes, de los guerreros. El agobio, la curiosidad, la asfixia, el valor, y ya estaba en la pelea. Cogió el rifle que le pasó un marinero; se puso también a disparar. Pastorín separó la Astarté lo suficiente para que no llegaran con dirección las balas, pero pudieran alcanzar al vapor sus cañonazos. La segunda andanada fue dirigida a la bodega. El estruendo del impacto puso en todos los cubanos una mueca de asombro y estremecimiento. Le habían dado a las armas, el agua entraba en la bodega, las cajas flotaban, la paja protectora podía verse ya en el mar.

- Tenemos que rendirnos, hacemos agua – gritó el capitán Pattyson.
- No hay rendición – contestó Maceo. Y siguió disparando.

Un tercer cañonazo dio en proa. La metralla derribó a tres marineros. Ignacio sintió el plomo ardiente penetrar en su hombro derecho, justo donde apoyaba el fusil. Perdió la visión por un instante. Aturdido, dio unos pasos inciertos, y cayó al suelo. Desde allí,

podía oír los gritos de Maceo animando al combate, a los marineros heridos chillando de dolor.

Pattyson alzó la bandera blanca. Cesaron los disparos. Por la borda, dijo:

- Tenemos una vía de agua y heridos.
- Pueden ir a Cayo Hueso. Nosotros les escoltaremos – gritó Pastorín, entre la azul neblina de la pólvora.
- ¿Tienen médico a bordo? – preguntó Pattyson.
- Sí, ahora va para allá.

En la cubierta del sollado los heridos gemían y maldecían. Ignacio fue trasladado al interior, llevaba la camisa ensangrentada. Tenía paralizada la parte inferior del cuerpo. El cirujano español intentó buscar el trozo de plomo, pero había penetrado mucho, no tenía herida de salida en la espalda. La metralla era evidente que estaba alojada en la columna vertebral. El cirujano le preguntó qué sentía. Ignacio contestó que un torrente de sangre cada vez que respiraba y un dolor agudo en el pecho. “Noté cómo me rompía”.

Maceo y Gómez entraron a verle.

- No se preocupe. Ya mismo llegaremos a Cayo Hueso. En el hospital se pondrá bien – le dijo Maceo con voz bronca y afectuosa.
- Derrotados... – susurró Ignacio.
- Sólo unos rifles – contestó Maceo.

Había perdido mucha sangre; estaba sin conocimiento cuando las dos monjitas quisieron quitarle la ropa para meterlo en la cama del hospital. El médico le dijo a Gómez que no tenía salvación; la metralla le había perforado el pulmón derecho, era inútil extraerla de la columna vertebral. El general dispuso que permaneciera a su lado un cubano de uniforme. Si volvía en sí, debía sentirse acompañado por las armas de la patria.

Maceo habló con la prensa y con los cubanos de Cayo Hueso, que le rodeaban ceremoniosos. La mayoría de los rifles había desaparecido, el boquete que hizo el cañonazo tenía arreglo. La expedición había fracasado, explicaba, pero era necesario minimizar las pérdidas. El Crawford podría servir en otro momento. Sería el primer barco de la marina cubana.

El capitán Pattyson se evaporó. Huyó sin reclamar el sueldo. El hijo de don Bernardo Quirós presenció la llegada del barco, el descenso de los héroes, el traslado de Ignacio. Vio la corbeta de Pastorín, altiva y pacífica, esperar en la boca del puerto hasta que terminó el desembarco, luego, largar velas hacia el océano. Llegó jadeando a la tienda; le contó todo a su padre. Don Bernardo fue a la oficina de telégrafos y puso un cable: “Crawford desfondado Cayo Hueso. Agramonte probablemente muerto. Quirós”.

## Capítulo 34. [Duelos](#)

Pestaña entró en el despacho, llevaba en la mano el telegrama de Quirós. Don Juan supo al verle, pálido, un poco rejuvenecido, que traía buenas noticias: "Han detenido a los filibusteros. Agramonte ha muerto". Don Saturnino continuaba hablándole, pero él no le oía. Un éxito de su gestión, sin duda. ¿Quién sino él había comprometido a Bayard?, ¿quién, sino su sobrino, había captado la información del Crawford?, ¿quién había teleografiado al Capitán General? En fin, Agramonte le apenaba. Un hombre noble y puro, movido por ideales, un poeta cuya pérdida, también desde el lado literario, habría que lamentar.

Don Juan entró en las oficinas blandiendo el telegrama. Eran las doce del mediodía, la luz atacaba violenta los papeles y los tinteros. Juanito fumaba un cigarro. Paco hojeaba los periódicos.

Don Juan miró a su sobrino al fondo de los ojos y le pasó el telegrama.

– Escaparon de vosotros y de los americanos, pero no de don Ignacio María. Te felicito.

“Agramonte probablemente muerto...”. Juanito se levantó del sillón; miró a su tío con la boca abierta, como si no le conociera. Balbució un gruñido y salió de la oficina. Paco le dijo a don Juan que le entristecía la muerte de Ignacio.

Pestaña entró con el último periódico. Nada nuevo, salvo el nombre de la corbeta española que había cañoneado al Crawford.

– ¡Nuestro amigo Pastorín...! – exclamó don Saturnino, mientras le entregaba el diario a don Juan.

Paco fue a buscar a Juanito. No había nadie en el cuarto de baño. La puerta de la embajada estaba abierta. Salió corriendo a la calle. No le veía por ninguna parte.

Después de dar una y mil vueltas por calles y avenidas, sin esperanza ya de encontrarle, decidió regresar pasando por la embajada británica. Frente a ésta, halló a su amigo tendido en un banco de la calle. Cuando Juanito vio venir a Paco, se incorporó y trató de levantarse con intención de huir. Como no podía, volvió a tenderse.

– ¿Qué haces aquí? – preguntó Paco.

– Viendo el espectáculo – contestó Juanito.

– ¿Qué espectáculo?

– Mi solitaria luchando contra las culebras que salen de aquella ventana. Yo sabía que el cubano había muerto antes del telegrama. Ésta me lo dijo, la sentí enroscarse de felicidad mientras me mordía las entrañas.

– Déjate de tonterías y quítate de ahí.

Juanito olía a alcohol, tenía la mirada roja. Se levantó del banco, caminó con paso vivo hasta situarse bajo la ventana de Victoria. Alzaba cada vez más la voz.

– Y ahora escucha, amada viuda, la serenata solitaria. Yo, gusano que habito en éste, te pido que abras la ventana y me mires sin desprecio...

Aquí acabó el discurso inteligible; continuó con quejidos, silbidos y carcajadas.

Paco tiró de él con firmeza. Las luces del porche se encendieron. El mayordomo asomó, serio, la perilla. Juanito se aflojó, Paco tuvo que sostenerle. Con la cabeza gacha, dando bandazos, apoyado en los hombros de su amigo, farfullaba: “Voy a quedarme aquí hasta que me lleve el mar”. A fuerza de paciencia, Paco consiguió retirarlo.

Ese mismo día, por la tarde, Victoria estaba en el porche mirando anochecer. Se acercó a los caballos del landó y les acarició las crines. Entonces, vio los titulares del Sun que leía el cochero: "Cuban ship...". No terminó de leerlos. No quiso seguir. Ya adivinaba lo que se escondía detrás de aquellas letras. Entró en la embajada y se dirigió hacia el despacho de su padre. Las ediciones de la tarde reposaban sobre una mesa pulcramente alineadas. Victoria cogió el periódico. No podía leer, sólo buscaba unas palabras. Recorría una línea: "encuentro a cañonazos....", otra, "héroes armados sólo por su valor...", hasta que en una de las últimas: "Agramonte muerto". Soltó el periódico encima de la mesa; salió corriendo escaleras arriba, entró en el cuarto de la doncella y la abrazó sollozando. Se vio a sí misma colgada de una percha, **inmóvil** para siempre, incapaz de que nadie la bajara de allí.

En los días que siguieron, pasaba en la habitación la mayor parte del tiempo. A la hora de comer, aparentaba masticar para que sir Lionel no le preguntara, intentaba no derrumbarse en su presencia. Después del almuerzo, iba al dormitorio y se echaba en la cama. A ratos dormitaba; de pronto se erguía, andaba hacia la ventana, rompía a llorar y volvía a echarse. Con la **melen**a se tapaba la cara; a veces, todo el cuerpo. La doncella, al entrar en el cuarto, sólo veía sobre el lecho un amplio manto de pelo, como un edredón negro.

El World lanzaba llamaradas en primera página acusando a España del asesinato del "noble poeta y patriota Ignacio Agramonte". Don Juan recibió un anónimo: "Un amigo le advierte de que cierto periódico publicará con todo detalle su "love affaire" si no retira dentro de tres días la denuncia contra Patria". La carta venía escrita con letras góticas, en caro papel satinado. Don Juan pensó en Herlizer. Si se publicara su relación con Catalina, quedaría en una situación insostenible ante Cánovas, ante Bayard y no digamos ante su mujer. ¿Pero, si retiraba la denuncia, cómo explicarle a su gente la decisión? Después de dudarlo mucho, y pensando que por lo general los anónimos sólo pretenden amedrentar, decidió no hacer caso.

A los pocos días, un telegrama del ministerio comunicaba la muerte del **rey** Alfonso XII. Don Juan sintió un encogimiento inmediato en el pecho. El rey siempre le pareció un buen muchacho, las veces que había hablado con él se había mostrado considerado y cariñoso. Temió intentos carlistas, republicanos, militares..., los cuervos aprovecharían la oportunidad. Confiaba en Cánovas, en Sagasta, pero podía pasar cualquier cosa. Organizó un **funeral** en la iglesia de Saint Matthew al que asistieron el presidente, senadores, congresistas y todo el cuerpo diplomático. Catalina acompañaba a su padre. Victoria se sentaba al lado de Sir Lionel. Era la primera vez que salía desde la muerte de Ignacio. Ahora las casullas moradas, el olor del incienso, el **Dies Irae**, eran para su rey. Terminado el oficio de difuntos, los asistentes se despidieron del embajador. Pasó Cleveland, se detuvo ante don Juan haciendo una ligera reverencia. Luego Bayard, Sir Lionel, Nicolai, un desfile de uniformes y caras adustas. Juanito, desde los bancos laterales, casi escondido detrás del pilar de la nave central, acechaba la salida de Victoria; pero ésta, cogida del brazo de Catalina, tomó por una de las naves laterales. Juanito se apresuró hacia la puerta. Como todo el mundo iba muy despacio, la tuvo un instante al alcance de sus ojos. Ella le reconoció, pero no hizo gesto alguno; miró indiferente hacia un punto lejano y siguió hasta el coche de sir Lionel. Juanito esperó a su tío. Cuando don Juan le vio, estaba tan pálido, tenía tal expresión de duelo, que parecía el único que allí sufría de verdad. Dentro del coche, empezó a

canturrear por lo bajo y no paró hasta que llegaron a la embajada.

En los días que siguieron, tío y sobrino cayeron enfermos. Paco y don Saturnino, al llegar a la oficina, preguntaban a Therèse por los pacientes. La cocinera llevaba tres noches durmiendo en la embajada a petición de don Juan. El sobrino no se levantaba de la cama, no quería ver a nadie. Paco, un día intentó entrar en la habitación, pero la encontró cerrada por dentro. Juanito le dijo con voz lastimera: “No te preocupes, estoy cansado, es la solitaria”, terminando con un suspiro que habría conmovido a las piedras. Era la primera vez, desde que estaba en Washington, que la malaria atacaba a don Juan. Había cogido las fiebres en Brasil, muchos años antes, y en los últimos tiempos raras veces recaía. Pero ahora la calentura duraba demasiadas horas y le llevaba a un estado de exaltación casi delirante. Conocía los mareos, el gran disgusto de estómago, los escalofríos, el dolor de cabeza... Sin embargo, en esta ocasión, la quinina no podía evitar que la fiebre le subiera a más de cuarenta.

Las dos noches peores las pasó Catalina sentada en una butaca al lado de la cama de don Juan, secándole el sudor, diciéndole con cariño “estoy aquí”, cuando, en los momentos de tregua del inquieto desvarío, él miraba angustiado alrededor por si estaba solo. Catalina llamó al doctor Gardner, el médico de la familia. Lo primero que hizo fue prohibirle que atendiera al paciente. Luego, propuso un tratamiento homeopático y a los tres días el enfermo mejoró de forma notable. La última noche que el doctor estuvo en la embajada para ver a don Juan, éste le preguntó si Catalina podía visitarle de nuevo. – Ahora sí. Pero no debe cansarse – dijo Gardner –, y en ningún caso estar dos noches sin dormir, con tensión. Su corazón está débil. Ha heredado de la madre esa insuficiencia. Ella se niega a admitirlo, cree que como todavía no ha tenido aviso alguno, puede seguir una vida normal. Los paseos, los caballos, no hacen daño a nadie; las emociones son lo peor. Usted sabe también que algunas veces padece postraciones nerviosas...

Don Juan no pudo sostener la mirada de aquel hombre apuesto y bien vestido, pues se la dirigía con un brillo de advertencia que podría interpretarse como: “parece mentira que una persona de su edad esté en amoríos con una joven enferma y sensible a la que pone en grave riesgo”.

Una vez incorporado al trabajo, Pestaña le informó de que Cánovas había cedido el poder a [Sagasta](#) y de que éste había nombrado ministro de Estado a Segismundo [Moret](#). En principio, no le preocupó, pues, aunque nunca le sería tan favorable como Elduayen, Moret no tenía nada contra él y, las pocas veces que se habían visto, lo había tratado afablemente. Era un presumido y un sabelotodo, tenía una oratoria cargada de fullería, pero ¿qué político no andaba más o menos lo mismo?

Luego, Pestaña le dijo que el juez ante el que solicitaron el cierre de “Patria” no había admitido la denuncia, considerando que “la libertad de prensa en los Estados Unidos es algo sagrado y que ese diario defiende los mismos principios que el pueblo americano”. Al terminar de exponer las novedades, don Saturnino carraspeó, pasó la mano por su calva y cogió un periódico que había sobre la silla. Con el brazo encogido, se lo entregó a don Juan.

– Lea la sección “High Society”.

Pestaña salió de la habitación y dejó solo a don Juan.

Era una vez más el World. Aparecían unas preguntas planteadas como adivinanzas. La tercera decía: “¿Qué diplomático extranjero, casado y con hijos, mantiene un "love affaire" con una "belle" washingtoniana?” Así pues, a pesar de que Herlizer había

ganado, de que el periódico cubano no se había cerrado, todavía insistía en hacer daño. Bueno, eran dos líneas, no figuraban los nombres ni los detalles ni el escándalo, sólo un acertijo que resolverían los que de todas formas ya lo sabían. Lo mejor, no darse por aludido.

La noche siguiente, en casa de la duquesa de Bonaparte, don Juan salió a la terraza con Catalina. Ella se acercó y trató de besarle. Don Juan apartó la boca.

– ¿No ves que todavía tengo pupas?

– Me da lo mismo – y levantándose un poco, le dio un rápido beso en cada uno de los ojos.

– El doctor Gardner me ha dicho que no debes contagiarte, ni abusar de las emociones. La cara de Catalina quedó ensombrecida por un instante. Pero luego otra vez la luz volvió a su mirada.

– ¿Qué más te ha dicho?

– Que no tienes muy bien lo que yo más quiero de ti. ¿Por qué no me lo has contado?

– No quiero que me tengas pena... ¿Que lo he heredado de mi madre? Estupendo, ella ha dado a luz a nueve hijos y tiene cincuenta años. Estoy decidida a vivir con intensidad lo que me quede de vida... – Catalina se acercó, le miró a los ojos y con voz serena continuó:

– Una hora de vida gloriosa vale más que una vida de horas tediosas...

– Eso dicen los románticos, pero estamos a final de siglo.

– No te preocupes por mí, tengo unos buenos años para vivir.

– ¿Has leído lo que ponía el World de nosotros? – preguntó don Juan.

– No. Me lo ha resumido Olga. ¿Qué nos importa lo que piense la gente? ¿Nos consuelan cuando sufrimos? ¿Están allí cuando extendemos la mano buscando que nos rescaten?

– Pero a tu padre...

– Mi padre quiere sobre todas las cosas que yo no sufra. Y aunque sé que le cuesta trabajo comprenderme, hace todo lo posible.

– Así me gusta verte – aseguró don Juan con voz contenta.

– ¿Ves?, ahora tengo el sentimiento vivo de que me quieres, y soy fuerte y feliz, venga lo que venga... Pero cuando sospecho que estás cansado de tu vida aquí, que echas de menos a tus hijos, tus libros, tu tierra, mi razón me ordena querer que te vayas a donde más te guste, que no te haga sentirte en el más mínimo grado atado por mí. No puedo imaginar amar a una persona y no desear que se sienta libre. Entonces, una mano fría agarra mi corazón. Intento decirme a mí misma: “Soy fuerte, soy muy fuerte” y, después de todo, será lo que tenga que ser. Si he de ser infeliz, lo seré; hay un fin para eso también.

– No debemos preocuparnos... Al fin y al cabo, Sagasta es liberal.

## Capítulo 35. [Carlitos](#)

Don Juan volvía de estar con Catalina en casa de los rusos. Juanito le entregó el telegrama nada más entrar por la puerta de la embajada. Mientras subía a su habitación, lo abrió. Quedó parado en el rellano de la escalera, se agarró al pasamanos, miró desconcertado sin saber qué hacer. Pasaron unos segundos, y descendió con el rostro demudado.



– ¿Qué pasa, tito? – le preguntó Juanito.

Don Juan no le oía. Sonámbulo, se dirigió hacia el despacho, parecía buscar un lugar para echarse, como un toro herido de muerte. Juanito fue detrás.

– ¿Qué pasa? Dímelo.

Con voz temblorosa, casi inaudible, sin mirarle a la cara, don Juan exhaló:

– Mi hijo..., mi hijo... Carlos ha muerto.

Juanito, durante un momento, no supo qué cara poner, ni qué decir. Por fin reaccionó. Al ver que su tío seguía de pie, inmóvil, como rodeado de trampas, fue hacia él y le cogió del brazo para sostenerlo.

– ¿De qué ha sido?

– Tifus..., llevaba una semana malo...

Don Juan inició con lentitud el camino hacia el despacho; ya dentro, se derrumbó en el sillón del escritorio. Juanito fue detrás de él. Don Juan bajó la cabeza hasta el pecho, comenzó a moverla a un lado y a otro, negando, negando. Juanito se le acercó: “¡Qué desgracia, tito!, ¡qué desgracia!, ¡pobre Carlitos!”. Don Juan levantó la cabeza:

– Anda, déjame solo.

Juanito salió del despacho murmurando: “¡pobre primo!”

Don Juan empezó a llorar. Primero las gotas fluían mansas, luego, su cara se rompió en muecas y gemidos, brotando las lágrimas de manera atropellada, hasta humedecerle el bigote y metérsele por la boca. Seguía negando con la cabeza. "No puede ser. No, mi hijo no. De pronto, lejos, sin haberle visto. Yo aquí, él allí, muerto. Se ha muerto sin verme, sin tenerme junto a él". Se levantó de un brinco, quería un barco, anular los mares, estar en Madrid al lado de Carlos, verle por última vez. Volvió al escritorio, sacó una foto de hacía unos tres años. Aparecían sus tres hijos en una barca: Luis y Carmencita, pescando; Carlos, vestido de marinero en medio de sus dos hermanos, agarrado con elegancia al borde de aquel bote de pacotilla. Besó varias veces la imagen de su hijo. “Mi niño, mi niño bueno, ¿quién te ha arrancado de mí?”. Tuvo que guardar la fotografía porque la barca se había convertido en un ataúd y parecía que Carlos miraba a su padre antes de tumbarse en él para siempre.

Se levantó, salió del despacho, quería refugiarse en su cuarto. En el recibidor, la cocinera, Paco y Juanito hablaban en voz baja. Cuando le vieron salir, fueron hacia él y le dieron el pésame. Don Juan, mudo, estrechó las manos que se le ofrecían. Luego, comenzó a subir las escaleras pesada y torpemente. Juanito, en un par de saltos, alcanzó a su tío.

– ¿Quieres un poco de láudano? – musitó el sobrino, para que no le oyeran abajo.

– Sí... – aceptó don Juan, después de dudar un poco.

Ya en la puerta del dormitorio, recibió de su sobrino un frasco azul junto a una cucharilla reluciente.

– Tómate una nada más.

Don Juan entró en la habitación; en lugar de desvestirse, se sentó en su butaquilla y empezó a mecerse. "No me puedo acostar, tengo que velarle. ¿Duerme ahora su madre? No quiero atontarme, ahora no, ahora tengo que estar junto a él... esta noche es suya. Mi primogénito, mi orgullo. Quiero revivirle. Vivo estaba cuando, muy chico, me interrumpía la escritura, pidiendo que le montara sobre mis piernas para garabatear en un papel. Yo le acariciaba pellizcándole debajo de la barbilla. Los desatinos de su media lengua, "cato-cato-catúa", el cuarto de la costura. Si tardaba en ir a comer, ahí lo tenía, firme y risueño, tirándome del brazo, hasta que me llevaba de la mano a sentarme a la mesa. ¡Cómo sufría en mis trifulcas con su madre! Después de las peleas, hallaba el momento para decirme con la mirada: "papá, te quiero, no te vayas a ir". Y en la edad más turbia, ¡qué clara y despejada para él! Yo empeñándome en el álgebra, él deseando salir a montar en bicicleta: "Ya tienes un hijo sabio, déjame a mí ser normal". Yo, de joven, un mueble; él, un junco ágil y fuerte, con mi misma cara y un corazón puro. Si me hubiera hecho caso su madre, ya llevaría tres meses aquí, en la habitación de Juanito, aprendiendo inglés, deslumbrando a Catalina con su forma de montar a caballo, derrotando a estos petimetres en el tenis. El blanco lirio convertido en hielo, yo un árbol viejo mutilado de mi mejor renuevo".

Al final, el cansancio le permitió un sueño ligero sobre la butaca, interrumpido por despertares sobresaltados en los que sentía faltarle la respiración, como si cayera por un precipicio. Al clarear la mañana, tomó el láudano.

Don Juan fue despertado por Juanito a las cinco de la tarde. Le costó bastante salir del sopor. Se vistió a duras penas y bajó a la cocina; Therèse le había preparado sopa y tortilla francesa. A las seis, mandó una tarjeta a Catalina. Media hora después, ella llamaba a la puerta de la embajada. Le abrió Paco, la hizo pasar al despacho. Cuando la vio, don Juan se levantó del sillón y quedó de pie, con las manos apoyadas en el escritorio, como un reo a la espera de sentencia. Catalina se acercó a él, pero don Juan no hizo ademán de moverse. Seguía aferrado a la mesa, como si temiera que al soltarla pudiera desplomarse. Ella le tomó del brazo, ayudándole a dejar el parapeto. Luego, le condujo hacia el centro de la habitación; le cogió las manos, se las besó...

– No sufras... Nada podemos hacer contra lo inevitable...

Don Juan balbució un agradecimiento inaudible. Catalina le llevó hacia el sofá; se sentaron los dos en el borde, muy erguidos.

– Él ha muerto, yo no estaba allí...

– No se puede luchar contra el destino. Piensa en que tu hijo vive y que no es desdichado. Yo creo que su alma puede ser convocada, que renacerá.

– Yo sólo creo en la bondad de Dios y en su justicia, pero no la entiendo, no la entiendo... – pronunció "Dios" con ahuecada y solemne vibración, como si resonara en un retablo barroco.

- Los elegidos abandonan antes el ciclo de la vida – reflexionó Catalina.
- Eso no me consuela.
- Tendrá que pasar el tiempo.
- Camino lento y triste. Lo único sería creer en una vida mejor, pero mi fe y mi esperanza...
- ¿Qué edad tenía?
- Dieciséis años. Eso sí me consuela un poco, sólo el camino de ida, alegre, confiado, querido por todos...

Don Juan le enseñó la fotografía. Catalina la miró tratando de aparentar serenidad, buscando en el rostro de los niños la huella del padre.

- Te quedan dos hijos, piensa en ellos.
- Ahora sólo puedo pensar en Carlos.

La voz de Catalina iba perdiendo energía por momentos. Cada vez le costaba más esfuerzo articular las palabras. La losa de pena que sentía sobre don Juan comenzaba a afectarle a ella también. Lo tenía cogido de la mano, mirándole con dulce seriedad. Por primera vez, los cimientos se habían movido, las raíces habían hecho temblar el árbol, y no había sido por ella. Don Juan la miraba con ternura, le agradecía el consuelo, pero su energía estaba en otra parte. Catalina sintió frío, como si una nube le impidiera recibir el calor constante del astro. Don Juan continuó desahogándose, sus palabras le llegaban a ella lejanas, dispersas: “el bozo que le apuntaba, los ojos tan hermosos y dulces, los pajarillos, la escopeta...”

En los días que siguieron, se levantaba tarde, firmaba lo indispensable, comía en su habitación y escribía cartas para contestar a los pésames. La que recibió de su mujer le afectó mucho. Sintió por ella verdadera pena. Allí sola, una semana, noche tras noche, viendo cómo su hijo se iba poco a poco, sin el doctor Benavente, muerto hacía un mes, en quien tenía confianza plena, llamando a cinco médicos distintos, las miradas de miedo de Carlitos, el funeral, todo sobre sus espaldas. Y sin embargo, ahora, ni un reproche ¡Quién iba a decir que Dolores pudiera escribirle una carta así! Imposible parecía que la persona que escribió esa carta, llena de sencillez, discreción y verdadero dolor, fuera la misma que tanto y tanto le había molido, con una persistencia feroz, sin motivo razonable, sin visos siquiera de motivo, y durante catorce años. La naturaleza del corazón humano es un extraño enigma.

Catalina le visitaba por las tardes y trataba de distraerle. Un día le llevó una edición de La Celestina publicada en Boston en 1789 ; otro, una bufanda de lana blanca para el abrigo de gala. Se aproximaba la Navidad. Catalina había emprendido una actividad frenética, tenía que comprar los regalos para sus hermanos. Don Juan la veía entrar con los ojos brillantes y el gorro de piel cubierto de copos de nieve. Se quitaba el abrigo, iba a la chimenea, se ponía de espaldas para calentarse las manos... Después, se acercaba a don Juan y le besaba en la frente.

La víspera de nochebuena, fueron a un comedor reservado del hotel Wormley dispuestos a celebrarla por anticipado. Catalina dijo que su madre estaba mejor, que, si seguía así, pensaba incorporarse a la vida social después de Año Nuevo. Eso acabaría con sus encuentros, pero siempre quedaba la embajada. Después de los brindis, Catalina se levantó, fue hacia el perchero y sacó de su abrigo un pequeño paquete. Don Juan lo abrió; era un libro encuadernado en piel. En el lomo, con letras doradas, figuraba el título: “Cuentos y Diálogos”.

– Aquí tienes el fruto de nuestra colaboración, ¿te gusta?

Don Juan lo hojeó; pudo comprobar de un vistazo que la impresión, los tipos de letra, el papel, eran excelentes.

– Un ejemplar único, editado a petición mía por Roderich.

Don Juan leyó la dedicatoria: “Cuando me muera, se te aparecerá un espíritu que dirá: Yo soy el alma de una muchacha que murió de curiosidad”.

– ¿Curiosidad?

– Sí, no sé lo que estás pensando...

– ¿No me notas en la cara que paso una velada con una mujer encantadora?

– Las caras nos fueron dadas para ocultar nuestros sentimientos, según Talleyrand.

– Para el oficio de diplomático, no es mala táctica, aunque sólo en el trabajo, y ahora no estoy trabajando.

Cuando salieron al exterior, la nieve cubría la manta del caballo; el cochero tardó un poco en salir de su refugio. Ya dentro del landó, Catalina cogió las manos de don Juan y comenzó a frotarlas, a echarles aliento, mientras se apretaba contra él.

## Capítulo 36. [A Bruselas](#)

El veintinueve de diciembre se dispuso a abrir la carta del nuevo ministro de Estado. Palpitaba con fuerza su corazón, le temblaba el pulso, un ligero sudor humedecía sus manos. Allí estaba: agradecimiento por los servicios prestados, natural recambio, necesidad de renovar los impulsos, y en compensación, un destino europeo: Bruselas. Dejaría de ser plenipotenciario, iría como embajador, el grado máximo de la carrera. Así que, en apariencia, un ascenso. De hecho, un castigo. “Bruselas, una pequeña ciudad en la que no pasa nada, que cuenta poco en la política mundial. Una legación allí tiene menos asuntos que un vulgar consulado en un país decente. Me duele, sobre todo, que me cesen los de mi propio partido. He cumplido mejor que los demás; no sólo por no robar, sino por haber evitado muchas vergüenzas. ¿A quién mandarán en mi lugar? Seguro que a un pillo. ¿Y Catalina? ¿Debo comunicarle yo mismo la noticia o esperar a que lo haga su padre? Bayard sabrá dar un tono profesional al suceso. Algo normal: un

embajador cambia de destino. El cese se publicará dentro de unas dos semanas. ¿Para qué amargarle la Navidad, allí en Wilmington? Ya se enterará cuando vuelva”.

Llamó a todos – menos a Juanito, que no se levantaba de la cama – y les dio la noticia. Pestaña quedó muy sorprendido, no esperaba un cese después del éxito en la cuestión filibustera.

Don Juan subió a ver a su sobrino. A oscuras, entró en la habitación. Levantó las persianas y abrió las ventanas para ventilar la atmósfera irrespirable. Juanito dormitaba enroscado sobre la cama con la ropa de calle puesta.

– Despierta mozo, volvemos a España. Me han trasladado a Bruselas – trató de parecer contento, don Juan.

Juanito no contestaba, seguía con los ojos cerrados. Don Juan se acercó y le cogió de un brazo.

– Despierta, vamos, despierta, hay que moverse.

Juanito abrió los ojos. Miró a su tío con la incredulidad del que regresa de un viaje fantástico.

– Voy... – soltó con una voz delgadísima.

– Mira, me han trasladado...

La carta, agitada por el embajador, revoloteaba sobre el yacente.

– Yo no quiero irme de aquí.

– Yo tampoco, pero eso no depende de nosotros. Tú tendrás que volver conmigo porque en tu lugar vendrá algún paniaguado, como ocurrió en tu caso. ¿Tienes medios propios para vivir en América? No, pues no le des más vueltas. Además, necesitas los caldos y los potajes de Sierrita para que la solitaria deje algo de ti.

– ¿Qué voy a hacer en España sin Victoria?

– Hay muchas mujeres en el mundo

– Tío, ¿por qué no le decimos que viaje con nosotros para que conozca la tierra de la puta de su madre? Yo la llevaría a Málaga, veríamos amanecer en Puerta Oscura, nos bañaríamos en las playas del Carmen, entraríamos en el Perchel y buscaríamos a sus parientes. Yo, cogido de su brazo.

– No pienses más en ella. No lleva a ningún sitio. Un hombre cuando pierde, se remanga, y a otra.

– Muerto, estoy muerto, más que Ignacio, que seguirá vivo en su memoria. Aunque paseemos por el Perchel, lo hará con el fantasma que ha matado a su novio.

– Tú no eres culpable de la muerte de Ignacio, sino él mismo y Pastorín. Además, ella no puede saber lo de los informes de Ausubel. Agramonte tampoco era un ángel, iba cargado de rifles para quitarnos la vida. No te tortures más. Levántate y sal a dar una vuelta.

Le había extrañado que, desde la muerte de Ignacio, su sobrino no canturreara. En las situaciones críticas siempre agudizaba sus trinos, extendía sus variaciones. Eso le preocupó más que las incoherencias, o el semblante demacrado, o el pasarse el día tumbado sin hablar. Bajó las escaleras con la intención de escribir a su hermana poniéndola en antecedentes. No quería que se impresionara al verle.

No hubo cena de nochevieja en la embajada: por el luto, y porque nadie tenía ganas de celebraciones. De noche, en la cama, don Juan no hacía más que darle vueltas a su situación. Habría sido el hombre más feliz de la tierra con una mujer que le hubiera querido y respetado un poco. ¿Por qué no romper con Dolores y casarse con Catalina? Sus hijos, al fin y al cabo, dentro de pocos años, se independizarían. ¿No se casan proyectos senadores con jovencitas ricas o con artistas de vodevil? El mismo Cleveland, ¿no estaba prometido con una **muchacha** casi treinta años más joven que él? La alegría del brote en el tronco viejo. ¿No es eso un buen trago antes de la despedida? Su afecto y simpatía por Catalina eran hondos. ¿Y no es eso lo que perdura? ¿De qué le sirvió casarse con Dolores? He aquí una joven que le comprende, que vibra con su misma pasión, la literatura. Bella, suave, impulsiva. ¿Qué más quería? Y adiós para siempre a los apuros económicos. En los últimos años de su vida, si decidía seguir con Dolores, no hallaría ni la soledad completa para amar sus libros y filosofías, ni a alguien que bien lo quisiera. Sólo odio y desdén injusto. La amargura constante de recibir siete docenas de sofiones diarios y unos cuantos puntapiés en el trasero, tratándolo de viejo y de torpe. ¡Buena vejez iba a ser la suya! ¿Le faltaría valor? ¿Son estas revoluciones cosas de jóvenes? ¿Tendría él las fuerzas necesarias para rehacer una vida?

El día catorce de enero, Cleveland ofreció en la Casa Blanca la primera comida oficial del **nuevo** año a su gabinete y al cuerpo diplomático. Don Juan sabía que Catalina había llegado de Wilmington el día anterior, acompañada de su hermana Florence, así que no se sorprendió cuando la vio entrar en el salón, del brazo del presidente, dirigiéndose a la mesa principal. Llevaba un traje entallado de tul rosa, el escote cubierto por un fino bordado transparente, una cinta de terciopelo al cuello cerrada con una margarita de brillantes. Nada en su cara delataba maquillaje, ni más intervenciones que el agua o el jabón. Sonreía con naturalidad y simpatía a todos. En la presidencia, ocupó el lugar a la derecha de Cleveland. Durante la comida buscó con la mirada a don Juan, hasta que pudo localizarle sentado junto a Nicolai en una de las mesas más alejadas. Don Juan le correspondió con una sonrisa de reconocimiento; pero, el matiz de preocupación y la brevedad del gesto, no los pudo captar ella a tal distancia. Al terminar, en la sala de té, Catalina se sentó en un sofá con Cleveland, que arrellanado, la escuchaba muy atento. Ella, con las manos apretadas sobre su regazo, mirando el perfil riguroso del primer magistrado, le decía: “Recuerde, presidente, lo considero una promesa”. “Bien, Kate, en ese caso, es la número veinte que hago hoy”. Después, Miss Cleveland cogió del brazo a Catalina y fueron de corro en corro. Pero el legado de España no aparecía.

Don Juan, de vuelta en la embajada, se echó un rato de siesta. A las seis de la tarde, entró en el despacho; alguien había dejado sobre su mesa la edición vespertina del *Washington Post*. El titular: “Senor Valera to be transferred”. La noticia breve, debajo:

“Un cablegrama de Madrid comunica que se da por seguro que el Sr. Valera, ministro español en Washington, será trasladado a Bruselas. Su sucesor no ha sido nombrado todavía”. Don Juan pensó que Catalina se enteraría al llegar a su casa. Estaba seguro de que Bayard, aunque Foster le hubiera hablado de las intenciones de Moret, no le había dicho nada a su hija durante las navidades. La sonrisa y la actitud que vio en ella durante la comida eran de la más absoluta tranquilidad.

El viernes día quince, a las diez de la mañana, se presentaron en la embajada dos periodistas, uno del *Washington Post*, el otro del *Evening Standard*. Paco les recibió; luego, informó a don Juan de que solicitaban una entrevista. Éste salió al recibidor y les hizo pasar al despacho. Los dos tenían cara de cera, grasa de más, blocs de hule negro, y canotiers, que sólo se quitaron cuando estuvieron dentro y empezaron a preguntar.

– Todavía no he recibido confirmación oficial de mi cese. No sé nada del nombramiento del conde de Rascón o del Marqués de la Iglesia como sucesores míos. Yo seguiré actuando como ministro hasta que llegue el que haya de sustituirme – declaró don Juan.

– ¿Sabe dónde irá usted ahora?

– Es imposible para mí decirlo.

– ¿Siente pena de dejar Washington?

– Naturalmente, me produce mucha tristeza salir de aquí... sus gentes son tan hospitalarias, tan dispuestas a acoger a los extranjeros, tan contentas de hacerlos sentirse como en casa, que yo siempre pensaré en América con un gran afecto.

Esa misma mañana, Bayard, durante el desayuno, le dijo a su hija que el *Post* anunciaba el traslado de Valera a Bruselas. Le mostró el periódico de la tarde anterior. Catalina, con los ojos perdidos, intentó taladrar las líneas de la noticia. Dejó de mover la cucharilla, miró ensimismada el pequeño torbellino del té moviéndose dentro de su taza.

– Tenía que ocurrir y ha ocurrido – dijo sin dirigirse a nadie, en voz muy baja.

Bayard se levantó de la mesa, se acercó a ella y le dio un suave beso en la cabeza.

– Tu madre quiere que le hagas unos encargos para la recepción de esta noche.

Terminado el desayuno, Catalina cogió el coche. Le pidió a Wilson que le diera un **paseo** sin rumbo. Luego, que la llevara al hotel Wormley. Allí, encargó dulces y canapés para la recepción. Tenía la nariz congestionada por el resfriado, le dolía la cabeza. Después, ordenó al cochero que se dirigiera a Anderson Cottage. Bajó del coche, paseó un poco; durante un rato estuvo sentada en su **banco**, debajo del gran sicomoro. Luego, fue al Departamento de Estado. En la antesala del despacho, apremió al secretario: necesitaba ver a su padre con urgencia. Bayard la hizo entrar de inmediato. Sin preámbulos, Catalina le dijo que se iba a Bruselas con don Juan, que su vida no tenía objeto sin su amor. A él no quería dejarle, pero debía entender que la madre había mejorado y podría hacerse cargo de la casa. Y si no, Florence, ya con veinte años. Bayard la miró en silencio.

– No quiero perderte, hija mía; la mejora de tu madre, según el doctor Gardner, es transitoria. Y sobre todo: ¿querrá Valera que le sigas a Bruselas?, ¿en qué condiciones?, ¿casándote con él o viviendo como amantes?

– Me da igual – contestó Catalina –. He pensado vivir en un hotel durante un tiempo, luego encontraremos algo. Necesito dinero.

– ¿Ahora mismo?

– Sí. Tengo intención de esperarle allí, ya instalada.

Bayard le dijo que eso era una locura, que hablarían con más serenidad dentro de unos días, que mientras tanto no le contara nada a la madre.

Catalina volvió a su casa y recogió todas sus joyas. El cochero la llevó a la tienda de antigüedades de Cohen. El anticuario judío le ofreció ochenta mil dólares por todas. Pensaba que le iba a doler más deshacerse de la margarita de brillantes. Después, le dijo a Wilson que se dirigiera a la avenida de Massachusetts. Llamó a la puerta de la embajada española y le abrió el criado Víctor. Don Juan no estaba en casa, había salido a dar un paseo.

Catalina volvió a Highland Terrace. Ya no le dolía la cabeza. Entró a ver a su madre, le dijo que todo estaba dispuesto para la noche. Subió a su habitación, quería tranquilizarse. Se puso el camisón, respiró hondo, cruzó las piernas, unió las manos y recitó su mantra preferido. Intentó hacer la vela varias veces, pero fue incapaz de erguirse por completo. Por fin, logró permanecer vertical un instante; entonces, las lágrimas empezaron a caerle sobre la frente. Volvió a ponerse de pie y desistió. Fue a mirarse al espejo. Así no podía recibir a nadie. Faltaban pocas horas para que empezaran a llegar los invitados. Cuando apareciera don Juan, hablarían. Iba a ser difícil con todo el mundo alerta.

A las nueve, ella y su padre se encontraban en la entrada estrechando las manos de los invitados. La madre, en la biblioteca, esperaba el saludo de los recién llegados. Como el frío helado entraba a bocanadas al abrir la puerta, Bayard le había prohibido a su esposa que estuviera a su lado en el recibidor. Catalina llevaba un vestido rojo oscuro, con escote pronunciado, sin mangas. Estaba un poco pálida y le brillaban los ojos, aunque nadie notó nada especial. El secretario de Marina le dijo: “¡Qué guapa estás esta noche, Kate!”. Ella le contestó: “Sí. Nunca me he sentido mejor”. Bayard observó lo ligera de ropa que iba su hija y le dijo que se abrigara. Catalina miró a su padre, le sonrió, y no le hizo caso. Bayard llamó a la doncella para que subiera por un chal. Cuando Sally se lo echó por los hombros, Catalina rió con satisfacción: “Ahora estoy mejor”.

Al fin, llegó don Juan, acompañado por su sobrino. Lo había dudado mucho, pero era necesario afrontar la situación. Sabía que Catalina había ido a verle por la tarde. No asistir podía ser interpretado por ella como una huida. Le temía a las miradas de todos observándoles, a la presentación obligada a la madre, al alud de expresiones de lamento por su marcha que tendría que recibir... Bayard le estrechó la mano con franqueza; dijo que sentía mucho que los dejara: “Hemos colaborado de forma positiva en los asuntos de nuestros dos países”. Don Juan correspondió con una triste sonrisa: “Espero que, con mi sucesor, se entienda tan bien como conmigo”. Juanito se inclinó para besar la mano



de Catalina; desde aquella posición más baja, la observó con una insistencia un punto excesiva, que no duró mucho, porque, enseguida, don Juan inició su saludo tratando de decir algo de circunstancias. Catalina se adelantó: “Creo que el embajador estará contento. Hoy no tenemos sus amados terrapins”, refiriéndose a los galápagos con salsa picante que tanto odiaba don Juan. Luego, ella se volvió para saludar a la jueza Chivers, que, en una pausa de su tos inoportuna, le dio un abrazo jadeante.

Durante la velada, Catalina estuvo siempre rodeada por invitados. Conversaba con todos, preguntaba a cada uno por sus familiares, por la situación de sus asuntos. Como de costumbre, atendía con concentración a las contestaciones de los demás. De reojo vigilaba dónde se encontraba don Juan. Su madre le había advertido que no se lo presentara, no quería conocer a ese hombre. Don Juan, acompañado por Sir Lionel y Nicolai, recibía continuas muestras de simpatía. La jueza Chivers no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas: “Debe usted hacerse yanki, le vamos a echar de menos”. Sólo en una ocasión coincidieron él y Catalina. Fue cuando don Juan se acercó a la mesa de las bebidas para tomar un vaso de ponche. Ella, que estaba al lado, cogió el cazo de plata y le sirvió. Se miraron un instante, ninguno vio claro en los ojos del otro. “Mañana iré a verte al mediodía”, le dijo Catalina.

La reunión duró hasta la una. Cuando se fueron los invitados, todavía tuvo ella que atender a la madre y dirigir la recogida de todo. No se sentía cansada, no quería meterse en la cama. Pero pensó en la jornada que le esperaba mañana: además de la visita a don Juan, debía estar en la recepción que daba Miss Cleveland a las esposas de los nuevos senadores. Por fin decidió acostarse; le dijo a Sally que la llamara a las once.

## Capítulo 37. [Las máscaras del tiempo](#)

Catalina llegó a la embajada sobre las doce. Wilson le ayudó a bajar del coche. Llevaba el **vestido** blanco con el que la conoció don Juan. Iba sin abrigo, sostenía bajo el brazo un pequeño bolso de malla. Abrió la puerta el mismo don Juan; le indicó que le siguiera hasta el despacho. De la oficina, salían las voces apagadas de Paco y de don Saturnino. Una vez dentro, Catalina se dirigió al sofá y se desplomó en él. Durante unos segundos, le miró interrogante.

– ¿Cómo estás? – comenzó él, cauteloso.

– Estoy dispuesta para lo que tú digas – contestó Catalina con voz débil –. Estoy dispuesta a seguirte a Bruselas o a donde vayas... Lo que me queda de vida lo quiero pasar contigo.

– Todavía no es seguro ese destino.

– Tengo el dinero para instalarme y esperarte...

Don Juan mantuvo un silencio demasiado largo. Catalina vio el dique que le impedía contestar.

– ¿Qué va a ser de mí ahora? – preguntó, muy fijos los ojos en un lugar indeterminado entre la frente y la nariz de él.

– Sabíamos que alguna vez ocurriría. Hay que afrontarlo.

– Ya, ya, no puedo irme contigo, vas a volver con tu mujer y con tus hijos.

– Veo que lo comprendes.

– Claro.

– Te recordaré siempre. Has sido una compañera ideal, el calor de América...

Se arrepintió al instante de esas palabras, pero como no observó reacción en Catalina, continuó:

– Nos seguiremos escribiendo, colaboraremos literariamente, mantendremos viva nuestra amistad...

– Sí, sí,... – Catalina comenzó a sollozar. Se levantó del sofá para coger el pañuelo que don Juan le ofrecía.

– No llores, que me vas a contagiar.

– Sí, sí,... Yo sola, para siempre.

– Nos escribiremos, puede que nos veamos...

– Te vas, ya no te veré más.

Con el pañuelo apretándose la nariz, se sentó sobre uno de los brazos del sofá y comenzó a balancearse como si fuera a tirarse al suelo desde allí. Sus ojos miraban ya directamente a los de don Juan, con una fijeza desamparada.

– ¿Por qué me haces esto?

– Nunca te he prometido nada. Tenemos una amistad profunda. Y los amigos a veces se separan. No tengo intención de romper mi familia. No me llevo bien con mi mujer, pero los dos hijos que me quedan son lo mejor de mi vida, no quiero decepcionarlos, ni hacerles sufrir.

– Me has dejado soñar... – dijo Catalina con un hilo de voz.

– Te he advertido de los excesos de tu amor por mí, de lo inapropiado que era. He intentado hacerte ver lo mucho que me exigías.

Las lágrimas brotaron otra vez; caían de forma tan copiosa que, resbalando por los pómulos, llegaban hasta la barbilla y goteaban en el suelo. Don Juan no pudo contenerse. Se abrazó a ella.

– No puede ser, mi niña. No puede ser.

Trató de consolarla acariciándole el cabello.

– No quiero vivir...

Llamaron a la puerta del despacho. Don Juan se separó bruscamente de Catalina.

– Deja de llorar.

Catalina se secó las lágrimas y fue hacia la esquina más protegida de la habitación. Desde fuera, Pestaña le dijo al embajador que la jueza Chivers quería verle para entregar un cheque a favor de las víctimas del terremoto de Andalucía. Don Juan llevó a Catalina hacia la puerta del despacho que comunicaba con el pasillo, le cogió las manos y se las besó de manera apresurada. Luego arregló su chalina, estiró la levita y trató de componer la expresión. Abrió la otra puerta; con gesto amable, hizo pasar a la vieja dama.

Catalina salió de la habitación a la penumbra del pasillo. Al final de éste, en vez de torcer hacia la salida, siguió hasta la cocina. Llegó allí, no vio a nadie. Sobre la mesa, en un plato grande, había un trozo de carne fresca con perejil. Oyó el trajinar de Thérèse dentro de la despensa. La voz de la cocinera le hizo recuperar la orientación. Volvió sobre sus pasos para encontrar la salida. La empujaba un viento interior, a ráfagas, que le hacía tambalearse, a veces chocar contra las paredes. Allí una mancha, más al fondo, la luz de la puerta principal. Oyó la voz alta de la jueza Chivers. Miró con fijeza el paragüero de la entrada. Se paró delante del espejo, no pudo ver nada enfrente. El viento la empujaba ahora en una sola dirección. Trató de recuperar la visión, pero no pudo; sólo atendía al ruido del viento, cada vez más fuerte. Temía que la estrellara contra el espejo. Quiso aflojarse el cuello del vestido, pero no acertó con el pequeño botón. Se miró otra vez al espejo: una vieja loca sentada en un banco de piedra le sonreía con una mueca. Bajó la mirada hacia el bolso, lo abrió. Sacó la pequeña pistola, la apuntó hacia su sien derecha, cerró los ojos y disparó.

Se oyó un tremendo estampido en el vestíbulo. La jueza comenzó a gritar. Don Juan quedó paralizado, luego salió corriendo hacia la entrada. Se extendía un humo azul y olía a pólvora. Vio a Pestaña inclinado sobre Catalina, que en el suelo, boca abajo, tenía un charco de sangre alrededor de la cabeza. El revólver diminuto, a poca distancia de ella, todavía humeaba.

– Está muerta – confirmó don Saturnino, sin atreverse a mirar a don Juan

La jueza Chivers había desaparecido. Paco y Pestaña, ayudados por Wilson, metieron el cuerpo de Catalina en el coche. Antes miraron si pasaba alguien por la calle, por lo general desierta a esas horas del mediodía. Apoyaron el cadáver contra uno de los laterales del interior. Paco se sentó al lado para sostenerlo y le tapó la cabeza con su chaqueta. Pestaña agarraba el bolso de Catalina, sentía el revólver todavía caliente a través de la malla. Al llegar a Highland Terrace, Wilson y Paco entraron el cuerpo en la casa; el cochero avisó a Sally para que llamara a su padre y al médico. Salió Florence, comenzó a gritar. Trató de subir a la primera planta con la intención de avisar a su

madre. Sally la detuvo. “Espera a que venga tu padre”. Paco, viendo que se habían hecho cargo de la situación, se reunió con Pestaña que lo esperaba fuera.

Don Juan, después de que se llevaran el cuerpo de Catalina, subió a su habitación, se sentó en la butaca y comenzó a mecerse con bruscos impulsos. Aún la veía delante de él, viva. Aún oía su voz: “... estoy dispuesta a seguirte...”. Se levantó de la mecedora. No debía continuar allí, una mala garra podía atraparlo. Respiraba con dificultad, alzaba las cejas, se echaba hacia atrás para coger aire. Era necesario actuar. Pero, ¿para qué? ¿Con respecto a quién? La única persona que le quería de verdad ya no contemplaba sus actos. Fue hacia la ventana, la nieve cubría todo lo visible. Cruzó la calle un perrillo, encogido, tiritando..., mirando al cielo como si de arriba pudiera venirle un zarpazo. Lo siguió hasta que desapareció de su vista. Volvió a la butaca y no pudo llorar.

Llegaron Paco y Pestaña. Don Juan bajó de su cuarto; Paco le dijo que todo estaba arreglado. Therèse trajo una cubeta con agua y un trapo de fregar. La sangre de Catalina formaba un charco coagulado en el recibidor. Pestaña cogió del brazo a don Juan y le condujo hacia el despacho. “Esto es horrible, Saturnino, esto es horrible”. El secretario sacó un cigarro y se lo ofreció a don Juan, quien lo rechazó. Estuvieron un rato en silencio, hasta que Paco entró y dijo que iba a buscar a Juanito para ponerle en antecedentes. Don Juan murmuró un agradecimiento. Pestaña salió, le dejó solo. Sintió que todo se derrumbaba. Si se publicaba el suicidio, tendría que separarse de Dolores, no conseguiría jamás una embajada ni puesto alguno de importancia. En España le mirarían con la típica mezcla de ironía y asco que provocan los viejos verdes.

Aquella noche utilizó el láudano que aún guardaba en su habitación. Con todo, no pudo evitar despertarse sobresaltado varias veces. En una de ellas, vio la última mirada de Catalina, resignada, decidida. ¡Ojalá fuera verdad lo que ella creía! ¡Ojalá se le apareciera su espíritu! Le diría que se quedaba en América, que renegaba de su patria y de sus hijos.

El *Evening Star*, en la edición de tarde del mismo día del fallecimiento, traía a dos columnas: “Miss Katie Bayard stricken by heart disease”. Y en el texto: “Miss Katherine Bayard, la hija mayor del Secretario de Estado, fue encontrada muerta en su cama ayer a eso de las dos de la tarde. Un ataque al corazón, del que llevaba padeciendo hace años, fue la causa de su muerte”. El *New York Times* ofrecía idéntica versión. En *The Constitution*, de Atlanta, apareció una [entrevista](#) con el doctor Gardner; declaraba que cuando llegó a la casa “no encontró en ella la más débil indicación de actividad en el corazón”.

A la mañana siguiente, Paco preguntó a Juanito, encerrado en el cuarto de baño, si le esperaban para ir a dar el pésame oficial a casa de Bayard. Juanito contestó que no estaba él para enterrar a nadie. Paco y Pestaña se dirigieron a Highland Terrace. En el recibidor, hicieron cola hasta llegar a una mesa sobre la que había un libro de firmas. Dejaron sus tarjetas con mensajes de condolencia. Al salir, unos colegas diplomáticos les dijeron que no habría funerales ni ninguna ceremonia religiosa en Washington. Los restos de Catalina viajarían a Wilmington en un vagón especial acompañados por Bayard, su hija Mabel y los hermanos varones. El [funeral](#) se iba a oficiar en la [iglesia](#) sueca; el entierro, en el pequeño cementerio que hay delante de ella.

Durante los días que siguieron, don Juan intentaba despachar los asuntos de rutina, pero hasta firmar le costaba un mundo. Seguía recibiendo invitaciones, todos querían consolarle. Olga y Nicolai le visitaron varias veces; la jueza, con más frecuencia, pues le había encargado buscar a alguien que comprara sus muebles. A las dos semanas del entierro, murió la madre de Catalina de una congestión cerebral. La prensa decía que no pudo superar la muerte de su hija. Bayard abandonó el puesto por un tiempo y fue sustituido por el subsecretario.

Un día se enteró de que la reclamación de la casa Larache marchaba por buen camino; pero, al ritmo que iban las cosas, los frutos los recogería el nuevo embajador, o sea, Muruaga, que ya había sido confirmado. Estuvo más de un mes sin escribir a su mujer. Sólo mandó una [carta](#) a su hermana Sofía.

En la cama le roían las preguntas: ¿habría llegado tan lejos de no ser Catalina hija del Secretario de Estado?, ¿creyó en los primeros tiempos que esa relación podría favorecerle en sus asuntos? Desde que la conoció, supo que le iba a resultar fácil encandilarla porque su temperamento apasionado buscaba un ideal. Poco a poco le fue proporcionando motivos, miradas, sugerencias para forjar el ídolo. En más de una ocasión, pudo parar y no lo hizo. Los últimos momentos surgían sin poder evitarlo. ¿Por qué se llevó el revólver a la embajada? ¿Tenía la seguridad de que él rechazaría sus proyectos? ¿Desde cuándo? ¿Desde la noche de la recepción? ¿Vio Catalina la condena cuando al servirle el ponche se cruzaron sus miradas? ¿Por qué lo hizo dentro de la embajada? ¿Quiso decirle que si no quería cargar con ella, cargaría con su cadáver? ¿Fue un único y último acto de hostilidad o estaba tan hundida en el instante de dispararse que no pensó en las consecuencias para él?

Una tarde sacó las cartas que le escribía desde Wilmington con la intención de quemarlas. Imposible volver a su casa con ellas. ¿Y por qué no? Era el único rastro que le quedaba de ella, a partir de sus letras formaría su cara, oiría su voz. Debía mantener vivo el recuerdo de quien le había amado sin hacer caso a las máscaras del tiempo.

Se acostumbró a pasear durante el crepúsculo, cuando las farolas de las calles aún no estaban encendidas. Washington le parecía un gran parque en el que ha terminado la fiesta y vuelve la tristeza a los rincones en donde antes bullía la espuma de la vida. Esa tristeza no le molestaba, casi le hacía compañía. Por la noche, al regresar a la embajada, entraba en su despacho, un poco más vacío, las paredes más blancas, el ruido del reloj más hueco.

A bordo del [Aquitania](#), don Juan miraba las gaviotas, los remolcadores, la niebla... Juanito, detrás de él, dormitaba tumbado en una hamaca. Saldrían dentro de unos minutos. La sirena lanzó su última llamada. Los camareros del trasatlántico recorrían inquietos la cubierta buscando por todos los sitios, como si el capitán hubiera perdido algo. Don Juan saludó con el brazo a Paco y a don Saturnino que le despedían en el muelle. El barco comenzó a moverse. Se volvió hacia Juanito; aun sabiendo que no iba a oírle, le aconsejó:

– Abrígate, sobrino, que se ha levantado el frío.



